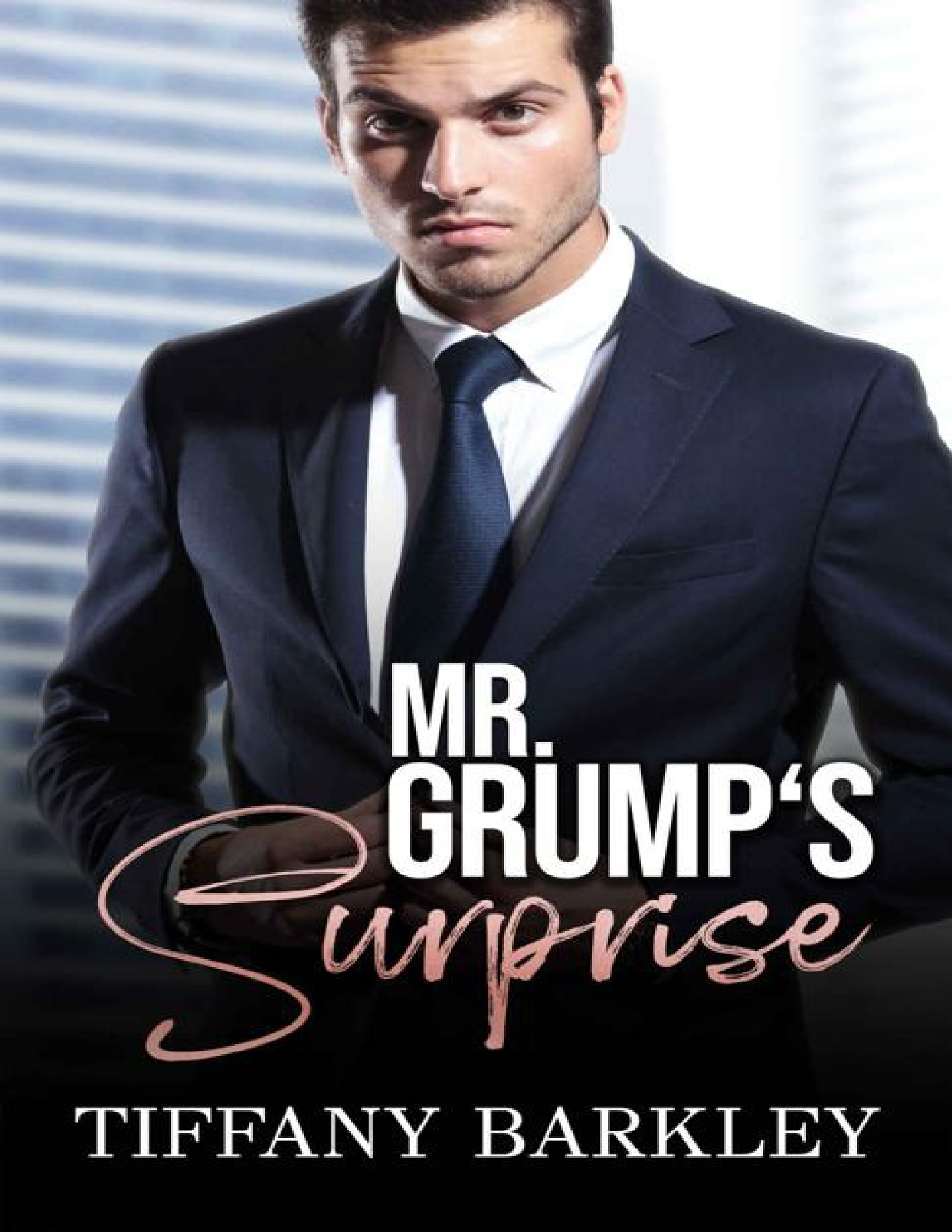




**MR.
GRUMP'S**
Surprise

TIFFANY BARKLEY

Mr. Grump's Surprise

Tiffany Barkley

Copyright © 2023 por Tiffany Barkley

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización escrita del editor o del autor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

Contents

1. Laura
2. Richard
3. Laura
4. Richard
5. Laura
6. Richard
7. Laura
8. Richard
9. Laura
10. Richard
11. Laura
12. Richard
13. Laura
14. Richard
15. Laura
16. Richard
17. Laura
18. Richard

19. Laura
20. Richard
21. Laura
22. Richard
23. Laura
24. Richard
25. Laura
26. Richard
27. Laura
28. Richard
29. Laura
30. Richard
31. Laura
32. Richard
33. Laura
34. Richard
35. Laura
36. Richard
37. Laura
38. Richard
39. Laura
40. Richard
41. Laura
42. Richard
43. Laura
44. Richard
45. Laura

46. Richard

47. Laura

48. Richard

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Laura

¿Por qué demonios no me había quedado en casa? No sabía qué hacía delante de este mausoleo. No lo entendía. Contemplé la enorme cola que había delante del Mona Lisa, el club donde Tiffany, mi hermana, estaba celebrando su despedida de soltera con su prometido Harry y sus amigos comunes.

"¡Vamos, Tiffany, atiende!"

Tiffany no contestaba al teléfono, lo que contribuía a desesperarme aún más. De repente, sonó el teléfono.

"Hola, ¿dónde demonios estás?". Tiffany habló con voz penetrante, tratando de hacerse oír a través de lo que parecía ser una multitud masiva de gente.

"¿Qué quieres decir con dónde estoy? Estoy delante del club; deberías haber llegado hace 20 minutos. Estoy sola, rodeada de gente extraña, ¡me siento como una extraña en un lugar extraño! Y eres perfectamente consciente de mi problema de agorafobia. Por favor, dime que vas a rescatarme".

"No te preocupes, cariño, ve directamente al portero. Se llama Troy; es un buen tipo. Te dejará entrar, ¿vale?"

"Espero que esto funcione. Estoy un poco ansiosa, Tiff".

Había tenido una semana dura en la tienda de antigüedades de Brooklyn. La vida no era fácil; nunca lo había sido. Pero bueno, ¿Cambiaría algo un poco de diversión?

"Disculpe, disculpe. ¿Puede dejarme pasar, por favor?"

Apreté mi cuerpo menudo y me abrí paso hasta llegar al portero. El tipo era como una montaña, con gafas de sol incluso de noche, pelo corto estilo militar y una expresión hierática en la cara.

"Disculpe, mi nombre es Laura Moore. Estoy invitada a la fiesta que se está celebrando dentro del club. ¿Tiffany Moore? ¿Le suena el nombre? ¿Podría dejarme entrar, por favor?"

La enorme montaña de hombre no se movió. Me miró y dijo: "Espere un segundo. Déjeme comprobar la lista".

"Por favor, señor. Sé que debe estar muy ocupado y que hay mucha gente, pero ¿podría ayudarme, por favor?".

El "Sr. Montaña" respondió: "Dije que miraría la lista".

Pasé los cinco minutos siguientes sintiéndome impotente; me parecieron una eternidad. Por fin el portero volvió.

"Lo siento, señorita, usted no está en la lista. Si no le importa, haga sitio para que puedan pasar los invitados".

"Por favor, señor. Debe haber algún error. ¿Podría comprobarlo una vez más?" pregunté, forcejeando. Me sentía incómoda entre la gente, y este hombre estaba por encima de todos.

"Si su nombre no está en la lista, por favor, haga sitio al resto de los invitados".

Las respuestas sonaban como un contestador automático, en cierto modo robóticas y sin alma.

Al "señor montaña" no le hizo ninguna gracia. Su rostro seguía tan hierático como en el minuto uno.

"Señorita, por favor apártese, o lo haré yo mismo."

Vi una figura masculina apareciendo de la nada.

"¿Qué está pasando aquí?"

"Señor. Esta señorita dice que ha sido invitada a la fiesta pero no está en la lista."

El hombre me miró con una mirada helada. Era un Adonis absoluto, con los ojos más profundos y oscuros que jamás había visto. Era guapísimo, tenía el pelo bien peinado y un traje que se ajustaba perfectamente a lo que parecía ser un cuerpo muy atlético. Este traje podía ser cien veces más caro que mi apartamento de Brooklyn, cuyo alquiler me costaba una fortuna.

"Oh, vamos, Troy, relájate un poco", dijo con voz profunda y sensual.

El tipo no sólo estaba como un tren, sino que esa voz de barítono profundo sonaba como una balada sensual.

"¿Cómo dijiste que te llamabas?"

"Me llamo Laura Moore. Soy la hermana de la futura novia. ¿Podría por favor dejarme entrar por favor?"

Me sentía muy incómoda, y quizás hasta sonaba irritante. De algún modo, esto pareció divertir al misterioso "Dios".

"De acuerdo, señorita, no se preocupe por nada", dijo el hombre con tono autoritario. "¡Problema resuelto!"

No podía apartar los ojos de él. Juro que fue inconscientemente. Me estaba poniendo aún más ansiosa por su presencia.

"¿Me podría ayudar? ¿Podría llevarme con mi hermana?"

El hombre sonrió con un gesto que realzaba su ya perfecta mandíbula.

" Por supuesto, señorita, sígame por favor."

El club era enorme, con luces por todas partes, gente, música y un ruido asombroso. Todo aquello que me desagradaba estaba a la vista; sin embargo tan sólo podía concentrarme en la fantástica fragancia de aquel hombre que tenía delante y en la imagen de aquellos anchos hombros y espalda. Aquel pelo, aquel cuerpo, aquella fragancia... era casi intimidante.

Llegamos a un grupo de personas sentadas en una zona VIP.

"¿Es este el grupo que buscabas?" El hombre dijo con una voz exquisita y sensual. Esa cualidad profunda de su voz lo hacía aún más atractivo, casi irresistible.

Tiffany saltó de alegría cuando me vio.

"¡Por fin!" Dijo con entusiasmo. "Laura, ¿por qué has tardado tanto? Veo que ya has conocido a Richard".

"Supongo que sí", dije en voz baja.

Me sentí avergonzada por la situación y totalmente fuera de lugar, perdida en la presencia y el olor de aquel hombre al que llamaban Richard.

"OK, ahora es el momento de divertirse. ¡Cócteles!"

Tiffany estaba muy animada. Su sueño era casarse con Harry y vivir feliz para siempre.

El misterioso hombre contemplaba la imagen como si ya la hubiera visto antes a modo de deja vu. Quizás fuese algo rutinario que ocurría todos los días; sin embargo, no sabía quién era aquella deidad masculina de piel aceitunada.

"Bien, señoritas, las dejo", dijo.

Una vez más, aquella voz sonó en mis oídos como una Sinfonía de Mahler. Sentí como mi cuerpo se calentaba.

"¿Qué demonios estaba pasando?". Pensé para mis adentros, mordiéndome el labio al ver la silueta de Richard desvanecerse entre la multitud.

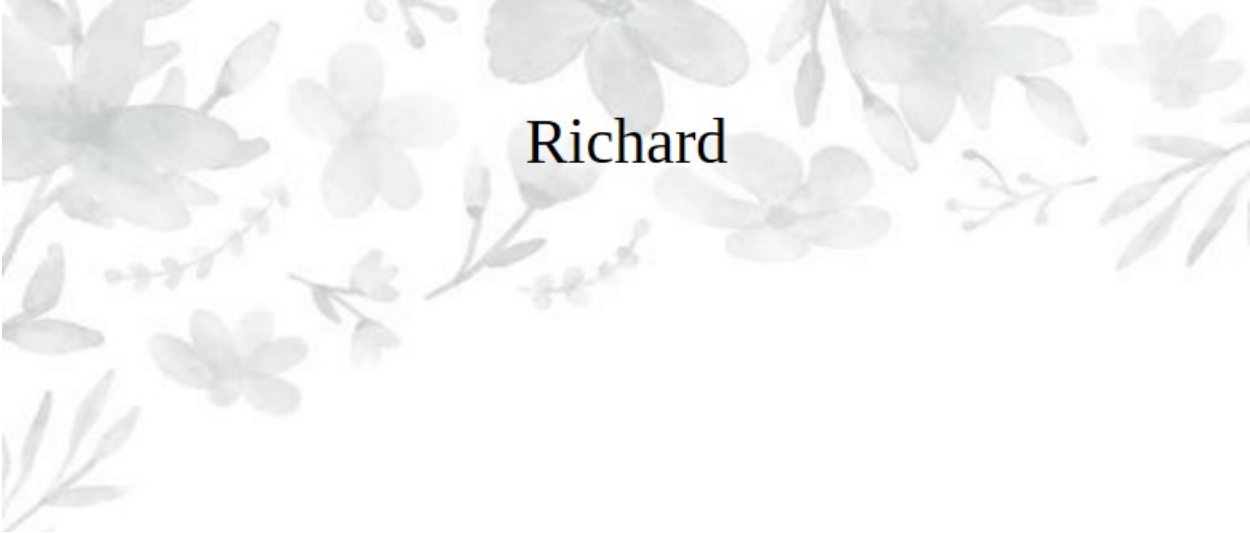
"Laura, ¿estás ahí?" exhortó Tiffany.

La presencia y la fragancia de esa entidad me hipnotizaron.

"¡Laura! Hola?"

"Sí, sí", respondí. Es hora de rockear, ¿no?". Respondí como si me despertara una inquietante alarma. Fingía estar allí; no quería decepcionar a Tiffany en su despedida de soltera, aunque

hubiera preferido estar en casa descansando después de una semana tan pesada. Sin embargo, lo único que había en mi mente y en mi cuerpo era la imagen del hombre que acababa de conocer. ¿Quién era?

A decorative header featuring a light gray floral pattern with various leaves and flowers. The name "Richard" is centered in a black serif font.

Richard

¿Qué demonios fue eso? Otro espectáculo de payasos en el club. Sabía qué hacer en cada situación; sin embargo, de vez en cuando, también podía sorprenderme, y este suceso había sido el caso. ¿Quién demonios era esa tía? me pregunté mientras subía a mi despacho por el ascensor privado. Ricardo... el nombre que inicialmente me puso mi familia, resonaba en mi cabeza. Yo era un hombre de negocios y un "jugador", lo mejor para la mayoría, pero no para todos, y era muy consciente de ello. Era un playboy muy conocido, pero siempre quise dejar las cosas claras desde el principio. No era fácil sorprenderme, pero de vez en cuando podía ocurrir, como hoy.

El día había empezado mal, pero, de algún modo, el rescate espontáneo de esta mujer necesitada me había subido el ánimo. Me había pasado todo el día intentando dejar atrás la conversación anterior con mi madre, siempre con la misma cantinela: ¿Cuándo te vas a casar? ¿Cuándo vas a sentar la cabeza? Si quisiera sentar la cabeza, lo habría hecho hace tiempo; no quería.

¿Qué sentido tenía casarme con una aburrida zorra de la alta sociedad si iba a ser infeliz sólo dos años después? De ninguna manera; una vez estuve a punto de serlo, y eso no volvería a ocurrir.

Sonó el teléfono. "Hey Troy, ¿qué pasa?"

"Señor, parece que ha saltado una alarma en la galería principal. ¿Quiere que le eche un vistazo?". Estaba intrigado.

"No, déjame a mí. Apuesto a que es sólo una rata o alguna otra alimaña; cálmate, Troy. Es una noche ajetreada, y necesitas toda la fuerza que puedas reunir. Si hay algo "desagradable", llamaré a seguridad y desalojaremos el local. Te avisaré".

Volví a demostrar mi capacidad para manejar situaciones y mantener la calma.

"De acuerdo, jefe. Como quiera".

La voz de Troy era tan hierática como su rostro, inalterable y carente de emoción. Era un héroe de guerra, un veterano. Dios sabe cuánta mierda vio durante sus rondas en Afganistán. Troy era

leal y eficaz; ¿qué más podía ofrecer?

Entré en mi despacho y encendí los monitores del perímetro de seguridad que cubrían todo el club y las galerías de arte de la Mona Lisa. Sorpresa. Había un intruso, pero no cualquier intruso; no era un animal; el intruso era una mujer.

Bueno, ¡Que el señor nos pille confesados! pensé, peinándome hacia atrás con las manos. Parece que esta condenada es una auténtica alborotadora, ¿verdad? reflexioné con una sonrisa inconsciente al descubrir que la intrusa era la chica que había rescatado antes: aquella hermosa muchacha menuda de profundos ojos azules. “Supongo que ha llegado la hora de volver a jugar a los superhéroes” me dije a mi mismo. Instintivamente, eché mano de mi frasco de perfume, Aqua di Parma siempre presente en mi escritorio, un perfume muy raro y caro, pero no me conformaría con algo menos exclusivo.. Sin darme cuenta, me rocié con el perfume. Para mí era prácticamente segunda naturaleza, sino primera. Estaba listo para la acción, pero sinceramente, no sabía qué tipo de acción encontraría o en qué me metería, lo que acrecentó aún más esa sonrisa inconsciente. Tal vez un pequeño juego me alegraría la tarde. La curiosidad mató al gato, pero yo no era un gato, ni tampoco la mujer que estaba a punto de conocer.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

"¡Eh Laura, más despacio, nena!" Me subí rápidamente a la carrera de cócteles y me bebí mi quinta caipirinha de la noche. "¡Te vas a emborrachar! ¿Es eso lo que realmente quieres?".

Para variar, Tiffany se comportaba como la hermana mayor, pero no siempre había sido así. Yo había cuidado de ella cuando una madre yonqui y una familia disfuncional hicieron prácticamente imposible que persiguiera sus sueños. Yo me sacrifiqué y la crié como una verdadera madre, la madre que ella nunca tuvo. Y ahora me emborrachaba para ocultar mi miseria. Pobre Laura, pensé para mis adentros de manera socarrona.

"Estoy bien. Puedo aguantar el alcohol. No tienes que preocuparte por nada, Tiffany. Sólo disfruta de la fiesta. Después de todo, fuiste tú quien me hizo venir, así que mejor me divierto un poco". Estaba empezando a mostrar signos de embriaguez, pero ¿Cuál era el problema? Al fin y al cabo, era una fiesta.

"Tiffany, ¿sabes dónde está el baño en este antro? Necesito ir de verdad y no sé dónde está", dije mientras colocaba mi última caipirinha sobre la barra. Me sentía mal, una combinación de cansancio, embriaguez y obsesión. Sí, no podía dejar de pensar en el misterioso hombre que había conocido antes, y aunque me estaba volviendo loca, no estaba dispuesta a dejar que esa cadena de pensamientos desapareciera. Podía verle. Podía olerle... podía prácticamente tocarle.

Tiffany también estaba en la autopista hacia la tierra de los borrachos, pero se me acercó y me indicó torpemente adónde ir.

"Vale, cariño, sigue recto y, al final, gira a la izquierda. Toma el pasillo de la derecha después de salir de la sección VIP. No tiene pérdida".

Estas fueron todas las instrucciones que Tiffany fue capaz de ofrecerme, dado su estado de embriaguez. Oh, joder, si me perdía, al menos me perdería borracho y feliz para variar.

Intenté seguir las torpes instrucciones de mi hermana, pero inevitablemente me perdí. Aquel lugar era un laberinto. Pasillo tras pasillo, todo parecía igual. Confusa y ansiosa, me encontré sola frente a una puerta solitaria. No había otro camino; no había otra puerta. Ni siquiera era capaz de leer el cartel pegado a la puerta. Decía algo como "sólo emergencias". Empujé la palanca y la puerta cedió.

"Maldita sea, Laura, ¿dónde coño estás?" Maldije para mis adentros cuando descubrí que me encontraba en un lugar vasto y oscuro. Podía incluso oír el eco de mis jadeos. Vaya, lo había vuelto a hacer. Me pregunté si "Superman" vendría de nuevo al rescate o si Clark Kent se quedaría en su despacho tecleando su próximo artículo sobre residuos tóxicos.

Pronto encontraría la respuesta a mi dilema. Sin embargo, no estaba segura de cuál sería esta. Necesitaba desesperadamente ir al baño, pero el universo tenía un peculiar sentido del humor y me encontraba perdida en un lugar muy desconocido.

Las luces empezaron a parpadear; se encendían rápidamente y luego se apagaban. Apenas podía vislumbrar lo que ocurría: imágenes en la pared, mármol, espacio, techos enormes y, de repente, ese olor.

Debe de estar cerca, pensé, sintiendo cómo mi cuerpo daba un rápido respingo que me hizo mordirme el labio inferior.

"¿Estás perdida?" Aquella voz celestial resonó en la vasta cámara.

Era él, aquel al que llamaban Richard estaba en la habitación. Había estado pensando en él todo este tiempo.

"¡No! Quiero decir, ¡sí! Supongo que sí; no conozco este lugar".

No sabía cómo responder a aquella sombra.

"Buscaba el baño y acabé aquí". Sentí que mi corazón latía a 1000 km por hora mientras hablaba con una sombra. Una sombra que volvería loca a cualquier mujer.

"No te culpo. Yo también me pierdo a menudo, pero es bastante agradable. A mí tampoco me gustan las multitudes; incluso podría decirse que no me gusta mucho la gente. Claro que hay excepciones".

Tenía una sonrisa cautivadora que me estaba excitando como una locomotora, y sentí salir vapor de mi entrepierna.

"¿En serio?" gemí. "Bueno, supongo que conoces este lugar. Por cierto, ¿quién eres?"

Quería conocer la identidad del hombre que de algún modo se había alojado en mi cerebro y en mis deseos.

"¿Yo?" Respondió el hombre con un alarde de masculinidad. "Oh, sólo soy un tipo que gestiona cosas aquí y allá, nadie en realidad. ¿Y tú quién eres?" Preguntó.

Me quedé tan sorprendida que tardé unos segundos en responder. Esa voz, esos ojos, su mandíbula y esa boca. Esa boca, estaba desesperada por besarla.

"Soy Laura, la hermana de Tiffany", respondí.

El hombre se acercó a mí; cuanto más se acercaba, más podía sentir su energía, su aroma embriagador y esos ojos, los ojos más oscuros que había visto. Aquel tipo podría haberme penetrado desde quince metros de distancia con una sola mirada. Poco a poco, nos encontramos atrapados contra la pared.

"¿Qué se supone que debo hacer contigo?" Richard dijo con voz suave pero potente.

Sus labios estaban tan solo a unos dos centímetros, y yo no me detendría ante nada. Estaba dispuesta a rendirme ante aquel espécimen de hombre.

"¿Sabes qué? Voy a besarte", dijo. "No tienes que devolverme el beso si no quieres; sin embargo, ya que te he rescatado dos veces hoy , tal vez podrías devolverme el favor como acto de cortesía".

El beso fue inevitable. Cuando nuestros labios se encontraron, gemí y sentí como si alguien me estuviera haciendo el amor con sólo besarme la boca. Ese mismo beso se convirtió en un baile de lenguas. Apretó con fuerza sus labios contra mí, empujando con todo su cuerpo. Estábamos atrapados contra la pared, bailando sensualmente con nuestros cuerpos. Volví a gemir. Quería algo más. Quería al hombre, la voz, el aroma y el cuerpo.

Comenzó a besarme el cuello con exquisita sensualidad y luego empezó a acariciarme los pechos lenta pero firmemente.

"¿No crees que deberíamos ir a un sitio más privado?", preguntó con una sonrisa. "Si miras a tu alrededor, pronto descubrirás que aquí hay muchas cámaras. Si quieres entretener al equipo de seguridad, podemos desnudarnos aquí mismo. "Depende totalmente de ti", dijo señalando un cuadro barroco en una de las paredes. Representaba una escena erótica en la que unos amantes se besaban y manoseaban junto a un río.

Exhalé. No podía soportarlo más. "Sí, por favor, vamos a otro sitio".

Me cogió la mano con firmeza. Empezamos a caminar hacia un pasillo oscuro. Antes de darme cuenta, habíamos entrado en lo que parecía un ascensor muy lujoso. Las cosas empezaron a ganar intensidad. Me levantó la falda, dejando al descubierto una lencería negra y sedosa, muy discreta pero elaborada.

"Ahí está", murmuró, y luego colocó la boca donde estaban sus palabras. Gemí incontrolablemente. Nunca nadie me había hecho algo así.

"¿Me detengo?" Dijo en tono burlón.

"¡No! Por favor, no pares". Mi voz era un susurro suave y jadeante.

Apartó mi tanga a un lado, dejando al descubierto mi sexo, y procedió a los contornos del mismo. Me temblaron las piernas, estuve a punto de ceder y caerme. Me sostuve agarrando firmemente el asa del ascensor. Richard continuó con su ritual de cunnilingus, despacio, suavemente, con delicadeza... Yo estaba a punto de estallar en el éxtasis más tántrico.

"Todavía no, nena", dijo Richard en voz baja sin detener su rutina lingual. Hay tiempo de sobra para el orgasmo. Entonces procedió a introducir uno de sus dedos en mi raja. Sabía exactamente qué hacer y cuándo hacerlo. Me llevé la mano a la boca para no gritar.

Las puertas del ascensor se abrieron sincronizadas con el sonido de una campana. Aun así, este hecho no impidió que Richard siguiera con lo suyo. Permanecía inflexible, totalmente impulsado a hacerme llegar al orgasmo como nunca antes. Y entonces sucedió: No pude contenerme más. Sentí que mi cuerpo se contraía en éxtasis, y la oxitocina corría por mi organismo. Aunque mi mano me tapaba la boca, grité y gemí de placer.

Miré hacia abajo y vi a Richard sonriendo de forma chulesca.

"¿Te gustó? Hay mucho más. Esto es solo el principio".

Dios mío, ¿cómo iba a ser el final si esto era el principio? Algo me decía que éste era el primero pero no el último orgasmo de la noche, y no estaba segura de poder soportarlo. Richard se levantó y se limpió la boca con un pañuelo que sacó del bolsillo delantero de su costoso traje. Al mismo tiempo, intenté recomponerme arreglándome la ropa, ahora húmeda y arrugada. Jadeaba y estaba ligeramente sudorosa, pero sobre todo deslumbraba de placer.

Salimos del ascensor y seguimos caminando por un pasillo decorado con cuadros exquisitos. Al final, había una hermosa puerta Art Déco. ¿Adónde me llevaba? pensé. Pero no importaba; dondequiera que me llevara, iría; me hiciera lo que me hiciera, lo recibiría con gusto, sobre todo si era el mismo tipo de menú que había degustado en el ascensor.

La puerta se abrió y lo que vi detrás de ella me dejó sin aliento. Era como una cápsula del tiempo. Los muebles, los objetos y los cuadros de Richard formaban sin duda la habitación más hermosa y exuberante en la que había estado nunca.

"¿Hay una chimenea en la esquina?" pregunté como una niña emocionado. Efectivamente, en la esquina de la habitación había una magnífica chimenea antigua, encendida y lista para la acción. Empezaron a besarse de nuevo, inclinándose finalmente hacia un excelente sofá de cuero. La

temperatura subía no sólo en nuestros cuerpos, sino también en la propia habitación. Dios sabe lo que iba a pasar ahora. Estaba en La La Land y no tenía intención de salir.

“Bueno, bonita, tal vez sea hora de que me devuelvas el favor. Quiero decir, el otro favor.” Pude ver un gran bulto en sus pantalones; pronto me di cuenta de que había una gran erección debajo de esos pantalones de 28.000 dólares.

Richard se levantó una vez que estuve sentada en aquel precioso sofá de cuero. Buscaba su cinturón y se lo desabroché lentamente. Todo iba cada vez más rápido, y aunque pudiera verse como una torpeza, toda la escena demostraba pasión. El cinturón cedió y le bajé los pantalones. No había lugar para la imaginación debajo de aquella ropa interior. Era un órgano enorme, sin duda.

Agarré su pene con mi mano. Era definitivamente grande, con una circunferencia que nunca había sentido antes. Richard gimió. Me lo pensé dos veces antes de acercar mi boca a aquel falo bíblico, pero una vez que empecé, no pude detenerme. Procedí a subir y bajar por aquel falo, salivando cada centímetro muy despacio y con mucha suavidad. Richard volvió a gemir y me agarró la cabeza con la mano, acariciándome el pelo. Se estaba volviendo absolutamente loco, empujando su pene dentro de mi boca. Era otro tipo de baile. Cuando sintió que se iba a correr, me apartó suave pero firmemente "No, no voy a correrme así; necesito estar dentro de ti".

No protesté. Si había algo que deseaba era a Richard... su esencia y su presencia dentro de mí.

Los dos nos desnudamos a un ritmo frenético. Cuando me di cuenta estaba completamente abierta de piernas en el sofá, preparándome para recibir a Richard. Él no dudó un instante; sintió lo mojada que estaba y procedió a penetrarme. "¡Dios mío!" exclamé. "¡Esto es muy bueno!".

Estaba disfrutando de cada centímetro de esa herramienta. Richard se movía a un ritmo muy lento, asegurándose de que no hubiera movimientos bruscos ni agresividad. Estaba leyendo mi placer y mi deseo, y parecía ser el amante perfecto, para el caso.

"Parece que alguien está disfrutando", dijo, jadeante y sudoroso. "Veamos qué más tenemos en la bolsa de trucos".

Gemí, excitada por la misteriosa idea que estaba en juego. Estaba totalmente perdida en aquella increíble danza tántrica. Podía sentir a Richard cada vez más duro y, de alguna manera, más grande dentro de mí. Richard aumentó el ritmo, y todo se convirtió en un espectáculo salvaje, como dos amantes obedeciendo a su instinto como los mamíferos. Estaban trascendiendo a otro plano. Cuando parecía que ambos íbamos a llegar al éxtasis, el teléfono de Richard sonó. Al principio intentó ignorarlo, pero después de tres intentos, supo que debía de tratarse de algo

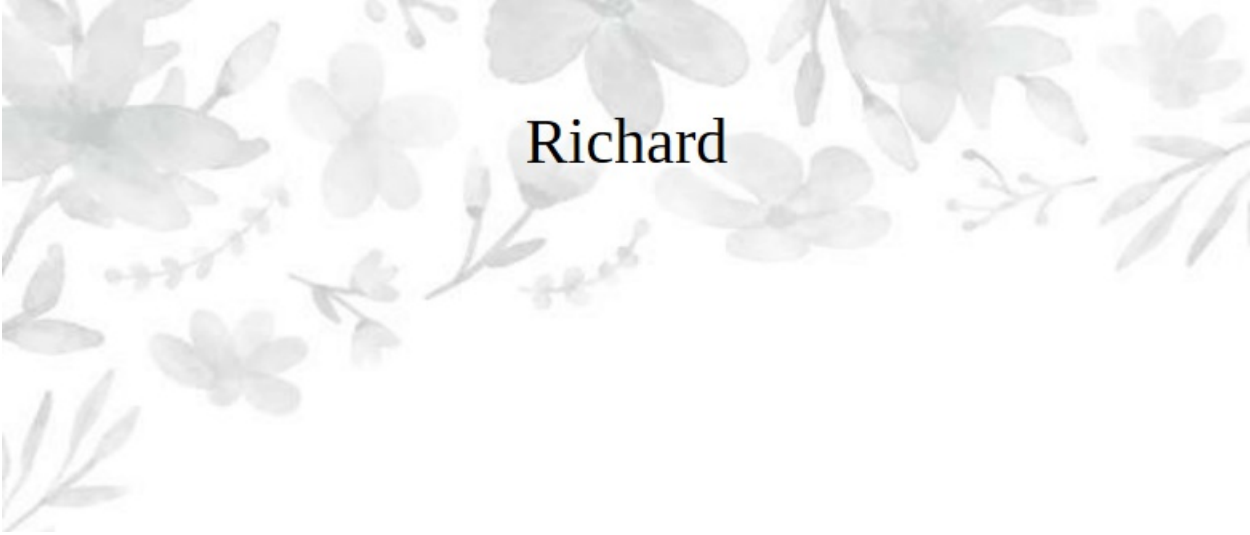
serio. Se separó de mí y cogió el teléfono. En cuanto vio la pantalla, su humor cambió por completo.

Se volvió hacia Mí y me dijo: "Tienes que irte.". Sus palabras eran frías y cortantes. Nada que ver con el experto amante que me estaba llevando a un planeta diferente hacía sólo un par de minutos. "Recoge tus cosas y vete; Troy te llevará".

"¿Qué?" Yo seguía jadeando. "¿Qué quieres decir? ¿Quieres que me vaya así como así?"

A Richard no parecía importarle; estaba en otro lugar. "Lárgate. No más preguntas; se acabó el tiempo". Tras decir esto desapareció por detrás de la puerta que daba a un cuarto de baño. Me quedé en el sofá, perpleja por todo lo sucedido. Estaba disgustada, me sentía traicionada. Conseguí serenarme y vestirme y extrañamente encontré la salida. Troy me esperaba fuera. "Venga conmigo, señorita", dijo el colosal hombre con la misma voz inexpresiva y la misma actitud que había mostrado antes.

No había vuelta atrás; la fantasía había terminado y yo estaba de nuevo en el mundo real, mi miserable pedazo de realidad. Antes de darme cuenta, estaba de vuelta en mi apartamento; tenía la cara embadurnada de maquillaje y el pelo hecho un desastre. Estaba cansada, tan cansada que ni siquiera podía ducharme. Me tumbé en la cama, todavía incrédula. Cerré los ojos y me quedé profundamente dormida.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Richard

"Mamá, por favor, no me digas que lo has vuelto a hacer". Estaba furioso, pero siempre había tenido que andar con pies de plomo con ella. Mi hermano pequeño Adam lo tenía mejor; debería haberme reunido con él en París, ajeno a esta situación. "¿Eres consciente de las consecuencias de los juegos a los que dedicas?".

Al parecer, el comercio se había ido al carajo, y no era la primera ni la última, sino la quinta vez en los últimos seis meses. Yo era el culpable, y obviamente lo arreglé.

"Ricardo, escucha". La voz de María era fría y distante; siempre había sido así.

"Sí, te escucho. Por favor, cuéntame qué coño ha pasado", respondí, tratando de contener mi rabia.

"Bueno, ¿sabes esa colección de artistas holandeses en la que estaba interesada? Bajó de valor en el último momento, y perdimos la puja".

Me mordí el puño tan fuertemente que casi sangro.

"Mamá", dije con firmeza. "¿Por qué cojones no hablas primero conmigo antes de hacer estas ofertas? Esta estrategia tuya no funciona. No podemos permitirnos perder este tipo de transacciones. Estás son las grandes, y nuestra reputación está en juego".

"Claro... ¿Me limpias esto, "cariño"? Los negocios son los negocios, y tú eres parte de ellos; ahora arréglalo tú. Gracias."

El hecho de que mi madre me hubiera llamado a las tres de la mañana porque había jodido un intercambio en Europa me había cabreado y despertado mi ira, pero sabía lo que tenía que hacer y estaba a punto de hacerlo. Tendría que contactar con el comprador, llamarle, sobornarle y después recuperar la colección para duplicar el precio y generar beneficios. Así, mi madre y mi dependiente padre podrían continuar con su extravagante estilo de vida.

Me pregunto qué le habrá pasado con esa chica, me pregunté. Ese no era mi problema; así que rápidamente descarté ese pensamiento intrusivo.

"Oye Troy, ¿puedes recogerme?"

"Sí, señor, ahora mismo voy". Troy contestó al teléfono al segundo de marcar.

"¿Entregaste el "paquete"?" Dije, refiriéndome a la chica con la que pasé la mitad de la noche.

"Sí, señor. Troy respondió de la misma forma que siempre: seco y autoritario. "La llevé a su domicilio. Sin problemas, señor". Hablar con Troy era como mantener una conversación por walkie-talkie con un mercenario en medio de la selva.

"¿Dijo algo?"

"No, señor, en absoluto. El viaje fue tranquilo; llegamos a nuestro destino; ella bajó del coche, y eso fue todo".

"Bien, bien. Así nos gustan las cosas. ¿Puedes estar aquí en unos 10 minutos? Que sean 15. Tengo que ducharme".

"No hay problema, señor. Estaré allí en cinco minutos y le esperaré fuera".

"OK, Troy, gracias."

"No se preocupe, señor."

Troy nunca hacía preguntas; se limitaba a obedecer órdenes de la forma más leal y eficaz. La lealtad es de algún modo una virtud escasa en estos tiempos, así que podía considerarme afortunado por tenerle. Confiaba en Troy básicamente para todo, desde hacer de guardaespaldas hasta sacar la basura. Me vendría bien algo más de "vida" por su parte. Aun así, Dios sabe por lo que había pasado antes de que le contratara hacía ocho años, así que no me importaba mucho su carencia de sentido del humor. Yo era el jefe y él era mi empleado. Hacía lo que tenía que hacer y yo le pagaba bien por ello.

Entré en la ducha, y maldita sea, todavía podía olerla en mí. Ese dulce aroma estaba por todo mi cuerpo. Era como una mezcla dulce y semiintoxicante de feromonas y perfume francés. Básicamente olía, por desgracia, a sexo interrumpido. Agradecí el agua caliente recorriendo mi cuerpo. Había sido una pena no poder terminar, pero tal vez fuera mejor así. No podía permitirme involucrarme con una chica así ahora. Era mejor dejar que el destino se desvelase antes de sacar conclusiones precipitadas. Me preparé rápidamente y, una vez me hube puesto el traje cogí inconscientemente el frasco de perfume del escritorio y me rocié de nuevo con Aqua di Parma. Bajé las escaleras y salí a la calle. En cuanto se abrió la puerta, pude ver a Troy junto a la limusina, hierático como una estatua griega. La puerta ya estaba abierta.

"Vamos Troy", ordené. "Ya han pasado un puñado de noches".

Estaba destrozado, pero aún así tenía que hacer un millón de llamadas para arreglar cosas importantes.

"Vamos a casa."

"Sí, señor, no hay problema, señor."

Llegaremos a nuestro destino en unos veinte minutos. Ni siquiera presté atención a las últimas palabras de Troy; mi mente estaba en otra parte, en algún lugar entre el desastre que estaba a punto de limpiar y aquella morena menuda cuyo perfume acababa de lavar de mi cuerpo. Sin darme cuenta, cerré los ojos y me quedé dormido en la parte trasera de la limusina. El coche era tranquilo y confortable. Me quedé sobado.

"Señor, hemos llegado a nuestro destino". La voz de Troy fue como un despertador que no quería oír; una alarma que me sacó de mi dulce letargo. Estuve a punto de reaccionar bruscamente, pero me lo pensé dos veces. Troy no se merecía mi frustración. Era un buen tipo; era uno de los nuestros.

"Gracias, Troy. Puedes tomarte el resto de la noche libre. Voy a estar entretenido con un gran follón esta noche".

"Muy bien, señor, espero que todo salga como estaba previsto". Troy sonaba como un robot; al fin y al cabo, ése era su cometido. Entré en el edificio sin fijarme en el botones que me saludó amablemente al acercarme al ascensor ya abierto. Estaba demasiado cansado como para ser educado con nadie, ni siquiera conmigo mismo. El botones entró en el ascensor y pulsó el botón superior que llevaba directamente a mi ático desde donde podía ver todo el paisaje de Central Park, ahora cubierto por la oscuridad. La noche no había terminado para mí; aún tendría que hacer muchas llamadas a Europa, Asia y tal vez incluso a Oriente Próximo. Dios, maldita sea, maldije, "Mamá lo ha vuelto a hacer".

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

“Escucha, Tiffany. Sé lo que quieres decir, pero estoy cansada de saltar de un sitio a otro.” Estaba agotada y un poco malhumorada. Tiffany había quedado conmigo en una cafetería cercana a mi apartamento de Brooklyn, y estábamos charlando de todo y nada al mismo tiempo.

"Bueno, Laura, cariño, quizás esta sea la primera vez que realmente tienes una oportunidad, o podrías tenerla. Después de todo, Nueva York es la tierra de las oportunidades. Estoy segura de que algo surgirá muy pronto. Créeme, puedo sentirlo".

Tiffany intentaba ser tierna, amable e incluso paternalista, pero hoy no lo estaba consiguiendo; de hecho, hacía tiempo que no lo era. Me sentía atrapada en una ciudad enorme dividida en pequeños departamentos, como una abeja en una enorme colmena.

"Si estás tan segura, dime, ¿dónde está mi billete dorado? Aún no lo he visto, ¿y tú?". Pensé que estaba sonando molesta y pegajosa. Aun así, después de los acontecimientos del día anterior, especialmente la humillación que sufrí en la oficina de Richard, no podía poner la cabeza en su sitio y mantener la calma.

Tiffany miró su café en silencio y luego me miró a los ojos. "¿Te he dicho alguna vez lo orgullosa que estoy de ti?".

Sus palabras sonaron muy sinceras. "Te admiro, hermana; siempre te he admirado y siempre te admiraré. Me sacaste de ese agujero de mierda en Washington; me ayudaste a que mis sueños se hicieran realidad; por el amor de Dios, ¡incluso me estás ayudando ahora con todo el asunto de la boda! ¡Eres una máquina, cariño! Quizás sea la hora de que pienses en ti misma para variar".

Se hizo un silencio incómodo que duró unos segundos y pareció una eternidad. Podía sentir cómo me empezaban a picar los ojos. Finalmente, una lágrima incontrolable llenó uno de ellos. Poco después, mi otro ojo decidió hacer lo mismo. Antes de darme cuenta, estaba llorando y sollozando delante de mi hermana.

Tiffany sintió mi dolor e inmediatamente cambió de sitio en la mesa, sentándose a mi lado. Me abrazó con ternura. Sabía que la frase tópica "todo va a salir bien" no serviría esta vez. Estaba muy endeudada y mi trabajo como dependienta en una tienda de antigüedades apenas me daba para pagar el alquiler, por no hablar de mis modestos gastos.

La cafetería parecía de repente sombría y desgastada bajo la mortecina iluminación. Era como si alguien hubiera decidido contribuir a mi tristeza.

Tiff intentó cambiar de conversación. "Oye, ¿Has sabido algo de esos currículums que enviaste a todas esas empresas?". Tiffany sabía que había estado buscando un trabajo mejor desde que aterricé en Nueva York. Por desgracia, todas mis solicitudes habían sido rechazadas o no obtuvieron respuesta.

"No, Tiff, suspiré. No he sabido nada de nadie. Parece como si el universo estuviera jugando conmigo y yo estuviera perdiendo la partida".

Era cierto; había enviado currículums a diario desde que puse un pie en Nueva York. ¡Que coño! Incluso antes, cuando estaba de vuelta en Tacoma con mi madre yonqui. Después de no saber nada de nadie durante meses, decidí dar un salto de fe, y aquí es donde aterricé junto con mi fe: en un antro oscuro de Brooklyn.

Toda la conversación se estaba volviendo en cierto modo compleja y monótona. El hecho era que no podía poner en orden mi cabeza porque había un intruso en mi mente, un intruso cuyo nombre no podía revelar a nadie. Se llamaba Richard, y aunque la noche anterior me había tratado como basura, no podía sacarlo de mi mente ni de mis sentidos.

"¿Has probado a enviar tus credenciales a los Garrido?". Tiffany interrumpió mis catastróficos pensamientos internos, intentando esbozar su mejor sonrisa y hablando en tono alegre. Ella conocía por así decirlo a la familia Garrido, pero yo no tenía ni idea de quiénes eran en realidad.

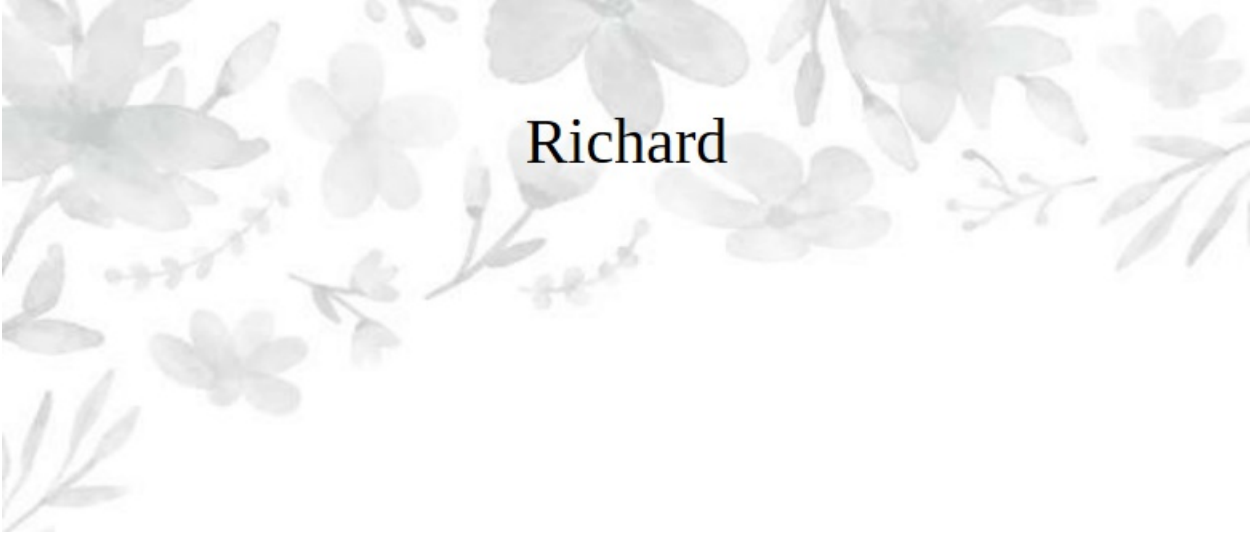
"Por supuesto, envié mi currículum a todas sus sucursales, pero aún no he recibido respuesta, y hace casi 3 meses desde que les escribí". Intenté serenarme; mi angustia estaba sacando lo mejor de mí.

"Bueno, cariño, la paciencia es la madre de la ciencia", replicó Tiffany, tratando de consolarme.

"Estoy segura de que pronto responderán; siempre están a la caza de personas válidas, como tú. Sé que estás desesperada, y te comprendo, pero eres un verdadero diamante, y todo saldrá bien. Pronto tendrás el trabajo que te mereces".

Tiffany repitió una vez más la odiosa frase cliché y yo me limité a poner los ojos en blanco y permanecer callada. Lo único en lo que realmente podía concentrarme era en por qué Richard me

había tratado tan mal la noche anterior. Estaba hecha un lío y no podía confesar mi crimen, ni siquiera a mi propia hermana, mi mejor amiga y mi única aliada.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what looks like cherry blossoms and other small blossoms, set against a white background.

Richard

"No me gusta este sitio; pero nada de nada", me dije mientras entraba en el enorme edificio. Mis padres vivían en el ático más grande de la ciudad. Era un opulento mausoleo que parecía colgar del mismísimo cielo. Como siempre, pasé por el mismo protocolo: primero, el control de seguridad, donde había un tipo nuevo haciendo guardia. Cuando me preguntó quién era, sentí como si quisiera darle un puñetazo en la cara, pero ahora no podía hacerlo, ¿verdad? Tras el procedimiento de seguridad, el botones me esperaba junto al ascensor.

"Buenos días, Sr. Garrido. ¿Cómo le va hoy?"

Su cara me resultaba familiar, pero no podía ponerle nombre. Hacía tiempo que no visitaba a mis padres en su "castillo".

"Estoy bien, gracias. Lo lamento, no recuerdo su nombre", respondí, desinteresado.

"Me llamo Albert, señor. ¿No me recuerda?"

El pobre diablo hablaba con un impecable acento británico. Obviamente le había llevado muy lejos, acabando con sus huesos en Nueva York como botones de algunas familias adineradas.

"Por supuesto, Albert, claro que me acuerdo de ti", respondí mintiendo entre dientes. "Perdona, hoy estoy un poco despistado".

"No hay problema, señor. Ha venido a visitar a su familia¿Verdad?. Por favor, permítame acompañarle hasta allí".

Aunque aquel pobre tipo estaba siendo extremadamente educado, nada cambiaría mi malhumor mientras empezábamos a ascender hacia la última planta de aquel impresionante edificio.

La cabina transparente del ascensor ofrecía una vista de casi 360 grados de Manhattan; cualquier otra persona estaría impresionada, pero yo no. Había estado expuesto a este tipo de opulencia toda mi vida. Además, estaba de un humor terrible esperando lo peor. Tenía que limpiar el

desastre de mi madre y tenía muchas cosas entre manos, por ejemplo, encontrar un nuevo ayudante para Sophia en el "Mona Lisa".

Las puertas se abrieron y, antes de que pudiera poner un pie fuera del ascensor, el pequeño botones, viejo y educado, dijo en tono formal: "Su piso, señor. Que tenga un buen día". No era culpa suya, pero aquel tipo me ponía de los nervios. El mundo entero me estaba poniendo de los nervios y necesitaba mantener la calma; de lo contrario, todo podría estallar en pedazos ya no en cuestión de minutos, si no de segundos.

El largo pasillo alfombrado conducía a una enorme puerta doble llena de todo tipo de adornos tallados. Yo sabía de dónde procedía esta puerta; mis padres la habían traído de un monasterio cercano a Toledo en España. Los monjes aceptaban todo aquello que mi madre les ofrecía, y ella lo cogía como si fuera un mueble más. Llamé al timbre y, en menos de 5 segundos, una criada de uniforme abrió la puerta.

"¡Buenos días señorito!"

Emilia había sido la criada de mis padres durante mucho tiempo, y aunque los años no podían mentir, se podía decir que seguía siendo una mujer hermosa. Incluso yo, de joven, tuve mis fantasías con ella, y siempre me preguntaba si mi padre se echaba algún que otro polvo rápido con ella.

"Buenos días, Emilia", le contesté, dirigiéndome a ella tan educadamente como me permitía mi estado de ánimo actual. "Vengo a ver a mi madre. ¿Está por aquí?"

Emilia asintió. "Sí señor, "Los señores" le esperan en la biblioteca".

Procedió a acompañarme por el colosal ático lleno de antigüedades y artefactos de todo tipo. Desde cada una de las ventanas de cuatro metros de altura del piso se podía ver toda la ciudad de Nueva York. Había salido el sol, y tuve que taparme los ojos un par de veces para evitar que me cegara el reflejo de los rayos al chocar contra los múltiples espejos que colgaban de aquellas enormes paredes. Emilia llamó a la puerta y oí la voz de mi madre desde el otro lado.

"Entre". Era curioso que mi familia hablara en su casa mitad inglés y mitad español. Eso lo hacía aún más obsoleto para mí. Entrar en aquella biblioteca era casi como entrar en un Tribunal de la Santa Inquisición.

Las puertas se abrieron, dando paso a una Biblioteca monumental. Mi madre fumaba mientras leía unas cartas que no pude identificar. Era una exquisita mujer de mediana edad, bien conservada, con la cantidad justa de cirugía plástica para no parecer un patito de goma y el maquillaje más caro del mercado, tan solo al alcance de muy pocas personas en todo el mundo.

"Hola mi amor". Mi madre siempre me saludaba así desde que era un niño. Estaba claro que sabía que había metido la pata, pero no iba a disculparse por ello. Ese nunca había sido su estilo.

"Hola, mamá", respondí con calma. "¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Dónde está papá?"

"Oh, no te preocupes querido, a tu padre le gusta leer el periódico en el solarium. Venga, siéntate. ¿Quieres beber algo?" Mi madre había iniciado la reunión diplomática con una sutil invitación.

"No, gracias, mamá, estoy bien", dije, declinando la amable oferta.

"Muy bien. Emilia, por favor, tráeme un café y agua con gas. Vichy Catalán."

Emilia asintió y salió exquisitamente de la habitación. Todo en aquel lugar, atrapado en el tiempo, giraba en torno a los modales y las maneras.

"Muy bien mamá, ¿qué está pasando?", disparé sin vacilar. "Me he pasado toda la noche llamando a París, Berlín, Londres y Turquía para localizar al comprador. Ya casi lo tengo, pero puede que necesite más información.

"Bueno, mi niño" (odiaba que me llamara así), "como te dije anoche, todo iba sobre ruedas con los Rembrandt hasta que alguien intentó incluir un Sorolla en la mezcla. No me hizo gracia ese gesto, y retiré la oferta, pensando que se echarían atrás, pero esta gente, suspiró... Estos codiciosos son unos salvajes."

"Claro", espeté. "Así que "pensaste" que yendo agachada cazarías a la presa. Mamá, ¿sabes muy bien que esos trucos ya no funcionan! Tienes que comprar a granel y deshacerte del arte que consideres de segunda clase o sobrevalorado". Conocía el negocio mejor que nadie en esta ciudad, quizá en todo el país. Se trataba de adaptabilidad y no de ego. Por desgracia para todos, el único idioma que hablaba mi madre, aparte del español y el inglés chapurreado, era el del ego puro y duro.

"Muy bien. Ya que lo sabes todo, puedes ir arreglándolo y hacerlo antes de que acabe la semana. Tengo que ir a Venecia con tu padre. Hay una producción de Rigoletto que no nos gustaría perdernos".

La forma en que mi madre trataba diez millones de dólares de pérdidas era sencillamente grosera con todo el mundo, especialmente conmigo, que siempre tenía que recoger la basura y limpiar.

"Vale mamá", respondí con un lamento. "Investigaré y te llamaré en cuanto reúna más información sobre las transacciones y los posibles intermediarios".

"Genial. Supongo que son buenas noticias. Por favor, mantenme informada. No quiero otra migraña". Mi madre no había aprendido las palabras "gracias" en toda su vida, especialmente

cuando yo estaba de por medio. Era frustrante, pero, una vez más, era su negocio y lo llevaba como le daba la gana, aunque yo era quien lo gestionaba y lo mantenía a flote.

"Entonces, ¿algo en el horizonte?"

Mi madre me hacía la misma pregunta repetitiva. Cada conversación que mantenía con ella contenía este particular ingrediente . No estaba de humor ni tenía tiempo para cháchara maternal.

"No, mamá", respondí fríamente. "Si hubiera algo en el horizonte, como dices, serías la primera en saberlo. Tengo que irme".

Besé a mi madre en las mejilla, como solíamos hacer en España. Emilia ya estaba esperando en la puerta.

"¿Se marcha ya el señorito?"

"Sí, Emilia", respondí, haciendo gala de mi mejor intento de ser cortés. Tenía prisa y estaba muy cabreado. Tenía montones de cosas que hacer por delante y el día no había empezado muy bien para mí.

Troy esperó junto a la limusina abajo. Nos dirigimos al "Mona Lisa". Tenía que encontrar un ayudante lo antes posible, así que los asuntos de mamá tendrían que esperar por ahora.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

"¡Mira eso! Dios mío, ¿qué voy a hacer?". Estaba mirando la montaña de facturas que se amontonaban sobre la mesa. Llevaba bastante tiempo sin poder hacer frente a deudas universitarias; sin embargo, nunca esperé ver con mis propios ojos el horror que estaba contemplando. Necesitaba urgentemente un trabajo que cubriera los gastos mínimos de manutención, el alquiler de mi minúsculo apartamento y mi enorme cantidad de deudas. "Nunca he pedido mucho", me dije, pero no tenía ni idea de cómo iba a salir de esta. Mi madre parecía estar mejor. Me había empeñado en que ingresara en un programa de rehabilitación. Estaba haciendo encajes de bolillo para saldar mi deuda a la vez que ayudaba a la yonkie de mi madre. Tiffany tenía razón; era demasiado desinteresada, pero no lo veía de otra manera. Necesitaba ayudar a mi madre a recuperarse. Sin embargo, también necesitaba saldar mi deuda antes de que se convirtiera en un delito del que nunca podría escapar.

La puerta se abrió de repente. "¡Hola! Soy yo; ya estoy en casa".

John siempre parecía estar de buen humor, aunque su vida fuera menos que favorable. Era mi compañero de piso, pero también junto a Tiffany mi amigo y confidente.

"¿Qué haces ahí en la sombra?", me dijo frunciendo el ceño. "No me digas que estabas revisando esa basura otra vez". Dijo señalando el montón de billetes que yo estaba revisando.

"¿Y de dónde vienes tú, tan alegre y jovial?". Intenté sonar ligeramente divertida. John era tremendamente gay. Siempre tenía chispa en los ojos y, sobre todo, en la ropa, que era extremadamente estridente y extravagante. Era la viva representación de un poeta reencarnado del París del siglo XIX. Sin embargo, John no era poeta. Era un artista, una especie de pintor, tan fracasado como aquellos poetas que morían rodeados de opio y absenta en aquellos turbios años del siglo 19.

“Estaba mirando la nueva exposición de la calle Hudson. Muy aburrido, muy aburrido de hecho.” Sabía muy bien que John no decía del todo la verdad. Seguro que había intentado incluir algunos de sus cuadros y, como era de esperar, no los habían aceptado.

"Oh", respondí, sonriendo. "¿Has vendido algo hoy?"

A John no le pareció divertido mi comentario. "Bueno, no, pero eso ya lo sabías, y de nuevo, tenías que restregármelo por la cara, ¿no? Te dije que estaba allí para echar un vistazo; estos pseudo pintores no pueden llegar a mi nivel". Se echó a reír porque sabía que estaba mintiendo descaradamente. Pobre diablo, pensé, ¿quién vendría a rescatarnos después de todo? Estábamos condenados.

"Así que cariño", dijo en tono de burla. "¿Cómo vamos a animarte hoy? ¿Alguna respuesta?" Efectivamente, intentaba animarme; mi cara debía de ser la expresión de un poema, muy triste.

"No", respondí. "Ni respuestas, ni ofertas, ni dinero sobre un montón de deudas. Así que, a menos que vendas algunas de tus cosas como si fueran un Picasso, no sé cómo vamos a pagar el alquiler este mes".

Sonó el teléfono e identifiqué el número: Mi madre. Señalé a John, diciéndole con el dedo que me dejara sola en la habitación un momento. No se quejó y se fue a su dormitorio.

"Hola ? ¿Mamá? ¿Eres tú? ¿Cómo te encuentras hoy?"

Había estado controlando a mi madre desde que me fui de Tacoma, y no podía decir que hubiera sido un viaje agradable. Sin embargo, me sentía obligada a cuidar de ella, incluso después de lo que nos hizo a Tiffany y a mí.

"Esto es deprimente", se quejó mi madre. Este sitio es aburrido. Laura, no necesito esto, y tú necesitas el dinero. Me pondré sobria; lo sabes".

Mi madre nunca había conseguido recuperar la sobriedad ni mantenerse limpia más de una semana seguida, pero esperaba que el tiempo cambiara las cosas. Al fin y al cabo, estaba en las mejores manos. La había ingresado en un centro de rehabilitación muy caro cerca de mi ciudad. Tenía una excelente reputación en el estado de Washington, así que, una vez más, esta vez recé para que las cosas fueran diferentes.

"Bueno, mamá, ya sé que ese lugar no es el Hilton ni unas vacaciones en las Bahamas, pero los dos sabemos que es el mejor sitio para ti ahora mismo. En cuanto al dinero, no te preocupes; a mí me va mucho mejor, ¿sabes? Al fin y al cabo, esta es la tierra de las oportunidades. Nueva York, allá voy". No sé cómo llegó este mensaje, pero estoy segura de que si mi madre me conociera como yo quería, podría detectar que hablaba desde un agujero sin fondo, rodeada de miseria y oscuridad.

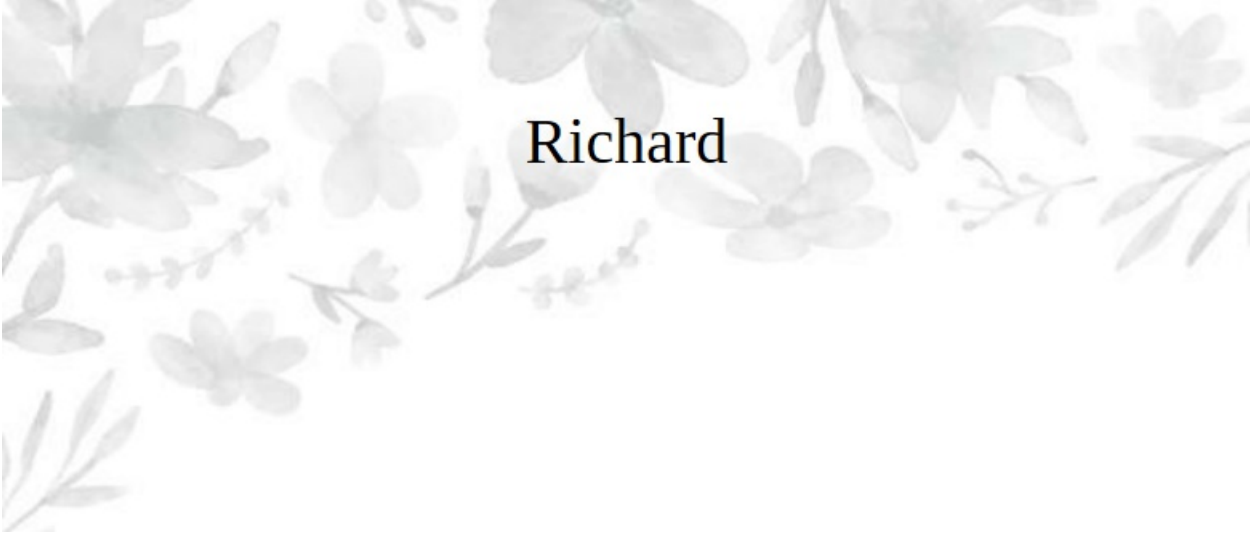
"Vale, cariño, ánimo; todo se arreglará solo. Tú lo vales, y ya es hora de que te des cuenta".

No pude evitarlo y sentí que se me humedecían los ojos. Ese día estaba sensible y el cambio en las palabras de mi madre me había impactado. Había sido un monstruo en el pasado, pero tal vez se encaminaba hacia la redención. Me despedí de ella.

"Gracias, mamá", dije, sollozando. "Aguanta, ¿vale?"

"Lo haré", respondió ella, tras colgar me invadió el silencio.

John seguía en su habitación y yo en el salón, mirando desesperada el montón de facturas que había sobre la mesa. Necesitaba un milagro.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

En la bulliciosa oficina de mi empresa, observaba el sol deslizarse pesadamente sobre la ciudad desde mi cristal panorámico; era un horizonte sobrecogedor. Al poco tiempo, el sol fue engullido por la niebla que se cernió sobre la ciudad desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Mi piso tenía una vista aún mejor del amanecer, y me pregunté si mi sofá aún olería a Laura. Una parte de mí esperaba que así fuera porque secretamente anhelaba esa dulce combinación de feromonas y dulce perfume francés. Maldita sea, ¿en qué estoy pensando? ¡Había sido algo fugaz e interrumpido; un rollo de una noche! ¡Eso era todo! ¡Mamá lo había vuelto a joder! Rara vez me había pasado, y de alguna manera me había confundido; tanto que me gustaba la idea de que no sólo se me había pegado su olor en las fosas nasales, sino que una parte de mí estaba pegada a ella. Observé cómo el sol se ocultaba entre los árboles de Central Park antes de ser absorbido por un espeso frente de nubes.

Sentado en mi mesa, rebuscando entre la pila de currículums para el puesto vacante de mi empresa, mis ojos se posaron en un nombre familiar. Un currículum intrigante había aterrizado en mi mesa. Sin duda yo era un profesional experimentado en mi campo, bien conocido por mi aguda perspicacia y mi meticuloso análisis de los posibles candidatos. Sin embargo, este currículum en particular tenía un giro inesperado. Pertenecía a una persona con la que había pasado una noche inolvidable hacía unos días. Los recuerdos me invadieron y no pude evitar rememorarlos antes de que la realidad me devolviera la atención.

Estaba tan ensimismado en mis pensamientos que no oí que llamaban a la puerta.

"¡Buenos días, jefe!" Harry estaba de buen humor; yo, simplemente, ausente. Mi colega se dio cuenta de mi estado de distracción y se inclinó sobre mi escritorio, ojeando el currículum con curiosidad. "¿Algo interesante?" Preguntó con una sonrisa pícaro.

Mi corazón latía con fuerza, inseguro de cómo responder. ¿Debía revelar la verdad o fingir que no conocía a esa persona? Decidí que la sinceridad no era la mejor política en ese momento y, nervioso, negué cualquier atisbo de verdad: "En realidad, no conozco a este candidato, ¿y tú?". pregunté.

Las cejas de Harry se alzaron sorprendidas. "¡No me digas!" exclamó. "Bueno, sin duda es un giro interesante. Esa chica es Laura; la conociste en nuestra despedida de soltero del otro día. Cuéntame. ¿Es alguien a quien deberíamos considerar contratar?"

Dudé, buscando las palabras adecuadas. Era tentador dejar que mi historia personal nublara mi juicio, pero sabía que eso no sería justo ni para mi empresa ni para el candidato. "Seamos profesionales, Harry", dije, intentando parecer sereno. "Tenemos que evaluar a esta persona en función de sus cualificaciones, aptitudes y experiencia, como a cualquier otro candidato".

Ambos nos sumergimos en silencio en el CV. Al leer los logros de la candidata, no pude evitar fijarme en sus impresionantes cualificaciones y su amplia experiencia. Estaba claro que poseía las aptitudes necesarias para el puesto que estábamos contratando. Sin embargo, me asaltaban dudas.

Harry rompió el silencio, dando golpecitos con el dedo señalando los logros de la candidata que figuraban en el currículum. "Impresionante, ¿verdad? Parece que esta persona sería un activo valioso para nuestro equipo".

Asentí con la cabeza, confesando por fin mis reservas. "Sí, sin duda posee las cualificaciones que buscamos". Estaba diciendo media verdad, y no podía evitar preguntarme si su relación conmigo podría provocar una dinámica complicada dentro de la empresa. "Tenemos que considerar el impacto potencial en nuestro entorno de trabajo".

Harry se tomó un momento para reflexionar sobre mis palabras. "Tienes razón", dijo finalmente, con voz pensativa. "Es fundamental separar los asuntos personales de los profesionales. ¿Verdad? No podemos dejar que nuestra propia historia influya en nuestras decisiones de contratación. Tenemos que confiar en la capacidad de nuestro equipo para mantener la profesionalidad". Asentí, apreciando la sabiduría de Harry. Tenía razón; los asuntos personales no debían eclipsar los juicios profesionales. Independientemente de nuestro pasado, la candidata merecía una oportunidad para demostrar su valía.

Juntos llegamos a la conclusión de que sería justo invitar a la candidata a una entrevista. Solo entonces evaluaría su compatibilidad con el equipo, su pasión por el trabajo y su potencial para contribuir positivamente a los objetivos de nuestra empresa.

"De acuerdo, jefe, lo dejaré en tus manos; tú sabes que es lo mejor", dijo Harry en tono dudoso. "Supongo que te veré más tarde".

"Sí, Harry, gracias por tu ayuda". Le saludé sin apartar la vista del currículum que sostenía en mis manos. Sólo oí cerrarse la puerta cuando me di cuenta de que Harry se había marchado. Era el momento de pasar a la acción.

Dudé un momento antes de marcar el número de Sophia. Era una conversación que había evitado durante días, semanas e incluso meses, pero sabía que había llegado el momento de dar la cara. La candidata para la vacante, Laura, aquella que tenía un pasado secreto conmigo, era la mejor candidata posible para el puesto. Aunque hubiéramos compartido cierta intimidad, esto no debía afectar sus perspectivas profesionales. Sin embargo, este calvario pesaba mucho en mi conciencia.

Cuando sonó el teléfono, respiré hondo y me preparé para la difícil conversación que me esperaba. Sophia, mi fiel ayudante, descolgó al tercer tono y su alegre voz rompió la tensión del ambiente. "Buenos días, jefe. ¿En qué puedo ayudarle hoy?"

"Buenos días, Sophia", respondí, con la voz ligeramente temblorosa. "Necesito hablar de algo delicado. Es con respecto a la candidata al puesto, Laura Moore".

"Ok, jefe, ya voy".

Sophia era la mejor gerente que había conocido en mi vida. Una hermosa mujer de 40 años que hacía girar cabezas y rompía corazones cuando caminaba por la calle. Era tan guapa como inteligente. La multitarea era su característica principal y la lealtad su mejor virtud.

Llamaron a la puerta y Sophia entró en mi despacho.

"Por favor, siéntate", dije, vacilante.

"¿Va todo bien?" Sophia se dirigió a mí con franqueza.

Hubo una breve pausa en el aire antes de que el tono de Sophia se volviera más serio. "Entiendo, jefe. ¿Pasa algo con sus calificaciones?"

"No, en absoluto", respondí con sinceridad. "Laura parece estar más que cualificada para el puesto. Tiene todas las aptitudes que buscamos. Sin embargo, necesito tu sincera opinión como mujer. Ya sabes lo que ocurrió en el pasado, y también sabes que no podemos permitirnos ese tipo de líos entre nosotros, esto podría complicar las cosas".

A Sophia le picó la curiosidad y me escuchó atentamente mientras le hablaba de la aventura que tuvimos hace años. Hablé de las emociones, los remordimientos y la decisión mutua de poner fin a la relación. Sabía que era importante que entendiera toda la historia antes de seguir adelante.

Tras un momento de silencio, Sophia respondió con sorprendente compasión. "Richard, agradezco tu sinceridad. Hay que tener valor para reconocer los errores del pasado. Pero quizá no deberíamos dejar que esto afecte a las posibilidades de Laura. Deberíamos centrarnos en sus cualificaciones y en su potencial contribución a la empresa".

Sus palabras me tocaron la fibra sensible y me di cuenta de que tenía razón. La aventura era cosa del pasado, y ella y yo habíamos seguido adelante con nuestras vidas. Permitir que nuestra historia personal nublara nuestro juicio profesional habría sido muy perjudicial para nuestra empresa. Sentí un gran alivio saber que tenía a mi lado a alguien como Sophia.

"De acuerdo", dije, aliviado; llámala y concierta una cita hoy mismo. Sonaba mucho más dominante y fuerte. Por fin había recuperado la compostura y había salido de aquel horrible desorden mental.

"Muy bien, jefe." Apuesto a que no te arrepentirás". Sophia sonrió mientras se levantaba del asiento de cuero. Estaba tan guapa como siempre, incluso más, me atrevería a decir. Había envejecido como el buen vino, y su belleza era ahora muy elegante.

Agradecí a Sophia su empatía. Le aseguré que abordaría la situación con imparcialidad y objetividad. Al despedirme de ella, no pude evitar sentirme agradecido por el apoyo y la comprensión inquebrantables de Sophia. Después de todo, yo había sido un chico travieso en el pasado y no podía permitirme otro fallo, al menos no uno tan grande como el que me ocurrió con ella hace unos años.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Cuando el sol de la tarde se asomó a través de las cortinas, me desperté sobresaltada al oír el zumbido de mi teléfono en la mesilla de noche. Maldita sea, me había quedado dormida. No me extrañaba, de tanto llorar y sollozar estaba emocionalmente agotada. Me restregué los ojos, cogí el teléfono y vi un número desconocido en la pantalla. Me picó la curiosidad y contesté a regañadientes.

"¿Hola?" Dije, mi voz todavía somnoliente.

"¡Buenas tardes!" Una voz alegre dijo: "¿Hablo con Laura Moore?"

"Sí, soy yo", respondí, ya totalmente despierta y ligeramente intrigada. "¿Quién es?"

"Soy Sophia, de las empresas Garrido", continuó la voz. "Hemos recibido su solicitud para el puesto de asistente y nos encantaría invitarle a una entrevista hoy mismo. Sé que es un poco precipitado, continuó la voz, pero nuestro director general está muy ocupado y le gustaría realizar la entrevista él mismo. ¿Podría estar en nuestras oficinas del "Mona Lisa" en una hora?"

"Sí, claro, por supuesto", respondí, sin poder salir de mi asombro. No estaba pensando de manera correcta, ¡pero no podía dejar escapar esta oportunidad!

"Estupendo", respondió la cálida voz al otro lado de la línea. "Entonces le veremos dentro de una hora. Muchas gracias".

"Gracias. Tartamudeé... Luego sonó el clic que señalaba el final de la llamada... Después el silencio...

La sorpresa me invadió mientras procesaba las palabras de Sophia. Llevaba meses buscando trabajo y, por fin, una oportunidad parecía llamar a mi puerta. Mi hermana Tiffany, que había estado conmigo esa tarde intentando consolarme, entró en la habitación al sentir mi repentina excitación.

"¿Qué pasa?", preguntó, con los ojos abiertos por la curiosidad.

"¡Acabo de recibir una oferta de entrevista de trabajo!". exclamé, incapaz de contener mi alegría. "Garrido's Ventures quieren conocerme hoy".

A Tiff se le iluminó la cara con una sonrisa. "¡Es increíble, Laura! Estoy muy orgullosa de ti".

Aunque emocionada, me invadió una oleada de nerviosismo. La oportunidad de trabajo parecía demasiado buena para ser verdad y no podía permitirme que se me escapara de las manos. Mientras me preparaba a toda prisa, Tiffany me ofreció su apoyo incondicional, ayudándome a elegir el atuendo perfecto para la entrevista y ensayando las posibles preguntas de la misma.

Mientras estaba allí sentada, contando mis experiencias pasadas y ensayando mentalmente las respuestas, empecé a dudar de mis capacidades. Fue entonces cuando Tiffany me susurró al oído: "Esto es tuyo, Laura. Eres inteligente y tienes talento, y tendrían suerte de tenerte".

"Vale, Tiffany, hagámoslo", le dije a mi hermana mientras me levantaba y corría hacia la puerta. No sabía si llegaría a tiempo, pero recé todo lo que sabía para que ocurriera el milagro.

Salí del edificio y corrí hacia el metro. "Vamos, Laura", tú puedes. me repetía una y otra vez, intentando no matarme corriendo a toda velocidad por los túneles.

Estaba en el bullicioso andén, jugueteando ansiosamente con mi maletín, con la mirada perdida entre el tictac del reloj y el tren que se acercaba. Hoy era el día de mi tan esperada entrevista de trabajo, y el destino había decidido jugar en mi contra. Una multitud caótica de viajeros se abrió paso a la fuerza cuando se abrieron las puertas del tren, empujándome cuando luchaba por abrirme paso entre la multitud.

El tren estaba abarrotado como una lata de sardinas, y me encontré encajonada entre un hombre corpulento con una mochila enorme y un grupo de estudiantes que se reían a carcajadas. Cada parada parecía añadir más pasajeros al ya abarrotado compartimento. Cada vez que se abrían las puertas automáticas, me invadía una oleada de alivio, que rápidamente era sustituida por la consternación al ver cómo se apretujaba más gente.

A cada minuto que pasaba, se me hacía un nudo en el estómago. Miré el reloj y calculé mentalmente cuánto tiempo me quedaba. La entrevista estaba al otro lado de la ciudad, y los minutos pasaban rápidamente.

Cuando el tren se detuvo en otra estación, me incliné hacia delante, abriéndome paso frenéticamente entre la multitud. La determinación impulsaba mis acciones mientras luchaba contra la marea de gente. Pero justo cuando creía que había progresado, la voz del revisor chasqueó a través del interfono. "Debido a un fallo en la señal, nos retrasaremos momentáneamente. Disculpen las molestias".

La posibilidad de llegar a tiempo se esfumaba con cada retraso. Eché un vistazo al tren y mi mirada se posó en otros viajeros cuyas expresiones reflejan mi propia frustración.

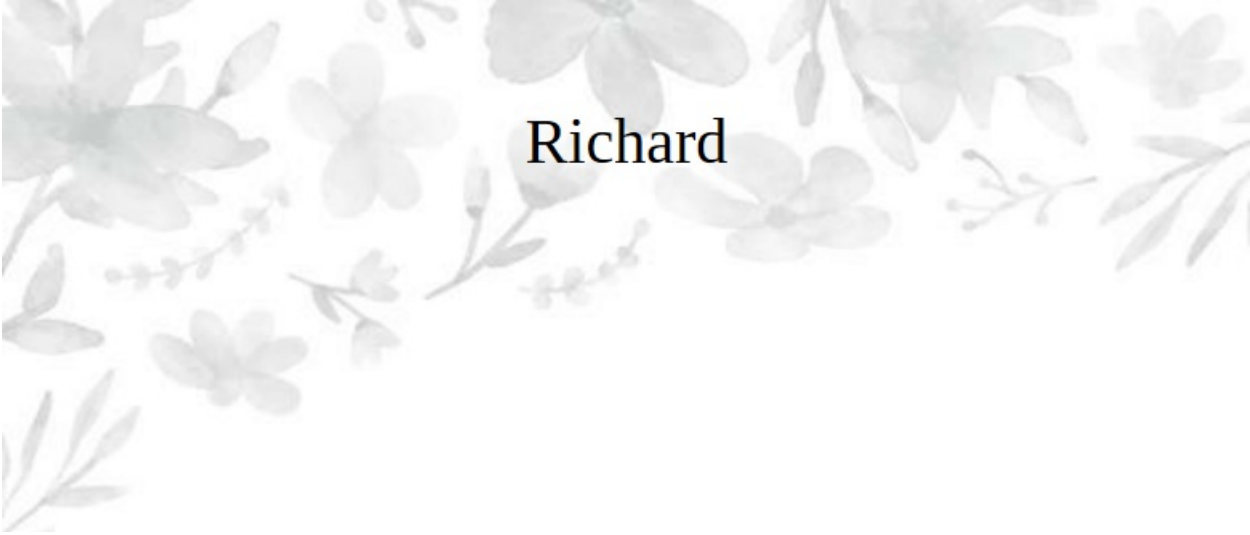
Me llamó la atención una mujer sentada cerca de la puerta. Parecía serena, casi ajena al caos que la rodeaba. Algo en su aura me inspiró. Sin pensármelo dos veces, me acerqué a ella y le expliqué mi situación con una mezcla de desesperación y sinceridad.

Sus ojos brillaban de comprensión mientras escuchaba atentamente. Con una suave sonrisa, me indicó con calma que saliera en la siguiente estación y me dirigiera a la parada de autobús de enfrente. Me aconsejó que tomara un autobús concreto, ya que me permitiría evitar el fallo de la señal y llegar más cerca del lugar de la entrevista.

Siguiendo sus instrucciones, escapé del tren abarrotado y me encontré esperando en la parada de autobús designada. Minutos después llegó el autobús y subí, agradecida por la inesperada segunda oportunidad. A medida que me acercaba a mi destino final, no pude evitar maravillarme ante la sincronicidad de los acontecimientos. El destino había actuado de forma misteriosa aquel día, o tal vez no. Ya llegaba tarde; cerca, sí, pero tarde.

Bajé del autobús y corrí hacia el imponente edificio de oficinas donde me esperaba la entrevista. Tras serenarme rápidamente, entré en la recepción. Me recibió la recepcionista, que amablemente me acompañó a la sala de entrevistas.

Sophia no estaba por ninguna parte y sentí que mi angustia aumentaba mientras me acercaba a una puerta que me resultaba familiar. ¿Había estado aquí antes?

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Prácticamente me salía vapor por las orejas mientras estaba sentado en mi despacho y mi enfado crecía a cada segundo que pasaba. ¿Cómo se atrevía esta mujer a llegar tarde a su entrevista? Me había preparado meticulosamente para este día, asegurándome de que todo transcurriera sin problemas. Miré el reloj con impaciencia y golpeé el suelo con el pie. A medida que pasaban los minutos, mi frustración se convirtió en ira. No podía evitar imaginarme todas las excusas que se inventaría esta chica que llegaba tarde, completamente ajena o indiferente a las molestias que había causado.

Con la ira corriendo por mis venas, me paseé de un lado a otro de mi despacho. Cogí el teléfono y marqué el número de mi ayudante Sophia. Llevaba años conmigo, siempre eficiente y fiable, pero hoy iba a sufrir toda mi frustración.

"¿Diga?" La relajante voz de Sophia sonó a través del auricular, ajena a la tormenta que se avecinaba al otro lado.

"Sophia, soy yo", empecé, con la voz entrecortada por el enfado. "Quiero que canceles la cita para la entrevista. La candidata llega tarde y no me gusta este comportamiento displicente".

"No hay problema, jefe", respondió Sophia con calma, percibiendo la tensión en mi voz. "Me ocuparé de ello enseguida".

Resoplé con indignación, negándome a calmar mi enfado. Nunca era buena señal que alguien ni siquiera consiguiera llegar a tiempo a una entrevista de trabajo. La sangre me hervía a cada segundo que pasaba y sentía como si el mundo girara en torno a mi creciente furia.

Los minutos se convirtieron en una eternidad mientras esperaba impaciente a que Sophia confirmara la cancelación. Mi mente se agitaba pensando en reprender a la candidata que se había retrasado, quizá incluso en darle un rapapolvo. La situación empeoró cuando mi mente dejó escapar recuerdos de mi noche con ella. Ella estaba presente en mi mente, su olor, su tacto y

sus profundos ojos azules. Me di cuenta de que no estaba furioso por la tardanza de Laura. Estaba furioso porque me sentía rechazado. Odiaba el rechazo aunque hubiera sido yo quien detuvo el tren en sus vías aquella noche. Antes de que pudiera conjurar una retahíla de palabras mordaces, la puerta de mi despacho se abrió con un chirrido y entró Sophia, con una taza de café en la mano.

La confusión se reflejó en mi rostro cuando ella se acercó, con una inesperada calma en sus ojos. "Sophia, ¿por qué estás aquí? Creí que te encargarías de la cancelación".

Sophia sonrió con picardía y me tendió la taza humeante. "Sí, jefe, pero te olvidas de algo. Siempre dices que una taza de café puede mejorarle el día a cualquiera". Sophia me conocía bien, a veces demasiado bien para mi gusto, pero tenía razón.

Hice una pausa, mi ira se desvaneció mientras aceptaba la taza caliente. Era cierto; en medio de mi frustración, había olvidado momentáneamente mi propio consejo. Con un profundo suspiro, tomé un sorbo, sintiendo cómo el amargor de mi lengua se transformaba lentamente en una reconfortante calidez.

"Lo siento, Sophia", murmuré, reconociendo por fin la irracionalidad de mi enfado. "Fue injusto por mi parte enfadarme tanto por algo tan trivial". Estaba ocultando la verdadera naturaleza de mi rabia.

Sophia asintió con un brillo comprensivo en los ojos. "Todos tenemos nuestros momentos, jefe". Sophia salió con la misma elegancia con la que había entrado; era como si pudiera caminar en el aire. Oí cómo se cerraba la puerta e intenté tranquilizarme.

Sentado detrás de mi escritorio, esperando impaciente la llegada de Laura, mi mente era un torbellino de emociones encontradas. No era un día cualquiera para mí: la chica con la que tenía programada la entrevista era alguien con quien había tenido una aventura de una noche. Los recuerdos de nuestro romance me trajeron una extraña mezcla de rabia, decepción y nostalgia.

Los minutos parecían convertirse en horas, y justo cuando parecía perder la esperanza, la puerta se abrió de golpe y allí estaba ella, sin aliento y nerviosa. Su sola presencia tenía el poder de despertar emociones dormidas en mí.

"¡Fuera; has perdido el tren!" exclamé sin vacilar. La rabia se había apoderado de mí y perdí totalmente el control.

Laura se quedó helada. Era como si hubiera visto un fantasma. No podía decir ni una palabra. ¿No me reconocía? ¿No sabía quién era?

Le lancé una mirada de desaprobación, con la esperanza de transmitir mi enfado a través de mi mirada. Ella captó mi mirada, y hubo un parpadeo momentáneo de reconocimiento.

"¿No vas a decir nada?" Mi ira volvió a hablar. Le hice un gesto para que se marchara. Mi mente iba a mil por hora, dividida entre querer confrontarla sobre nuestro pasado y perder cualquier posible fachada de profesionalidad. Su perfume era embriagador y me estaba volviendo loco. Me perdí en sus profundos ojos azules, esos ojos que ahora me miraban perplejos.

"Lo siento mucho". Finalmente balbuceó, con voz apenas audible. "El tráfico era inusualmente denso, y no pude", hizo una pausa, tal vez dándose cuenta de la inutilidad de sus excusas. "Pido sinceras disculpas por las molestias".

Mi rostro se ablandó ligeramente con sólo escucharla susurrar. Me trasladé a aquella noche en la que estaba desnudo en el sofá junto a ella, un mueble que sin duda aún olía a ella. Sin embargo, mi frustración seguía siendo evidente. "Aquí no se tolera a los que llegan tarde", afirmé con firmeza.

"Llegas tarde", continué secamente, incapaz de ocultar mi irritación. "Teníamos un acuerdo, ¿no? Le dijiste a Sophia que estarías aquí a la hora acordada. ¿Verdad? Puse los ojos en blanco, mostrando mi enfado.

Asintió con la cabeza, mirando hacia abajo como si buscara las palabras adecuadas. "Me quedé atrapada en un atasco y el metro se averió. Le juro que no fue intencionado". Sabía que decía la verdad; sin embargo, la rabia irracional provocada por aquel atisbo de rechazo me hacía muy difícil creerla o centrarme en el asunto que tenía entre manos.

Resoplé sin molestarme en ocultar mi escepticismo. "¿Problemas con el transporte público? Menuda excusa".

Sus ojos parpadearon con una mezcla de culpa y desesperación. "Por favor, tiene que creerme. He esperado tanto tiempo esta oportunidad; por favor, déjeme compensarselo". Se mordió el labio inferior, su rostro era una máscara de remordimiento.

Suspiré, el peso de sus palabras me golpeó más fuerte de lo que esperaba.

No pude evitar recordar la pasión que compartíamos y la forma en que congeniamos sin esfuerzo aquella noche, allí mismo, en mi club y en mi despacho. A juzgar por sus palabras y su estado de ánimo, también parecía que la vida no había sido amable con ella, y no pude evitar sentir una punzada de culpabilidad por haber contribuido a su situación actual. Sus ojos se ablandaron, suplicando en silencio que la perdonara. "Lo siento de verdad. Sé que metí la pata, pero haré lo que sea para arreglarlo". "Lo que sea para arreglarlo" sonaba de algún modo tentador, pero no, ésa no era la forma de llevar las cosas, pensé para mis adentros.

"Muy bien, siéntate". Le hice un gesto para que se sentara en la silla frente a mí. Su aroma era tan embriagador que tuve que hacer un esfuerzo para recuperar la compostura. La miré a los ojos,

buscando cualquier atisbo de sinceridad. "Bien, demuéstramelo. Hazlo bien".

Su rostro se iluminó, un destello de esperanza se encendió en su interior. "Lo haré, se lo prometo. No volveré a decepcionarle".

Laura era una mujer cautivadora con una personalidad vibrante. Derrochaba feminidad y sensualidad. Cuando empecé a preguntarle por su experiencia laboral y sus aptitudes, no pude evitar sentirme atraído por su encanto y su inteligencia. Había una conexión innegable entre nosotros, algo que las palabras por sí solas no podrían explicar.

A medida que avanzaba la entrevista, entablamos una animada conversación, intercambiando ideas y opiniones como si nos conociéramos desde hacía años. Parecía que bailábamos sobre la delgada línea que separa la profesionalidad de algo más íntimo. Nuestras miradas se cruzaron y en ese momento supe que había una chispa, una atracción magnética, a la que no podía resistirme. Pero también supe que cruzar esa línea sería una traición a la ética profesional. Una contradicción que no podía ignorar.

"¿Crees en asumir riesgos?" pregunté, intentando desesperadamente mantener una apariencia de normalidad.

Laura asintió, sus ojos brillando con un toque de picardía. "Por supuesto. Creo que cuando salimos de nuestra zona de confort es cuando crecemos de verdad. Es cuando descubrimos quiénes somos realmente". No sabía si me gustaba o no aquella respuesta. Esta chica era tan guapa como inteligente. Era muy difícil mantener la calma y no saltar sobre ella en el sitio. Por no hablar de que la idea de trabajar con ella tan de cerca era muy arriesgada.

"Laura", empecé titubeando, "hay algo que debemos tener claro. Tenemos una historia. La noche que pasamos juntos no puede interferir en este proyecto. Esto es estrictamente profesional y estrictamente de negocios. ¿Lo has entendido?"

Sus ojos se abrieron de par en par y, por un momento, el tiempo se detuvo. "No esperaba que dijeras eso", balbuceó, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Sé que esto podría cambiarlo todo", continué, con la voz llena de dudas. "Pero te aseguro que mi juicio profesional no se verá empañado. Tenemos que separar el pasado del presente". Esto es imprescindible.

Laura respiró hondo y su mirada se clavó en la mía. "No se trata sólo de tu capacidad para juzgar objetivamente. No nos detengamos en el pasado. Estoy aquí para demostrar porqué soy la candidata perfecta para este puesto. Y tal vez, sólo tal vez, podamos enterrar nuestra historia junto con ella".

Sus palabras me golpearon como un rayo. Tenía razón. ¿Cómo podíamos esperar construir una relación profesional cuando nuestras historias personales estaban enredadas? Nos dimos cuenta de que teníamos que tomar una decisión.

Aliviado y agradecido por su sensatez, asentí con la cabeza. Sus ojos brillaban de expectación. Respiré hondo y le dije: "De acuerdo Laura. El puesto es tuyo. Ahora demuéstreme que puedes hacer las cosas bien".

La expresión de Laura pasó de la perplejidad a la pura alegría al recibir la noticia.

"Gracias por la oportunidad. Siempre he admirado su compañía". Su voz estaba llena de felicidad y alivio.

En ese mismo instante, quedó claro que nuestra conexión superaba los límites de una simple aventura de una noche. Pero tenía que ser prudente. Yo era un hombre diferente a aquel de mi juventud, o eso creía.

"Vale, Laura, supongo que te veré el lunes". Mi voz sonaba ahora más tranquila, incluso jovial, me atrevería a decir. No estaba seguro de nada en ese momento, pero estaba dispuesto a intentarlo. Por ahora, sólo tendría que asegurarme de que mis pantalones no nublaran mi juicio. Sabía que esto iba a ser más que difícil; sin embargo, me lo tomaría como una prueba.

Sonrió, con los ojos brillantes de expectación. "Por supuesto", dijo. "Estoy ansiosa por empezar y hacer una contribución significativa a la empresa".

Cuando se dio la vuelta para marcharse, ya se me había pasado el enfado. Me invadió una mezcla de inquietud y curiosidad. ¿Merecía la pena arriesgarlo todo por este curioso acontecimiento? ¿O no era más que otro paso hacia una caída inevitable? Sólo el tiempo revelaría las respuestas que yacían enterradas entre las enmarañadas sábanas de nuestros secretos compartidos.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Mientras el sol brillaba a través de las persianas, iluminando la habitación, me senté ansiosamente en mi escritorio, jugueteando con un bolígrafo. Hacía sólo un par de horas que había regresado a mi pequeño piso y me invadía un torbellino de emociones. Mi hermana, que vivía en otra parte de la ciudad, había decidido hacerme una visita para que pudiera compartir la increíble noticia como es debido. Durante la charla telefónica previa, le expresé algunas de mis dudas acerca de aceptar este trabajo, intentando disimular que había detalles íntimos que no podía compartir. Ella siempre sabía cuándo la necesitaba más.

Oí que llamaban a la puerta y el corazón me dio un vuelco. Me apresuré a recibirla, abrazándola con fuerza. Siempre había sido mi confidente, la única persona que me conocía al dedillo. Nos acomodamos en el salón, saboreando humeantes tazas de té.

"Entonces, Laura, ¿cómo te sentiste durante la entrevista?". preguntó Tiffany, con los ojos llenos de auténtica curiosidad.

Me detuve un momento, sin saber qué contestar. "Bueno, fue diferente", admití a regañadientes. "La gente es agradable y el trabajo parece prometedor, pero no puedo evitar sentir que no pertenezco a ese lugar". Intenté omitir todo lo que pude el hecho de que mi jefe y yo habíamos intimado apenas unos días antes.

Tiffany frunció el ceño, con evidente preocupación en su expresión. "¿Por qué, Laura? ¡Estabas tan emocionada cuando recibiste la oferta de trabajo! ¿Qué te hace dudar de ti misma ahora?".

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos. "Es difícil de explicar, Tiffany. Es como si este trabajo no se alineara con lo que realmente soy; ciertamente satisface mis pasiones y sueños, pero siento como si hubiera asumido algo extremadamente complicado, tomando el camino fácil ya que estaba desesperada."

Tiffany se inclinó hacia delante, dispuesta a escuchar. "Laura, ¿recuerdas cuando éramos niñas y soñabas con marcar la diferencia en el mundo? ¿Qué tal usar tu creatividad para inspirar a otros? Mira lo que hiciste por mí. Todos esos sacrificios. Me ayudaste cuando más lo necesitaba. Me cambiaste la vida. No sé tú, pero yo todavía veo esa luz en ti. No dejes que se apague".

Sus palabras me golpearon con fuerza despertando un fuego latente en mi interior. Mi hermana pequeña siempre veía las cosas con más claridad que yo. Sin embargo, la duda me roía insistentemente.

"¿Está mal tener dudas, Tiffany? Cuestionar mis decisiones, he pasado tanto tiempo intentando encontrar el lugar adecuado para mí, y ahora me pregunto si lo hice por las razones correctas", susurré, con la voz entrecortada por la incertidumbre.

Tiffany se echó hacia atrás, con la mirada distante pero decidida. "Laura, la duda forma parte del crecimiento. Nos obliga a evaluar nuestras elecciones y a encontrar nuestro verdadero propósito. Nunca es demasiado tarde para cambiar de camino si no hace cantar a tu corazón".

Reflexioné sobre sus palabras, con la frustración y la confusión entrelazándose en mi mente. "¿Pero qué pasa con la seguridad de un trabajo estable? ¿Y las expectativas que tengo que cumplir?".

"Laura". La voz de Tiffany era suave pero firme. "Podemos pasarnos la vida persiguiendo expectativas y normas sociales, o podemos allanar nuestro propio camino, siguiendo nuestras pasiones. Confía en ti misma, confía en tus habilidades y, lo más importante, confía en la visión que tienes de tu vida".

Revisé de nuevo sus palabras y las comparé con mi situación actual. ¿Podría estar poniendo en peligro mi trabajo por una relación personal? Una relación que no podía revelar. Esa noche que nunca ocurrió".

Perdí la noción del tiempo; los minutos o las horas se habían llenado de pensamientos profundos y recuerdos compartidos, pero a medida que pasaba el tiempo, la conversación viró hacia lo agri dulce. No podía revelar mis planes de embarcarme en un viaje que podría ser todo o nada. Mi corazón se hundió cuando sus palabras resonaron en mi mente.

"¿Te vas?" pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras Tiffany se levantaba y se preparaba para salir.

Sus ojos se encontraron con los míos. "Tienes que encontrarte a ti misma, descubrir quién eres de verdad fuera de los límites de tu zona de confort", dijo con voz decidida. "Te quiero. Ahora es tu momento de brillar, cariño. Tengo que irme a trabajar".

Después de lo que me pareció una eternidad, nos abrazamos, agarrándonos la una a la otra como si tuviéramos miedo de soltarnos. Nos quedamos en ese momento, con un silencio interrumpido únicamente por el sonido de mis sollozos ahogados. El tiempo parecía haberse detenido mientras el peso de nuestra conexión nos envolvía.

Cuando Tiffany se marchó, me senté sola en mi habitación y el silencio se tragó el espacio vacío que antes había estado lleno de sueños y esperanza.

Me senté sola en mi habitación, volvió la familiar soledad. Desde que mi hermana se fue a la universidad, yo hablaba sola, buscando su voz familiar y su compañía.

Mientras paseaba nerviosa por el pequeño dormitorio de mi piso compartido sabiendo que no podía mantener este secreto oculto por más tiempo, me armé de valor para confesar mi secreto a alguien. "Pero, ¿a quién? me preguntaba una y otra vez.

De repente, mientras murmuraba para mis adentros los acontecimientos del día, oí que llamaban a mi puerta. "Pasa, grité". Mi compañero de piso, John, entró en la habitación con una expresión curiosa en el rostro. A John siempre le había atraído un buen cotilleo, así que supe que había captado su atención. Se apoyó en el marco de la puerta y me miró fijamente.

"¿Qué pasa por tu cabecita?" preguntó John, con una mirada divertida.

Levanté la vista, sobresaltada. "Oh, nada en realidad. Sólo hablaba sola, ya sabes".

John alzó una ceja, una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro. "Oh, ya veo. ¿Te importaría si me uno a esta conversación, o ya estás metida en una discusión contigo misma?".

Solté una risita nerviosa, no estaba acostumbrada a compartir mis momentos privados con nadie.

"Bueno, supongo que una tercera opinión no vendría mal. ¿Qué tienes en mente?"

John cerró la puerta tras de sí y acercó una silla a mi lado. "Siempre me han intrigado las historias que se esconden entre líneas, los secretos que la gente oculta al mundo. Así que cuéntamelo. Cuéntame tu secreto más profundo y oscuro".

Dudé momentáneamente, insegura de si estaba preparada para revelar la verdad enterrada en los rincones de mi corazón. Pero algo en el genuino interés de Johnny y en su disposición a compartir mi vulnerabilidad me hizo sentir segura.

Respirando hondo, empecé a hablar. "Muy bien, John. Allá vamos. ¿Recuerdas mi entrevista de trabajo, la de los Garrido?"

Los ojos de John se abrieron de par en par. "¿Los Garrido? ¿Dónde fue?"

"Yo... necesito decirte algo", tartamudeé, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

"¿Conoces a Richard Garrido? Es el propietario de La Mona Lisa , entre otras galerías".

John asintió lentamente, su expresión se volvió contemplativa. "Sí, todo el mundo conoce a Ricardo Garrido, pero ¿qué tiene eso que ver?".

Tragué con fuerza, con el corazón latiéndome en el pecho. "Bueno, John, esta entrevista de trabajo fue algo más que trabajo. Richard y yo tuvimos un rollo de una noche, y no puedo quitármelo de encima".

Tomé asiento en el sofá y le conté la historia de la inesperada aventura que había surgido entre mi jefe y yo. Mi voz temblaba con cada palabra mientras revelaba los sentimientos que había experimentado, la culpa que había cargado y la confusión que me había consumido.

John escuchó atentamente, con una expresión mezcla de compasión y sorpresa. Cuando por fin terminé permaneció en silencio, procesando la revelación. Esperé su reacción, preparándome para la ira o la decepción.

"Oh, no te preocupes, cariño", dijo John suavemente, en un gesto de comprensión y apoyo. "Me alegro de que me lo hayas contado. Hace falta mucho valor para confesar algo así".

Se me llenaron los ojos de lágrimas, abrumada por su inesperada respuesta. "Lo siento mucho, John. Nunca quise que pasara nada de esto".

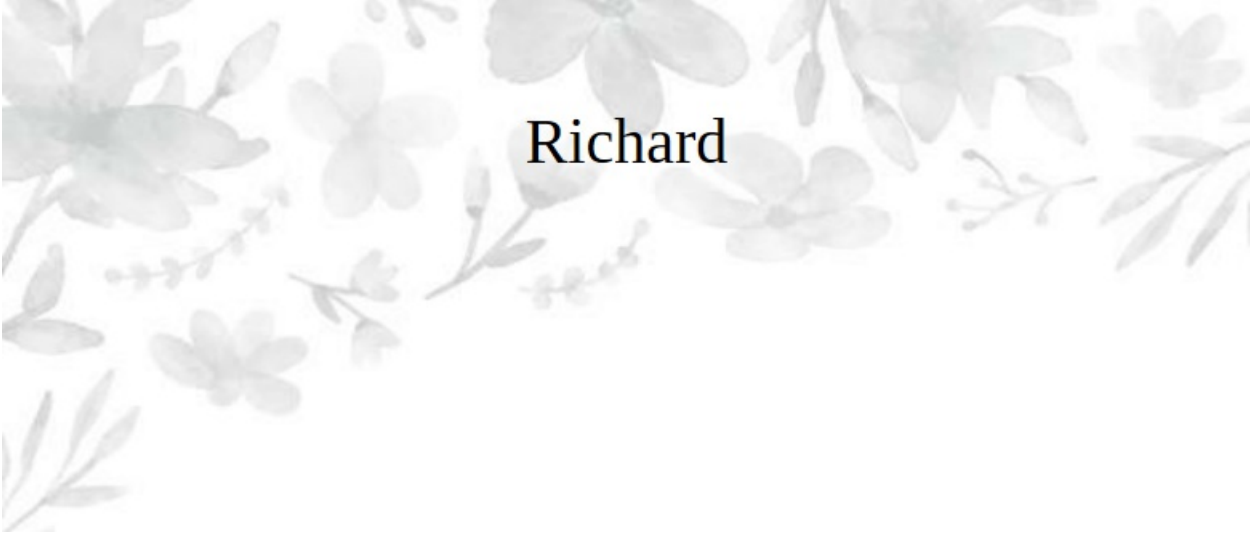
Extendió la mano y me la apretó con suavidad, ofreciéndome una sonrisa tranquilizadora. "La vida puede ser un lío a veces, pero para mí, no has hecho nada malo, cariño".

Sus palabras abrieron una compuerta de emociones en mi interior. Me invadieron la gratitud, el alivio y una renovada sensación de esperanza. Me sentí aliviada por haberme desahogado, pero lo más importante es que sentí un inmenso aprecio por el inquebrantable apoyo de John.

"Laura, soy tu amigo; siempre estaré aquí para ti", me aseguró. "Si necesitas a alguien con quien hablar o si tienes dificultades, quiero que sepas que sólo estoy a una conversación de distancia".

Juntos, nos sentamos en silencio, el peso de mi secreto disipándose poco a poco. En ese momento, me di cuenta de la verdadera profundidad de la amistad de John.

"Gracias, John; ahora me siento mucho mejor". Decía medias verdades, pero eso era lo más lejos que podía llegar emocionalmente. Me sentí de alguna manera aliviada después de confesar mi "pecado" y de haber sido comprendido por alguien cercano a mí. ¿Redención? Ni mucho menos. Sin embargo, me sentía más preparada para emprender esta nueva aventura, al menos más preparada que unas horas antes. ¿Cómo me relacionaría con Richard a nivel profesional? Estaba loca por él, pero necesitaba ocultar esos sentimientos al mundo. Iba a pasar a la acción y poner en marcha este trabajo a nivel profesional. Mi desastre emocional necesitaba limpieza, pero tendría que esperar.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Me senté en mi escritorio, mirando fijamente la pantalla del ordenador, con la mente llena de dudas y una pesada carga que sólo yo conocía. La mujer que acababa de contratar era perfecta para el puesto, pero algo en ella me hacía cuestionar mi decisión. Tenía un secreto, un secreto que la involucraba a ella y a una aventura prohibida que había tenido lugar hacía sólo unos días. Me guardé ese secreto, enterrándolo en lo más profundo de mi conciencia. La culpa me carcomía, roía cada uno de mis pensamientos. No podía evitar preguntarme si Laura sabía que la había elegido para el puesto, no sólo por su cualificación, sino por razones más ilícitas y personales.

Aquella noche, tras un día especialmente largo y duro en la oficina, decidí contárselo a mi amigo y colega Harry mientras tomábamos un par de copas.

Entré en nuestro bar favorito, con el aroma familiar de la madera añeja y el whisky llenando el aire. La sala, tenuemente iluminada, estaba adornada con adornos antiguos y fotografías enmarcadas, cada una de las cuales contaba su propia historia. La suave música de jazz que sonaba de fondo creaba un ambiente relajante que atraía a la gente como polillas a la luz. Este era nuestro bar favorito. Estaba muy cerca del Mona Lisa, pero lo suficientemente lejos como para que pudiéramos tener algo de intimidad.

Cuando me dirigí a nuestro habitual reservado de la esquina, vi a mi amigo sentado allí, bebiendo un vaso de su whisky favorito. Con una cálida sonrisa, me uní a él, sintiendo una inmediata sensación de tranquilidad mientras nos acomodábamos en nuestra cómoda rutina.

"Hola, forastero", saludé a Harry, apreciando las líneas grabadas en su rostro que denotaban una vida bien vivida.

"¿Qué tal, jefe?" Respondió con una risita, levantando su vaso y chocándolo contra el mío. "Me alegro de verte. Ha sido un día infernal, déjame decirte".

Intercambiamos anécdotas, poniéndonos al día de los acontecimientos de nuestros trabajos mientras saboreábamos el suave sabor de las bebidas que habíamos elegido. Pero no tardamos en hablar de algo más urgente: mi nueva ayudante. Abordé el tema con cuidado de no revelar la aventura de una noche que había tenido con ella.

"Harry, no sé qué hacer", empecé, con la voz teñida de ansiedad. "Tengo dudas sobre la mujer que he contratado. Es decir, es la persona adecuada para el trabajo, pero hay algo raro en ella".

John levantó una ceja, estudiándome atentamente como si intuyera que había algo más en mis preocupaciones. "¿Qué quieres decir con algo raro? ¿Ya ha metido la pata? Ni siquiera ha empezado a trabajar para nosotros".

"No, no es eso", respondí, con la voz apenas por encima de un susurro. "No puedo evitar sentirme culpable cada vez que la veo. Hay un secreto que he estado guardando, uno que me involucra a mí y a mi pasado, pero no me atrevo a contárselo a nadie."

Harry se inclinó más hacia él, con los ojos llenos de preocupación. "¿Qué secreto? ¿Pasa algo entre vosotros dos?"

Negué con la cabeza, los nervios se apoderaban de mí. "No, no es lo que estás pensando. Es algo del pasado, algo que creí haber dejado atrás. Tuve una aventura con Sophia, Harry. Y ahora todo es... complicado".

Harry abrió los ojos, sorprendido, y su expresión pasó de la preocupación a la incredulidad.

"Espera, ¿tuviste una aventura con Sophia? ¿Estás loco? Eres su jefe, por el amor de Dios".

Asentí, sintiendo el peso de mis indiscreciones sobre mí. "Lo sé, Harry, lo sé. Fue un terrible error, y me he arrepentido desde entonces. Pero no puedo ponerlo todo en peligro contándole la verdad a Laura". Podría asustarse y abandonar. Sólo estaba revelando lo que creía necesario para que Harry me consolara. No iba a confesar que lo que realmente me preocupaba era la situación actual. Laura me atraía muchísimo y no quería cometer el mismo error que había cometido con Sophia.

Harry suspiró, pellizcándose el puente de la nariz. "Mira, amigo mío, comprendo que la culpa te corroe, pero tomaste una decisión. La elegiste a ella para el trabajo, y ahora tienes que vivir con eso, sea la decisión correcta o no. ¿Tienes miedo de que Sophia le diga algo?"

"No, claro que no", mentí entre dientes. Le di un sorbo a mi Bourbon y me detuve un segundo.

"Además, ya no soy el hombre que era antes", pronuncié con seguridad.

De alguna manera, Harry tenía razón; tenía que vivir con las consecuencias de mis actos. Tenía un secreto que llevaría conmigo, una carga que sólo yo soportaría.

Harry me miró con compasión. "Mira, todos cometemos errores. Lo que importa ahora es que seas sincera al respecto. Todos tenemos nuestro pasado, pero no define quiénes somos hoy", me tranquilizó con una cálida sonrisa. "Hoy eres un hombre diferente; estoy seguro de que no volverás a caer en esa trampa".

"Gracias, Harry. Tu comprensión significa mucho para mí", susurré con sinceridad. Luego bebí otro sorbo de Bourbon. Me había consolado de la mejor manera que había podido; sin embargo, era yo la que al final tendría que dar la cara y demostrar que estaba equivocado.

Sólo el tiempo lo diría...

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Al cruzar las puertas de la prestigiosa galería de arte "Mona Lisa", no pude evitar sentir una mezcla de emoción y nervios. Tras meses de incansables solicitudes y contactos, por fin había conseguido un puesto de asistente en una de las galerías de arte más prestigiosas de la ciudad. No sabía que mi primer día sería una experiencia inolvidable. Mientras me familiarizaba con la disposición de la galería, me fijé en una mujer que se movía con elegancia entre las obras de arte y estudiaba con atención cada pincelada. Intrigada, me acerqué a ella con una sonrisa.

"Hola, soy Laura, la nueva ayudante. Tú debes de ser Sophia, la subdirectora", le dije tendiéndole la mano.

Sophia se volvió hacia mí, sus ojos oscuros brillaban con conocimiento y pasión. "Sí, soy yo. Es un placer conocerte, Laura. Bienvenida a la Galería Garrido, "Mona Lisa". Confío en que te apasione el arte".

Su voz era tan suave y cautivadora como las obras de arte que nos rodeaban. Asentí con entusiasmo, incapaz de ocultar mi entusiasmo. "¡Claro que sí! Siempre me ha cautivado la forma en que el arte puede evocar emociones y expresar ideas complejas. No puedo creer que pueda trabajar en un espacio tan impresionante".

Los ojos de Sophia se iluminaron, aparentemente complacida por mi respuesta. "El arte toca el alma, ¿verdad? Tenemos suerte de estar rodeados de tanta belleza cada día. Pero le advierto que esta galería no se dedica sólo a vender arte, sino a organizar experiencias".

Sentí un cosquilleo de curiosidad y me acerqué, ansiosa por saber más. "¿Experiencias? ¿Cómo lo hacemos?" Mi mente se fue a otra parte durante una fracción de segundo, y me di cuenta de que estaba en la misma habitación en la que había estado con Richard aquella "noche secreta". Sus palabras abrieron la caja de Pandora, que yo había guardado celosamente, y por eso desaparecí por un momento.

Sophia sonrió misteriosamente antes de hacerme señas para que la siguiera. Caminamos por la galería y nos detuvimos ante un cuadro abstracto que parecía bailar con colores vibrantes. La energía de Sophia era contagiosa, y me encontré pendiente de cada una de sus palabras.

"Nuestro objetivo no es sólo exponer arte, sino crear una atmósfera en la que los visitantes puedan sumergirse de verdad en cada obra. Nos esforzamos por involucrar a los cinco sentidos, haciendo que el arte cobre vida de una manera que deje una impresión duradera", explicó, con voz emocionada. "Este es el objetivo del Sr. Garrido, nuestro Director General. Creo que ya lo conoces, ¿verdad?".

Mi mente empezó a correr como un caballo loco, un torbellino de emociones encontradas. No era un día cualquiera para mí, en absoluto. Mi excitación se convirtió en miedo. ¿Estaba al tanto de mi encuentro secreto con Richard en aquel mismo lugar? No, imposible, pensé. Estaba siendo paranoica y, sin embargo, los recuerdos de aquella noche seguían golpeando mi débil mente mientras intentaba mantenerme estoica. De repente, podía olerle, verle y casi tocarle. Lo peor era que deseaba apasionadamente que fuera cierto.

Mientras recorríamos las distintas secciones de la galería, me fijé en un hombre que miraba un cuadro desde lejos. ¡Dios mío! Era Richard. Me quería morir allí mismo. Tenía un aire de autoridad y confianza, y no podía evitar sentirme atraída por él. Sophia se dio cuenta de mi mirada y sonrió con picardía.

"Ah, es Richard, nuestro jefe", susurró, aunque sus ojos brillaban de emoción. "Ya os conocisteis durante la entrevista, ¿recuerdas?". Es un poco misterioso, pero tiene un talento increíble. No dejes que te distraiga demasiado. Tenemos mucho trabajo que hacer".

Me sonrojé, avergonzada de que mi atracción hubiera sido tan evidente. Sin embargo, el tono juguetón de Sophia me tranquilizó.

Justo cuando discutíamos cómo organizar una nueva exposición, Richard apareció a nuestro lado, con la mirada fija en la obra de arte que estábamos comentando. Mi corazón dio un vuelco y esperé que no notara el nuevo aleteo en mi pecho.

"Ah, Sophia, excelentes elecciones", dijo Richard, con voz suave pero autoritaria. "Confío plenamente en tu criterio. ¿Cómo te va hasta ahora, Laura?"

Asentí nerviosa, incapaz de formar una frase coherente. Richard me estudió durante un momento, aparentemente divertido por mi reacción. "Todo esto es maravilloso; gracias", jadeé finalmente con voz temblorosa.

"Bueno, bienvenida a bordo. Tenemos grandes planes para esta galería y estoy seguro de que harás grandes cosas aquí", dijo. Sus palabras me hicieron derretirme al revivir los momentos

mágicos que compartimos en aquel lugar tan sólo unos días antes. Era increíble cómo podía mantener la calma en una situación así. ¿Acaso yo no era más que una mota de polvo para él? Sophia se dio cuenta de mi cambio de actitud y me dedicó una discreta sonrisa de complicidad. Se excusó, dejándonos solos a Richard y a mí, rodeados de las obras maestras que forjaron nuestro vínculo secreto.

"Veo que te has instalado bien", dijo Richard, su voz cortó el silencio.

Volví a asentir, luchando por mantener la compostura. "Sí, Sophia ha sido una mentora increíble, enseñándome los entresijos de la galería".

Los ojos de Richard se clavaron en los míos y, por un momento, sentí como si el tiempo se hubiera detenido. "Debe de ver potencial en ti, igual que yo".

Sus palabras me provocaron un escalofrío, reavivando la intensidad de nuestro romance oculto. Aparté la mirada, con mis sentimientos encontrados amenazando con consumirme. Quería acercarme a Richard, sentir su tacto y perderme en nuestra pasión compartida. Pero había demasiado en juego, y el riesgo de perder mi nuevo trabajo era algo que no podía permitirme.

Tragándome el nudo que tenía en la garganta, reuní fuerzas para hablar. "Richard, agradezco tu fe en mí. No quiero otra cosa que destacar en esta galería y contribuir a su éxito". Mis palabras eran sinceras, pero la verdad oculta permanecía bajo la superficie.

Un destello de decepción cruzó su rostro antes de serenarse, manteniendo su fachada profesional. "Lo comprendo", respondió, con un deje de pesar en su voz. "Tu talento es evidente y no dudo de que dejarás huella aquí".

Richard se dio la vuelta y se marchó, dejándome luchando con mis deseos contradictorios y el peso del secreto que compartíamos.

De repente, sin venir a cuento, se dio la vuelta y dijo: "Quizá deberíamos cenar juntos esta noche". A las 20:30, ¿vale? Hay un nuevo restaurante italiano que me muero por probar", dijo, con los ojos brillando de expectación. Puedo enviar a Troy a recogerte". Mientras Richard seguía hablando, sus palabras se volvían borrosas, perdidas en el torbellino de mis pensamientos. Observaba el movimiento de sus labios, embelesada por cada una de sus palabras, pero apenas registraba lo que decía. Con el mayor esfuerzo, logré reunir mis sentidos y responder.

"Me encantaría", dije por fin, sólo para darme cuenta de que mi voz había traicionado la confusión que se arremolinaba en mi interior. "Quiero decir, por supuesto, señor Garrido. Estaré encantada de acompañarle". Me había pillado desprevenida y tartamudeé un momento antes de encontrar por fin la voz.

Mi mente era un huracán de emociones contradictorias mientras me preparaba para la velada. La emoción y el nerviosismo me invadían, insegura de lo que realmente significaba esta invitación a cenar. ¿Era sólo un gesto amistoso o podía ser algo más? Me tenía comiendo de su mano. Su presencia llenaba el espacio con su exuberante masculinidad.

"Por favor, llámame Richard. No hay necesidad de formalidades", dijo con una sonrisa misteriosa en la cara.

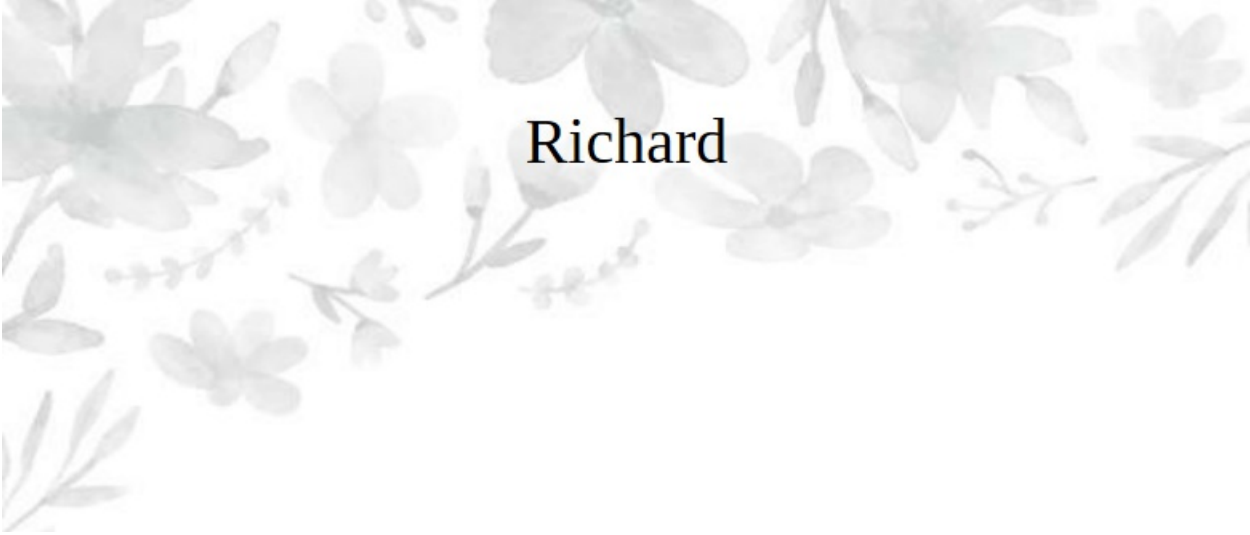
Pronunciar un simple "sí" parecía casi imposible mientras mi cerebro se apresuraba a encontrarle sentido a la situación. ¿Cómo debía interpretarlo? El corazón me latía con fuerza en el pecho. La línea entre lo profesional y lo personal se había difuminado y mi mente daba vueltas, perdida en esta conexión inesperada.

Richard me miró con discernimiento, sus ojos parpadeaban con una comprensión tácita. Parecía como si percibiera mi agitación interior. Su expresión se suavizó y en la comisura de sus labios se dibujó una sonrisa.

"Genial", dijo, rompiendo la tensión. "Troy te recogerá a las ocho, entonces".

Asentí, emocionada y asustada a la vez por lo que me esperaba. Richard se despidió de mí y salió de la galería, dejándome a solas con mis pensamientos acelerados.

Sabía que mi viaje al "Mona Lisa" no había hecho más que empezar. Mientras navegaba por las complejidades del arte, también tenía que navegar por las complejidades de mi corazón.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

El sol empezaba a ponerse en un atardecer pintoresco, y el horizonte de Manhattan era impresionante.

Troy había recogido a Laura para llevarnos a cenar a un acogedor restaurante italiano. Era su primer día de trabajo, y yo quería celebrar su exitosa incorporación a nuestro equipo, pero tampoco podía evitar mi deseo de estar a solas con ella, y eso me ponía en conflicto.

Esperé fuera del "Babbo Giuseppe" unos minutos, hasta que la limusina de Troy hizo una majestuosa aparición en el pequeño callejón.

Troy abrió la puerta a Laura y ella salió del vehículo. Mis ojos no pudieron evitar quedar cautivados al ver a Laura salir de la reluciente limusina negra. Las luces de la calle parecían bailar a su alrededor, resaltando sus gráciles movimientos e iluminando su radiante belleza.

Vestida con un elegante y vaporoso vestido del color de la medianoche, Laura parecía sacada de un cuento de hadas. El vestido se ceñía a sus curvas en todos los lugares adecuados, acentuando su esbelta figura. Los delicados detalles de encaje añadían un toque de feminidad, mientras que la atrevida abertura hasta el muslo insinuaba un oculto sentido de la aventura.

Era incapaz de contener mi excitación. Me acerqué a ella con una sonrisa en la cara y la saludé.

"Laura, estás absolutamente impresionante". exclamé, intentando ocultar el asombro en mi voz.

Sus profundos ojos esmeralda centellearon con picardía mientras respondía tímidamente: "Vaya, gracias". Sus palabras iban acompañadas de una sonrisa cálida y genuina que me hizo palpar el corazón.

Al entrar en el restaurante, el aroma a pan recién horneado y salsa de tomate hirviendo a fuego lento llena el aire y nos transportó instantáneamente al corazón de Italia. La luz suave y dorada proyectaba un cálido resplandor sobre el rústico interior, creando un ambiente acogedor. No podía dejar de pensar en lo guapa que estaba Laura en la penumbra. Su cabello oscuro en cascada

enmarcaba sus delicadas facciones, acentuando sus ojos brillantes y cautivadores. Una tímida sonrisa se dibujaba en sus labios, haciéndola aún más irresistible.

Nos acompañaron a una mesa cerca de la ventana, que ofrecía una hermosa vista de la bulliciosa calle exterior. La mesa estaba adornada con un mantel blanco, que añadía un aire de elegancia al ya de por sí encantador entorno. De fondo sonaba una suave música instrumental que realzaba la serenidad del ambiente. Mientras nos acomodábamos en nuestros asientos, no pude evitar sentir un revoloteo de nervios mezclado con emoción. Laura y yo teníamos una química innegable y me sentí atraído por su cautivadora presencia.

"¿Qué tal tu primer día en Mona Lisa?". pregunté, intentando llevar la conversación hacia algo informal.

Los ojos de Laura brillaban al recordar sus experiencias. "Fue fantástico. Todo el mundo fue muy acogedor y amable. Creo que he tomado la decisión correcta al unirme a esta empresa", responde entusiasmada.

No pude evitar sonreír ante su contagiosa energía. "Me alegra oír eso", le contesté, con la voz llena de auténtica felicidad. "Has impresionado a mucha gente desde el momento en que cruzaste esas puertas".

Cuando el camarero se acercó a nuestra mesa, centramos nuestra atención en el tentador menú. Cada plato estaba descrito con un detalle que hacía la boca agua, por lo que era difícil elegir. Con la recomendación del camarero, nos decidimos por un delicioso plato de pasta para mí y un exquisito salmón con mantequilla de limón para Laura.

Me recosté en el mullido cojín de mi asiento, saboreando el exquisito aroma de la pasta recién hecha que flotaba en el aire.

Miré a Laura y mi corazón se aceleró al notar su tímida sonrisa y el tono rosado que subía por sus mejillas cada vez que nuestras miradas se cruzaban. No podía evitar sentir una atracción magnética, una conexión innegable entre nosotros. Era una danza delicada, sabiendo la delgada línea por la que caminaba como su jefe, pero no podía negar el fuego que se encendía en mi interior cada vez que ella estaba cerca.

Nos sumergimos en la conversación y, a medida que avanzaba la noche, Laura se fue soltando poco a poco. Compartió su emoción por su primer día de trabajo en la Galería y se deshizo en elogios hacia las bellas obras de arte que había tenido la oportunidad de contemplar. La pasión de Laura por el arte brillaba a través de sus palabras, encendiendo una luz dentro de mí.

Con voz cada vez más animada, empezó a describir un encantador cuadro abstracto que le había llamado la atención. Colores vivos, pinceladas audaces y significados ocultos se entrelazaban

para crear una obra maestra que la dejó sin palabras. Entusiasmado por su descripción, me encontré pendiente de cada una de sus palabras.

El restaurante, tenuemente iluminado, ofrecía un ambiente romántico. La risa de Laura resonaba en el espacio, llenándolo de una calidez y una alegría que me parecieron irresistibles. La luz parpadeante de las velas se reflejaba en sus ojos, añadiendo un brillo hipnotizador.

Tras saborear nuestros últimos bocados de tiramisú, me armé de valor para expresar mi secreto deseo. "Laura, tu pasión por el arte es inspiradora, pero tu encanto es aún más cautivador".

Los ojos de Laura se abrieron de par en par, sorprendida, y su rubor aumentó mientras tartamudeaba: "No esperaba que dijeras eso, Richard". Su voz tembló ligeramente, una mezcla de vulnerabilidad y excitación.

Inclinándome más, con el corazón y otras partes de mi anatomía latiendo con fuerza, continué: "Laura, disfruto sinceramente de tu compañía. Fue una pena que nuestra noche se viera interrumpida por esa llamada; me he estado preguntando qué habría pasado si mi teléfono nunca hubiera sonado".

Laura me miró, un destello de esperanza brilló en sus ojos mientras susurraba: "Llevo haciéndome la misma pregunta desde entonces".

Coquetear con Laura durante cenas a la luz de las velas en restaurantes italianos no era suficiente para mí. Yo quería más.

"¿Te apetece tomar algo en mi casa? Te prometo que seré decente y me portaré bien", sugerí, esbozando mi sonrisa más genuina.

Los ojos de Laura brillaban de intriga mientras consideraba mi invitación. "¿Sabes qué? Eso suena a aventura. Y me gustan las aventuras, siempre que me sienta segura".

"No te preocupes, cariño; cuidaré bien de ti", respondí con aire de Don Juan. Estaba de caza, pero era un cazador elegante.

"Déjame llamar a Troy; él nos recogerá, y luego tú decides qué hacer".

Laura asintió nerviosa, con el rostro encendido. Sabía que lo deseaba tanto como yo, pero parecía que ninguno de los dos podía expresarlo correctamente.

Como acordamos, Troy nos esperaba fuera del "Babbo Giuseppe".

La tensión en el aire era palpable mientras Troy nos llevaba a mi casa. No podía evitar mirarla, cautivado por el brillo de sus ojos cuando reía.

Mientras el coche se acercaba al edificio de mi apartamento, traté de que Laura se sintiera cómoda. "¿Te vienes un rato? Podemos relajarnos y hablar", le sugerí con voz tranquila.

Laura me miró, con una leve sonrisa en los labios. "Supongo que una copa no me vendría mal. Después de todo, ha sido un día largo".

Al entrar en mi lujoso ático, la excitación corría por mis venas. Esta noche sería una noche para recordar, una noche de pasión desinhibida con Laura, la mujer que jugueteaba con mis emociones.

Los ventanales del suelo al techo ofrecían una vista impresionante del perfil de la ciudad. Las brillantes luces bailaban como estrellas sobre el oscuro telón de fondo de la noche, reflejando la expectación que se respiraba en el ambiente. De fondo sonaba una música suave que creaba un ambiente seductor acorde con nuestros deseos.

Entré en mi ático sintiendo el peso de la expectación crecer a cada paso. Nos instalamos en la acogedora sala de estar, donde la suave luz proyectaba un cálido resplandor.

Lara estaba de pie en medio de mi ático, vestida elegantemente con un vestido que abrazaba sus curvas en todos los lugares correctos, su sonrisa irradiaba calidez.

"Ven aquí", le dije con una sonrisa. Se acercó a mí y la conduje al salón, donde se oía de fondo una suave música de jazz. Cuando nos acomodamos en el sofá, nos serví a cada uno una copa de vino tinto, sintiendo cómo su aroma llenaba la habitación. Me armé de valor para pronunciar las palabras que había estado ensayando en mi mente. "Laura, me ha encantado conocerte y no puedo evitar sentir una conexión especial entre nosotros. Me preguntaba si te gustaría explorarla más a fondo".

Bebió un sorbo de vino sin apartar los ojos de los míos. "Yo también lo he sentido", susurró, con una sonrisa juguetona bailando en sus labios. "Me encantaría ver adónde nos lleva esta conexión, pero te advierto que no soy un partido fácil".

El ambiente se estaba volviendo muy intenso, y tenía pensamientos intrusivos, como un ángel y un demonio en cada hombro. Intenté retroceder, diciendo: "¿Qué te parece el sitio? ¿Te gusta? El horizonte se ve precioso desde aquí".

Se acercó más, con voz suave y burlona. "Sinceramente, no tengo ni idea de lo que está pasando. Pero debo decir que la vista desde aquí es mucho más cautivadora".

Me reí entre dientes, sintiendo una oleada de excitación mezclada con nervios que se acumulaba en mi interior. "Bueno, me alegro de que encuentres la vista interesante. Rara vez tengo un invitado tan impresionante en mi humilde morada".

Laura se sonrojó y sus mejillas adquirieron un hermoso tono rosado. Su reacción sólo la hizo más irresistible. "Tú también eres encantadora, si me permites decirlo". Le susurré.

Con un brillo travieso en los ojos, Laura se inclinó hacia mí y bajó la voz hasta susurrar. "Sabes, siempre me he preguntado cómo sería volver a besarte", confesó, con un rubor que subía por sus mejillas y los ojos llenos de una mezcla de anhelo y alegría. "He estado esperando a que hicieras un movimiento", confesó, extendiendo su mano para tocar la mía.

Con el corazón palpitante, me incliné hacia ella y nuestras rodillas se rozaron. "Reto aceptado", susurré, nuestras palabras teñidas con un toque de coqueteo. La química entre nosotros era electrizante y la tensión, palpable.

Cada palabra parecía profundizar nuestra conexión, avivando el fuego del deseo que ardía en nuestro interior. Cuando el reloj marcó la medianoche, nos perdimos en la magia del momento. Los dedos de Laura trazaban delicados dibujos en mi mano, provocándome escalofríos. "Nunca había sentido una conexión como ésta", confesó, con voz apenas por encima de un susurro.

Cada minuto que pasaba, me resultaba más difícil resistirme al abrumador deseo que corría por mis venas. Vi cómo los ojos de Laura bailaban de expectación, reflejando el ardiente deseo que yo sentía. Era como si el aire entre nosotros crepitara con electricidad.

En un momento de acuerdo tácito, nuestra conversación cesó y el silencio llenó la habitación. El peso de la expectación flotaba en el aire cuando nuestros ojos se encontraron y se cruzaron. En ese momento, las palabras se hicieron innecesarias, porque nuestros corazones hablaban un idioma que sólo el amor podía entender.

Me incliné lentamente, acortando la distancia que nos separaba, sintiendo el calor de su aliento en mis labios. El tiempo se detuvo cuando nuestros labios se encontraron por fin, el mundo se desvaneció en un hermoso borrón de sensaciones y felicidad. El beso fue suave al principio, una tierna exploración de suavidad y anhelo. Pero a medida que nos perdíamos en el ritmo embriagador de nuestros deseos, el beso se hizo más profundo, más apasionado y despertó un hambre que nos consumía a los dos.

Me fui a preparar todo en el dormitorio; era hora de pasar a la acción, y no iba a dejar escapar este momento. "Espera un momento, "Bonita", le dije, tratando de despertar sus deseos más íntimos.

Preparé el dormitorio con sumo cuidado. Adorné la cama con sedosas sábanas de satén, asegurándome de que cada arruga quedaba alisada. La luz parpadeante de las velas bailaba por las paredes, creando un ambiente íntimo y sensual. Una música suave y romántica creaba el ambiente perfecto para los apasionados momentos que nos aguardaban.

"Laura", dije con la voz entrecortada por la expectación y el deseo. Salió del pasillo con los ojos llenos del mismo anhelo que me consumía. La tenue luz proyectaba sombras tentadoras sobre su

rostro, resaltando sus delicados rasgos y acentuando su sensualidad.

Cuando Laura llegó, sus ojos se abrieron de par en par al contemplar el resplandeciente entorno. La chispa de deseo que brilló en su mirada me hizo sentir escalofríos. Nuestros ojos se cruzaron y, en ese momento, supimos que esta noche sería una noche inolvidable para los dos. Sin decir una palabra, estiré la mano para cogerla. Nuestros dedos se entrelazaron, creando una conexión electrizante que intensificó la intimidad entre nosotros. Caminamos hacia la cama, con la mirada fija el uno en el otro, nuestros corazones anhelando el apasionado encuentro que nos esperaba.

Podía sentir cómo el corazón de Laura se aceleraba mientras me seguía al suntuoso dormitorio. El aire estaba cargado de tensión sexual; cada paso era como acercarse a un territorio desconocido. Todos los objetos parecían formar parte de algún ritual erótico oculto, lo que aumentaba aún más el ambiente.

Finalmente, llegamos al santuario del deseo, un espacio adornado con sábanas de seda, velas titilantes y el tentador aroma de aceites exóticos. La habitación parecía respirar con expectación, como si fuera consciente de la intensidad de la pasión que estaba a punto de desatarse.

Laura me miró a los ojos, con una mirada llena de promesas tácitas. Su mano trazó suavemente el contorno de mi mandíbula, un toque ligero como una pluma que me produjo escalofríos. "He soñado con este momento", susurró, con voz apenas audible, como si temiera romper la delicada burbuja que nos rodeaba.

Un leve rugido de deseo se escapó de mis labios mientras la estrechaba entre mis brazos. Su cuerpo se fundió con el mío, el calor que irradiaba entre nosotros creó una intensa atracción magnética. Nuestros labios chocaron en un beso ardiente y apasionado, encendiendo una chispa que hizo arder nuestros cuerpos de deseo.

Laura temblaba de placer. Acaricié lentamente su hombro antes de dibujar suaves círculos a lo largo de su clavícula con ligeros toques, haciendo que la carne se le pusiera de gallina. Mis manos se deslizaron hacia abajo hasta llegar al dobladillo de su vestido, levantándolo hábilmente y dejando que la tela se deslizara por las curvas de su cuerpo, dejando poco a la imaginación.

Desnudé lentamente a Laura, saboreando cada tentador momento mientras exploraba cada curva y contorno de su cuerpo. Su piel suave y sedosa contra las yemas de mis dedos era pura euforia, un deleite sensorial que me dejaba sin aliento y hambriento de más.

La habitación se inundó con la embriagadora sinfonía de nuestros gemidos y jadeos compartidos, el ritmo de nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. Cada caricia y cada tierno roce lo decían todo sin necesidad de palabras, un lenguaje que sólo dos amantes tan profundamente entrelazados podían entender.

Con la cara cómodamente acurrucada contra mi pecho, oyó el latido constante de mi corazón, que latía bajo su oído, a un ritmo que reflejaba el deseo que corría por nuestras venas. Nos abrazamos con ternura, besándonos suavemente al principio y luego con fiereza, explorando apasionadamente nuestras bocas con la lengua. El hambre mutua había estado hirviendo a fuego lento desde el momento en que nos conocimos y ahora, por fin, se había hecho realidad por segunda vez. La diferencia era que íbamos a profundizar en la madriguera del conejo y alcanzar juntos el clímax.

A medida que subía la intensidad, nuestros cuerpos se entrelazaban con una exquisita coreografía, cada movimiento nos acercaba más al precipicio del éxtasis. El tiempo se detuvo mientras nos entregábamos a la embriagadora danza del placer, perdiendo todo sentido del yo en el abrazo de la pasión.

Con cada roce, caricia y mordisco en el cuello de Laura, sus gemidos resonaban por todo el lujoso entorno. Al darme cuenta de su evidente excitación, decidí penetrarla con la técnica más exquisita.

Ella no dudó cuando me vio desnudarme hasta la nada mientras iniciaba mi viaje hacia su monte de Venus. Ella quería esto, necesitaba esto, más que cualquier otra cosa en este momento.

Mientras yo hacía mi magia entre sus muslos, ella gemía sin control, moviendo su pelvis contra mi boca y yo apretaba mis labios contra su vulva, sujetando mi cabeza contra su sexo.

Susurró: "Móntame; no puedo más. Te quiero dentro de mí ahora". Jadeaba y su voz sonaba sensual y vulnerable.

Solté su húmeda raja y empecé a jugar con mi pene contra sus labios vaginales. Ella gruñó y me besó apasionadamente. Estaba muy mojada y yo muy duro. La penetré y gimí con fuerza cuando sintió mi grosor dentro de ella.

Con cada profunda embestida, su cuerpo se convulsionaba, abrazándolo con fuerza como si intentara absorberlo por completo. Cada vez que sacaba y volvía a meter, Laura gemía extasiada. El húmedo sonido de las embestidas llenó la lujosa habitación, intensificando su lujuria colectiva.

Laura hizo un intento de hablar. Todo iba muy rápido, pero yo estaba en "modo bestia" y no iba a soltarla. Necesitaba llenarla. Necesitaba que fuera mía.

"No, nena... sssh... Cállate y móntame". Abrió la boca para discutir por instinto, pero entonces mi boca estaba sobre la suya, y mis manos sobre su cuerpo hasta que decidí que había otras cosas que prefería hacer antes que discutir. Cuando bajó sobre mí, maldije. Sabía lo que quería decir. Había sexo y luego estaba esto. Fuera lo que fuera lo que nuestros cuerpos estaban haciendo,

fuera lo que fuera esta magia de segunda oportunidad que estábamos haciendo juntos, "Hola", susurré, con una sonrisa juguetona en la comisura de los labios.

"Hola", respondió ella. Durante un instante, nos miramos fijamente a los ojos. Y entonces, me moví en su dirección y seguí su ritmo mientras el calor se extendía por todo mi cuerpo y se acumulaba entre sus piernas. El placer aumentó cada vez más rápido hasta que ella se corrió en mis brazos por segunda vez. Estaba disfrutando de este juego, sin pensar en las consecuencias que podría acarrear.

Con un solo movimiento, sin esfuerzo, hice rodar a Laura debajo de mí y empujé, esta vez encontrando el ángulo que mejor se adaptaba a ella, utilizándola para mi placer, y demonios, eso también era excitante. Me balanceé contra ella mientras las sensaciones de mi clímax se desvanecían y volvían a aumentar de inmediato. Podía oír su respiración entrecortada contra mi oído y sabía que estaba cerca. Yo también lo sabía.

"Dime cómo lo quieres", susurré roncamente, mi aliento cosquilleando el lóbulo de su oreja mientras mi lengua acariciaba su borde. "Déjame hacer realidad tu fantasía". Mi voz estaba cargada de deseo y le produjo escalofríos.

En respuesta, Laura sintió que se inclinaba más hacia mí y que su boca estaba a escasos centímetros de la mía. "Bésame", murmuró en voz baja, pero con una pizca de autoridad en el tono. Era un desafío que hablaba por sí solo de su creciente confianza y su deseo de explorar nuevos territorios conmigo.

Nuestros cuerpos se movían como bailarines perfectamente sincronizados, y cada roce y cada caricia provocaban corrientes eléctricas en nuestras venas. Desesperada por saborear y devorar todo de mí, Laura me besaba en el cuello, en los hombros y en los brazos. Sus dientes mordisqueaban juguetonamente mi piel, dejando pequeñas marcas que eran testimonio de nuestro deseo mutuo. No era sólo algo físico; había algo más profundo, una intensidad nacida de deseos compartidos y anhelos no expresados.

Ambos gemimos cuando me dejé llevar y eyaculé dentro de ella mientras sentía sus fuertes contracciones contra mi virilidad. Habíamos llegado juntos al clímax. "Misión cumplida", murmuré en su oído. Laura me abrazó, su cuerpo sudoroso se frotó contra el mío. Había necesitado cuatro orgasmos para alcanzarme, pero había merecido la pena.

La luz de la luna proyectaba un suave resplandor sobre la habitación mientras yo estaba tumbado en la cama. Laura y yo acabábamos de compartir una noche intensa, en la que la pasión fluía entre nosotros como una corriente salvaje. Allí tumbados, sin aliento y exhaustos, el peso de lo que habíamos hecho se apoderó de nosotros como una niebla espesa.

"Nunca pensé que llegaríamos a esto", susurró Laura, con la voz llena de anhelo e incertidumbre. "Lo sé, Laura", respondí, con la voz llena de una mezcla de pesar y deseo. "Pero no podemos negar el fuego que arde entre nosotros".

Nos sumimos en un profundo silencio, contemplando las consecuencias de nuestros actos. En la oscuridad, casi podíamos fingir que el mundo exterior no existía y que éramos las dos únicas personas del universo.

"¿Qué crees que nos depara el futuro?". Laura rompió por fin el silencio, con una voz llena de miedo.

Suspiré, dándome cuenta de la complejidad de la situación. "No será fácil", admití. "Mantener esta aventura en secreto será todo un reto, sobre todo teniendo en cuenta nuestra actual relación profesional".

Laura asintió, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas. "No quiero hacer daño a nadie, pero tampoco puedo negar lo que tenemos", susurró, su voz apenas audible por encima de los latidos de nuestros corazones.

Extendí la mano y le toqué suavemente la mejilla, nuestros ojos se cruzaron en un momento de comprensión. "Tenemos que ser fuertes", dije, con la voz llena de determinación. "Podemos navegar juntos en esta tormenta, pero debemos estar preparados para los retos que nos esperan". A Laura le temblaron los labios al hablar, y su vulnerabilidad se hizo patente. "Confío en ti", dijo en voz baja.

Sonreí, entrelazando mis dedos con los suyos. "Entonces nos enfrentaremos al mundo de frente", dije con convicción.

Mientras la noche se convertía lentamente en amanecer, nos quedamos tumbados, abrazados. Aunque el camino que teníamos por delante era incierto y estaba lleno de obstáculos, sabíamos que de algún modo nos enfrentaríamos a la música y nos mantendríamos a flote.

Suspiré, luchando por encontrar las palabras adecuadas. "Hay tanto que no sabemos, tanto que podría cambiar". confesé.

Para mi sorpresa, se rió suavemente y me cogió la mano. "Eso es lo bonito, ¿no?", dijo. "La incertidumbre, las infinitas posibilidades. Es como un lienzo en blanco esperando a que pintemos nuestra propia obra maestra".

Todo parecía tener sentido. Laura dijo las palabras adecuadas. El problema era que no confiaba en mí mismo. Quería hacerlo, pero no estaba seguro.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Estaba trabajando duro en la galería de arte "La Mona Lisa", totalmente inmersa en el mundo de las obras maestras y el aura encantadora que proyectan sobre sus visitantes. Era mi primera semana de trabajo y estaba decidida a causar una buena impresión a mis compañeros y a mi jefe. Sophia era un auténtico ángel para mí; sin embargo, se comportaba con torpeza cuando Richard estaba cerca de mí.

Poco me imaginaba que mi jefe, Richard, y yo estábamos a punto de embarcarnos en un viaje que trascendería el ámbito del arte y nos sumergiría en un torbellino de romance y aventuras inesperados. Richard era un hombre distinguido, elegante tanto por su estatura como por su porte, el tipo de persona que desprendía carisma sin esfuerzo.

Con el paso de los días, nuestra relación profesional pareció evolucionar hacia algo más íntimo. Una atracción fugaz a la que ninguno de los dos podía resistirse. Y así floreció el romance secreto. Nos veíamos clandestinamente a deshora, escondidos entre las sombras de los tesoros más preciados de la galería. Nuestros momentos robados estaban llenos de palabras susurradas y besos robados, los restos apasionados de un amor que no podía contenerse dentro de los confines de las normas sociales. Era emocionante, estimulante y, al mismo tiempo, peligroso. Nos consumía la intensidad de nuestra conexión, dispuestos a correr riesgos y a tirar la cautela al viento.

El viernes, cuando los últimos visitantes se despedían de la galería de arte, Richard se me acercó con un brillo en los ojos y una misteriosa proposición en los labios. "Querida", me dijo con voz entre excitada e insegura, "tengo una propuesta para ti. ¿Te gustaría venir conmigo a Madrid para tratar unos asuntos? Los dos solos, lejos de las miradas indiscretas de nuestra vida cotidiana".

Dudé un momento, con el corazón casi saliéndome del pecho. La idea de escaparme con Richard a una ciudad extranjera, lejos de las exigencias del trabajo y las restricciones de la sociedad, era

cuanto menos tentadora. Sin pensarlo, dije que sí, atraída por el encanto de lo desconocido.

"Vale, cariño. Le diré a Troy que te recoja aquí y te lleve al aeropuerto". La voz de Richard sonaba como un sueño en mis oídos.

"¡Espera!" Grité en voz alta. ¿"Aeropuerto"? ¿Qué pasa con mis cosas? Tengo que hacer la maleta".

"No te preocupes por eso, preciosa. No necesitas traer nada; yo te proporcionaré todo lo que necesites". Richard tenía el control absoluto de la situación, y yo sólo tenía que seguirle la corriente.

"Vale", asentí con incredulidad. "Al fin y al cabo, tú eres el jefe", dije, forzando una sonrisa. Estaba en estado de shock. Esto era lo más parecido a una película que había vivido nunca.

"Hasta luego, entonces". Richard me saludó desde el otro lado de la sala principal y se marchó por uno de los múltiples pasillos de aquel laberinto.

Cuando salí de mi despacho con el pasaporte en la mano, estaba emocionada y nerviosa a la vez. Poco después de recibir la llamada de Troy, llegó en un elegante todoterreno negro. Vestido con un traje impecablemente entallado, me saludó con lo que parecía una sonrisa a su hierática manera y me ayudó a cargar mi equipaje en el coche. A pesar de su imponente físico, la dulzura de sus ojos me tranquilizó al instante.

Mientras nos dirigíamos al aeropuerto, intenté preguntarle a Troy por sus experiencias trabajando para Richard. Habló muy poco. "El hombre montaña" era muy reservado, pero no me importaba mucho; sólo me preocupaba la nueva aventura en la que me estaba metiendo.

Al llegar al hangar privado, no pude contener mi asombro ante el espectáculo que tenía ante mí. El avión privado de Richard, "Wanderlust", se alzaba alto y majestuoso a la luz del atardecer. Su reluciente exterior blanco y su elegante diseño no se parecían a nada que hubiera visto antes. Cuando nos acercamos al avión, me di cuenta de que Richard nos esperaba con su carisma.

"Me alegro de verte, Laura", me saludó Richard con una cálida sonrisa. "Me alegro mucho de que hayas podido acompañarme en este viaje. Troy, gracias por recogerla".

Troy asintió respetuosamente y dijo: "Cualquier cosa por usted, señor. Que tenga un buen vuelo". Al subir al avión, me maravilló el lujoso interior. Asientos de cuero afelpado, detalles de madera pulida y una vista panorámica del cielo a través de grandes ventanales creaban una atmósfera de opulencia. Richard me condujo a un rincón acogedor, donde un ramo de flores adornaba una mesita situada entre dos asientos.

Mientras el avión se adentraba en el inmenso cielo, Richard y yo nos enfrascamos en conversaciones que abarcaban desde la literatura hasta nuestros sueños y aspiraciones. Había una

conexión innegable entre nosotros, un entendimiento tácito que parecía trascender todas las fronteras.

"¿Has visto alguna vez la cabina de un avión? preguntó Richard esbozando una sonrisa en la comisura de los labios.

"No." Asentí con voz tímida. "De hecho, es la primera vez que pongo un pie en un avión privado". No sólo era la primera vez que viajaba en un avión privado, sino también la primera vez que lo hacía de forma tan lujosa. Los únicos vuelos en los que había estado eran vuelos nacionales de clase turista hacia o desde Seattle.

"Ven conmigo". Richard me ofreció su mano y la cogí con gusto. Me llevó a la parte delantera del avión y llamó a una puerta que se abrió en cuestión de segundos.

Un hombre de uniforme saludó a Richard: "Buenos días, señor. Espero que todo esté a su gusto.

"Sí, Albert, todo está perfecto". Albert era el capitán del avión, un hombre que desempeñaba su papel con gran eficacia. Era como si hubiera nacido vistiendo ese mismo uniforme.

"Hola, jefe", otra voz surgió de la cabina. Era el copiloto.

"Hola, Charles", ¿cuáles serán las condiciones meteorológicas y la velocidad del viento una vez alcancemos la altitud de crucero? respondió Richard, hablando como un experto en la materia.

"Todo normal, señor, sin anomalía alguna", respondió Charles como si estuviera en el ejército.

"Muy bien. ¿Os importa si me encargo yo un rato?" Richard les dijo a ambos que salieran de la cabina. "Relajaos un poco; quiero enseñar a Laura a pilotar un avión".

¡No podía creer sus palabras! ¿Iba a pilotar el avión? Este tipo era un maestro en todos los oficios, lo que le hacía aún más atractivo.

"No hay problema, señor. El avión es suyo; que lo disfrute", respondió Albert con voz jovial.

"Maravilloso, Laura, querida, por favor, entra". Los dos hombres salieron de la cabina y entramos enseguida.

Mis ojos se dirigieron a la cabina, donde una miríada de botones, diales y pantallas se extendía ante nosotros en un despliegue hipnotizador.

Richard señaló hacia la cabina y dijo: "Ven, déjame enseñarte mi juguete".

Le seguí con impaciencia, incapaz de resistirme al encanto de la maquinaria de alta tecnología. Cuando entramos, Richard se volvió hacia mí con una sonrisa maliciosa.

"Debo advertirte", dijo, tomando el control, "una vez que estás en este asiento, no hay vuelta atrás".

Lo miré desconcertada. "¿Qué quieres decir?"

Se inclinó más hacia él, con una voz teñida de romanticismo. "Pilotar este avión es como enamorarse. Una vez que lo experimentes, nunca querrás dejarlo".

Los motores rugieron y Richard pasó del piloto automático al modo manual. La adrenalina corría por mis venas, mezclada con la abrumadora sensación de estar tan cerca de él. No podía apartar los ojos de sus manos fuertes y hábiles mientras manejaban los controles sin esfuerzo.

"¿Lista?", preguntó, con la voz llena de expectación.

Asentí, absorta en el momento, y me senté en el asiento del copiloto. La mano de Richard rozó suavemente la mía mientras me guiaba para que me familiarizara con el panel de instrumentos.

"¿Ves esos indicadores?", dijo señalando. "Nos dicen todo lo que necesitamos saber sobre el rendimiento del avión. Es como descifrar los secretos de su corazón".

Le miré, y nuestros ojos se encontraron en un silencioso entendimiento. En ese momento, sentí como si nuestra aventura hubiera levantado el vuelo junto al avión.

Con la suave guía de Richard, imité sus movimientos, sintiendo cómo me invadía la adrenalina. A medida que me cedía el control, me maravillaba de la confianza que depositaba en mis manos.

"Vuela conmigo, Querida", susurró, con la voz llena de ternura.

Juntos, surcamos el cielo. El mundo que teníamos debajo parecía desvanecerse mientras navegábamos por el interminable mar de nubes. En aquella cabina, nuestra conexión se hizo más fuerte entre el zumbido de los motores.

El avión nos llevaba a gran altura sobre la Tierra, atravesando vastas extensiones de tierra puntuadas sólo ocasionalmente por pequeños asentamientos que parecían colonias de hormigas a vista de pájaro. Miré a mi alrededor con curiosidad, tratando de mantenerme ocupada a pesar de mi inquietud natural por volar. Mis manos se tensaron ligeramente cuando se produjo una turbulencia que hizo que el avión se inclinara momentáneamente de forma errática.

Pero no era nada que justificara la preocupación; era simplemente un recordatorio de lo frágil que puede ser la vida humana frente al poder de la naturaleza. A pesar de sentirme más seguro que en los vuelos normales, no pude evitar mirar por la ventanilla, observando cómo desaparecía la tierra.

"¿Estás bien?" preguntó Richard con voz tranquila.

"Sí, sólo un poco ansiosa; es la primera vez para mí en todos los sentidos de la palabra". Estaba nervioso y no podía ocultarlo. La cabina era la menor de mis preocupaciones. Mi atracción por él era la mayor de mis preocupaciones.

"Muy bien, Preciosa, vamos a relajarnos en la cabina, ¿vale?". Richard pulsó el interruptor del piloto automático y llamó a Albert y Charles a través del interfono del avión. "Albert, Charles,

¿Podéis tomar el mando?".

"Por supuesto, jefe", respondió Albert de inmediato. Cinco segundos después, llamaron a la puerta. Richard abrió y los dos hombres entraron mientras salíamos de la cabina.

Nos sentamos frente a frente en un cómodo sofá doble de cuero blanco. Estaba asombrada por la opulencia de la cabina y el increíble paisaje. Sin embargo, incluso en medio de todas estas vistas espectaculares del exterior, no podía dejar de sentir curiosidad por el misterio que se ocultaba tras la puerta cerrada al final del avión. Me parecía casi mágica, prometía algo tentadoramente oculto. ¿Pero qué?

¿De qué crees que deberíamos hablar?", preguntó suavemente, rompiendo el silencio que pesaba sobre nosotros desde que salimos de la cabina.

Su voz profunda parecía resonar en toda la nave, creando una involuntaria sensación de intimidad. Dudé brevemente, considerando si era el momento adecuado para preguntarle por la habitación; después de todo, no quería parecer demasiado atrevida o presuntuosa. Inhalando profundamente, finalmente reuní el valor suficiente para plantear mi pregunta. "Está... esta puerta", empecé tímidamente, tragando saliva. "Siempre está cerrada.No puedo evitar preguntarme qué hay detrás". confesé en voz baja, desviando brevemente la mirada hacia el suelo antes de volver a encontrarme con sus ojos fijos y oscuros. Una pizca de aprehensión se dibujó en mis facciones, pero también estaba decidida a obtener respuestas.

Richard me observó atentamente durante un breve instante, apreciando mi vulnerabilidad.

"¿Te gustaría saber qué se esconde tras esa puerta?", dijo finalmente, agachándose a su lado para coger un vaso lleno de cubitos de hielo y líquido ámbar."Así es" respondí tímidamente. Con deliberada calma, se sirvió un trago mientras continuaba: "veamos,la habitación contiene varias instalaciones diseñadas específicamente para la relajación". Su tono no revelaba emoción alguna, pero las palabras por sí solas hicieron que me recorrieran cálidas ondas por todo el cuerpo. Fue entonces cuando mi corazón empezó a latir con más fuerza contra mi caja torácica, el miedo mezclado con la expectación, una mezcla embriagadora que amenazaba con descarrilar por completo mi compostura.

Me removí nerviosa en el asiento, incapaz de mirar a otro sitio que no fuera aquella puerta cerrada, cuya presencia parecía más pronunciada que nunca. Richard me tranquilizó con una suave sonrisa, como si percibiera mi creciente agitación, añadiendo un ligero toque de picardía a su expresión haciéndome sentir reconfortada y totalmente excitada al mismo tiempo. "No te preocupes, querida.Te aseguro que tu curiosidad merecerá la pena" -respondió con confianza, dando otro sorbo a su bebida. Extendió el brazo para tocarme ligeramente la mano, y su pulgar

trazó círculos en mi palma, provocando electrizantes ondas que recorrieron todo mi cuerpo. Respiré entrecortadamente, luchando contra el repentino deseo de derretirme bajo su imponente contacto. Me obligué a mantener el contacto visual, desafiando en silencio a que me revelara más secretos.

"Realmente quieres averiguarlo, ¿verdad?" Richard dijo en un tono divertido. "Ven conmigo; te lo enseñaré".

Mi cuerpo temblaba de excitación mientras le seguía de cerca, cautivada por los aromas que emanaban del lujoso pasillo. El rico y delicioso olor del cuero, mezclado con la tenue fragancia de las flores frescas, era una experiencia encantadora. A cada paso descubría algo nuevo. Richard abrió la puerta y dio paso a un camarote que contenía una cama de matrimonio perfectamente hecha, almohadas decoradas con gusto y alfombras de felpa bajo sus pies. La opulencia del espacio me cautivó, dejándome sin palabras ante el esmerado cuidado que se había puesto en garantizar una tranquilidad absoluta.

Dejé que mis dedos se deslizaran por las elegantes superficies de las paredes, apreciando la suave textura bajo las yemas de mis dedos, mientras observaba la forma en que la luz del sol bailaba graciosamente por la estancia a través de las ventanas estratégicamente colocadas. Mientras tanto, Richard permanecía en silencio, dejándome absorber por completo la majestuosidad que los rodeaba. Finalmente, rompió el silencio señalando hacia el bar situado en una esquina, invitándome a tomar una copa con él.

Agradecida por la distracción, acepté amablemente la copa de champán que me ofrecían. Al chocar nuestras copas, nos dimos cuenta de que nuestra conexión iba más allá de los límites habituales. La potencia del deseo persistía en el aire, amplificada por la proximidad entre nosotros mientras saboreábamos nuestras bebidas. Cada movimiento lo decía todo, comunicando un subtexto que iba mucho más allá del lenguaje verbal. Ambos teníamos claro que nos necesitábamos de formas que aún no podíamos expresar.

La tensión sexual seguía llenando la habitación, de manera cada vez más densa. Dando lentos sorbos a nuestras respectivas bebidas, nuestros ojos no se apartaban, encerrándonos en un intercambio silencioso de promesas y deseos aún no expresados.

Mi corazón latía frenéticamente mientras me acercaba al rincón en penumbra del lujoso camarote y mis labios rozaban la fría superficie de la pared. El deseo y la expectación corrían por mis venas, alimentando mi necesidad de entregarme por completo a mi poderoso patrón. Al mirarle furtivamente, vi que su intensa mirada se centraba únicamente en mí, transmitiéndome una promesa implícita de satisfacción que me dejaría con ganas de más.

"¿Qué te parece?" preguntó Richard con curiosidad.

Sentí el calor familiar subir en mi interior, mis nervios excitándose en anticipación de los placeres desconocidos que me esperaban. "Me encanta". Mi voz volvió a temblar, ahogada por la expectación.

Despacio y con decisión, me acercó la cara con sus manos grandes y fuertes. Con infinita ternura, apretó sus labios contra los míos, encendiendo un infierno de pasión en mi alma. Este beso no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, consumiendo todo mi ser con su intensidad y profundidad.

Mientras Richard me adentraba en el mundo prohibido, guiaba mi cuerpo sin esfuerzo con su tacto experto. "Disfrutemos del resto del vuelo aquí". Me susurró al oído, provocando escalofríos que reverberaron por todo mi cuerpo. Me entregué por completo a su magistral control, sucumbiendo a las ondas de placer que irradiaban desde mi interior. Cada caricia aumentaba mi excitación, acercándome a una liberación cataclísmica.

Mientras nuestros cuerpos se movían rítmicamente, nos perdimos en un mar de éxtasis.

Gemí suavemente, deleitándome con las marcas indelebles dejadas por su tacto experto. Ejerció su magia con destreza, llevándome al precipicio de la satisfacción suprema, sólo para retirarse burlonamente una vez más. A cada segundo que pasaba, mi anhelo se hacía más fuerte, convirtiéndose en una fuerza motriz que me impulsaba hacia la recompensa definitiva. Richard sonrió, maravillado por mi impaciencia, satisfecho de que sus esfuerzos dieran sus frutos.

Yo, consumida por la palpitante energía que me recorría las venas, me aferré con fuerza a sus anchos hombros, incapaz de liberarme de la hipnotizante danza. Nos movíamos juntos, buscando instintivamente el equilibrio en perfecta armonía. El sudor goteaba por nuestras frentes, reflejando la feroz intensidad de nuestro deseo.

Richard me susurró al oído: "Sabes exactamente adónde nos dirigimos, ¿verdad?".

Mis labios se entreabrieron ligeramente, revelando mi aprensión. Sin embargo, algo más profundo me impulsaba: la necesidad de explorar nuevos horizontes y abrazar mi poder femenino.

El primer roce de sus dedos contra mis húmedos pliegues provocó una serie de estremecimientos. Agarrándome aún más fuerte a él, aplicó un suave movimiento circular alrededor de mi clítoris, provocando oleadas de placer que recorrieron todo mi cuerpo. Mi gemido, lleno de sorpresa y puro erotismo, resonó con fuerza en la estrecha cámara.

El dulce sonido de nuestros suaves gemidos llenó la habitación, añadiendo otra capa de intensidad al ya de por sí cargado ambiente.

Le bajé la cremallera y me maravillé al ver su impresionante erección. Mientras lo acariciaba suavemente con mis manos, dejó escapar un ronco gruñido de aprobación. Con cada movimiento deliberado, me volvía cada vez más descarada, poniendo a prueba los límites de mi recién descubierta confianza. El aire estaba cargado de expectación, una fuerza tangible que nos impulsaba a los dos hacia el objetivo final.

Podía sentir su excitación, no sólo en su tono sino también en su enorme erección que empujaba con fuerza contra mi sexo con un fuerte pulso. Sentí cómo su pene se hinchaba contra mí. Gemí de placer, preparándome para lo que estaba a punto de suceder, que por otra parte era inevitable.

La sensación de indefensa sumisión a su control se intensificó, evocando sentimientos tanto de vulnerabilidad como de liberación. Mi cuerpo respondió en consecuencia, retorciéndose bajo él como una llama tocada por la gasolina. Tenía una ferocidad casi animal al manejar me, que me excitaba sin cesar. Sin embargo, también mostraba dulzura en los momentos de respiro, lo que provocaba un cosquilleo en mi piel y un temblor en mis miembros, que ansiaban su contacto.

La habitación empezó a resonar con nuestra química compartida, creando una atmósfera de posibilidades. En este refugio, donde ambos encontrábamos consuelo, nada existía fuera de nuestro vínculo, un secreto guardado a salvo dentro de los confines de nuestro opulento santuario. Richard me acariciaba el pelo con cariño y me cautivaba con sus tiernos susurros. Su fuerza y su confianza me infundieron valor y me permitieron superar límites que desconocía. Incluso ahora, mientras me entregaba libremente a él, algo seguía ardiendo en mi interior, un hambre que exigía ser alimentada.

Se inclinó hacia abajo, me besó ardientemente en el cuello y me mordió suavemente la clavícula. La sensación me produjo oleadas de placer por todo el cuerpo que me dejaron prácticamente inmóvil.

"Sé lo que te gusta, Laura; te conozco muy bien". Sus palabras me humedecieron.

el poder que este hombre ejercía sobre mí era innegable, obligándome a hacer cosas que no creía posibles. Sin embargo, ansiaba más. Más de él, más de la vida misma. Era como si un fuego primordial yaciera latente en mi interior, esperando a salir de su oscura celda para arder ante su tentador contacto.

Mientras seguía devorándome la boca con voracidad y su lengua penetraba profundamente en mi interior, la cabeza me daba vueltas con un desenfreno desorientador. Incapaz de contenerme por más tiempo, mis rodillas se doblaron bajo su peso, obligándome a agarrarme al borde de la cama para apoyarme. Pero aunque me inclinaba hacia delante, mis movimientos sólo servían para

acercarme más a la fuente de todos mis furiosos deseos. Cerré los ojos, concentrándome únicamente en las sensaciones que recorrían su carne.

"Tómame", susurré con voz ronca, exigiéndole algo más que una liberación física. Su abrazo se hizo más posesivo, indicando que estaba dispuesto a satisfacer mi petición.

"Ya es hora", respondió.

Sus poderosos muslos se flexionaron mientras penetraba más profundamente, provocando una tempestad en mi vientre. Nuestros cuerpos chocaban con furiosa precisión, generando chispas palpables que parecían llegar mucho más allá del plano de nuestras pieles. Me encontré completamente atrapada por la fuerza innegablemente potente de nuestra presencia combinada.

A medida que aumentaba la intensidad, también lo hacía la insaciabilidad de nuestros deseos. Agarrándome a sus hombros para apoyarme, empujé con fervor, dándole la bienvenida a mis profundidades.

El sonido de la piel abofeteándose llenó la cabina, reverberando en nuestros cuerpos como si se hubiera multiplicado por diez. La sensación de sus pesados músculos presionando contra mis paredes desencadenó otra oleada de clímax, dejándome indefensa ante el implacable asalto del deseo. El fuego que había comenzado lentamente ahora ardía sin tregua, amenazando con consumirnos por completo.

"¡Sí!" Jadeé, echando la cabeza hacia atrás de nuevo, mis mechones dorados cayendo sobre mi cara.

Mi cuerpo se estremeció, respondiendo al torrente de corrientes extáticas que corrían por mis venas. Su propio ritmo pulsante encajaba a la perfección con el mío; era la danza perfecta.

Recostada contra las almohadas, abrí las piernas, presentándome completamente ante él. Con deliberada lentitud, se acercó, trazando perezosos círculos alrededor de los labios antes de posarse finalmente en mi punto más sensible.

Me quedé sin aliento y suspiré, sintiendo cómo aumentaba la presión en mi interior. El calor se intensificaba mientras sus dedos jugueteaban, tanteando con pericia mi clítoris hinchado. En respuesta, le rocé la frente sudorosa con las yemas de los dedos, que bajaron suavemente hacia su mandíbula esculpida. Mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa, mostrando un atisbo de triunfo por el dominio que ejercía sobre él. "Ah... sí...".

Su rostro mostraba una mezcla de determinación y deseo, provocando en mí sentimientos de sumisión y dominación. "Más", le insistí, apretando los dientes.

Sin romper el ritmo, se concentró en su propio placer, jugueteando con sus hábiles dedos. Este nuevo reto me electrizó y me inspiró una feroz vena competitiva.

Me observaba atentamente y me orientaba siempre que era necesario, alentando mis esfuerzos exploratorios. Juntos navegamos por el delicado terreno de la penetración, y poco a poco nos fuimos colocando en una posición en la que nuestros cuerpos encajaban perfectamente.

A ambos se nos escaparon gemidos que resonaron en el opulento interior de la cabina del avión. La combinación de incomodidad y euforia era sin duda emocionante.

La pasión se apoderó de mí, envolviendo todo su ser. Mis caderas se balanceaban al encuentro de las suyas, empujándole más profundamente dentro de mi estrecho y ardiente conducto. Los jadeos aumentaban de volumen a medida que sus movimientos se aceleraban y el latido de nuestros corazones acompañaban rítmicamente nuestro acoplamiento.

Con cada embestida, nuestras voces iban in crescendo, reflejando el flujo y reflujo de nuestros cuerpos. Le susurraba cosas dulces al oído, haciéndole gruñir por lo bajo en el pecho, y las vibraciones me producían escalofríos. Nos aferramos el uno al otro con fuerza, negándonos a soltarnos hasta agotar la última gota.

Cada contacto de su pene provocaba una oleada de placer en mi interior, enviando ondas de placer a lugares que jamás había imaginado. Su hábil lengua rodeó mis pezones erectos, haciendo que chispas de deseo recorrieran mi torrente sanguíneo. Mi respiración se entrecortó y las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba en respuesta a la intensa estimulación. Sintiéndome completamente embriagada por sus caricias, tiré de él hacia mí, rodeándole la cintura con las piernas para maximizar los puntos de contacto entre nuestros cuerpos enfebrecidos.

Gruñó en señal de agradecimiento, me abrazó con fuerza y me elevó más sobre su armazón de hierro. Grité involuntariamente, sobrecogida por la intensidad de los sentimientos que consumían mi alma. Cerré los ojos y dejé volar mi imaginación mientras evocaba imágenes de la pasión que se desarrollaba bajo nosotros. Con cada embestida, alcanzaba un nivel de euforia hasta entonces desconocido para mí, que superaba los límites de la experiencia convencional.

Agarrándome a las sábanas, intenté sujetar mis piernas temblorosas, sin desear otra cosa que sobrellevar juntos aquellas olas de éxtasis. Mi cuerpo me traicionó, temblando violentamente bajo el asalto de sensaciones amenazando con hundirme en un océano de deseo.

Me besó con ternura y sus manos recorrieron mi espalda, asegurándome con cada suave caricia que pronto todo iría bien. "Mírame", me ordenó, con voz grave y autoritaria.

Sentir la fuerza de sus pulgares al rodear mis pezones provocó en mí una respuesta primitiva que me llenó de hambre y ansia. "Por favor córrete ", le supliqué, incapaz de contener más mis deseos.

El tempo se aceleró a medida que se acercaban a la cima y el ritmo se volvió frenético. Agarré de nuevo las sábanas con fuerza, arqueando la espalda en una invitación silenciosa. Él accedió y su boca descendió hasta mi cuello, mordisqueándome suavemente antes de bajar aún más. Me agarró por las muñecas y tiró bruscamente de mí. Hice un leve gesto de dolor por lo repentino de su acción, pero recuperé la compostura cuando empezó a darme tiernos besos por el torso. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, prueba de mi rápida escalada hacia el clímax. Me mordí el labio, luchando por mantener el control sobre mi inminente explosión, que amenazaba con consumirme por completo. Él crecía dentro de mí; podía sentir su palpitante erección en lo más profundo de mí.

Mientras el sudor me resbalaba por la frente, acumulándose entre mis pechos, apreté los puños, ansiosa por reclamar por fin el premio que tan desesperadamente había prometido. "Suéltame, maldita sea", gruñó de forma animal pero sensual. "Entrégate"

Mientras lo agarraba con firmeza, acariciándolo hacia arriba y luego hacia abajo, no pude evitar darme cuenta de lo bien que se ajustaba mi ioni a su miembro. Embelesada por el poder de su físico, me lamí los labios con nerviosismo, sintiendo cómo el calor que emanaba de su entrepierna penetraba en mi esencia. Su voz áspera y ronca rompió el silencio y me animó a continuar, con un tono lleno de mando y autoridad. Sin avergonzarme, seguí su ejemplo, orgullosa de mi papel de seductora extraordinaria.

"¡No pares; hazme tuya!" Grité sin control. Este hombre me estaba llevando a otro planeta mientras volaba muy por encima de la Tierra. Antes de darme cuenta, sentí que el clímax se acercaba. Exploté en el orgasmo más intenso y ruidoso que jamás hubiera sentido. "Eso es, nena", gruñó. "Ahora haz que me corra".

Rodeé su muslo con la otra pierna, acercándome aún más a él. Nuestros miembros entrelazados reflejaban la creciente cercanía de nuestros sexos. Le acaricié la cara con cariño, posando los dedos en sus mejillas y luego deslizándolos por su espeso y ondulado cabello. Lo acaricié con las manos, saboreando la sensación de su textura contra mi piel sensible. Mientras tanto, sus poderosas manos recorrían libremente mi cuerpo, moviéndose por cada curva y hendidura, dejando tras de sí una estela de caricias electrizantes.

Intensificó su empuje y lo sentí muy dentro de mí. "Dios mío", juró y apretó más fuerte contra mi pelvis. Soltó un fuerte gruñido y liberó sus fluidos dentro de mí. Los recibí como un precioso regalo. Luego se desplomó sobre mí. Su cuerpo musculoso estaba sudoroso y brillante como un semental.

Nuestros pulsos volvieron poco a poco a la normalidad mientras yo me acomodaba en las sábanas, felizmente acurrucada contra el pecho de Richard. Una sutil sensación de logro se apoderó de mí, acompañada de un persistente rastro de incredulidad. Luego el sueño se apoderó de mi.

"Señor, aterrizaremos en Madrid en unos 45 minutos".

La voz del capitán Albert resonó en el camarote anunciando nuestra llegada a Madrid fue una agradable alarma. Mi corazón palpitó de emoción. Era el despertador perfecto. Me volví hacia Richard, que estaba tumbado a mi lado en la cama, y su cálido abrazo me proporcionó consuelo en medio de la expectación.

"Lo hemos conseguido", susurré, presionando un suave beso en sus labios. "Nuestra aventura nos espera".

Sonrió, sus ojos brillaban con la promesa de nuevas experiencias. "Algo me dice que vas a disfrutar de este viaje. Ya lo estás disfrutando, ¿verdad?"

Nos levantamos a toda prisa y nos dirigimos al cuarto de baño, con el aroma de la expectación mezclado con el vapor mientras nos duchábamos juntos. El agua caía en cascada sobre nuestros cuerpos, una danza íntima que reflejaba el amor que compartíamos. El aire se llenó de risas y promesas susurradas mientras jugábamos a salpicarnos mutuamente; el ambiente estaba cargado de romanticismo.

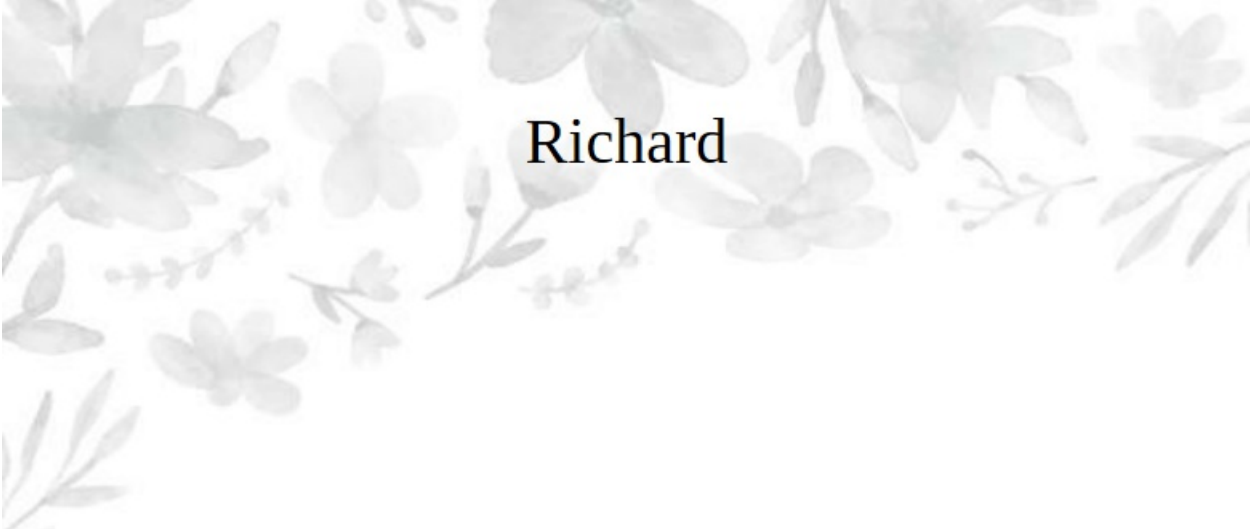
Mientras nos vestíamos con nuestros mejores atuendos, preparándonos para las maravillas que nos esperaban en Madrid, entablamos bromas juguetonas, entrelazando retazos de conversaciones con sonrisas ladinas y besos robados.

"¿Le gustaría visitar el Palacio Real?" preguntó Richard, poniéndose su traje a medida.

Asentí con la cabeza, abrochando el cierre de mi collar. "¡Sí, por favor! ¡Y explorar las bulliciosas calles de la Puerta del Sol!". Sonaba como una niña excitada.

"Por supuesto", dijo, captando mi mirada, sus ojos llenos de amor inquebrantable. "Pero antes, vamos a deleitarnos con los deliciosos sabores de las tapas madrileñas. Toda esta actividad me ha abierto el apetito".

Nos echamos a reír y salimos de la cabina. Al pisar el aeródromo, nuestra propia electricidad se aceleró en anticipación. Al pisar suelo español, el cálido abrazo de Madrid nos dio la bienvenida, su espíritu vibrante nos envolvió ió con su encanto. Este iba a ser un viaje inolvidable en todos los sentidos de la palabra.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Richard

Mientras el sol besaba el horizonte, proyectando un cálido resplandor dorado sobre la ciudad de Madrid, Laura y yo estábamos en el amplio balcón de mi lujosa suite del Hotel Ritz. La suite, epítome del lujo, las abrazaba como una oda a la extravagancia. Adornada con suntuosos tapices que representaban escenas de la historia de España y elegantes muebles antiguos que susurraban historias de generaciones pasadas, desprendía un aire de grandeza atemporal.

Laura se volvió hacia mí, con los ojos abiertos de incredulidad. "Richard, esta habitación... ¡es increíble! ¿Cómo has conseguido reservar una suite tan impresionante?".

Me reí por lo bajo, con los ojos brillantes de diversión. "Bueno, querida, tengo un pequeño secreto que revelarte. Esta lujosa habitación en la que nos alojamos, me pertenece".

Laura se me quedó mirando, sin habla. "¿Quieres decir... que esta habitación es tuya? ¿Pero cómo?"

"Bueno, el Ritz es una de las muchas inversiones que tiene mi familia. Considéralo mi forma de mostrarte un atisbo de mi mundo". respondí con orgullo.

Observé a Laura analizando cada detalle de la habitación. En la suntuosa estancia nos envolvía un ambiente sereno. Unas sedosas cortinas doradas adornaban las paredes y el suave resplandor de la araña de cristal se reflejaba en el techo de espejos. La espaciosa cama, cubierta de sábanas de satén, nos invitaba a hundirnos en su lujoso abrazo.

"Ven aquí", susurré.

Laura se unió a mí en el balcón. Yo la rodeaba suavemente con el brazo, y la vibrante energía del Parque del Retiro se extendía ante ellas como un lienzo verde. El parque parecía cobrar vida cuando la suave brisa susurraba a través de las frondosas hojas verdes de los árboles, susurrando secretos a aquellos dispuestos a escuchar. La fragancia de las flores bailaba en el aire, mezclándose con los lejanos sonidos de las risas y las alegres charlas de los transeúntes.

Contemplamos el panorama ante nosotros, una sinfonía de vibrantes matices naturales y actividad humana. El tapiz esmeralda del Parque del Retiro se desplegaba como una exuberante colcha, con sus intrincados patrones entrelazados con senderos que invitaban a ser explorados. Las fuentes tocaban sus melodías líquidas, con sus gotas cristalinas cayendo en elegantes arcos sobre el fondo de esculturas de mármol que guardaban secretos centenarios.

Me volví hacia Laura, con los ojos brillantes de emoción y paz. "Laura, ¿te puedes creer que estemos aquí? En el corazón de Madrid, rodeados de la belleza y la historia de esta magnífica ciudad", exclamé, mi voz resonando con pasión. "¿Qué te parece hasta ahora?". le pregunté mientras le servía una copa de un Ribera del Duero cosecha de 1982. Posiblemente uno de los vinos más caros del mundo.

Los ojos de Laura brillaron de admiración al encontrarse con mi mirada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba hablando; sólo pudo murmurar.

"Simplemente me encanta, me encanta todo", susurró, su voz apenas un suspiro contra el telón de fondo de la bulliciosa ciudad. "Aún no puedo creer que estemos aquí. Es como entrar en un sueño, donde cada momento está pintado de belleza y encanto".

Mi voz transmitía una suave calidez al responder a Laura, mis palabras entrelazadas con el orgullo de un hombre que anhela compartir su herencia. "Es realmente una ciudad extraordinaria, Mi Vida", murmuré, mi voz acariciándola como una suave brisa de verano. "Madrid encierra en sus bulliciosas calles y en su rica historia la esencia del legado de mi familia.

Los ojos de Laura brillaban de curiosidad mientras volvía la vista hacia las bulliciosas calles de Madrid. El vibrante tapiz de colores y sonidos se desplegaba ante ellos, un tesoro de delicias sensoriales a la espera de ser explorado. Los caminos empedrados serpenteaban por las plazas como ríos del tiempo, con su superficie irregular alisada por siglos de pisadas de quienes habían recorrido estas mismas calles antes que ellos.

"Creo que es hora de dar un paseo y comer algo; ¿qué te parece?". Lo dije con entusiasmo, mirándola profundamente prendado de aquellos ojos azules.

Laura respondió tímidamente. Parecía muy emocionada con la idea. "Sí, me encantaría". Su excitante voz era una brisa de aire fresco.

Cuando Laura y yo salimos del opulento entorno de nuestra suite, las bulliciosas calles de Madrid nos recibieron con los brazos abiertos. Los caminos empedrados serpenteaban por las plazas como ríos del tiempo, cada piedra pulida por las pisadas de innumerables almas que habían dejado su huella en esta encantadora ciudad.

Bajamos la gran escalera; la alfombra de felpa que había debajo acariciaba nuestros pies, una sinfonía aterciopelada de opulencia. Nos adentramos en las vibrantes calles de Madrid, embriagados por el mosaico de colores y sonidos que las envolvía como un cálido abrazo. Una cacofonía de idiomas reverberaba en el aire, mezclándose con la cadencia melódica de los artistas callejeros, llenando el ambiente de armoniosas melodías.

Troy esperaba fuera con la limusina, lista para despegar. Entramos en el vehículo y nos acomodamos en confort el coche. "¿Champán?", le ofrecí sacando una botella de Moët Chandon de la nevera de la limusina.

"Claro, ¿por qué no?" Respondió infantilmente, esbozando una hermosa sonrisa.

Durante aquel mágico paseo por las vibrantes calles de Madrid, nuestras miradas se dirigieron hacia la imponente figura del Museo del Prado. El majestuoso palacio se erguía como un centinela del arte, con sus intrincados detalles y sus imponentes estatuas que llamaban la atención de todos los que pasaban. Se acercaron a la gran entrada y pisaron los fríos suelos de mármol que parecían soportar el peso de siglos.

El coche se detuvo en la misma entrada, y nos recibió el director del museo, Jaime Salgado, un caballero muy respetable y un buen amigo.

"Buenas noches, señor Garrido; qué grata sorpresa volver a verle por aquí". Hacía tiempo que no veía a Jaime. Era casi como de la familia.

"Gracias, Jaime; ha pasado demasiado tiempo, mi querido amigo. Permíteme presentarte a mi ayudante, Laura Moore.

"Un placer señorita". Jaime cogió suavemente la mano de Laura y se inclinó para besarla como un auténtico caballero a la antigua usanza. Pude ver cómo Laura se ruborizaba. No parecía acostumbrada a esa pomposidad. No pude evitar reírme un poco.

Entramos en las sagradas salas del Museo del Prado y una sensación de asombro y reverencia nos invadió como una suave marea. Nuestros ojos se abrieron de par en par al contemplar la vasta extensión de tesoros artísticos que se extendía ante nosotros, cada obra maestra invitando a ser admirada y estudiada. Las paredes parecían respirar historia, susurrando historias de artistas desaparecidos, con sus pinceladas inmortalizadas en vibrantes colores y delicadas texturas.

"Háblame de éste", dijo Laura, con los ojos fijos en un romántico cuadro de una pareja abrazada bajo un cielo estrellado.

Sonreí, sintiéndome afortunado de ser yo quien le desentrañara los misterios del arte. "Ah, éste es 'Los amantes', de Francisco Goya. Captura la intensa pasión y el anhelo entre dos amantes, atrapados en un momento de abrazo eterno".

Los ojos de Laura brillaron de interés. "¿Son una pareja real? ¿Conocemos su historia?".

Hice una pausa, considerando las posibilidades. "Cuenta la leyenda que Goya se inspiró en una relación amorosa prohibida entre dos figuras prominentes de la época. Sus encuentros clandestinos al amparo de la noche suscitaron mucho escándalo e intriga, dando lugar a la creación de esta notable obra."

Se inclinó más hacia ella como si intentara absorber la esencia del cuadro. "Qué extraordinario. La forma en que se miran... es como si el mundo que les rodea no existiera".

Asentí, comprendiendo el sentimiento. "El amor tiene una forma de transportarnos a un reino diferente, donde sólo importan las almas implicadas. Este cuadro capta esa conexión etérea".

Las preguntas de Laura se sucedían a medida que avanzábamos por la galería. Señaló un majestuoso paisaje en el que se mezclaban vibrantes tonos verdes y azules. "¿Y éste?", preguntó. Reconocí el cuadro como "El valle encantado", de Joaquín Sorolla. "Este cuadro celebra la belleza de la naturaleza y la armonía que aporta a nuestras vidas. Cuenta la historia de un valle mítico, escondido del caos del mundo moderno".

La mirada de Laura se detuvo en la tranquila escena y su voz se llenó de asombro. "Casi puedo oír los susurros del viento y el susurro de las hojas. Es como si el tiempo se ralentizara en este lugar encantado".

"Ésa es precisamente la intención de Sorolla", le respondí, absorto en la magia del cuadro. "Quería transportar al espectador a un oasis sereno, un respiro de las exigencias de la vida cotidiana. Un lugar donde encontrar solaz y serenidad".

Cuando el sol empezó a ponerse, proyectando un cálido resplandor sobre el museo, me di cuenta de que ese día en el Museo del Prado se había convertido en algo más que una visita cultural. Se había convertido en una exploración de nuestras propias emociones, un viaje de descubrimiento y conexión.

Estreché a Laura contra mí. "Me alegro de que hayas disfrutado de la visita. ¿Te apetece cenar algo? Creo que conozco el sitio adecuado, dije con voz intrigante, intentando subir la temperatura.

"Me parece una idea estupenda; me muero de hambre", respondió Laura casi ingenuamente.

No pude resistir mi impulso y besé su boca, estrechándola contra mí. "Esa era la respuesta correcta", le susurré, con la boca entreabierta y los ojos cerrados.

Troy nos esperaba junto a la limusina. Mirando a Laura, su rostro iluminado por la suave luz, supe que nuestro vínculo se había fortalecido gracias a la experiencia compartida. Me esforzaba por no perderme en esta locura. Pero, ¿me esforzaba lo suficiente?

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Laura

"¡Esto es absolutamente delicioso!" exclamé, intentando comportarme. Mis papilas gustativas acababan de explotar tras probar algunos de los aperitivos que nos trajeron a la mesa.

El restaurante estaba escondido en una callejuela encantadora, su entrada estaba adornada con buganvillas en flor y un cartel de bienvenida que decía "El Jardín de los sabores".

"Cálmate, nena". Richard se inclinó, su voz suave y llena de anticipación. "He preparado algo especial para nosotros esta noche, cosita. El renombrado chef Alejandro Martínez ha preparado un menú degustación de seis platos. Cada plato es una obra maestra, meticulosamente elaborada para despertar tus sentidos".

Me dio un vuelco el corazón al oír sus palabras y junté las manos emocionada. "Suena increíble. Por favor, cuéntame más".

El camarero se acercó con una sonrisa confiada y nos presentó el menú de la noche. "Buenas noches", nos saludó cordialmente. "Permítanme guiarles a través de nuestro viaje culinario de esta noche. Pero antes, permítanme llevarles a su mesa.

Nos acompañaron a una acogedora mesa esquinera, rodeada de exuberante vegetación y con vistas al vibrante paisaje urbano. La vista era impresionante y no pude evitar perderme en el momento. Richard, todo un caballero, me retiró el asiento y se sentó frente a mí. Sus ojos brillaban con la misma emoción que los míos.

El camarero empezó describiendo el primer plato como una delicada fusión de ingredientes tradicionales españoles con sutiles influencias internacionales. Habló con certeza y conocimiento, y sus palabras pintaron imágenes vívidas en nuestras mentes. Richard y yo intercambiábamos miradas y nuestra emoción se reflejó en nuestros ojos.

Cuando llegó el plato principal, Richard se inclinó hacia mí, con un susurro aterciopelado. "Tengo un secreto que compartir", murmuró, con un brillo travieso en los ojos. "No puedo

resistirme al encanto del postre, sobre todo si es para compartir".

Intrigada, vi cómo le hacía una señal al camarero para que pidiera una excelsa creación de chocolate. Momentos después, nos pusieron delante una obra maestra: una tarta de varias capas cubierta de deliciosas fresas y espolvoreada con azúcar glas. Con cada bocado, la dulzura del postre reflejaba el floreciente romance entre nosotros.

Richard se inclinó aún más hacia mí cuando desapareció el último bocado de postre, su aliento cálido contra mi oreja. "Este momento, esta noche", susurró apasionadamente, "es como si el destino nos hubiera unido".

Me retorcí de placer y sus palabras resonaron en lo más profundo de mi ser. Había una fuerza innegable que nos acercaba. La magia de Madrid había conspirado con el destino para tejer nuestros caminos en un encuentro inolvidable.

Richard estaba de pie junto al ventanal, contemplando el cautivador paisaje de luces que brillaban como estrellas en la oscuridad. Su fuerte mandíbula y su mirada de acero irradiaban poder; sin embargo, cuando sus ojos se cruzaban con los míos, había una vulnerabilidad que dejaba entrever una personalidad más compleja de lo que se percibía en un principio.

"Deberíamos tomar algo para celebrar nuestro primer día en Madrid, ¿no crees?". Sugirió Richard.

Asentí nerviosa, perdida en su cuerpo atlético, que podía rastrear perfectamente bajo su exclusivo traje. "Sí,. Llévame donde sea, ¡por favor!" El vino me estaba traicionando y estaba un poco embriagada. Esperaba no parecer torpe.

Richard sonrió. "Excelente ; Troy espera abajo. Voy a llevarte a un sitio muy especial.

Me moría de expectación. Me levanté y le cogí del brazo mientras llegábamos a la planta baja, donde Troy esperaba junto a la limusina. Simplemente nos saludó con la cabeza y entramos en el vehículo, comenzando un viaje hacia lo desconocido.

A medida que los sensuales susurros resonaban por toda la limusina, la tensión crecía entre nosotros. Nuestros labios hambrientos se entrelazaron, buscando consuelo en la calidez y la familiaridad del aliento compartido. Ambos nos sentíamos incapaces de resistir la creciente presión sexual que se estaba gestando en nuestro interior, desesperada por dar paso a la liberación.

Con un repentino estallido de energía, Richard agarró mi cintura, acercándose más a él. "Mmm", gimió, introduciendo su lengua en mi boca jugando con mis papilas gustativas con su pericia.

Gemí en respuesta, agarrándolo con fuerza por la cabeza y empujándolo hacia delante. Le desabroché rápidamente la chaqueta y descubrí su ancho pecho, adornado con una mata de vello oscuro. Richard jadeó de placer y sus manos se movieron para explorar las curvas de mi trasero. "¡Maldita seas, mujer!", exclamó con voz ronca, mordisqueándome tiernamente el lóbulo de la oreja, provocando deliciosos temblores en mi interior.

Agarrándome por las nalgas, me levantó sin esfuerzo, colocándome sobre su miembro hinchado el cual había sacado con premura. Sin darme tiempo a preguntar o reaccionar, se deslizó dentro de mí, provocando que un agudo grito de éxtasis escapara de mis labios. Mi vagina se acomodó con avidez en torno a él, contrayéndose rítmicamente. No se trataba sólo de penetración, sino de posesión. Esta conexión iba más allá de la mera gratificación física; ahora éramos almas entrelazadas.

Me aferré con fuerza a Richard, acompasando su ritmo con fervor. Mis gemidos llenaban el aire como notas musicales, puntuando la sinfonía de lujuria que estaba teniendo lugar. Cada embestida enviaba ondas de placer por mis venas, encendiendo un fuego feroz en mis entrañas. Richard gruñó profundamente, sus caderas ondulaban sin parar y me golpeaban con más fuerza. El deseo lo consumía por completo, haciendo que todo lo demás resultara trivial. Lo único que deseaba era la posesión total y el dominio absoluto, no sólo físico, sino también mental.

Me abrazó con fuerza y me susurró dulces promesas al oído. "Vas a ser mía, nena".

"Voy a hacerte mío", respondí embelesada, riendo a carcajadas a la vez que me hacía cosquillas juguetonas en la cara interna del muslo.

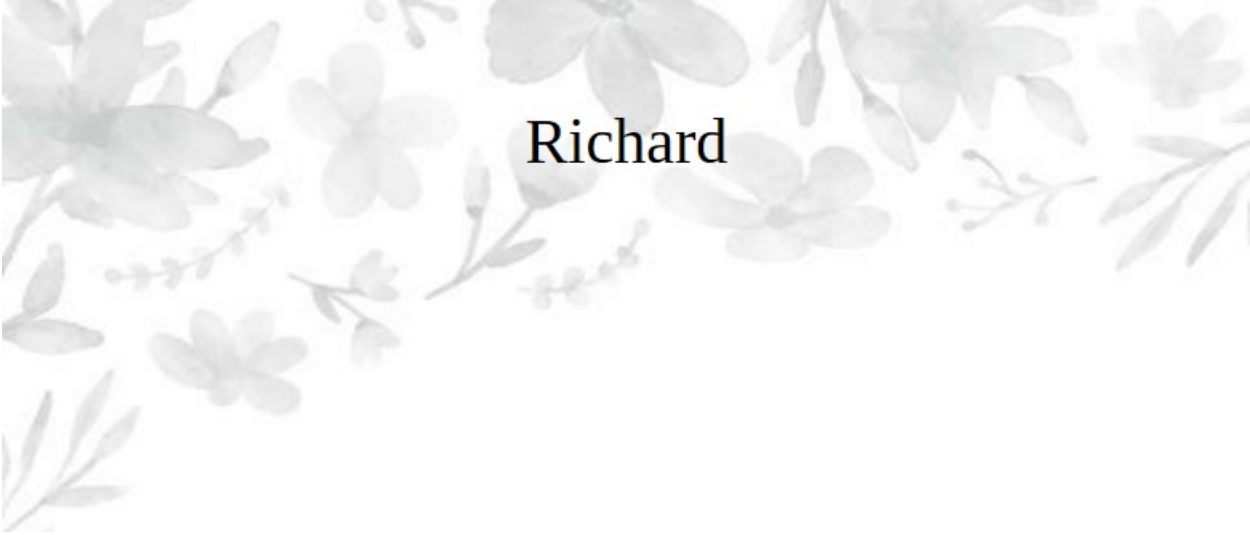
A medida que el sudor recorría nuestros cuerpos, entrelazados en el calor de la pasión, nuestros besos se intensificaban, consumiéndonos mutuamente. El aroma del deseo llenaba el espacio, junto con una melodía de respiraciones agitadas y el sonido húmedo de la carne chocando a ritmos sincopados.

Cuando estábamos a punto de llegar al clímax, Richard pulsó el interfono y dijo: "Troy, cambio de planes; llévanos al hotel".

"¿Por qué?" Pregunté intrigada.

"Escucha, cariño, no quiero que me vuelvan a interrumpir; lo quiero todo", respondió Richard con una voz primitiva tan sexy como su cuerpo, que ahora estaba dentro de mí.

"No hay problema, señor", respondió Troy como un autómatas, y así nos dirigimos al hotel.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

"¡Oh, Dios! Sí, sí, Dios mío", gimió Laura mientras yo me corría encima de ella sin descanso.

La visión de su redondo culo rebotando me hipnotizó. Agarré sus voluptuosas nalgas por detrás y la acerqué aún más mientras le golpeaba el trasero repetidamente. Sus risitas se convirtieron en gemidos, señal de su estado de excitación. Su cuerpo se arqueó hacia mí como si quisiera más. Rápidamente cambié de posición, penetrándola de nuevo, y Laura me recibió sin rechistar.

La intensidad de nuestro acoplamiento aumentó a medida que nos aventurábamos en territorios de placer hasta entonces desconocidos. Con cada caricia, Laura parecía perdese más profundamente en la vorágine del éxtasis. Yo la observaba atentamente, fijándome en las expresiones de su rostro, ansioso por ver qué era lo que más satisfacción le producía. Cuando noté que se le llenaban los ojos de lágrimas, lo tomé como una señal para que bajara el ritmo y recuperara la compostura. Pero sus gritos no cesaron, sino que alcanzaron nuevos niveles de ardor.

"¿Estás bien, cielo? pregunté, tratando de asegurarme de que íbamos en la dirección correcta.

"Sí", jadeó. "No pares, por favor, no pares". Pude ver lágrimas de placer en sus ojos.

Laura me arañó la espalda, clavando sus uñas en mi carne, marcándome para siempre. Incapaz de aguantar más mi hambre de lujuria, me retiré de repente, sólo para volver a penetrarla con renovado vigor. Laura se retorció encima de mí, sus piernas rodearon mi cintura, forzando nuestras pelvis a encontrarse perfectamente. Sus pezones rígidos me rozaban el pecho haciéndome enloquecer.

"¡Ahhhh!", gritó Laura, su orgasmo finalmente alcanzó la cima después de incontables oleadas de intenso placer.

Sintiéndome satisfecho, pero con ganas de más, me aparté un poco y me volví a colocar en su entrada, apuntando directamente a su punto sensible. Cuando empecé a moverme de nuevo,

Laura me rodeó el cuello con los brazos, atrayéndome aún más. Nuestros cuerpos se fundían a la perfección y cada movimiento producía nuevas sensaciones. Agarré su cintura con firmeza, guiando sus caderas con hábil precisión. Nuestros corazones latían al unísono, erráticos por la expectación.

Cuando Laura se acercaba al clímax una vez más, instintivamente cambió su ángulo, colocándome a mí encima.

El peso de mi cuerpo apretado contra el suyo pareció hacerla sentirse deseada y apreciada. Mientras me movía rítmicamente dentro de ella, seguí elogiando su belleza e inteligencia, enviando cálidos dardos de afecto en espiral por su interior. Laura correspondió a esos sentimientos, acariciándome la espalda con cariño y poniéndome de vez en cuando motes cariñosos.

Adoptamos distintas posturas íntimas, encontrando formas creativas de complacernos mutuamente con desenfreno. Cada roce nos producía nuevas sensaciones, aumentando nuestra necesidad mutua.

Acaricié su clítoris hinchado con el pulgar, provocando jadeos y estremecimientos de puro gozo mientras me pasaba los dedos por el vello del pecho. Cada parte de nuestros cuerpos encajaba perfectamente, creando una sinfonía de armonías mientras uníamos nuestras fuerzas en la búsqueda mutua de la plenitud.

"Más", murmuró Laura con voz ronca, encontrándose con mi ardiente mirada con un hambre insaciable.

Tomando nota de su petición, aumenté el ritmo de mis embestidas. Su cuerpo se agitaba con cada poderoso empujón, llevándola aún más al borde del éxtasis. Sintiendo que el clímax era inminente, Laura cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, rendida a la pasión animal que corría por nuestras venas.

Las palmas de nuestras manos sudorosas se agarraron y nuestras frentes se apoyaron una contra otra, deleitándonos en la sensación compartida del máximo placer.

Giramos buscando nuevos ángulos para excitarnos y satisfacernos aún más. Dejé escapar pequeños gruñidos de agradecimiento, saboreando la sensación de la flexible piel de Laura bajo mis manos. Mientras tanto, Laura correspondía a cada una de mis embestidas con el mismo entusiasmo, y los sonidos de nuestros esfuerzos combinados llenaban la silenciosa suite del hotel de una urgencia primitiva.

La penetré despacio, provocando su excitación antes de comenzar a empujar con más fuerza, observando atentamente su reacción. Abrumada por la dinámica de poder y su recién descubierto

apetito de dominación, Laura tomó el control, mordiéndome el hombro y ordenándome que la penetrara con más fuerza.

"Fóllame", exigió, con la voz ronca por el deseo. Yo obedecí reclamándola como mía en una danza primigenia de poder y sumisión.

Gemidos y quejidos reverberaban por la habitación, mezclándose con los suaves sonidos de los muelles de la cama.

El ambiente estaba cargado de deseo; nuestros movimientos se volvieron frenéticos, reflejando el rápido latido de nuestros corazones. A medida que aumentaba la intensidad, parecía imposible poner límites a la exploración. Todas las reglas se disolvían bajo el peso de nuestras necesidades primarias. No había límites y nos entregábamos por completo el uno al otro.

El tiempo parecía haber perdido todo su sentido. Las horas pasaban borrosas, marcadas únicamente por el constante intercambio de caricias y besos. En nuestros cuerpos aparecieron profundas marcas rojas, testimonio de la profundidad de nuestros apasionados encuentros.

Saciados y exhaustos, nos tumbamos en la cama, entrelazados el uno al otro. Nuestros rostros mostraban rastros de felicidad mezclados con fatiga, reflejo de la intensidad de nuestra unión.

Nos abrazamos, intentando recuperar el aliento y calmar nuestros acelerados corazones. "Ha sido increíble", jadeó Laura, incapaz de creer la intensidad de nuestra experiencia. Laura me miró con admiración, parecía maravillada por la forma en que yo había tomado las riendas durante nuestro encuentro. Nuestros abrazos poscoitales se convirtieron poco a poco en conversaciones de almohada, en las que hablamos un poco de todo. La conversación fluyó con naturalidad y nos llevó a comprender mejor nuestros deseos y temores.

La noche nos envolvió en un sueño sensual. Besé a Laura y le dije: "Gracias; me has llevado a otro lugar".

Sonrió, aferrándose a mí. " Gracias a tí". Antes de que nos diéramos cuenta, nos habíamos dormido abrazados.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Me desperté con un cálido y suave resplandor que se extendía por la habitación y, al abrir los ojos, me di cuenta de que no eran sólo los rayos del sol los que iluminaban mi mañana. Richard estaba a mi lado, con una sonrisa traviesa en los labios.

Aturdida pero encantada, no pude evitar deleitarme con la intensidad de nuestra noche. Me acurruqué en el abrazo de Richard, sintiendo su aroma familiar, que ahora llevaba una esencia fruto de los acontecimientos recientes. Ese familiar olor a sexo permanecía en nosotros como un perfume; un recuerdo persistente de la pasión que habíamos desatado la noche anterior. En aquel momento, el mundo exterior parecía distante e irrelevante comparado con nuestra intimidad.

Richard me apartó con ternura los mechones de pelo que me caían por la cara, dejando suaves estelas a lo largo de mis pómulos. Mirándome profundamente a los ojos, dijo: "Me gustó mucho lo de anoche. Fue... diferente". Habló con franqueza. "Ahora tengo una sorpresa para ti".

Me levanté, frotándome los ojos, y le sonreí. "Bueno, parece que sabes cómo empezar el día con energía. ¿Cuál es la sorpresa?"

Richard alargó la mano y apretó la mía. Su contacto me produjo una especie de descarga eléctrica. "Pensé que podríamos pasar el día en el Parque del Retiro. Hace un día precioso y me gustaría pasear por el parque contigo".

No pude evitar el entusiasmo ante su sugerencia. Habíamos hablado muchas veces de visitar el Parque del Buen Retiro. Ahora se presentaba la oportunidad, y mis emociones florecieron al pensar en disfrutar el día con Richard en un entorno tan romántico.

Me vestí rápidamente, mi expectación crecía a cada momento que pasaba. Atravesamos de la mano las bulliciosas calles de Madrid y, tras un breve paseo, llegamos a la entrada del parque.

Nada más entrar, me impresionó la belleza que nos rodeaba. La exuberante vegetación, las elegantes estatuas y el tranquilo lago se combinaban para crear una atmósfera de ensueño. A

cada paso, Richard y yo nos acercábamos más, tanto emocional como físicamente, mientras paseábamos cogidos de la mano, dejando que la magia del parque nos envolviera.

Richard me guió hasta un lugar apartado cerca del lago, a la sombra de un imponente roble. Allí nos esperaba un bonito picnic, con una manta a cuadros, una gran variedad de delicias y una botella de champán enfriándose en un cubo de plata.

"Espero que tengas hambre", dijo, con un brillo de emoción en los ojos. "He traído un picnic".

Nos acomodamos en la manta y Richard hizo sonar una delicada campanilla de plata que había cerca, llamando a un mayordomo y dos camareras. El mayordomo, Jaime, impecablemente vestido con un frac, se acercó a nosotros con una elegante reverencia. "Buenas tardes, señorita, señor. Le presento a nuestras camareras, Isabel y Mónica", dijo señalando a las dos jóvenes que tenía detrás.

Las camareras nos saludaron con un amistoso "Hola" antes de colocarse con elegancia en sus puestos para atendernos. Richard había pedido una selección de bocadillos, fruta fresca y bollería variada. Las camareras sirvieron los deliciosos manjares en platos de porcelana y nos sirvieron copas de champán con delicadeza.

Mientras bebíamos un refrescante champán, miré a Richard a los ojos y me invadió una oleada de emoción. "¿Te puedes creer que estemos aquí, Richard? Madrid, la ciudad de la pasión y el romance". exclamé.

Richard rió entre dientes, con un brillo en los ojos. "Creo que se puede decir que Madrid te ha hechizado, querida. Me alegro de que te haya gustado; algo me decía que era una buena idea". Su acento había adquirido algunas de sus reminiscencias españolas; sonaba incluso más sexy que de costumbre.

Ambos recordamos las veces que paseamos cogidos de la mano por el casco histórico de La Latina, perdiéndonos entre sus calles empedradas bordeadas de coloridos edificios. Recordamos la impresionante vista del Palacio Real, cuya grandeza me dejó sin aliento. La emoción en la voz de Richard era contagiosa cuando describía las impresionantes obras de arte del Museo del Prado y cómo yo no podía evitar perderme en las cautivadoras obras de Goya y Velázquez.

Suspirando suavemente, me incliné hacia Richard y nuestros hombros se tocaron suavemente.

"Pero sabes, por muy increíbles que fueran todas esas vistas, mis momentos favoritos han sido los que hemos compartido juntos. Estas noches..." Me sonrojé al escuchar mis propias palabras.

Richard sonrió, con la mirada llena de afecto. "No podría estar más de acuerdo, cosita; aun así, hay mucho que enseñarte todavía". Su voz de barítono me embrujó, así que me abalancé y le besé. Recibió mi beso con gratitud y me lo devolvió apasionadamente.

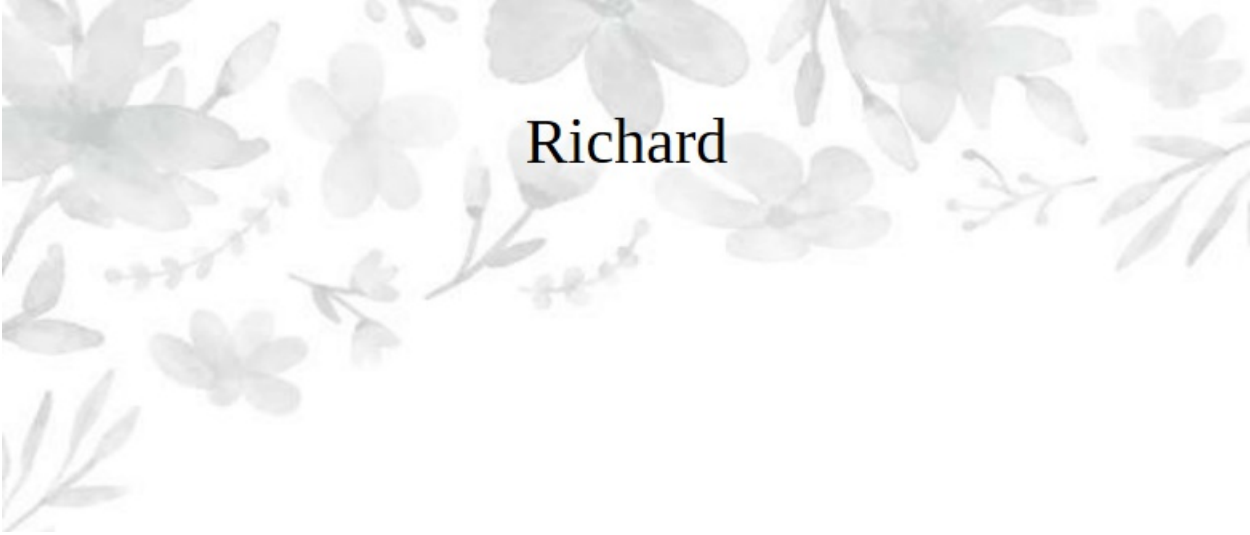
Mientras el cálido sol extendía sus rayos sobre el Parque proyectando un resplandor dorado sobre las mantas de picnic esparcidas, sentí una mezcla única de emoción y nervios en mi interior.

"Sabes, Richard, he estado pensando mucho acerca de nosotros durante estos días mágicos", le dije, con la voz ligeramente temblorosa. "¿Cómo afectará esta cascada de sentimientos a nuestra relación profesional? Al fin y al cabo, eres mi jefe". Me asusté a mí misma con mi atrevimiento, pues sentía la necesidad de tocar tierra por una vez y sentirme tranquila.

Richard abrió los ojos con sorpresa, pero se recompuso rápidamente. "Laura, no puedo negar que siento una conexión increíble contigo, una conexión que ha crecido estos últimos días. Es difícil ignorar este deseo persistente; sin embargo, no veo por qué esto no podría funcionar".

Tomando su mano entre las mías, continué: "Nunca me ha gustado mezclar los negocios con el placer, pero estar contigo es diferente. No puedo imaginar bajarme de este tren ahora. ¿Qué opinas de todo esto?"

Los labios de Richard se curvaron en una cálida sonrisa y sus ojos se llenaron de compasión y alivio. "Laura, preciosa, no hay nada de qué preocuparse; digamos que estábamos destinados a ser compañeros tanto en nuestra vida profesional como personal". Sonaba práctico y emotivo a la vez, lo que en cierto modo me reconfortó. No esperaba una respuesta tan empática, pero, de nuevo, me asusté. Había expresado mis sentimientos en voz alta y tal vez le había asustado aunque no lo pareciera

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Richard

Cuando el sol empezaba a ponerse en una cálida tarde de verano en Madrid, decidí que era el momento perfecto para sorprender a Laura con una aventura mágica. Llevaba días planeando esta sorpresa. "Vale, Bonita", le dije con voz autoritaria pero suave. "Es hora de llevarte a dar una vuelta en una alfombra mágica". Me reí un poco de mi cursilería, pero pensé que sería la mejor manera de revelar mi querido Ferrari y llevarla a dar una vuelta por las impresionantes montañas que rodeaban la ciudad.

Al salir del magnífico Parque del Retiro, cogí a Laura de la mano y la guié hacia el aparcamiento. Con una sonrisa pícaro, le mostré el elegante Ferrari rojo que nos esperaba. "Voilà", dije socarronamente.

Sus ojos se abrieron de sorpresa y deleite. "¿Esto es realmente tuyo?", exclamó, con la voz llena de incredulidad.

Asentí con la cabeza, enorgulleciéndome de su expresión de asombro. "Sí, nena. Esta belleza es mía. Pensé que sería la manera perfecta de hacer nuestra noche inolvidable".

Comencé a explicarle con entusiasmo cómo llegué a adquirir mi querido Ferrari 250 GT SWB California Spider de 1957.

"Todo empezó hace muchos años", empecé, lleno de nostalgia. "Era sólo un niño, cautivado por las líneas elegantes y la belleza atemporal de los coches clásicos. Algo en la marca Ferrari resonaba en mí y supe que algún día tendría que poseer la encarnación de la perfección automovilística. Conducir esto es como hacer el amor con una mujer hermosa". La miré con picardía y me regocijé al contemplar su reacción.

Laura se inclinó hacia delante, con evidente curiosidad, y me instó a continuar. "Continúa", me instó, con una suave melodía en la voz.

Con una sonrisa, conté las incontables horas que pasé investigando y estudiando meticulosamente cada detalle del coche. Describí cómo había recorrido el mundo, visitando numerosos salones de automóviles, subastas y colecciones privadas, en busca del coche que me robara el corazón.

"Y entonces, un fatídico día, recibí noticias de un coleccionista privado en las montañas de las afueras de Madrid que poseía el mismo coche con el que yo había estado soñando. Sin pensármelo dos veces, subí a mi avión, aterricé aquí y lo compré".

Cuando nos acomodamos en los lujosos asientos de cuero, el motor del Ferrari rugió, provocándome escalofríos. Puse suavemente la mano en la rodilla de Laura, un pequeño gesto para asegurarle que estaba a salvo a mi cuidado. Con la expectación corriendo por nuestras venas, emprendimos el viaje a las montañas.

A medida que el viento nos despeinaba y el paisaje urbano se desvanecía a nuestras espaldas, la serenidad del campo nos abrazaba. Las carreteras serpenteaban y nos adentraban en la naturaleza, rodeados de exuberante vegetación e imponentes montañas.

Mientras sorteaba las curvas y recodos, el sonido del motor resonaba en los antiguos muros de piedra, armonizando con la melodía de la naturaleza.

Era como si el coche y yo estuviéramos hechos el uno para el otro, cada movimiento en perfecta sincronía. La cálida brisa española acariciaba la capota del descapotable; todo era cautivador.

Viajamos en silencio durante un rato hasta que Laura finalmente habló, con una voz llena de asombro. "Estar aquí contigo en este increíble coche en una tarde tan bonita es algo surrealista. Esto sí que es un viaje en alfombra mágica".

Me volví hacia ella, con los ojos cautivados por su radiante sonrisa. "Esto es sólo el principio, hermosa. Esta noche quiero mostrarte la verdadera belleza de la sierra de Madrid".

A medida que avanzábamos por las sinuosas carreteras, el sol poniente proyectaba un tono dorado sobre el paisaje, acentuando la majestuosa belleza que teníamos ante nosotros. Era como si las propias montañas resplandecieran bajo una luz encantada. Finalmente llegamos a un pintoresco mirador. Aparqué el Ferrari y guíé a Laura hacia el borde, la vista panorámica nos dejó sin aliento. Los valles se extendían sin fin mientras las brasas del sol moribundo pintaban el cielo en vibrantes tonos naranja y rosa.

Laura se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de asombro. "Esto supera todo lo que podría haber imaginado, Richard. Gracias por traerme aquí".

La acerqué más, rodeando su cintura con mis brazos. "El placer es todo mío, Laura. Quería que este momento quedara grabado en tu memoria para siempre".

Permanecimos en silencio, envueltos en el abrazo de las montañas, mientras disfrutábamos de la belleza del mundo y de la profundidad de nuestro afecto. La brisa fresca nos susurraba sus secretos, igual que mi deseo susurraba sus promesas a Laura.

Cuando la oscuridad se asentó sobre las montañas, regresamos al Ferrari, iluminados únicamente por la luna y las estrellas. El viaje de vuelta a la ciudad estuvo lleno de risas, miradas robadas y palabras de afecto susurradas.

Por fin llegamos a nuestro destino, nuestra temporal “casa”: el majestuoso Hotel Ritz, enclavado en medio del verde abrazo de la naturaleza. Cuando aparqué el Ferrari, salí, asombrado por la vista panorámica. Las montañas se alzaban, mostrando orgullosas sus majestuosos picos contra el lienzo de una vibrante puesta de sol, que parecía aplaudir nuestra llegada.

Me tomé un momento para serenarme antes de volverme hacia Laura, cuyos ojos bailaban de asombro mientras absorbía el impresionante paisaje. "¿Te apetece cenar conmigo?". pregunté con un deje de picardía en la voz.

Con una sonrisa radiante, asintió y nos dirigimos a la gran entrada del Hotel. Mientras ascendíamos por la escalera de mármol, me deleité con el ambiente que nos rodeaba, sabiendo que aquella velada sería sin género a dudas inolvidable.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style floral pattern with various leaves and flowers. The name "Laura" is centered within this decorative area.

Laura

La cálida luz dorada que proyectaba la lámpara de araña se reflejaba en el pulido suelo de mármol del gran vestíbulo que conducía al ascensor, creando un efecto casi hipnótico en quienes pasaban por debajo de ella. A lo lejos, una suave música de piano se colaba en el silencioso ambiente del vestíbulo del hotel, fundiéndose a la perfección con el murmullo de las conversaciones en voz baja de los clientes que disfrutaban de sus cócteles en medio del lujoso entorno.

Mientras avanzábamos por la alfombra decorada con motivos ornamentales, un conserje nos saludó respetuosamente y nos dirigió hacia los ascensores privados reservados exclusivamente para los huéspedes de las más exclusivas suites. Richard me agarró con confianza por el codo, sus dedos rozaron suavemente los míos, haciendo que se me pusiera la piel de gallina mientras me susurraba al oído suaves palabras para excitarme.

Cuando entramos en el ascensor acristalado, el calor que irradiaban ambos cuerpos llenó el espacio que nos rodeaba como la embriagadora fragancia de un perfume caro.

Richard se acercó aún más, colocando discretamente una mano detrás de mi cuello para que pudiera sentir la sutil presión de su palma. Envió oleadas de calor por mis venas, haciendo que mi corazón se acelerara. Bajó aún más la voz. "Cuando lleguemos a la habitación", murmuró con voz ronca, "descubrirás lo que he planeado".

Mientras el ascensor se deslizaba suavemente hacia arriba, Richard recorrió seductoramente mi nuca con la punta de su dedo índice hasta llegar a la base de mi columna vertebral, provocando sacudidas estremecedoras en todo mi ser. Se me aceleró el pulso y luché por recuperar la calma ante sus tentadoras insinuaciones.

"¿Qué quieres decir? pregunté casi sin aliento, intentando recuperar la compostura pero fracasando estrepitosamente debido a la feroz atracción que sentía hacia él.

Richard sonrió con complicidad, aprovechando al máximo el momento.

"Piensa en todos los placeres que nos esperan esta noche", insinuó burlonamente, dejando que sus labios formaran una sugerente curva que sólo sirvió para encenderme aún más. Mi rostro se sonrojó aún más, incapaz de negar la creciente excitación que sentía.

"Pero... ¿Qué tipo de sorpresas?". logré preguntar, apenas capaz de contener mi curiosidad. Richard me guiñó un ojo juguetonamente, con un brillo travieso en los ojos.

"Deja que te enseñe". Me sacó del ascensor y caminamos por el pasillo hacia la ya familiar suite.

"¿Estás lista?" Preguntó Richard mientras abría la puerta, sin dejarme ninguna oportunidad.

La puerta se abrió y lo que vi me dejó sin palabras. La habitación estaba iluminada por la suave y titilante luz de las velas, que proyectaba un cálido resplandor sobre una mesa vestida elegantemente. Los vasos de cristal brillaban y los cubiertos relucían. Pero no fue sólo el immaculado decorado lo que llamó mi atención, sino el increíble festín que tenía ante mí.

Richard me condujo a la mesa, elegantemente decorada con cristalería, cubertería de plata y delicados platos de porcelana con succulentas raciones de langosta fresca y humeantes cuencos de algo que parecía delicioso. Su fragante vapor me abrió el apetito, pero ver a Richard allí de pie, representando la personificación de la masculinidad, hizo que mi apetito se convirtiera en algo totalmente distinto.

Sirvió dos copas de champán helado, cuyas burbujas bailaban tentadoramente al subir a la superficie. Cogió una de las copas y la levantó hacia mí, proponiéndome un brindis. "Por los nuevos comienzos", dijo, chocando su copa contra la mía antes de beber de un trago su contenido, dejando un bigote espumoso sobre su labio superior.

"Por un nuevo comienzo", respondí y seguí mi ejemplo. De repente se me hizo un nudo en la garganta por el nerviosismo que me invadía. Nos miramos fugazmente, reconociendo la poderosa conexión que nacía entre nosotros. Mientras saboreábamos la comida y charlábamos sobre el trabajo y los viajes, la energía sexual seguía creciendo en la habitación, engrosando la atmósfera con deseo.

Tras terminar nuestro suntuoso festín, Richard llamó a un mayordomo para que retirara la vajilla, dejándome la oportunidad de echar un vistazo momentáneo al deslumbrante dormitorio iluminada por velas situada frente a nuestro lounge. El mayordomo despejó la sala con increíble rapidez y pronto a estar solos, y yo me dirigí sin control hacia el dormitorio.

La expectación crecía a medida que me fijaba en la elegante decoración que me rodeaba, las sábanas de un blanco impoluto, los cojines de terciopelo esparcidos artísticamente por todas partes y la cama king-size que me invitaba a acercarme. Como si leyera mis pensamientos,

Richard me siguió y se colocó justo delante de mí, silueteado por la luz de la luna que entraba por las ventanas del suelo al techo. Estaba allí, alto e imponente, y su presencia proyectaba una sombra de deseo sobre todo lo que tocaba.

Sin decir nada, empezó a desvestirse, quitándose la ropa con calculada precisión; primero, la chaqueta, luego la corbata y, por último, se quitó los pantalones. Debajo sólo llevaba unos calzoncillos negros que acentuaban su musculatura. Su pene erecto se tensaba contra la tela, mostrando su ansia y deseo. No pude evitar quedarme mirando, hipnotizada por el atrevimiento de su desnudez.

Volví a quedarme con la boca seca, y mi excitación se multiplicó por diez por el mero hecho de que Richard quisiera que yo lo viera primero. Su confianza parecía amplificada y su perfección física no hacía sino avivar el fuego que ya ardía en mi interior.

Sintiéndome envalentonada por la exhibición de Richard, decidí corresponderle y me quité lentamente la blusa, dejándola caer con gracia al suelo junto a una silla. A continuación me quité la falda, dejando al descubierto mis piernas vestidas con un tanga de encaje y un ligero a juego.

Finalmente me quité el sujetador, lo que dio a Richard la oportunidad de apreciar mis proporcionados pechos que habían estado envueltos en un delicado sujetador de encaje. El contraste entre mi inocencia y mi creciente sensualidad parecía haberle cautivado por completo.

Dejé escapar una fuerte inhalación al observar la reacción de Richard ante mi forma desvelada, notando la mirada apreciativa en sus ojos cuando se encontraron con los míos. Me acerqué a él con confianza y le acaricié los hombros y el pecho, saboreando la sensación de su cuerpo firme y musculoso bajo mis caricias.

Agarrando el dobladillo de mi tanga de encaje, lo apartó, revelando mis suaves y húmedos pliegues ante su voraz mirada.

"Tan mojada ya por mí..." Richard murmuró, su tono goteando lujuria.

Sentí que mis entrañas se estremecían de expectación cuando se pasó la lengua por el labio inferior, juntando saliva antes de volverse hacia mí.

"Quiero devorarte... toda", confesó con voz ronca, cerrando la brecha que los separaba y acercando su cara a mi húmedo sexo. El repentino contacto me sobresaltó, pero la forma en que Richard besaba tiernamente mi sensible carne y la manera con la que me exploraba con la lengua me dejó con ganas de más. Cada movimiento me producía escalofríos, acercándome cada vez más al clímax. Instintivamente me agarré a su hombro, arqueando ligeramente la espalda para ofrecer mejor acceso a sus expertas demostraciones. Su talentosa lengua danzaba alrededor de mi

clítoris, alternando lamidas y suaves succiones, provocando oleadas de placer extático que recorrían mis extremidades.

Mientras tanto, Richard se arrodillaba ante mí y sacaba su impresionante miembro de los bóxers. Las abultadas venas de su virilidad evidenciaban su excitación, sus testículos aparecían pesados y llenos de expectación. Observé con una mezcla de fascinación y excitación cómo Richard lubricaba su grueso miembro, y la visión de su polla desnuda despertó en mí un intenso deseo. Envalentonada por la disposición de Richard a compartir conmigo su secreto mejor guardado, me coloqué a horcajadas sobre él.

Rodeé sus anchos hombros con mis brazos, anclándome firmemente, y guíé su rígida polla hasta la entrada de mi húmeda e hinchada raja. Desesperada por alcanzar la plenitud que buscaba, bajé con cautela sobre su enorme miembro, dejando que se deslizara sin esfuerzo a través de mi abertura. El estiramiento inicial hizo que mis músculos se contrajeran involuntariamente, apretando con fuerza a Richard. Pero pronto la sensación de ardor desapareció, sustituida por una necesidad alimentada por el anhelo de liberación sexual más primitiva.

Richard empezó a moverse rítmicamente dentro de mí, creando una danza de pasión que nos unía más y más. Nuestros cuerpos sudorosos y agitados se movían juntos como en un abrazo eterno. Mientras nuestros corazones latían sincronizados, nuestras almas se entrelazaban con cada empuje y cada tirón. Nuestra pasión se encendió en un infierno de deseos carnales.

Me retorcí bajo él, respondiendo a cada embestida con el mismo fervor. Me sacudía contra él con las caderas, mientras le animaba a que me penetrara más fuerte y profundamente.

En la oscuridad de la lujosa habitación, Richard me susurraba al oído, haciendo que se me pusiera la piel de gallina. "Dime lo que te gusta", me preguntó suavemente, pasándome los dedos por la clavícula. Sus palabras me llenaron de lujuria, sabiendo que se entregaría a cualquier fantasía que le permitiera hacer realidad.

Llegué al clímax soltando un grito con una voz que no parecía pertenecerme; un sonido primitivo de puro éxtasis que no podía reconocer como propio. Nunca me habían montado así, nadie, ni siquiera Richard.

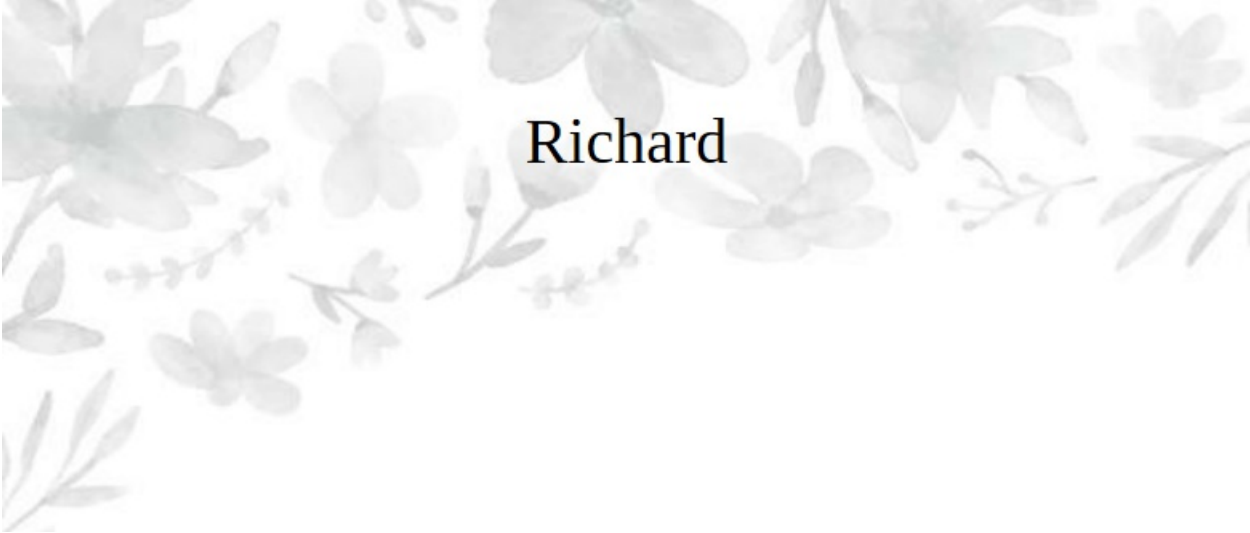
Empapada de satisfacción postcoital, acurruqué la cabeza en el cuello de Richard, reconfortada por su calor y su fuerza.

"Ha sido increíble", admití, sintiendo aún las reverberaciones del placer recorriendo mi cuerpo. Richard suspiró satisfecho y me rodeó la cintura con el brazo en un gesto de protección.

"Tu entusiasmo me inspira", respondió roncamente, trazando perezosos círculos alrededor de mi ombligo con el dedo. "Tengo tantas formas de seguir complaciéndote". Murmuró.

La ternura de Richard al hacerme el amor había sido inesperada pero bienvenida. Aunque podía ser seco y dominante, yo era consciente de que poseía un lado más dulce que despertaba mis deseos más íntimos. Este doble aspecto de su personalidad me atraía aún más, haciéndome desear más su atención.

Volví a acurrucarme junto a él, apoyando la cabeza sobre su amplio pecho. Sin duda, necesitaba explorar estas nuevas sensaciones con él, ir más allá de esta superficie y experimentar las profundidades de nuestros deseos.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Abrí los ojos con pesadez y contemplé como los rayos dorados del sol matutino se colaban por las lujosas cortinas de la suite. Cuando la niebla del sueño se disipó lentamente, giré la cabeza hacia un lado y vi a Laura plácidamente dormida a mi lado. Su cabello castaño caía en cascada sobre la mullida almohada, enmarcando su rostro angelical.

No pude evitar sonreír mientras los recuerdos de la noche anterior inundaban mi mente. Habíamos compartido tantos momentos mágicos en los últimos días; sin duda había algo especial en ella. Con su sonrisa cautivadora y su risa contagiosa, había encantado sin esfuerzo a todos los que la rodeaban, sobre todo a mí.

La noche anterior había sido mágica. Habíamos bailado sensualmente desnudos bajo la luz de las velas, con nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. Me invadió una sensación de satisfacción mientras seguía observando a Laura dormir plácidamente. En esos momentos de tranquilidad, en medio de la grandeza del entorno, me di cuenta de que el verdadero valor de la vida no reside en las posesiones materiales, sino en las personas que amamos y en los recuerdos que creamos. No dejaba de ser una reflexión muy conflictiva, ya que desde niño sólo había conocido el afecto material. Mi madre era despiadada y yo siempre había sido una marioneta, igual que mi padre.

El estridente timbre del teléfono en la mesilla me devolvió a la realidad. Murmurando una retahíla de improperios en mi aturdido estado, me acerqué para contestar, esperando que no despertar a Laura. Era mi ayudante Sophia, que me urgía a que regresara a Nueva York para atender una importante reunión de negocios.

De mala gana, finalicé la llamada y me volví para despertar a Laura suavemente. Cuando abrió los ojos, pudo ver la confusión mezclada con la decepción en mi cara: "Buenos días, preciosa", le

susurré suavemente mientras le besaba la frente. "Escucha, Sophia acaba de llamar. Tenemos que volver o habrá problemas".

Con un suspiro, asintió, comprendiendo el peso de las responsabilidades que conllevaba su compleja vida". ¿De verdad tenemos que irnos?", su voz sonaba como la de un niño que acaba de despertarse tras un largo sueño.

"Sí cariño, si no me equivoco, mi madre la ha vuelto a liar parda, y ya sabes a estas alturas quién tiene que limpiar la mierda en esta empresa".

Laura me miraba con compasión y admiración. No sólo se había convertido en mi compañera de pasiones, sino también en mi compañera de viaje. Era algo nuevo y conocido a la vez, pero yo estaba completamente convencido para aceptar este nuevo status quo.

Juntos, nos levantamos dejando atrás las sábanas de seda que nos habían refugiado la noche anterior y nos preparamos para emprender un nuevo viaje, tanto físico como emocional. Nos despedimos de la opulencia de nuestro santuario temporal, apreciando cada momento y prometiendo volver algún día. Cogidos de la mano, caminamos por el gran vestíbulo del Ritz, intercambiando sonrisas y promesas silenciosas.

Laura y yo nos situamos frente al majestuoso Ritz, el edificio que ahora guardaba y compartía nuestros apasionados secretos. Por fin estábamos preparados para despedirnos de esta encantadora ciudad. El sol besaba las calles empedradas mientras nos preparábamos para emprender el viaje de regreso a Nueva York. Los recuerdos que habíamos creado en España quedarían grabados para siempre en nuestros corazones. Para mí, este viaje había sido algo más que unas vacaciones; había sido una aventura de la que habían surgido emociones y florecido sentimientos.

Con una mezcla de emoción y tristeza, nos preparamos para nuestra partida. Laura estaba radiante con su vaporoso vestido carmesí, sus ojos reflejando una mezcla de melancolía y emoción por nuestro regreso a Nueva York. Una voz familiar llegó a nuestros oídos, haciéndonos volver la mirada hacia la puerta. Troy estaba allí de pie con una hierática sonrisa forzada, el epítome de la profesionalidad. La limusina negra, pulida y reluciente, nos esperaba a pocos pasos.

"Buenos días, señor. ¿Está todo listo para el viaje?" Preguntó Troy, abriendo la puerta del elegante coche.

Me reí entre dientes y asentí, reconociendo su ingenioso comentario. "Efectivamente, Troy, es hora de despedirse de Madrid y volver a la Gran Manzana".

Entramos en el coche, nos hundimos en los lujosos asientos de cuero e intercambiamos miradas. Emocionados, emprendimos el pintoresco viaje hacia el aeropuerto. El vibrante paisaje urbano de Madrid se transformaba lentamente en la exuberante campiña verde, un agrídulce recordatorio de que nuestra escapada europea llegaba a su fin.

La limusina rodaba con elegancia por la autopista vacía mientras Laura y yo charlábamos alegremente, recordando la impresionante arquitectura, la tentadora comida y la vibrante energía de Madrid. Nuestras risas llenaban el aire, mezclándose con el zumbido del motor, mientras el mundo exterior pasaba delante de nosotros como un montaje cinematográfico.

Por fin llegamos al aeropuerto, donde nos esperaba mi avión privado. El elegante avión plateado brillaba bajo el sol, simbolizando las posibilidades que nos esperaban de vuelta en Nueva York. Al subir a bordo, las azafatas nos saludaron con cálidas sonrisas, haciéndonos sentir inmediatamente como en casa.

Me acomodé en nuestros asientos y cogí la mano de Laura, entrelazando mis dedos con los suyos. Nuestras miradas se cruzaron y en ese momento, todas las preocupaciones y el estrés se disolvieron. Este viaje había consolidado nuestro vínculo.

Mientras el avión surcaba el cielo azul, el mundo se encogía bajo nosotros, señal de nuestra partida de España y del comienzo de un nuevo capítulo en nuestras vidas. El tiempo que habíamos pasado juntos explorando las tierras de mis antepasados había permitido que nuestra relación floreciera y prosperara, alimentando una profunda conexión que tal vez, con un poco de suerte, perduraría a pesar de las distancias y los obstáculos.

El romance entre Laura y yo había trascendido el encanto de España. Se había convertido en una historia inolvidable, forjada en el fuego de los viajes, la aventura y el descubrimiento mutuo. Y cuando las ruedas del avión tocaron tierra en la pista del aeropuerto de Nueva York, sabíamos que esto era sólo el principio, un emocionante preludio de toda una vida de aventuras por venir.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Laura

Cuando entré en las bulliciosas calles de Nueva York, sentí emoción y expectación. Los sonidos y las vistas familiares me envolvieron al instante, haciéndome sentir como si por fin hubiera vuelto a casa tras un largo y aventurero viaje. Las luces de neón iluminaban los altos edificios y la bulliciosa multitud parecía bailar armoniosamente al ritmo de la ciudad.

Tras mi escapada a Madrid, por fin estaba de vuelta en el "Mona Lisa". Las delicadas pinceladas de arte que adornaban las paredes de la galería eran como viejos amigos que me acogían de nuevo en su abrazo. El olor a óleo y barniz excitó mis sentidos y una abrumadora sensación de nostalgia llenó mi corazón.

Sophia me saludó con una cálida sonrisa. Su personalidad vibrante y su entusiasmo contagioso siempre la habían hecho destacar. "¡Bienvenida de nuevo!", exclamó con voz llena de alegría.

Mientras nos saludábamos, Sophia no pudo evitar preguntarme por mi viaje a Madrid. Era evidente que estaba ansiosa por conocer el arte y la cultura que habían cautivado mi alma durante mi estancia fuera. Sin embargo, existía esa eterna sensación de incertidumbre en torno a Richard. ¿Acaso sospechaba algo? Nos instalamos en nuestro lugar favorito de la galería, un rincón acogedor con vistas a las elegantes obras maestras.

"Dime, ¿Cómo fue Madrid? ¿Viste las obras de Goya y Velázquez?". Preguntó Sophia, con los ojos llenos de curiosidad.

Me recosté, recordando las vibrantes calles y las apasionadas bailaoras de flamenco. "Madrid es un torbellino de belleza y arte. El Museo del Prado fue como entrar en un sueño. Me quedé maravillada ante el oscuro y cautivador 'Saturno devorando a su hijo', de Goya, y las magistrales 'Meninas', de Velázquez, me dejaron sin aliento".

Sophia escuchaba en silencio mientras yo pintaba cuadros con mis descripciones. Describí las obras surrealistas de Dalí, los colores vibrantes de Picasso y la inquietante belleza de la

arquitectura de la ciudad.

Sin embargo, al profundizar en su expresión, noté que no estaba satisfecha con mi relato, y mis sospechas se hicieron más fuertes.

"Sophia", empecé con cautela, "veo que algo te preocupa. ¿Está todo bien?"

Me miró fijamente, con sus ojos color avellana llenos de sentimientos encontrados. "Por favor, no juegues conmigo", me dijo bruscamente. "He visto cómo os miráis. Es evidente que hay algo entre vosotros". Sophia me cogió por sorpresa. No esperaba una reacción así de ella, ni ahora ni nunca.

Respiré hondo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. "Sophia, puedo asegurarte que no pasa nada entre Richard y yo. Tienes que confiar en mí".

Extendí la mano y la cogí entre las mías, que temblaban. "Entiendo que pueda parecer así, pero te prometo que no hay ninguna aventura. Richard es sólo mi jefe, nada más".

Sophia bajó la mirada, aparentemente contemplando mis palabras. "¿Pero por qué pasáis tanto tiempo juntos? ¿Y este viaje de "negocios"?. Su voz era afilada como un cuchillo, pero asertiva. Me estaba dando caza, y yo no sabía cómo escapar.

Suspiré, dándome cuenta de que mis acciones habían alimentado sus sospechas sin querer. "Últimamente he estado trabajando en un proyecto con Richard, y por eso hemos pasado más tiempo juntos. En cuanto al viaje a Madrid, fue estrictamente relacionado con el trabajo. Te aseguro que no hubo nada de romántico".

Podía sentir la mirada penetrante de Sophia. El aire estaba cargado de tensión tácita y sentí que no podía guardar mi secreto por más tiempo. También estaba cansada de caminar sobre cáscaras de huevo todo el tiempo.

"Sophia", dije, rompiendo por fin el silencio. "Me has cazado. Por favor, déjame explicarte".

Sophia levantó la vista, sus ojos buscaban los míos. "Entonces, ¿qué está pasando, Laura?"

Respiré hondo, armándome de valor. "Sé que sospechas algo, y no puedo seguir fingiendo. Después del viaje a Madrid, me sentí aún más atraída por la compañía de Richard. No fue intencionado, Sophia, te lo juro, simplemente sucedió".

El rostro de Sophia registró una mezcla de confusión y empatía. "¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?"

Negué con la cabeza, con el remordimiento hundiéndose en mis palabras. "Empezó justo antes de conseguir el trabajo. Fue un error de una noche que evolucionó hacia algo más profundo, algo con significado".

Le temblaba la voz mientras me tendía la mano. "Laura querida, entiendo esta situación demasiado bien."

"No era mi intención", dije, con la voz entrecortada por la emoción. "Richard y yo nos hicimos íntimos durante el viaje. Pasamos horas hablando, compartiendo nuestras esperanzas y temores. Y temo que en algún momento me haya enamorado de él. Quizá me haya dejado llevar por la emoción, o la prisa de la novedad. Te confeso la verdad porque no soporto seguir mintiéndote".

Se detuvo y me miró, sus ojos buscaron los míos una vez más. "¿Lo amas, Laura?"

Dudé, inseguro de cómo responder. "... no lo sé, Sophia. Mis sentimientos son tremendamente confusos. Sólo sé que no puedo soportar más este secreto".

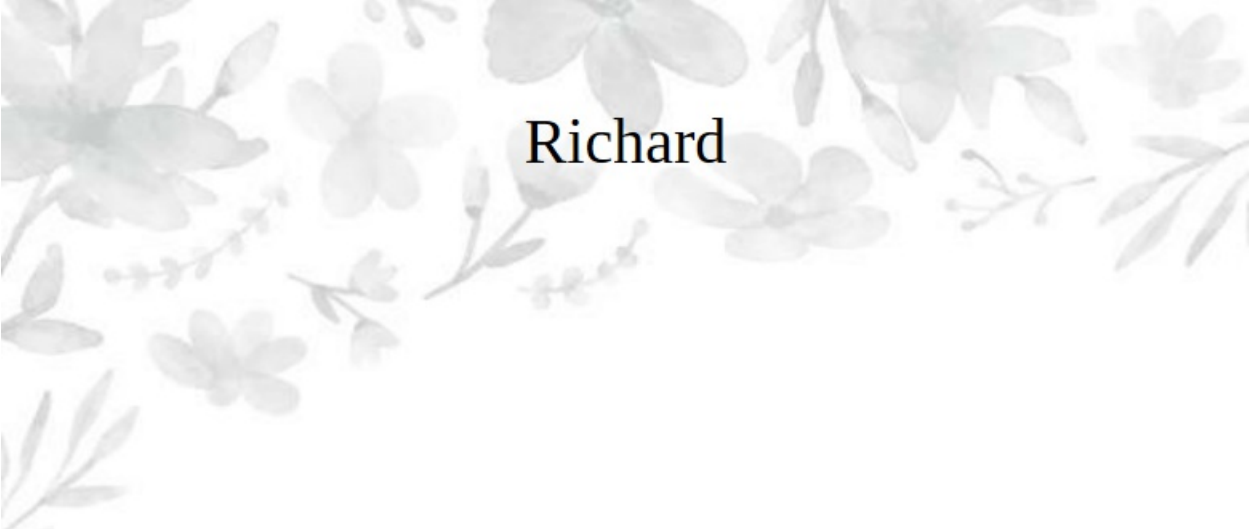
Sophia se acercó a mí y su expresión se suavizó. "Escucha, Laura, me he enfrentado a retos como este antes y siempre he encontrado la manera de superarlos. Te ayudaré a superar esto.

Asentí con la cabeza, con lágrimas cayendo por mi cara. "Haré lo que sea, Sophia. Por favor, ayúdame a salir de esta situación. Estoy completamente perdida".

Me rodeó con sus brazos, abrazándome con fuerza. "Lo resolveremos juntas, Laura. No te preocupes, querida".

En ese momento, en medio de emociones contradictorias y palabras no pronunciadas, me invadió un profundo sentimiento de gratitud. A pesar de la complejidad de la situación, Sophia había elegido la compasión frente al resentimiento, la empatía frente a la ira.

Juntas, Sophia y yo nos embarcamos en un nuevo capítulo, navegando por los complejos entresijos del amor, la amistad y el delicado equilibrio entre ambas.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Jugueteé nerviosamente con el bolígrafo mientras me sentaba frente a Harry. El peso de mi secreto se estaba volviendo insoportable y sabía que no podía seguir ocultándolo. Respirando hondo, reuní todo el valor que pude y solté: "Harry, tengo que confesarte algo".

Harry me miró con preocupación en los ojos y respondió: "¿Qué pasa, amigo? Pareces angustiado".

Dudé un momento, intentando encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, hablé: "Yo... creo que me estoy enamorando de Laura".

La confesión flotaba en el aire y parecía que el tiempo se hubiera congelado. La expresión de Harry se suavizó y dejó escapar un profundo suspiro. "Tenía el presentimiento de que algo así estaba pasando", dijo con calma. "Suéltalo todo, tranquilo".

Harry me escuchó atentamente mientras empezaba a desahogarme, relatando cada encuentro y cada mirada robada a Laura. Escuchó pacientemente cada una de mis palabras, con su apoyo inquebrantable evidente en sus ojos. Le expliqué cómo la presencia de Laura había encendido un fuego dentro de mí, cómo su genuina amabilidad e inteligencia habían cautivado mi corazón.

Cuando terminé de contar mi historia, Harry me puso la mano en el hombro y me miró con compasión. "El amor puede ser algo complicado e impredecible", dijo, con la voz llena de comprensión. "Pero es importante seguir a tu corazón, aunque te lleve a un lugar inesperado".

Asentí, agradecido por las empáticas palabras de Harry. "¿Pero qué pasa con el trabajo, Harry? ¿Podrá sobrevivir a estas turbulencias?"

Harry me sonrió cálidamente, sus ojos reflejaban años de confianza y camaradería. "Ahora eres un hombre diferente, Richard", me aseguró. "Conozco tus errores del pasado. Todos hemos cometido errores; éste no me parece un error".

Me invadió el alivio y sentí una inmensa gratitud por tener un amigo como Harry. El peso que había estado cargando, el secreto que amenazaba con consumirme, de repente se sintió más ligero.

Le devolví la sonrisa a Harry, sintiendo una oleada de emoción. "Gracias, amigo mío", dije, con la voz llena de genuino agradecimiento. "Te lo agradezco de verdad".

Me senté frente a él y respiré hondo antes de soltar la estrategia que tenía en mente: "Vale, Harry, necesito tu consejo. Quiero presentar a Laura como mi novia formal de cara al público, pero quiero que sea algo especial. ¿Cómo crees que debería hacerlo?"

Harry se echó hacia atrás, con brillo en los ojos. "Puedo ayudarte con eso", respondió, con confianza".

Aliviado, me sinceré sobre mi incertidumbre y mis preocupaciones. Le conté lo nervioso que me resultaba presentar a Laura a nuestros amigos y familiares. "¿Y si no la aprueban? ¿Y si no la ven de la misma manera que yo?". pregunté, buscando la tranquilidad de mi amigo de confianza. Harry se detuvo un momento, con expresión pensativa. "Es natural que tengas esas preocupaciones, pero recuerda que su opinión no debe pesar más que la tuya. Tu felicidad es lo que realmente importa. Y si tú y Laura sois felices juntos, eso es lo único que cuenta".

Sus palabras resonaron en mi interior. Asentí con la cabeza, asimilando su sabiduría. En ese momento, Harry se convirtió no sólo en un amigo, sino en un pilar de apoyo. "Entonces, ¿tienes alguna idea de cómo puedo hacer que este anuncio sea especial?". pregunté, deseoso por escuchar sus sugerencias creativas.

Un brillo de excitación bailó en los ojos de Harry mientras se inclinaba hacia delante. "¿Y si lo hicieras en el Mona Lisa? Es un lugar que tiene un significado especial para ti. Además, tiene el ambiente perfecto para una ocasión así. Puedes invitar a tus amigos y familiares y crear un evento que muestre tu amor por Laura y tu pasión por el arte al mismo tiempo. Puedes demostrar al mundo que el amor y los negocios pueden funcionar. Es la oportunidad perfecta".

No pude evitar maravillarme ante la creatividad de Harry. Ese era el escenario perfecto para desvelar nuestra relación al mundo. "¡Es brillante, Harry!" exclamé, incapaz de contener mi entusiasmo. "Ya me lo puedo imaginar: Laura a mi lado, rodeada de obras maestras que tanto aprecio, mientras anuncio la obra más preciada.".

"¡Exacto!" sonrió Harry, animado por mi reacción. "Deberías preparar un discurso que exprese tu amor por Laura y tus razones para querer compartir esta hermosa relación con todo el mundo. Que sea personal, sincero y genuino, como el amor que ambos compartís".

Mientras escuchaba a Harry, me di cuenta de que aquello no sólo sería un gesto de afecto hacia Laura, sino también una oportunidad de negocio. Los elementos combinados de creatividad y sentimentalismo se mezclaron.

Me acerqué a Harry y le pregunté cuándo sería un momento adecuado para ejecutar nuestro plan. Rápidamente respondió con una sonrisa pícaro: "¿Qué mejor momento que durante la gran presentación de Laura? La expectación será palpable y todos los ojos estarán puestos en ella. Será el momento perfecto para demostrar tu afecto".

Intrigado por su sugerencia, profundicé en el tema, deseoso de conocer los intrincados detalles de esta celebración tan poco convencional. Harry empezó a desentrañar su plan.

"Debemos empezar por reunir a un grupo de artistas de talento, fotógrafos e incluso músicos que puedan ayudarnos a elevar este gran gesto", explicó con los ojos llenos de expectación.

"Debemos crear una atmósfera de romanticismo y misterio acorde con la magia de la mismísima Mona Lisa".

La creatividad de Harry era contagiosa y me dejé llevar por su visión. Empezamos a barajar ideas, desde transformar la galería en un jardín secreto adornado con flores y música suave hasta encargar a un artista que creara un cuadro de Laura, capturando su esencia junto a la enigmática Mona Lisa.

La idea era brillante; sin embargo, la eterna duda me llenaba de miedo. ¿Cómo reaccionaría Laura? Y sobre todo, ¿cómo reaccionaría mi familia? Mientras analizaba el plan de Harry, empecé a tener pensamientos intrusivos sobre un posible fallo.

"Harry", protesté. "¿Qué pasa con mi familia? ¿Y Laura? ¿Y si todo esto no funciona?"

Harry me miró de un modo casi paternalista. "Lo entiendo, Rich, pero no dejes que todos esos miedos nublen tu juicio. En el fondo, sabes que es lo correcto".

Con estas palabras, Harry salió de mi despacho y me encontré a solas con mis pensamientos. Estaba contento pero indeciso, no del todo cómodo, pero tendría que ser así por ahora.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Estaba metida de lleno en mi trabajo, preparando meticulosamente mi presentación para la próxima exposición de Goya. La presión era inmensa, ya que tenía la oportunidad de mostrar mis dotes artísticas y administrativas a un público más amplio. El tiempo corría y mi ansiedad también.

Justo cuando estaba a punto de dar los últimos toques a mi presentación, sonó el teléfono, interrumpiendo mi concentración. Miré el identificador de llamadas. Era Richard. Dudé un momento entre contestar o seguir trabajando. Al final me pudo la curiosidad y decidí contestar.

"Hola, Richard, ¿Ocurre algo?" Pregunté, tratando de mantener una compostura tranquila.

"¡Hola, cariño! Espero no interrumpir nada importante", respondió Richard.

"Bueno, estoy dando los últimos retoques a la presentación para la exposición de Goya", respondí, emocionada y abrumada a la vez. Richard tenía el poder de llevarme en cualquier momento a otro lugar de mi desbocada imaginación.

"¡Eso es fantástico! En realidad te llamé porque se me había ocurrido una idea brillante que podría dar un giro innovador a tu trabajo", dijo Richard desbordante de entusiasmo.

Mi interés se despertó y no pude evitar sentirme intrigada. ¿Richard quería ayudarme? Era la primera vez. "Soy toda oídos. ¿Qué tienes pensado?" pregunté, esperando ansiosa su propuesta.

"Imagínate esto", empezó Richard con emoción. "Tomamos tus obras de arte tradicionales y les incorporamos tecnología punta. Podríamos tener elementos interactivos, como proyecciones y paisajes sonoros, que mejorarían la experiencia del espectador".

Me sorprendió la audaz idea de Richard, que imaginaba una mezcla de arte clásico y contemporáneo. Era un concepto único y atrevido que tenía el potencial de cautivar a un público más amplio. Sin embargo, su propuesta me confundió; al fin y al cabo, era la primera vez que se

ofrecía a ayudarme profesionalmente de una manera tan directa. Siempre había sido Sophia la que me orientaba, pero no mi jefe. ¿Se estaban mezclando sentimientos?

"¡Suenan increíbles, Richard! Es atrevido y desafía los límites del arte tradicional. Creo que podría revolucionar ciertamente mi presentación" exclamé llena de júbilo. No pude evitar que mis emociones volvieran a apoderarse de mi trabajo. Ya no me importaban las ideas ni el proyecto. Sólo me importaba que Richard me ayudara de verdad. Este grado de cercanía era nuevo e inaudito.

Continuamos nuestra conversación, intercambiando ideas y discutiendo cómo podríamos incorporar la tecnología a mi trabajo. Cuanto más hablábamos, más crecía mi entusiasmo.

"Vale, cosita", concluyó. "Hagámoslo; apuesto a que no te arrepentirás".

Tras la llamada de Richard, me quedé a solas con mis pensamientos, confusa y sin saber qué pensar de su repentina oferta de ayuda. Era la primera vez que me tendía una mano en asuntos de trabajo. Mi mente empezó a divagar y no pude evitar sospechar sobre el proyecto que mencionó. ¿Quizás, sólo quizás, había algo más, algo romántico tal vez?

El proyecto nos había unido a Richard y a mí, pero en otro contexto. Me había enamorado de él. Con cada interacción había una energía magnética parecía acercarnos.

Sin embargo, la parte racional de mi mente me advirtió de que no le diera demasiada importancia a nuestra conexión. Decía: "Sólo está siendo amable, aprecia tu ética de trabajo y tu dedicación. No dejes volar tu imaginación".

No obstante, mi corazón se negó a someterse a la fría lógica. Susurraba: "Hay algo más, algo no dicho que perdura en esta idea. La forma en que me hablaba, la forma en que describía las cosas... todo habla en un lenguaje propio y singular".

Emociones contradictorias luchaban en mi interior, tentándome a recorrer el camino de la incertidumbre. ¿Pondría en peligro nuestra relación profesional una relación sentimental? ¿Podríamos navegar por las traicioneras aguas del amor sin hundir el barco que habíamos construido juntos?

Incapaz de contener mi excitación y mi curiosidad por más tiempo, cogí el teléfono y marqué el número de John. John podía ser la voz de la razón en estos momentos. Sabía que me ofrecería el consejo y la tranquilidad que necesitaba en una situación como esta.

"¡Hola, John! Soy yo", le dije con impaciencia cuando contestó al teléfono.

"Hola, ¿qué tal, guapa?" John respondió con su voz llena de calidez y familiaridad.

"Acabo de hablar por teléfono con Richard y tengo la sensación de que está planeando algo romántico para ejecutarlo durante mi presentación. ¿Crees que estoy dejándome llevar

demasiado?"

Hubo una ligera pausa al otro lado de la línea y pude percibir que John parecía elegir cuidadosamente sus palabras.

"No creo que te estés comiendo la cabeza en exceso, pero tampoco quiero que te hagas demasiadas ilusiones", dijo finalmente John. "Por lo que me has contado, Richard es un romántico, de eso no hay duda, pero a veces, tendemos a creer excesivamente en ciertas cosas y terminamos decepcionados cuando la realidad no coincide con nuestras expectativas."

Dejé que sus palabras calaran por un momento. John siempre sabía relativizar todo.

"¿Pero y si realmente está planeando algo especial?" Insistí. "No quiero perderme el momento".

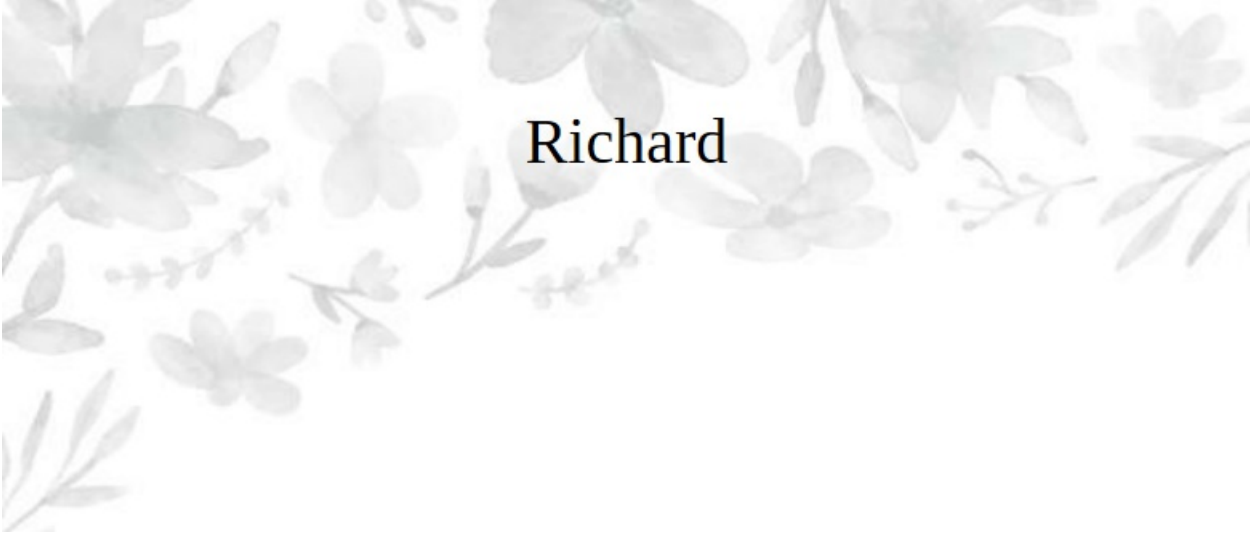
John rió suavemente al otro lado de la línea. "Escucha, nena, no puedes controlar lo que Richard haga o deje de hacer. Pero lo que sí puedes controlar es tu reacción ante lo que ocurra. Si te sorprende con algo romántico, disfruta del momento y abrázalo con todo tu corazón. Y si no lo hace, recuerda que el amor es algo más que grandes gestos. Se trata de momentos cotidianos, risas y compañía".

Respiré hondo, sintiéndome tranquilizada y reconfortada por las palabras de John. Aunque era un desastre en todos los sentidos de la palabra, siempre sabía cómo calmar mi mente inquieta.

"Tienes razón, John. Debo seguir la corriente y no dejar que mis expectativas arruinen el momento presente. Gracias por recordarme lo que de verdad importa".

John rió suavemente. "Cuando quieras, chica. Recuerda que lo más importante es que Richard y tú estéis juntos en esto, pase lo que pase. Confía en vuestro amor y todo encajará".

Al colgar el teléfono con John, sentí una renovada sensación de calma y emoción. Me di cuenta de que no importaba si Richard había planeado algo romántico o no. Lo que de verdad importaba era el viaje que estábamos emprendiendo juntos.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

Llegó el día de la presentación de Laura y la expectación era palpable. Lo había preparado todo meticulosamente de acuerdo con el plan de mi mejor amigo Harry. Invité a todos nuestros amigos y familiares e incluso contraté a una sensacional banda de jazz para crear el ambiente perfecto. Iba a ser una noche inolvidable en el Mona Lisa.

Cuando Laura llegó al lugar, no podía creer lo que veían sus ojos. La Mona Lisa se había transformado en un paraíso de luces centelleantes y decoraciones mágicas. La sala estaba adornada con flores vibrantes, y la suave música de jazz sonaba de fondo, creando una atmósfera encantadora. El rostro de Laura se iluminó con una mezcla de emoción y sorpresa al contemplar la impresionante escena.

Mientras caminaba hacia el escenario, no pude evitar sentir una emoción nerviosa burbujeando en mi interior. Había estado planeando esta sorpresa especial para ella, y ahora estaba ocurriendo. Busqué un rincón tranquilo donde pudiéramos estar solos y respiré hondo.

"Laura", dije, mi voz temblando ligeramente. "Tengo algo que decirte".

Sus ojos brillaban de curiosidad al mirarme. "¿Qué es?"

Apreté sus manos entre las mías, intentando calmar mis nervios. "Laura, estos últimos meses contigo han sido increíbles. Has aportado tanto a mi mundo que debo confesar que te estoy profundamente agradecido."

Las mejillas de Laura se sonrojaron con una mezcla de sorpresa y expectación. "¿Qué intentas decir?"

Respirando hondo, la miré a los ojos y le dije: "Nada, cariño, sólo quería decirte que estoy orgulloso de ti. Ahora sal ahí fuera y haz lo que mejor sabes hacer".

Sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa se dibujó en su rostro.

"¡Sí! ¡Sí, por supuesto, lo haré!"

A medida que avanzaba la velada, Laura expuso una presentación increíble. Había llegado el momento de pasar a la acción. Las luces se atenuaron y todos los ojos se centraron en el escenario donde Laura estaba compartiendo los resultados de su investigación. Estaba de pie con el micrófono en la mano cautivando a todos con sus conocimientos y su pasión.

Lo que ella no sabía era que yo le tenía reservada una sorpresa. Cuando llegó a la mitad de su presentación, me acerqué sigilosamente al escenario, fingiendo que iba a ayudarla con un accesorio o algo así. En realidad, tenía un plan mucho más grande en mente.

Justo cuando Laura profundizaba en su tema, aproveché la oportunidad para arrebatarse el micrófono, sorprendiéndola tanto al público como a ella. Con una sonrisa pícaro, procedí a anunciar:

"Señoras y señores, disculpen mi intromisión", empecé, mi voz resonando en la sala. "Pero tengo algo especial que compartir con todos ustedes esta noche. Laura, la brillante mujer que está a mi lado, no es tan sólo una extraordinaria académica y presentadora. Es mi compañera sentimental".

La sala estalla en aplausos y vítores. Los ojos de Laura se abrieron de golpe y sus mejillas adquirieron un delicioso tono rosado. El anuncio sorpresa la había pillado completamente desprevenida, pero la felicidad en sus ojos era innegable. Tomé su mano entre las mías y la abracé para disfrutar del momento.

Todos los presentes compartieron nuestra alegría, aplaudiendo y felicitándonos. Fue una noche llena de afecto y celebración, un testimonio a la hermosa conexión que Laura y yo compartimos. Amigos y familiares nos rodearon y nos dedicaron sinceros deseos y cálidos abrazos.

Sin embargo, en medio del ambiente de alegría, una persona permanecía callada y retraída: Mi madre. Ella siempre había imaginado un camino diferente para mí, alguien con una formación y un futuro diferentes. Verme anunciar mi relación con Laura, alguien que no se ajustaba a sus expectativas, fue sin duda un shock para ella. En ese momento, no pude evitar sentir una punzada de tristeza, sabiendo que la aceptación de mi madre podría llevar tiempo, o durar para siempre.

Al bajar del escenario, dirigí mis pasos hacia mi madre, dejando a Laura a un lado para que disfrutara de la celebración. Mi madre me dirigió una mirada mortal.

"Madre", empecé, con voz firme pero llena de súplica. "Por favor, dale una oportunidad a Laura. Es una persona increíble y nadie nunca me ha hecho tan feliz".

Suspiró pesadamente y dijo: "Esperaba que encontraras a alguien mejor, alguien que te completara".

Confundido y dolido por su reacción, me armé de valor para explicarle mis sentimientos.

"Mamá, Laura es una persona increíble. Me hace sentir vivo y comprendido como nunca antes.

Creo de verdad que es la indicada para mí".

Pero mi madre se mantenía firme, desechando mis palabras con un deje de desprecio. "Eres joven, querido. A veces, lo que creemos que es amor resulta ser sólo un capricho. Esta mujer no es apta para formar parte de nuestra familia".

Me quedé sin palabras y le supliqué que le diera una oportunidad. "Por favor, mamá. Sé que te preocupa, pero quiero que veas lo feliz que me hace. Dale una oportunidad de mostrarte la hermosa alma que posee".

Mi madre negó con la cabeza, con evidente decepción. "No puedes obligarme a aceptar algo en lo que no creo de verdad. Es tu vida, tu elección. Sólo recuerda quién eres, de dónde vienes y nuestro legado".

Mientras seguíamos hablando, la tensión llenaba la enorme estancia y ninguno de los dos parecía dispuesto a echarse atrás. Se me encogió el corazón cuando mi madre tomó por fin una decisión. Se levantó, con los ojos llenos de una mezcla de arrepentimiento y rabia. "Necesito tiempo para asimilar todo esto. Ahora me voy".

Con esas palabras, abandonó el edificio, dejándome vacío y consumido por el remordimiento. No pude evitar cuestionar mis decisiones y preguntarme si había cometido un error. La duda se apoderó de mí, nublando mis pensamientos y ahogándome en la tristeza.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Aquella mañana me desperté fresca y dispuesta a conquistar el día. El sol brillaba a través de las cortinas, proyectando un cálido resplandor sobre mi dormitorio. Todo parecía perfecto. Cuando me levanté de la cama, una oleada de náuseas me golpeó como una tonelada de ladrillos. Era como si el planeta se hubiera movido sobre su eje. El estómago se me revolvió y el pánico inundó mis pensamientos. Empecé a preguntarme la causa de estas náuseas inexplicables que me habían asolado durante la última semana. ¿Qué podía pasarme?

Me senté en el borde de la cama, intentando ordenar mis pensamientos dispersos. Mi diálogo interior se puso en marcha, una batalla constante de preocupaciones y conjeturas. ¿Fue algo que comí? ¿Habría cogido un virus estomacal? O peor aún, ¿podría ser algo más grave? La incertidumbre me corroía, alimentando aún más mi ansiedad.

Mientras me dirigía al baño, me vi en el espejo. Mi reflejo me devolvía la mirada, ligeramente preocupado. Me miré a los ojos y me dije: "Vale, escúpelo. ¿Qué te preocupa?".

Mi cabeza sopesaba las diferentes posibilidades. ¿Estrés laboral?". Ha sido un mes ajetreado, con plazos y trasnochadas en la oficina. ¿O tal vez fuera algo que había comido la noche anterior? Recordé que había comido algo picante, lo que solía provocar una tormenta en mi estómago".

Mientras seguía explorando todas las posibilidades, me percaté de algo que me paralizó por completo. Mi visita mensual no aparecía por ninguna parte. Se me había retrasado la regla.

Me invadió una oleada de pánico. ¿Cómo se me había podido olvidar? Siempre llevaba la cuenta de estas cosas hasta el día exacto. Me apresuré a coger el teléfono de la mesilla de noche y me puse a mirar el calendario para comprobar las fechas. Mi mente se llenó de preguntas, cada una más apremiante que la anterior.

¿Podría estar embarazada? La idea me producía escalofríos. Intenté recordar algún encuentro reciente que pudiera haberme llevado a esto, pero todo parecía borroso. El pánico se convirtió en

angustia al contemplar las posibilidades y sus implicaciones.

Precisaba claridad; no podía vivir con esta agonía; por lo tanto, decidí enfrentarme al problema sin excusas. Necesitaba averiguar por mí misma si me estaba volviendo loca o si la naturaleza no me estaba jugando una mala pasada. La idea de comprar un test de embarazo me mortificaba, pero no había otro remedio.

Me armé de valor y me puse algo de ropa. Cualquier cosa que pude encontrar por ahí, mi pánico estaba definitivamente controlando mis acciones. Antes de darme cuenta, estaba caminando por la calle en dirección a la farmacia. El corazón me latía tan fuerte que pensé que me iba a dar un infarto.

En la puerta de la farmacia, una mezcla de emoción y ansiedad recorría mis venas. Había tomado la decisión de comprar un test de embarazo para saber si estaba embarazada de Richard. La gravedad de la situación pesaba mucho y mi cabeza estaba a punto de estallar.

"No puedo creer que esté haciendo esto", murmuré para mis adentros mientras empujaba la puerta de cristal de la farmacia.

La tienda parecía extrañamente tranquila, con las luces fluorescentes iluminaban las estanterías pulcramente organizadas, cada una de ellas repleta de diversos artículos para satisfacer toda clase de necesidades. Me dirigí a un pasillo dedicado exclusivamente a planificación familiar, con el corazón en un puño "¿Y si me equivoco? ¿Y si no estoy preparada para ser madre?". Me pregunté nerviosa, mientras escrutaba las diferentes cajas de colores brillantes ordenadamente apiladas en las estanterías.

Después de lo que me pareció una eternidad, me armé de valor y cogí una de las pruebas. Con la caja en mis manos temblorosas, leí las instrucciones meticulosamente. Todo el proceso parecía clínico y frío; totalmente ajeno a las emociones que me invadían.

"Vale, respira hondo", me susurré, intentando calmar mi acelerado corazón.

Mientras me dirigía al mostrador, la cajera, una mujer mayor de ojos amables, me dedicó una cálida sonrisa. No pude evitar preguntarme si percibía la lucha interna que se libraba en mi interior.

"¿Desea algo más?", preguntó suavemente.

Asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. A cada segundo que pasaba, mi ansiedad crecía como una tormenta, amenazando con consumirme. Tras pagar la prueba, salí de la farmacia con una pequeña bolsa de papel que contenía la respuesta que podría cambiar mi vida.

De vuelta a mi apartamento, mi mente se agitaba pensando en lo que me esperaba. ¿Me vería obligada a redefinir toda mi vida? ¿Podría asumir la responsabilidad de ser madre? Pero lo más

importante, ¿cuál sería la reacción de Richard? ¿Se echaría atrás ante la noticia?

Llegué a mi apartamento y cerré la puerta tras de mí, aislandome del mundo durante un breve instante. Me permití un momento de soledad y respiré hondo. Sentí que me invadía una extraña combinación de determinación y miedo.

Con manos temblorosas, abrí la caja del test, siguiendo las instrucciones con meticulosa precisión. Tras efectuar la prueba, miré ansiosamente un pequeño círculo que revelaría el resultado con el corazón lleno de miedo e inseguridad.

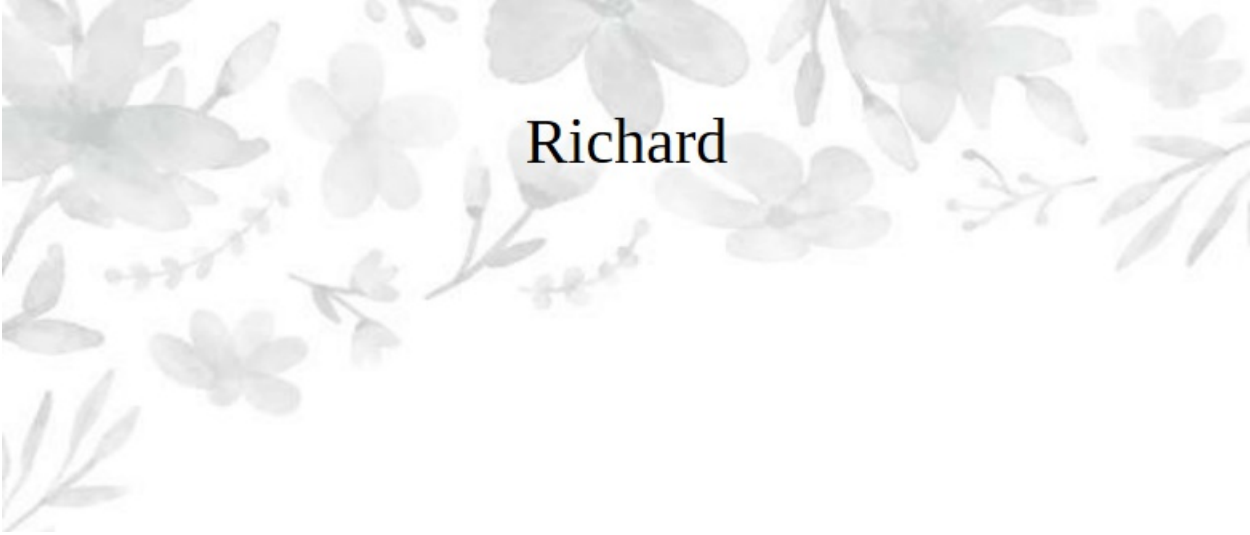
Por fin aparecieron los resultados, que trajeron consigo un torbellino de emociones. Miré el círculo y se me saltaron las lágrimas al ver la palabra "positivo".

"Voy a ser madre", susurré, con la voz entrecortada por la incredulidad y la alegría.

El mundo pareció ralentizarse mientras asimilaba la magnitud del momento. Pensamientos sobre el futuro inundaron mi mente, un futuro lleno de risas, lágrimas y el amor incondicional que solo un niño puede dar. Al embarcarme en este viaje, me di cuenta de que no solo cambiaría mi vida, sino también la de los que me rodeaban.

Me pregunté cómo decirle a Richard que estaba embarazada de él. Era un momento para el que había intentado prepararme, pero a medida que la realidad se iba asentando, sentí que la emoción y el miedo se entrelazaban en mi interior. Richard había declarado a menudo que no le entusiasmaba tener hijos; "No era lo suyo". Sinceramente, en aquel momento no sabía qué hacer con mi vida. Decidí llamar a la oficina y decir que estaba enferma para así tomarme el día libre. No podía encontrarme con nadie en ese momento. Me invadía una angustia ineludible. Confusa y sola, me encerré en una espiral de dudas.

¿Debía acaso llamarlo, enviarle un mensaje de texto o escribirle una carta sincera? Las posibilidades se agolpaban en mi mente, pero en el fondo sabía que la noticia merecía un enfoque más personal. Finalmente decidí que se lo comunicaría personalmente, donde nuestras emociones y reacciones pudieran expresarse cara a cara.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Estaba trabajando diligentemente en mi mesa, tecleando, cuando de repente me asaltó un pensamiento como un rayo. ¿Dónde estaba Laura? Laura nunca había faltado al trabajo y ese día brillaba por su ausencia.

Preocupado, llamé inmediatamente a Sophia a mi despacho para preguntarle por la ausencia de Laura. Sophia entró en mi despacho con expresión preocupada.

"¿Qué ocurre, Richard?", preguntó con voz curiosa.

"Me he dado cuenta de que Laura no ha venido a trabajar hoy. ¿Tienes idea de dónde puede estar?" pregunté, con un tono de genuina preocupación.

Sophia abrió los ojos y se tomó un momento para ordenar sus pensamientos antes de responder.

"Laura ha llamado esta mañana diciendo que estaba enferma. Dijo que tenía una gripe estomacal terrible y que no podría venir a la oficina".

Me senté en mi silla, asimilando las noticias. Laura tenía la gripe. Me invadió una oleada de compasión e inmediatamente me di cuenta de lo mucho que dependía de su presencia en el trabajo.

"Espero que se recupere pronto. Su ausencia se hace notar", dije, con una nota de auténtica preocupación en la voz.

Sophia asintió, su cara reflejaba mi sentimiento. "Yo siento lo mismo, Richard".

Cuando Sophia salió de mi despacho, un sentimiento de preocupación se apoderó de mí. No podía evitar preocuparme por la salud de Laura. Cogí el teléfono y marqué su número, con la esperanza de tener una idea más clara de lo que estaba pasando.

El teléfono sonó durante lo que pareció una eternidad antes de que Laura contestara débilmente.

"¿Hola?", le temblaba la voz, casi como si hubiera estado llorando.

"Laura, soy yo", le dije, con la preocupación claramente reflejada en mi voz. "¿Estás bien? Sonabas muy débil hace un momento".

Su respuesta fue vacilante, como si tratara de restar importancia a la gravedad de la situación. "Oh, no te preocupes por mí", respondió, forzando un tono de despreocupación en su voz. "Estoy un poco indispuesta, eso es todo".

Algo no cuadraba. Tenía que haber alguna cosa más en la historia. "¿Qué quieres decir con indispuesta? Tu voz suena débil. ¿Pasa algo más?"

Laura suspiró, con un tono de derrota en la voz. "Está bien", admitió. "No quería agobiarte con esto, pero la verdad es que últimamente me encuentro muy mal. Todo comenzó con unas náuseas persistentes que no desaparecían, y ahora he estado experimentando fatiga y algunos otros síntomas."

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras escuchaba sus palabras. "Laura, ¿por qué no me lo dijiste antes? Esto parece grave. Necesitas ver a un médico inmediatamente".

Hubo una ligera pausa antes de que Laura volviera a hablar, con una voz llena de vulnerabilidad. "Al principio tenía miedo, miedo de lo que podía significar. Pero no me preocupa. Supongo que es bueno que alguien me empuje a dar un paso".

Una mezcla de emociones me inundó en ese momento. Me sentí culpable por no haber tendido la mano antes. Estaba enfadado conmigo mismo por no haberme dado cuenta antes de las señales. Pero, sobre todo, sentí una renovada determinación de estar ahí para Laura. "No te preocupes, Laura", la tranquilicé. "Estoy aquí para ti".

Su voz se animó ligeramente cuando la gratitud sustituyó a la desesperación inicial. "Gracias", susurró. "No sabía cuánto necesitaba oír eso". Supongo que estoy acostumbrada a enfrentarme a las cosas sola".

"Nunca estarás sola, nunca más", respondí con firmeza. "Estaré a tu lado en todo momento".

"Oh, gracias, cariño", respondió con una voz muy dulce y suave. "Significa mucho para mí".

"Vale cariño, ahora cuídate y mantenme informado de todo, ¿De acuerdo?". Le contesté, tratando de tranquilizarla.

"Lo haré. No te preocupes, Richard, todo saldrá bien". Sus palabras dejaron un poso de suspense en el aire.

Dudé una fracción de segundo, y finalmente pronuncié un forzado "Adiós cariño, hablamos luego. "

El familiar clic del teléfono que anunciaba el final de una conversación sonó más fuerte de lo habitual. La historia de Laura no me convencía del todo. ¿Qué estaba ocurriendo?

Mi mente empezó a acelerarse inundado por un torbellino de pensamientos e hipótesis, cada una luchando por llamar la atención. Sus síntomas me resultaban extrañamente familiares y me recordaban a una situación similar que había vivido con Sophia no hacía mucho tiempo. ¿Podría estar embarazada? Mi ritmo cardíaco se aceleró mientras trataba de procesar las implicaciones.

La montaña rusa de mi mente seguía consumiéndome. ¿Debería preguntárselo directamente? ¿Esperar a que ella sacara el tema? El miedo a cometer el mismo error me carcomía y se apoderaba de mis pensamientos. La incertidumbre de cómo manejar la situación me dejaba atrapado, dando vueltas constantemente a escenarios en mi mente y cuestionando mi siguiente movimiento.

Mi cerebro se convirtió en un campo de batalla de emociones contradictorias. Mi yo interno persistía, cuestionando mis decisiones. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si todo esto no era más que una coincidencia? La duda se entremezclaba con la esperanza, creando una maraña en mi psique. Durante un par de días busqué consuelo en distracciones varias, intentando escapar al peso de mis pensamientos. Pero por muchas películas que viera o muchos libros que leyera, la situación de Laura seguía volviendo a mi conciencia. ¿Y si esto tenía un significado más profundo? ¿Y si era la forma que tenía el destino de ponerme a prueba? ¿Podría ser una señal de que tenía que enfrentarme a mi miedos y liberarme de las cadenas del pasado? Una oleada de coraje surgió en mi interior y me impulsó a tomar una decisión crucial.

"Esta vez sería diferente", me repetí una y otra vez. Deseaba desesperadamente que fuera verdad. "Si esto está pasando, todo irá bien". Mi cabeza iba a mil por hora y el corazón me latía con fuerza.

Intentaba por todos los medios decidirme sobre esta hipótesis crucial. Era como estar en un tribunal, esperando a que un jurado dictara sentencia sobre mis pecados.

"Richard, ahora puedes ser padre". Estas palabras resonaban en mi mente y en mi alma.

Sonreí; estaba preparado. Necesitaba ver a Laura y solucionar este asunto. Fuera lo que fuera, todo saldría bien.

¿Me estaba mintiendo a mí mismo? Sinceramente, no lo sabía. Sin embargo, sólo había una manera de averiguarlo, y no iba a esperar más.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

La puerta de mi apartamento sonó, interrumpiendo la tranquila velada que había planeado para mí. Curiosa, abrí la puerta y me encontré a Richard de pie, con una pizca de nerviosismo en los ojos. Al verlo, se me encogió el corazón y no pude evitar saludarlo con una sonrisa.

"¡Hola, Richard! ¿Qué te trae por aquí?" pregunté, intentando disimular mi sorpresa.

Entró y sus manos jugaron con el dobladillo de su chaqueta. "No podía dejar de pensar en ti y necesitaba verte", confesó, con la voz apenas por encima de un susurro.

Me invadió una sensación de ansiedad. Había esperado secretamente este momento, pero nunca pensé que ocurriría tan pronto.

Richard parecía inusualmente nervioso cuando nos sentamos en el acogedor sofá de mi salón. Me miró con ojos llenos de emoción y preocupación. "Después de nuestra última llamada, me he estado preguntando algo", empezó tímidamente.

"¿Qué es?" pregunté, mi curiosidad crecía.

"¿Laura, cabe la posibilidad de que estés embarazada?", soltó a bocajarro. Las palabras suspendidas en el aire entre nosotros.

Richard respiró hondo, su voz vaciló ligeramente y luego prosiguió. "¿Te has hecho un test de embarazo?"

Su pregunta me dejó anonadada ¿Cómo podía saberlo? Nerviosa, aparté la mirada, sintiéndome expuesta y vulnerable. "Sí, lo he hecho", admití, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Y... Fue positivo".

La habitación se quedó en silencio, nuestras miradas se cruzaron en un intercambio tácito de emociones. El peso de la realidad a la que nos enfrentábamos flotaba en el aire. El rostro de Richard pasó de la incertidumbre a la sorpresa, preocupación y algo más: un atisbo de alegría.

"Wow," respiró, una sonrisa rompiendo la tensión. "No sé qué decir".

Una oleada de emociones me recorrió mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para expresar el torbellino de pensamientos que tenía en la cabeza. "Richard, nunca imaginé que pasaría esto. Pero a pesar de todo, quiero que sepas que siempre me has importado y que estoy dispuesta a afrontar lo que venga".

Las lágrimas brillaron en los ojos de Richard cuando me cogió la mano. Su tacto me produjo escalofríos y supe que aquel giro inesperado de acontecimientos podía moldear nuestras vidas de un modo que nunca habríamos imaginado.

Todo esto parecía un sueño hecho realidad. Nunca habría imaginado que cuando le confesara a Richard que estaba embarazada de él, reaccionaría así. Pero a pesar de mis dudas, sus ojos se abrieron de par en par y un atisbo de sorpresa se dibujó en su rostro. Al instante, ese asombro inicial dio paso a una hermosa sonrisa que se extendió de oreja a oreja. Aquel momento singular me pareció una eternidad, suspendida entre la expectación y la esperanza.

Su expresión de alegría disipó mis preocupaciones. Richard me envolvió en un fuerte abrazo. Con ese abrazo, supe que todo iría bien; afrontaríamos este nuevo viaje juntos como compañeros, unidos en el amor y deseosos de aceptar los retos que se nos presentaran.

Mientras estábamos sentados en el sofá, cogidos de la mano, me susurró: "Nunca imaginé que llegaría este día, pero no podría estar más feliz, mi amor. Vamos a ser padres". Las palabras fueron como música para mis oídos, calmando mi ansioso corazón con su melodía.

Entonces, como de la nada, Richard se levantó de repente y me dijo que tenía que irse. La confusión me invadió como un maremoto, dejándome allí de pie, desconcertada e insegura de lo que acababa de ocurrir. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, se inclinó hacia mí, me besó tiernamente en la frente y salió a toda prisa del apartamento, dejándome sola con mis pensamientos.

Mi mente bullía de preguntas y la incertidumbre me roía el corazón. ¿Qué le había llevado a marcharse tan bruscamente? ¿Me ocultaba algo? La nube de dudas que ahora se cernía sobre toda nuestra relación lo eclipsaba todo.

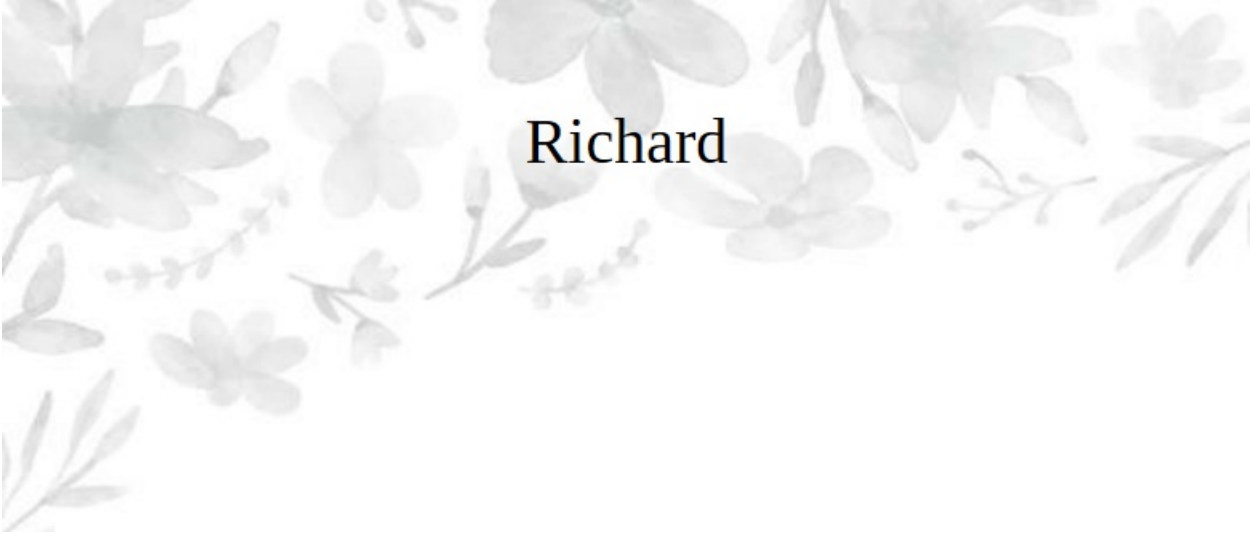
Me había alegrado mucho por la reacción de Richard; fue un momento inolvidable; pero había algo extraño en la forma en que se había marchado después de compartir la noticia. Parecía apresurado, casi nervioso. No pude evitar sentir una punzada de confusión cuando salió corriendo por la puerta, murmurando que necesitaba hablar con alguien. ¿A quién tenía tanta prisa por ver? ¿Y por qué se marchó tan rápido, sin detenerse siquiera a celebrar el increíble milagro que nos había ocurrido?

Sentada en el sofá, con la mente llena de preguntas, empecé a consumirme en mis pensamientos. ¿Me ocultaba algo? ¿No eran éstas las alegres noticias que yo suponía? Mi cabeza se convirtió en un torbellino de dudas, miedo e incertidumbre.

Quizás Richard no quería ser padre después de todo. Tal vez estaba asustado o abrumado por las responsabilidades que le esperaban. Intenté deshacerme de aquellos oscuros pensamientos, racionalizando que mis temores eran infundados. Pero aun así, la sensación de inquietud persistía en mi interior.

Mientras repetía la escena en mi cabeza, buscaba desesperadamente pistas para desentrañar el misterio de la repentina marcha de Richard. ¿Cabía la posibilidad de que su familia no aprobara este embarazo? Tal vez tenían expectativas diferentes respecto a él, que le hacían sentirse dividido entre sus deseos y los suyos propios. La idea de la desaprobación de su madre me obsesionaba, proyectando una sombra ominosa sobre nuestro feliz anuncio.

La incertidumbre me corroía, avivando el fuego de la duda. En el fondo, sabía que tendría que enfrentarme a Richard para averiguar la verdad sobre su repentina marcha. Pero mientras reflexionaba sobre lo que debía hacer, se me ocurrían muchas cosas. Pensar en él luchando contra sus miedos, combatiendo en silencio sus demonios, me tocaba la fibra sensible.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

No me gustó la forma en que salí del apartamento de Laura después de que me dijera que íbamos a tener un hijo juntos. Las palabras flotaban en el aire, teñidas de emoción y miedo. Pero en lugar de aprovechar el momento, había permitido que mis dudas e inseguridades nublaran mi juicio. Al repetir la escena en mi mente, no pude evitar sentir un profundo remordimiento. Me odiaba por ello, pero tenía que enfrentarme a mi familia.

Una vez más mis pensamientos me consumían mientras reflexionaba sobre el enfrentamiento que se avecinaba. ¿Cómo reaccionarían? ¿Me entenderían y me apoyarían o se sentirían decepcionados? La incertidumbre me corroía, provocándome una confusa mezcla de ansiedad y expectación. Sin embargo, en el fondo sabía que tenía que afrontarlo por el bien de Laura, nuestro bebé y el mío propio.

Mientras viajaba en la limusina con Troy, estaba sumida en una tormenta de remordimientos y culpa. Troy, sintiendo mi agitación interior, me escuchó comprensivo. "No puedo evitar la sensación de que he defraudado a Laura", le confesé, con la voz llena de pesar. "Debería haber reaccionado de otra manera, asegurarle que estaría a su lado y al de nuestro hijo. Pero en lugar de eso, dudé, y ahora no puedo evitar sentir que le he fallado de alguna manera".

Troy, siempre una presencia tranquilizadora, puso una mano reconfortante en mi hombro. "Mire, señor, lo entiendo. Estos son grandes cambios, y es natural sentirse abrumado. Pero no está solo en esto. Laura te eligió para ser el padre de su hijo por una razón, así que tenga fe en sí mismo. "Era la primera vez que Troy decía algo así; sin embargo, yo estaba demasiado perdido en mí mismo para encontrarle sentido.

Sus palabras resonaron en mí cuando nos detuvimos frente al ático de mis padres. El imponente edificio era un símbolo de tradición y lujo, un marcado contraste con el caos que se desarrollaba en mi interior. Respiré hondo, salí del coche y me preparé para enfrentarme a mi familia.

Al entrar en el gran vestíbulo, me invadió la nostalgia. El aroma familiar de la madera pulida se mezclaba con los murmullos de conversaciones lejanas, evocando recuerdos de innumerables reuniones familiares. Sin embargo, esta vez, el aire era diferente, cargado de palabras no pronunciadas y testimonios secretos.

A medida que me acercaba al salón, podía oír el sonido amortiguado de risas y animadas discusiones. Era a la vez reconfortante y desorientador, un duro recordatorio de la estrecha dinámica que estaba a punto de interrumpirse.

Mi pulso se aceleró al entrar en la sala, todas las miradas se volvieron hacia mí abatiéndome con sus expectativas y amenazando con aplastar mi determinación.

"Tengo algo importante que compartir", empecé, mi voz temblando ligeramente. "Laura y yo vamos a tener un bebé".

El silencio se apoderó de la habitación, sólo roto por la aguda inhalación de las respiraciones. La mirada severa de mi padre se clavó en la mía, en busca de respuestas. Mi madre, con cara de incredulidad, parecía dividida entre el bochorno y la preocupación. En medio de la tensión, volví a encontrar mi voz, esta vez hablando con una confianza que no sabía que poseía en ese momento. "Esto no es lo que esperaba, pero es la realidad a la que nos enfrentamos. Sé que será un reto y que las dudas pueden persistir, pero estoy aquí para dar un paso al frente y ser el compañero y el padre que Laura y nuestro hijo se merecen."

Nunca imaginé la tormenta que vendría después de pronunciar aquellas palabras. El silencio llenó la habitación y, por un momento, creí que tal vez les había pillado desprevenidos. Pero entonces vi que el rostro de mi madre se contorsionaba de decepción y sus ojos se llenaban de lágrimas. Se dio la vuelta, incapaz de mirarme.

"No, no, esto no puede estar pasando", susurró, con la voz temblorosa. "¿Cómo pudiste hacer esto?"

La confusión y el dolor me envolvieron mientras intentaba comprender su reacción. "Mamá, pensé que estarías emocionada..."

"¿Emocionada? ¿Cómo puedo estar emocionada cuando estás tirando tu vida por la borda?", me espetó llena de ira. "Te crié mejor que esto. Pensé que tenías un futuro por delante".

Sus palabras me atravesaron como mil agujas, y el peso de su decepción aplastó mi espíritu. Las lágrimas corrían por mi rostro mientras intentaba defender mis decisiones.

"Mamá, Laura y yo nos queremos y estamos preparados para esto", supliqué, con la voz temblorosa. "Vamos a ser padres responsables".

Se volvió hacia mí, con los ojos llenos de pena y furia. "¿Padres responsables? ¿Es eso lo que creéis que vais a ser? Ya habéis avergonzado bastante a esta familia, y ahora cargáis a todos con el peso de un niño".

Sus palabras fueron como una bofetada en la cara, con la verdad resonando en mis oídos. Sin embargo, a pesar de todo, me aferraba a la esperanza de que comprendería y vería la felicidad que esta nueva vida podría traerle.

"Mamá, por favor, trata de entenderme,"

Pero la decepción de mi madre parecía impenetrable. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas mientras se apartaba de nosotros, con voz temblorosa. "Nunca te perdonaré esto".

Aquellas cinco palabras flotaron en el aire, sofocando la habitación mientras la tristeza se apoderaba de mí. Con el corazón en un puño, salí de la habitación, sollozando desconsoladamente, sintiendo el peso de la incredulidad y la decepción de mi madre caer sobre mí.

La pena era insoportable y me sentía inútil e impotente. Estaba perdido y no sabía adónde ir ni qué hacer. "Lo he vuelto a hacer". La frase atravesó mi alma de forma insólita. "Lo he perdido todo".

Mi agonía era tan brutal que no recordaba que había entrado en el coche y que Troy me llevaba a casa.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Mientras me movía inquieta en mi pequeño apartamento, sabía que tenía que contarle a John lo del bebé. La noticia llevaba días revoloteando en mi interior, amenazando con estallar en cualquier momento. Pero el recuerdo de la extraña reacción de Richard me mantenía en vilo con un nudo de preocupación en el estómago.

Finalmente, incapaz de soportar por más tiempo el peso del secretismo, me armé de valor y llamé a John. "Hola, John, ¿puedes venir? Hay algo que realmente necesito decirte", le dije, con la voz temblorosa por los nervios.

Se produjo una pausa al otro lado de la línea y luego llegó la voz tranquilizadora de John: "Por supuesto, ¿qué pasa? ¿Está todo bien?"

"N-no, en realidad no", tartamudeé, luchando por encontrar las palabras adecuadas. "Estoy... embarazada".

Hubo un breve silencio, como si la distancia entre nosotros se hubiera ampliado. Contuve la respiración, temiendo la respuesta de John. De repente, se oyó su voz, llena de preocupación: "Dios mío, ¿estás bien? ¿Cómo te encuentras? ¿Has ido ya al médico?"

No pude evitar sentir alivio ante su reacción. "Estoy bien, físicamente, al menos. Pero tengo miedo, John. Se lo dije a Richard, pero tengo miedo de cómo reaccionará su familia. No sé si aceptarán esta situación", admití, con la voz temblorosa por el miedo.

La voz de John se suavizó y me tranquilizó: "Escucha, no te preocupes por eso ahora. Lo resolveremos juntos. Encontraremos una solución que funcione para todos. No estás sola en esto".

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando comprendí sus palabras y su apoyo incondicional me dio fuerzas. "Gracias, John. Tengo mucha suerte de tenerte en mi vida".

Su voz estaba llena de ternura: "No, el afortunado soy yo. Lo superarás, te lo prometo".

En cuanto colgué el teléfono, mi cabeza empezó a volverse loca. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se marchó Richard cuando se enteró de la noticia del bebé? ¿Volvería? ¿Debía volver a Tacoma con mi madre?

Mi mente iba a mil por hora y el peso de lo desconocido me oprimía el pecho. Estaba sola en mi humilde apartamento, y el silencio amplificaba el caos en mi interior. Una bombilla parpadeante proyectaba sombras erráticas sobre el descolorido papel pintado, reflejando los tumultuosos pensamientos que se arremolinaban en mi mente.

Caminaba de un lado a otro, tratando de encontrarle sentido a todo aquello. La repentina marcha de Richard había dejado desconcertada y llena de dudas. ¿Era miedo? ¿No estaba preparado para la responsabilidad de la paternidad?

Miré por la pequeña ventana, las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas lejanas. Me dolía el corazón mientras luchaba por conciliar la imagen del futuro feliz que habíamos imaginado juntos con la realidad que ahora tenía ante mí.

Necesitado de consuelo, me dejé caer en el desgastado sofá y mis pensamientos se desbordaron en un torrente de emociones. "¿Cómo ha podido ocurrir? Fuimos tan cuidadosos", murmuré, con los ojos llenos de lágrimas. La duda y el miedo pintaron un lienzo oscuro en mi mente, oscureciendo cualquier atisbo de esperanza.

Mientras llovía a cántaros, el sonido rítmico de las gotas contra mi ventana creaba un ambiente apaciguador entre las paredes de mi ya sombrío apartamento. Una sensación de calma impregnaba la habitación, envolviéndome en su sereno abrazo. Perdida en mis pensamientos, una repentina llamada a la puerta me devolvió a la realidad. Sobresaltada, me levanto del sofá y me dirijo vacilante hacia la entrada.

¿Quién podría ser a estas horas? Me pregunté, ¿podría ser John? Le había dicho que se pasara, pero era tarde. La lluvia parecía intensificarse, reflejando la inquietante sensación que crecía en mi interior. Respiré hondo, me armé de valor y abrí la puerta.

Para mi sorpresa, mi hermana Tiffany estaba allí, con la cara empapada en lágrimas. Sin decir una palabra, cayó en mis brazos, con el cuerpo tembloroso por sollozos incontrolables. La preocupación se apoderó de mí y la conduje suavemente al interior de mi apartamento, guiándola hasta el sofá, donde podría encontrar consuelo. Mientras Tiffany se recuperaba lentamente, sus ojos se encontraron con los míos, llenos de ansiedad y desesperación. Esperé pacientemente, dándole el espacio que necesitaba para ordenar sus pensamientos. Finalmente, empezó a hablar, con voz temblorosa y débil.

"Hablé con John", consiguió decir entre sollozos ahogados. "Me lo contó todo, toda la situación del bebé".

Me invadió una oleada de confusión. ¿La situación del bebé? El corazón me latía con impaciencia mientras apremiaba a Tiffany para que continuara.

"Sé cómo Richard reaccionó cuando se enteró", tartamudeó, las lágrimas volvían a correr por su rostro. "El shock... fue insoportable. No tenía ni idea de cómo afrontarlo".

Mi mente dio vueltas con un torbellino de comprensión. Mi hermana estaba muy bien informada de toda la situación. No podía culpar a John; después de todo, tenía buenas intenciones. El bebé, sangre de Richard, revelaba secretos que amenazaban con separarnos, especialmente con su familia. Esta verdad me golpeó de repente, como un rayo en un cielo despejado, dejándome perdida y confusa.

"No sé qué hacer", admití, con un susurro. "Tengo ganas de huir, de volver a Tacoma con mamá".

Los ojos de Tiffany se abrieron de par en par, con incredulidad y preocupación brillando en su rostro. "No", protestó con vehemencia. "No puedes, no debes huir. Esta situación, por difícil que sea, hay que afrontarla de frente. Los dos tenéis que hablar y encontrar la manera de superarlo".

Sus palabras penetraron a través de la vorágine de temores que habían consumido mis pensamientos. La realidad de la situación se apoderó de mí y me obligó a afrontar los retos que tenía ante mí. Huir sólo retrasaría lo inevitable, prolongando el dolor.

Tomé las manos de Tiffany entre las mías y asentí, con la determinación brillando en mis ojos. "Sé que tienes razón", dije, con la voz más firme. "Pero, ¿qué puedo hacer?"

Me quedé mirando el espacio vacío frente a mí, con el peso de la conversación flotando en el aire. Tiffany me había sugerido que me reuniera con Richard para seguir hablando de la situación en la que estábamos metidos. Ella estaba convencida de que volver a Tacoma con mi madre era una idea terrible, y no podía negar que tenía razón; pero la idea de enfrentarme a Richard, de afrontar la realidad de su rechazo me llenaba de un malestar indescriptible.

Mientras negaba lentamente con la cabeza, decliné la proposición de Tiffany. Sencillamente, no estaba preparada, y tampoco estaba segura de que Richard lo estuviera. Sabía que tenía sus propias batallas que librar, sus propios demonios internos que conquistar antes de poder abrazar de verdad la paternidad. Me dolía el corazón de pensar en decepcionar a Tiffany, pero ese dolor no era nada comparado con los miedos y las dudas que me consumían.

Tiffany, siempre comprensiva, desistió de intentar convencerme. Se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió con la cabeza, aceptando mi decisión. La crudeza de sus emociones me hizo

sentir una punzada de culpabilidad. Esta decisión afectaría a la vida de muchas personas y tenía que meditarla.

Se marchó, el sonido de sus pasos se desvaneció. Sentí que me envolvía una sensación de vacío. El silencio que me rodeaba en mi apartamento era ensordecedor, igual que la confusión de mi mente. Me acerqué a las ventanas y miré hacia la ciudad. Las bulliciosas calles parecían distantes, totalmente ajenas a los pesados pensamientos que me consumían.

Con un fuerte suspiro, me di la vuelta y me dirigí al dormitorio. Era hora de hacer las maletas. Cada cosa que cogía, cada prenda de ropa cuidadosamente doblada y colocada en una maleta, conllevaba una carga de incertidumbre y aprensión. No podía deshacerme de la sensación de que estaba dejando atrás una parte de mí, de que esta decisión lo cambiaría todo.

Mientras organizaba ordenadamente mis pertenencias, me asoló un torbellino de preguntas . ¿Sería capaz Richard de enfrentarse a su familia con esta noticia? ¿Podría encontrar la fuerza para abrazar la paternidad? Y lo más importante, ¿Sería yo capaz de encontrar el valor para apoyarle?

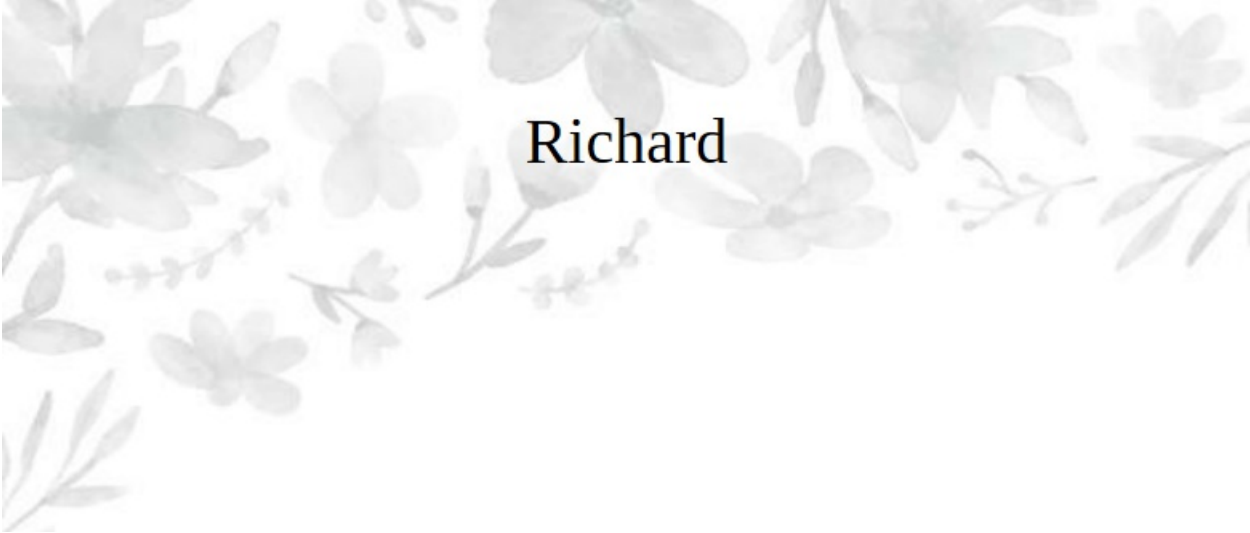
Mi mente regresó a la conversación con Tiffany, a la vulnerabilidad de su voz cuando me suplicó que lo reconsiderara. No podía negar que una parte de mí deseaba ceder, seguir su consejo y afrontar la situación. Pero otra parte de mí temía lo desconocido y las posibles consecuencias.

Pasaron las horas mientras empaquetaba los restos de mi vida y el sol del atardecer empezaba a ocultarse en el horizonte. Finalmente cerré la tapa de la maleta, sellando mis dudas e inseguridades. Mientras permanecía en el silencio de la habitación, el peso de mi decisión me oprimía. Era sofocante pero extrañamente liberador.

Eché un último vistazo al apartamento, un duro recordatorio de la vida que dejaba atrás. Las paredes vacías resonaban con recuerdos, tanto alegres como dolorosos. Pero en medio de la incertidumbre, sabía que tenía que tener fe en mí misma y en el futuro que me esperaba.

Agarré la maleta y salí del apartamento. Las calles de la ciudad se extendían ante mí, con sus luces bailando en el crepúsculo. No sabía lo que me deparaba el futuro ni lo que me esperaba cuando Richard supiera de mi marcha, pero estaba dispuesta a afrontarlo, a enfrentarme a mis miedos y a descubrir la fuerza que se escondía en mi interior.

Al adentrarme en lo desconocido, llevaba conmigo las esperanzas y los sueños de un futuro incierto. El camino que tenía por delante podía ser traicionero, pero en el fondo sabía que era un viaje en el que tenía que embarcarme. Y así, con ilusión y temor, me embarqué a escribir un nuevo capítulo de mi vida, decidida a encontrar el camino a través del laberinto de emociones que me esperaba.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

Me senté solo en mi ático de lujo, ahogando mis penas en el líquido ámbar de una segunda botella de whisky. La habitación estaba sumida en el silencio, y los vasos de cristal vacíos esparcidos por la mesa reflejaban el dolor de mi corazón.

No podía entender por qué mi madre; la mujer que una vez me había acunado en sus brazos, se había mostrado tan cruel cuando le había comunicado la noticia de mi inminente paternidad. Su desprecio por Laura, la mujer a la que amaba, me desconcertaba. Esperaba que me apoyara, que me asegurara que todo iría bien. Mientras el alcohol corría por mis venas, mi mente era un tumultuoso torbellino de pensamientos y emociones. ¿Por qué no podía entender que mi amor por Laura era sincero? Nuestra decisión de traer una vida a este mundo no era algo de lo que burlarse, sino algo que celebrar. Tal vez, a su manera, me estaba protegiendo de las pruebas y tribulaciones de la paternidad. Pero sus acciones me habían dejado a la deriva, abandonado en mi propio mar solitario de desesperación.

El paisaje urbano al otro lado de mis grandes ventanas brillaba con las luces de miles de pisos. Sin embargo, todo parecía distante, ajeno a la confusión que sentía en mi interior. Anhelaba empatía y comprensión, pero en aquel momento me sentía como si fuera el último ser vivo del planeta. En medio de mi melancolía, un destello de inspiración se encendió dentro de mí. En lugar de regodearme en la autocompasión, decidí canalizar mi angustia hacia algo creativo, algo que me permitiera dar sentido al caos que consumía mi alma.

Me acerqué al piano de cola que había en un rincón de la habitación, cuyas teclas de ébano y marfil brillaban en la penumbra. Con dedos temblorosos, toqué las teclas, sintiendo las vibraciones resonar a través de las yemas de mis dedos. A medida que derramaba mi dolor sobre el teclado, el piano se convertía en una extensión de mi ser, el conducto a través del cual transmitía cada matiz de mi dolor. La música que brotaba del instrumento era una sinfonía de

palabras silenciosas, un cuento tejido con los hilos de mi corazón roto. Susurraba añoranza y amor, sueños rotos y promesas incumplidas, hablaba de un alma que anhelaba consuelo en medio del caos. Una nueva energía surgió dentro de mí cuando la melancólica melodía flotó en el aire avivando los rescoldos de mi dolor y transformandolos en un fuego ardiente de resiliencia. En ese momento, me di cuenta de que incluso ante la adversidad, cuando el mundo parecía conspirar contra mí, tenía el poder de forjar mi propio destino.

Con cada nota, mi angustia se transformaba en determinación de demostrar mi resistencia, de demostrar a mi madre que mi amor por Laura era inquebrantable y que nuestra experiencia como padres estaría llena de triunfos, no de tribulaciones. La música resonó por todo el ático, llevando mi determinación más allá de los confines de aquellas paredes.

Cuando los últimos acordes se desvanecieron en la quietud de mi apartamento, me invadió una nueva claridad. Comprendí que la crueldad de mi madre procedía del miedo y la incomprensión. Ahora era mi deber salvar esa distancia, demostrarle que el amor podía conquistarlo todo, incluso las divisiones más profundas.

Me quedé mirando el teléfono, con los dedos temblorosos, mientras marcaba el número de Sophia. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos a nivel personal y aún más desde que la había herido con mi egoísmo y engaño. Pero en este momento, necesitaba a alguien que comprendiera la complicada situación en la que me encontraba en su totalidad.

Mientras sonaba el teléfono, mi mente se llenó de recuerdos de nuestra aventura. Había sido apasionada, intensa y completamente prohibida. Pero cuando la realidad invadió nuestro pequeño mundo perfecto, tuvimos que tomar la dolorosa decisión de ponerle fin. Las secuelas habían dejado un sabor amargo en nuestras bocas y me preguntaba si Sophia me perdonaría alguna vez.

"¿Hola?" La voz de Sophia llegó a través de la línea, vacilante.

Al oír su voz, me emocioné "Sophia, soy yo", tartamudeé, luchando por encontrar las palabras adecuadas. "... necesito tu ayuda".

Hubo un momento de silencio y temí que colgara, negándose a hablar conmigo. Pero entonces habló, con una voz suave y tranquilizadora. "¿Qué necesitas, Richard?"

Suspirando aliviado, me lancé de lleno a las explicaciones, vertiendo mis pensamientos y sentimientos más íntimos. Le hablé de Laura y de nuestro precioso bebé en camino. Pero también compartí el dolor que sentía por el hecho de que mi familia, arraigada en la tradición, se negara a aceptar a Laura y a nuestro futuro hijo. Sophia escuchó atentamente, y su silencio me ofreció el espacio necesario para liberar emociones contenidas que me habían estado

consumiendo. Le desnudé mi alma, sin ocultarle ningún detalle, sabiendo que me había conocido de una forma que nadie más lo había hecho hasta entonces.

Sophia respondió al fin. "Richard, entiendo por lo que estás pasando. Lo pasado, pasado está; estoy aquí para ti. A veces, las personas más cercanas a nosotros no pueden comprender las complejidades de nuestros corazones. Pero eso no significa que debamos dejar que su juicio nos defina a nosotros o a nuestra felicidad."

Sus palabras me alcanzaron profundamente, resonando con una verdad a la que había temido enfrentarme. Sophia siempre había tenido un profundo conocimiento del corazón humano. En ese momento, me di cuenta de lo mucho que le había fallado, de lo mucho que le había fallado a todo el mundo.

"Gracias, Sophia", susurré, con la voz llena de gratitud. "Tu apoyo significa mucho para mí".

Hicimos planes para encontrarnos en mi ático, el único lugar donde podía encontrar consuelo en medio del caos. Mientras esperaba su llegada, me invadió una sensación de expectación y nerviosismo. ¿Cómo sería reencontrarme con alguien de mi pasado, alguien que había conocido lo mejor y lo peor de mí?

Cuando Sophia llegó por fin, la tensión entre nosotros era palpable. Pero cuando nos sentamos frente a frente, nuestra conversación fluyó con facilidad y familiaridad. Rememoramos nuestro pasado, reconociendo el dolor que nos habíamos causado mutuamente, pero también desvelando el duradero vínculo que, de algún modo, había resistido la prueba del tiempo.

La voz de Sophia resonó a través de la bruma de mi mente intoxicada. "¿Sabes dónde está Laura?", imploró, su preocupación evidente en su tono. Intenté concentrarme en sus palabras, pero la combinación de alcohol y confusión lo hacía casi imposible.

Tropecé con mis palabras, intentando dar una respuesta coherente, pero sólo se me escapaban sílabas confusas. Miré fijamente a Sophia, esperando que comprendiera mi confusión. "No... no lo sé", logré murmurar finalmente, mi voz casi un susurro. La confesión llevaba el peso del mundo, la carga de mis sueños rotos. Sophia me urgía a actuar, a encontrarla, pero no me sentía lo suficientemente fuerte, dejándome sólo una cáscara vacía.

El incidente con mi familia había sido nada menos que la detonación de una bomba en el núcleo de nuestras vidas. Habían rechazado a Laura, el amor de mi vida y nuestro futuro bebé. Habían decidido despreciar su valía, su felicidad y la alegría que traía a nuestras vidas. Su rechazo había provocado un profundo abismo dentro de mí, un abismo que se tragó mi optimismo y ahogó mi esperanza. A medida que Sophia persistía en su afán de que contactara a Laura, su frustración se

hacía palpable. Pero, ¿qué podía ofrecer yo a cambio? Mi espíritu yacía destrozado, fragmentos dispersos de sueños rotos en un vasto páramo de desesperación.

Al final, Sophia se cansó de intentarlo.”Richard, si no eres capaz de salir de este agujero y buscar a la madre de tu hijo, nadie podrá ayudarte, ni siquiera yo” La energía que le costaba ver cómo me desmoronaba era demasiado para ella. Se despidió de mí con un fuerte suspiro, dejándome sola en la opulencia de mi ático. El espacio, antaño adornado con el resplandor y los vibrantes colores de la vida, servía ahora como sombrío recordatorio de lo que había perdido.

Con un vaso de cristal en la mano temblorosa, me retiré a la soledad de mis pensamientos. Se arremolinaban a mi alrededor como una tempestad, mezclados de arrepentimiento, auto recriminación y el incesante clamor de los "y si...". Fue aquí, en las profundidades de mi soledad, donde me enfrenté a los rincones más oscuros de mi alma.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

A la mañana siguiente, llegué al trabajo con la cabeza agitada, consecuencia de los tumultuosos acontecimientos del día anterior. La inesperada reacción de Richard al anuncio de mi embarazo me había provocado un huracán de emociones y temores. Mientras me acomodaba en la silla de la oficina, intentando concentrarme en mis tareas diarias, no podía deshacerme del incesante dolor en mi interior. Levanté la vista y vi a María, la madre de Richard, de pie, con una expresión extraña en el rostro. Era conocida por su elegancia y su arrogancia, pero hoy había algo diferente en sus ojos, un cansancio que no había visto antes.

"María, ¿qué te trae por aquí?" pregunté, con la voz un poco temblorosa.

Entró despacio y cerró la puerta tras de sí. Cada uno de sus movimientos parecía lastrado por una pesada carga. Por fin habló, con una voz teñida de desolación. "Sé lo del bebé, querida. Richard... no lo está llevando bien, y temo que todo esto le haya pasado factura".

Asentí, luchando contra las lágrimas. "Sí, ha sido todo un reto, por no decir otra cosa".

María metió la mano en su elegante bolso, sacó un cheque y lo depositó delicadamente sobre mi mesa. "Esto es para ti. Un millón de dólares. Cógelo y deja a Richard. Olvídate de él y de todas estas tonterías. Empieza de cero en otra parte, sin los constantes recordatorios del dolor que has infligido a esta familia".

Me quedé mirando el cheque con incredulidad, mi mente era incapaz de comprender la magnitud de lo que me estaba ofreciendo. "María, agradezco tu preocupación, pero no puedo simplemente marcharme. Este niño, este bebé, forma parte tanto de Richard como de mí. No puedo abandonarlos a los dos".

Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de acusaciones. "Tu hijo nonato es una maldición para mi familia. Me niego a que esto continúe. Tienes que irte y olvidarte de mi hijo".

El shock se apoderó de mí, dejándome momentáneamente sin habla. "María, nuestro bebé es inocente", logré decir por fin. "¿Cómo puedes culpar a un niño inocente?".

Se burló, su desprecio cortando el aire. "¿Inocente? ¿Crees que un hijo de tu linaje corrupto puede traer algo más que miseria? No someteré a mi hijo a tal oscuridad".

Sentí que se me partía el corazón ante las palabras de María. Estaba siendo cruel a más no poder. Un atisbo de amargura asomó por su rostro y se apresuró a pronunciarlo con determinación. "La felicidad es un lujo que ya no podemos permitirnos. Por el honor de mi familia, vete y no vuelvas jamás".

Me quedé boquiabierto y la miré con incredulidad. Se trataba de una transacción muy cruel. "No puedes comprarme, María. Nuestra relación se construyó con amor, no con dinero".

Sus ojos se entrecerraron y su voz bajó hasta convertirse en un peligroso susurro. "No seas estúpida, Laura. Aquí no queda nada para ti. Coge el dinero, desaparece y dale a mi hijo la oportunidad de una vida normal, libre de maldiciones".

Miré a María, buscando algo más en ella, pero sólo vi un muro de ira y rencor.

Sus despiadadas palabras resonaban en mis oídos, cada una como una daga en mi corazón. Los venenosos insultos que profirió sobre mi bebé fueron como una bofetada en mi cara. Sentía que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y amenazaban con derramarse.

Ella cruzó la línea. Amenazas y sobornos simplemente para que dejara a su hijo, el hombre al que amaba con todo mi corazón. Fue una petición inimaginable que destrozó mis sueños y me dejó cuestionándomelo todo.

A medida que pasaban los segundos, el peso de las palabras de María se apoderaba de mí. Intenté acallarlas, convenciéndome de que no merecía la pena sacrificar el amor que tanto nos había costado construir. Pero el bombardeo constante de crueldad y persistencia minaba mi determinación.

Finalmente, derrotada y exhausta, miré de nuevo a María. Las lágrimas corrían por mi cara, trazando caminos salados a lo largo de mis mejillas. No podía soportar la idea de vivir con una persona tan despiadada, pero la idea de dejar al hombre que amaba me desgarraba el alma.

En este frágil estado acepté tomar el dinero y marcharme. Me sentía como si me traicionara a mí misma, abandonando mis principios en aras de la autopreservación. Pero en aquel momento no vi otra opción. El dolor y la angustia eran insoportables.

Cuando asentí con reticencia, el rostro de María se torció en una sonrisa triunfal. Se deleitaba en su victoria, sabiendo que me había destrozado. Su crueldad, disfrazada de preocupación, había ganado.

"Sabía que entrarías en razón", se burló, con una voz llena de maliciosa satisfacción. "Ahora vete, y no te atrevas a volver arrastrándote".

Sus palabras me atravesaron como fragmentos helados, dejándome más vacía que nunca. Hice acopio de las fuerzas que me quedaban y recogí mis pertenencias. Cada objeto que empaquetaba era como un trozo de mi corazón destrozado, un recuerdo del amor que me habían arrancado.

Perdida en mis pensamientos y consumida por la pena, apenas registré el sonido de la marcha de María. Me dejó sola en mi despacho, la habitación repentinamente desprovista de vida y llena sólo de mis sollozos de desesperación. Las lágrimas fluían libremente, una liberación torrencial del dolor que se había filtrado hasta mis entrañas.

Sola en mi despacho, el silencio ensordecedor amplificaba mis pensamientos. Me quedé mirando por la ventana, contemplando la difícil decisión que había tomado. Era hora de dejar esta ciudad, esta vida, y volver a Tacoma con mi madre. Cuando cerré los ojos, los recuerdos inundaron mi mente, reviviendo los agri dulces momentos pasados con Richard. La culpa me consumía a medida que el dolor de dejar a Richard se hacía insoportable. Habíamos compartido innumerables risas, lágrimas y sueños. El amor que habíamos compartido parecía invencible hasta que su cruel madre nos había separado. Era implacable, estaba decidida a separarnos, y lo consiguió. Richard no estaba allí para protegerme, y su influencia tóxica se filtró en nuestra relación como un veneno, corroyendo lentamente nuestro vínculo.

Liberándome de los recuerdos, levanté mi cuerpo cansado de la silla. Avancé por el familiar pasillo, dejando atrás mi despacho. Las paredes parecían susurrar su despedida, cargando con el peso de mis sueños rotos. Me ajusté las gafas y me preparé para salir al mundo.

El Mona Lisa me sonrió al pasar, apreciando el arte que emanaba tranquilidad en medio de mi caos interior. Anhelaba esa misma paz, creyendo que tal vez, sólo tal vez, podría encontrarla en el abrazo familiar de mi hogar. Me escabullí en silencio, esperando evitar cualquier contacto innecesario con los demás. En medio de la angustia, la soledad me parecía un bálsamo reconfortante.

Volver a Tacoma significaba enfrentarme a mi pasado y revivir recuerdos entrelazados con las calles y los edificios. Al menos sabía que mi madre entendería la situación. Había cambiado mucho desde que entró en el último programa de rehabilitación. Tal vez, después de todo, ella podría consolarme.

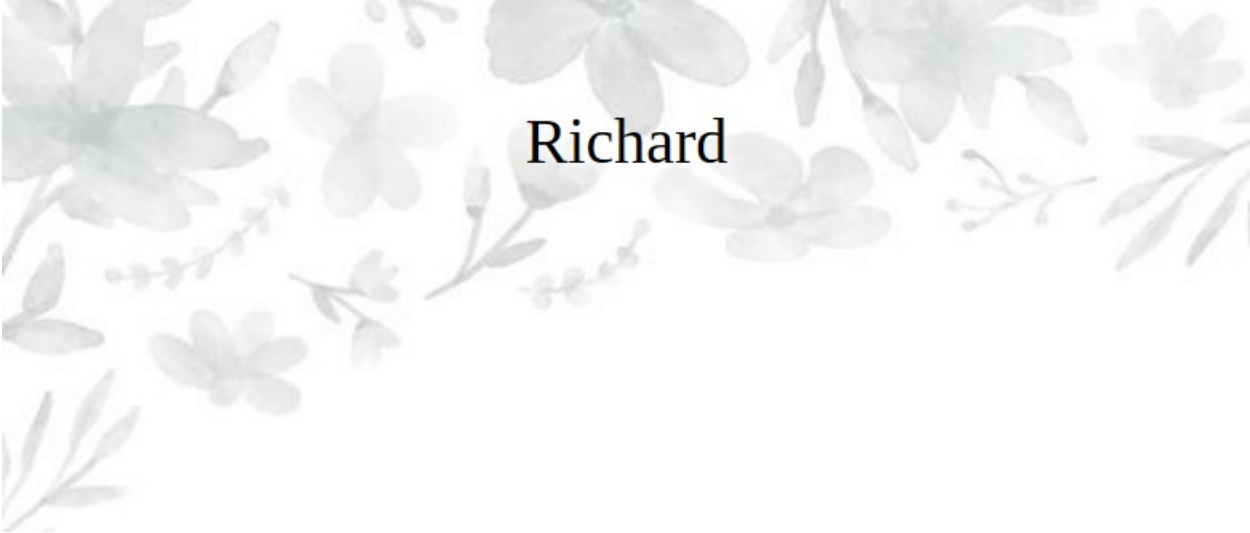
Un rayo de esperanza brilló en lo más profundo de mi alma a pesar del dolor que me corroía el corazón. Sabía que había llegado el momento de reconstruir mi vida, de recuperar los pedazos que había esparcido la maldad de María.

La idea de dejar atrás a Richard, de entregar la batalla a la astuta manipulación de María, intensificó mi confusión. La duda persistía, susurrando en los recovecos de mi mente, cuestionando mi decisión. La perspectiva de un regreso a casa era agridulce; me recibía con los brazos abiertos, pero llevaba el peso de mis sueños rotos.

Antes de darme cuenta, estaba en casa, haciendo las maletas, recogiendo recuerdos y memorias por el camino y despidiéndome al mismo tiempo de la vida que una vez conocí. No fue una decisión fácil ni tomada a la ligera. Mientras doblaba la ropa y llenaba la maleta, me reconcilé con el hecho de que la resiliencia había nacido de la destrucción. Me sobrepondría al dolor, a la angustia y a la pérdida. Tacoma sería la clave de mi renacimiento, y con cada paso que daba hacia mi nuevo camino, el peso sobre mis hombros empezaba a desaparecer.

Dejar atrás a Richard siempre sería una cicatriz grabada en mi alma, una marca de las batallas libradas y del amor perdido. Sin embargo, dentro de ese dolor, quedaba un rayo de esperanza. Puede que María hubiera ganado esta ronda, pero el destino tenía una forma de entrelazar los corazones de las formas más inesperadas. Con ese pensamiento, cerré mi maleta, llevando tanto la carga de mis sueños rotos como la esperanza de un mañana más brillante.

Y así, mientras dejaba atrás los restos de mi antigua vida, me embarqué en un viaje de curación y autodescubrimiento. Sola pero decidida, me alejé de la familiaridad del pasado y me dirigí hacia un futuro que estaba por llegar.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

La cadena de acontecimientos con mi familia rechazando tanto a Laura como a nuestro futuro bebé me dejó devastado. Me hundí en un pozo sin fondo de desesperación, ahogando mis penas en un mar de alcohol y aislamiento. El peso de su desaprobación parecía aplastarme el alma, haciéndome imposible encontrar fuerzas para enfrentarme al mundo exterior.

Mis días se mezclaban en una bruma de oscuridad y desesperación. No me atrevía a ir a trabajar y sólo salía del ático cuando era absolutamente necesario. Cada paso que daba me parecía pesado, como si me arrastrara por un lodo espeso. Las paredes de mi lujoso refugio parecían una prisión que me confinaba en mi propia miseria.

Troy estuvo a mi lado durante todo el calvario. Era una presencia constante, su apoyo inquebrantable ofrecía un rayo de luz en mis momentos más oscuros. A pesar de su habitual comportamiento tranquilo y hierático, podía ver la preocupación en sus ojos. Su fuerza silenciosa me reconfortaba y me recordaba que no estaba sola.

En el fondo, sabía que debía acercarme a Laura. A pesar de todo lo que había pasado, seguía siendo la mujer que amaba, y nuestro hijo formaba parte de mí. Pero el dolor abrumador que sentía en mi interior me hacía casi imposible reunir las fuerzas necesarias para dar ese primer paso, para reparar el puente roto entre nosotros.

La culpa y el remordimiento roían mi conciencia, recordándome la profunda pérdida que me había infligido a mí mismo y a quienes me querían. Fue en algunos momentos de sobriedad cuando el peso de mis actos se hizo insoportable.

En el silencio de mi ático, con la única compañía de mis pensamientos, mi mente libraba una batalla entre la autodestrucción y la redención. Las voces de mi interior susurraban la esperanza del perdón, la oportunidad de reconstruir lo que se había hecho añicos. Pero esas mismas voces también se burlaban de mí, convenciéndome de que no merecía esas segundas

oportunidades. Poco a poco, muy poco a poco, empecé a darme cuenta de que la curación sólo podía venir de dentro. Ni el whisky ni el aislamiento arreglarían los pedazos rotos de mi vida. Tenía que encontrar la fuerza para enfrentarme a mis demonios y afrontar las consecuencias de mis actos.

Sonó el interfono, interrumpiendo el tranquilo zumbido del ático. Sobresaltado, levanté la vista del sofá y vi la cara de preocupación de Troy en la pequeña pantalla.

"Troy", dije, mi tono teñido de curiosidad. "¿Quién está ahí?"

Troy se movió incómodo antes de contestar: "Es Harry. Ha venido a verte".

Me quedé absorto al oír el nombre de Harry. Habían pasado días desde la última vez que aparecí en la oficina, y definitivamente no tenía buen aspecto. Mis ojos cansados y mi aspecto desaliñado eran claros signos de la confusión emocional por la que había pasado.

El saludo de Harry en la puerta no hizo más que aumentar mi preocupación. Frunció el ceño mientras evaluaba mi estado. Me dedicó una sonrisa amable, haciendo todo lo posible por disimular su propia preocupación.

"Hola", dijo Harry suavemente. Su voz reflejaba genuina preocupación. "¿Estás bien?"

Dudé un momento, inseguro de cuánto debía revelar. Pero algo en la sinceridad de los ojos de Harry me hizo confiar en él. Respiré hondo y decidí abrirme.

"En realidad no", admití, mi voz apenas un susurro. "La situación con el embarazo de Laura ha estado pesando mucho en mi mente. Además de eso, el rechazo de mi familia ha sido difícil de soportar".

Harry asintió, con expresión comprensiva. "Lo sé", dijo suavemente. "Sophia me lo contó todo". Sorprendido, levanté la vista hacia él, preguntándome cuánto había revelado Sophia. Harry debió de notar mi aprensión y me tranquilizó rápidamente.

"No te preocupes", dijo con una sonrisa tranquilizadora. "Sophia sólo me dijo algunas pinceladas"

Me sentí aliviado, agradecido de que Sophia hubiera respetado mis límites. El miedo a que mis luchas personales se convirtieran en cotilleos de la oficina había pesado mucho sobre mí. Sabía que podía confiar en que Harry no violaría esa confianza.

"Te lo agradezco", respondí sinceramente. "Han sido tiempos difíciles, y he estado luchando por encontrar mi equilibrio".

Harry extendió la mano y me la puso en el hombro para consolarme. "No tienes que pasar por esto solo, ¿sabes?", dijo suavemente. "Estamos aquí para ti, todos nosotros".

Sus palabras calaron hondo en mí. En ese momento me di cuenta de que me había rodeado de amigos que se preocupaban de verdad por mí. Aunque la relación con mi familia era tensa, tenía un sistema de apoyo que iba más allá de los lazos de sangre. Me encontraba en un estado de confusión, dividido entre el amor que sentía por Laura y el rechazo que mi familia había mostrado hacia su embarazo. Era una situación que me dejaba perdido y sin saber qué hacer a continuación. En busca de consuelo, acudí a mi amigo de confianza, Harry, con la esperanza de que pudiera orientarme.

"No lo sé, Harry", suspiré, con la voz cargada de incertidumbre. "No sé qué hacer con el embarazo de Laura y la reacción de mi familia. Me siento entre la espada y la pared".

Harry se detuvo un momento y frunció las cejas, pensativo. "Estás pasando por muchas cosas ahora mismo -dijo con empatía-. "Lo más importante es que te cuides primero. Debes recuperar las fuerzas y la lucidez antes de tomar decisiones importantes."

Sus palabras me tocaron en lo más hondo. Me había consumido tanto el caos de la situación que había olvidado ocuparme de mi propio bienestar. Quizás Harry tenía razón; quizás necesitaba dar un paso atrás y centrarme en encontrar mi propio equilibrio.

"Tienes razón", reconocí, sintiendo surgir en mí un atisbo de esperanza. "Tengo que dar prioridad a mi propia salud mental y emocional antes de averiguar cómo manejar esta complicada situación. Pero, ¿y Laura? ¿Dónde puede estar?"

Los ojos de Harry centellearon con comprensión mientras respondía: "Laura podría estar en cualquier parte, y la encontrarás cuando llegue el momento. Ahora mismo, céntrate en curarte a ti mismo, y el resto caerá en su sitio orgánicamente".

Sus palabras fueron como un bálsamo tranquilizador para mi alma atribulada. Me di cuenta de que precipitarme a tomar una decisión bajo el peso de la presión social y el rechazo familiar sólo me llevaría a más confusión y angustia. Necesitaba encontrar la fuerza dentro de mí para afrontar los retos que tenía por delante, aunque eso significara esperar pacientemente el momento oportuno.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Estaba cansada, me dolía el cuerpo y me pesaban los ojos de cansancio cuando por fin llegué a la estación de autobuses. La carga de mis pensamientos pesaba sobre mis hombros, lo que se notaba en mi aspecto desaliñado y en mi rostro bañado en lágrimas. Con un suspiro, me dirigí directamente a la taquilla, buscando consuelo en el anonimato de una ciudad lejana.

La anciana que estaba detrás del mostrador me miró con preocupación. "¿Te encuentras bien, querida?", me preguntó con voz suave y llena de empatía.

Incapaz de contener mis emociones por más tiempo, dejé escapar un pequeño sollozo antes de responder: "Ha sido un viaje muy largo y difícil. Uno que aún no estoy preparada para compartir".

Asintiendo comprensiva, la señora le tendió una mano reconfortante. "A veces las palabras no bastan para transmitir el peso de nuestras cargas. Pero espero que este viaje te traiga la paz y la resolución que buscas".

Su amabilidad me llegó al alma y logré esbozar una débil sonrisa con los ojos llenos de lágrimas. "Gracias", susurré, agradecida por su comprensión.

Solicité un billete de ida a Seattle. Una vez en Seattle, tendría que cambiar de estación y dirigirme a Tacoma. La señora me lo entregó suavemente, como si me transmitiera un rayo de esperanza a través de aquel papelito. "Que tu camino te lleve a días más brillantes", me dijo en voz baja, con un toque de sabiduría.

Cogí el billete con manos temblorosas, me alejé de la taquilla y entré en la bulliciosa estación de autobuses. La luz tenue y la cacofonía de voces y pasos apresurados me provocaron un escalofrío. Parecía un mundo desconocido, que desataba todos mis miedos e incertidumbres.

En medio del ajetreo y el bullicio, encontré un rincón tranquilo y me hundí en un asiento desgastado. Los rostros desconocidos que pasaban a mi lado sólo servían para recordarme mi

soledad, intensificando las abrumadoras emociones que arañaban mi alma. Pero en medio de la desesperación, se encendió en mí un destello de resiliencia.

Cuando llegó el autobús, levantando una nube de gases de escape, me uní a la fila de viajeros cansados, cada uno con su propia historia y buscando consuelo en lo desconocido. El conductor me ofreció una cálida sonrisa, sus ojos reflejaban compasión por nuestros viajes colectivos.

Encontré un asiento vacío cerca de la ventanilla, me acomodé y observé cómo el autobús se alejaba de la estación. El paisaje urbano se desvanecía poco a poco en la distancia, dejando atrás el caos y la angustia de los que necesitaba escapar desesperadamente. Con cada kilómetro que pasaba, el peso sobre mis hombros empezaba a aliviarse, sustituido por un rayo de esperanza que prometía nuevos comienzos.

El viaje a Seattle fue largo y arduo, lleno de momentos de reflexión y autodescubrimiento. El paisaje cambiante del exterior reflejaba la transformación que se estaba produciendo en mi interior. Las montañas se elevaban y los ríos fluían, recordándome la fuerza y la resistencia que yacían latentes en mi propio espíritu.

Al llegar en autobús a la estación de de Seattle, me invadió una oleada de recuerdos de mis días de estudiante en la ciudad. La bulliciosa estación estaba llena de gente que iba y venía, cada uno con sus propias historias y destinos. No pude evitar sentir una punzada de nostalgia al mirar a mi alrededor y recordar todos los momentos que había pasado explorando esta vibrante ciudad.

Pero en medio del caos de la estación, mi mente estaba nublada por la preocupación y la tristeza. Tuve que coger otro autobús para llegar a otra estación, donde por fin podría comprar un billete a Tacoma. La idea de volver allí me entristeció. Tacoma guardaba recuerdos dolorosos y una sensación de derrota.

Dejar Nueva York, la ciudad que antaño había sido tan prometedora y emocionante, no había sido fácil. No podía evitar cuestionarme mi valía y preguntarme si realmente era un fracaso.

Mientras esperaba mi conexión en la estación de autobuses, me invadió una oleada de emociones. No podía evitar pensar en mi madre y en cómo reaccionaría a mi regreso. ¿Comprendería mi decisión? ¿Me consolaría o me decepcionaría? Estos pensamientos invadían por completo mente.

Luego estaba el bebé que llevaba en mi vientre. Pensaba en lo que nos depararía el futuro. ¿Sería capaz de dar a mi criatura el amor y el apoyo que necesitaba? ¿Sería capaz de crear una vida mejor para los dos? La incertidumbre me hacía sentir aún más pequeña en este mundo tan grande y ajetreado.

Perdida en mis propios pensamientos, apenas me fijé en la gente que pasaba ni en el ruido de la estación. El mundo parecía desdibujarse a mi alrededor mientras mi mente se agitaba con preocupaciones y dudas. En ese momento de introspección, un atisbo de esperanza asomó entre la bruma de tristeza. Recordé la fuerza que llevaba dentro, la determinación que me había llevado a superar tantos retos en el pasado. Me recordé a mí misma que el fracaso no era un punto final, sino sólo un desvío en el camino de la vida. Cuando llegué a la estación de autobuses más pequeña de Seattle, me invadió un torrente de recuerdos de mi vida de estudiante. Algunos eran felices, llenos de momentos despreocupados y risas alegres. En el mismo mostrador que solía frecuentar, compré un billete a Tacoma. El aspecto desgastado del mostrador parecía simbolizar los sueños y esperanzas desgastados de mi pasado. Decidida a enfrentarme a mis miedos y a los demonios que me atormentaban, subí al autobús, que chirriaba y gemía con cada bache de la carretera, sumiéndome en un estado de agotamiento. Cuando me acomodé en el incómodo asiento, la fatiga se apoderó de mí y me rendí al abrazo del sueño.

Cuando me desperté, el autobús ya había llegado a Tacoma. La ciudad me recibió con oscuridad y amarga frialdad, reflejo del estado de descomposición de mi alma. Podía sentir el peso de la tristeza y el miedo presionando sobre mí como si hubiera estado esperando pacientemente todos estos años mi regreso. Aminoré el paso y contemplé el decadente paisaje urbano, donde los recuerdos de una Tacoma antaño vibrante luchaban por sobrevivir en medio del abandono. Las calles vacías resonaban con una palpable sensación de desolación.

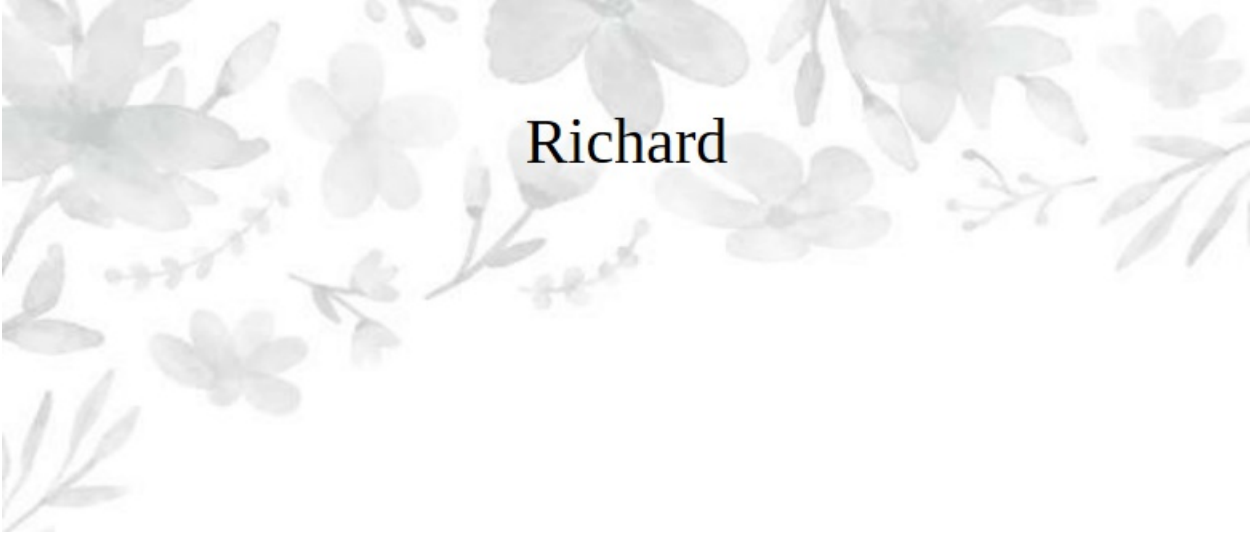
Mientras recorría callejones y calles familiares, mis pasos resonaban contra los edificios en ruinas. Cada rincón albergaba un fantasma de mi pasado, que me recordaba las heridas que aún no había curado. Era como si la propia ciudad supiera de mi llegada y susurrara sus secretos y penas al viento helado.

Buscaba consuelo en los lugares que una vez me reconfortaron, sólo para encontrarlos vacíos y abandonados. La cafetería donde solía reunirme con mis amigos para charlar hasta altas horas de la noche estaba tapiada y sus ventanas cubiertas de polvo. El parque donde solía refugiarme en los brazos de la naturaleza estaba abandonado, su paisaje verde y vibrante ahora envuelto en sombras.

Conseguí abrirme camino por las calles de lo que parecía una ciudad fantasma. Finalmente, encontré la casa de mi madre. Al verla, me estremecí; era como la imagen de una película de terror. ¿Tenía otra opción? La respuesta era sencilla: "No".

Subí las escaleras del porche de la vieja y espeluznante casa. Cuando me paré frente a la puerta, dudé en llamar. Me quedé helada, paralizada por dentro.

"¿Mamá? ¿Estás ahí?"

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Richard

Me paré en la entrada del Mona Lisa, con el corazón hinchado por la expectación y la inquietud. Habían pasado días desde la última vez que pisé este lugar, el lugar de mis sueños y ambiciones, pero parecían meses, incluso años. El viaje hasta aquí había sido tumultuoso, por no decir otra cosa, ya que recientemente había experimentado una serie de acontecimientos que habían alterado mi vida y amenazaban con consumirme por completo.

Un aroma familiar a aceite de linaza y lienzos envejecidos me envolvió al abrir de un empujón las pesadas puertas de madera. Las paredes, adornadas con obras de renombrados maestros, eran el testimonio de mis incansables esfuerzos a lo largo de los años. No pude evitar una sensación de orgullo y triunfo al contemplar la belleza que me rodeaba. Sin embargo, bajo la superficie, una tormenta de emociones se desencadenaba en mi interior. Perdido en mis pensamientos, me sobresaltó un golpe familiar en la puerta. Al girarme, vi a Sophia de pie, con la preocupación grabada en el rostro. Había estado a mi lado durante todo el caos, ofreciéndome consuelo y apoyo cuando más lo necesitaba.

Sophia entró en la galería y su presencia trajo un rayo de luz a mi sombrío estado de ánimo. "Hola", me dijo en voz baja, con ojos llenos de empatía. "Quería ver cómo estabas. ¿Cómo lo llevas?"

Dudé antes de esbozar una sonrisa, intentando disimular la pesadez que me embargaba. "Intento seguir adelante, Sophia", admití, con una voz débil. "Pero el peso del pasado sigue asfixiándome".

Ella asintió, su comprensión era evidente. "Sé que no es fácil, pero has llegado muy lejos. ¿Recuerdas lo duro que has trabajado para construir esta galería? Tu dedicación es un testimonio de tu fortaleza".

Mi mirada se posó en las obras de arte meticulosamente seleccionadas que cubrían las paredes, cuya belleza ahora me resultaba agri dulce. "Tienes razón", reconocí, con la voz teñida de un leve atisbo de esperanza. "Quizá sea hora de canalizar mi energía hacia algo positivo". Con determinación en el corazón, compartí mi visión con Sofía. "Quiero organizar una gran gira por mis otras galerías de arte de todo el país. Será una celebración del arte y una oportunidad para que la gente experimente la misma alegría que yo encuentro en estas piezas."

Los ojos de Sophia brillaban de entusiasmo. "¡Es una idea increíble! Cuenta conmigo. Hagámoslo realidad".

Y así, con renovado propósito, me lancé a los preparativos de la gira.

Aunque estaba entusiasmado con el nuevo proyecto, no podía escapar a la sombra de los acontecimientos que se habían desarrollado en los últimos días. El peso de la culpa y el arrepentimiento pesaba sobre mis hombros y me costaba encontrar fuerzas para acercarme a Laura. Sabía que la había herido profundamente al marcharme de repente aquel día, y el hecho de no haberme puesto en contacto con ella para preguntarle por nuestro bebé no nacido no hizo sino aumentar el dolor y la confusión. ¿Seguía en Nueva York?

Perdido en mi mar de diálogos internos, un suave toque en el brazo me devolvió a la realidad. Era Sophia de nuevo. Sus ojos irradiaban preocupación y me preguntó: "Richard, ¿estás bien?". Levanté la vista hacia ella, con una expresión que mezclaba cansancio y confusión emocional. "No... no lo sé, Sophia", respondí, con la voz ligeramente temblorosa. "Me siento dividido entre mi pasión por el arte y la culpa que me consume. No puedo evitar preguntarme si he cometido el mayor error de mi vida".

Siempre empática, Sophia acercó una silla a mi lado y puso compasivamente una mano sobre la mía. "Richard, todo el mundo comete errores", me dijo suavemente. "Lo que importa es cómo aprendemos de ellos y los enmendamos. ¿Has pensado contactar con Laura? Podría ser el primer paso para sanar y encontrar algo de paz en ti mismo".

Sus palabras calaron hondo en mí y me di cuenta de que Sophia tenía razón. Había estado evitando la conversación, escudándome en mi deseo de centrarme en la gira y escapar de mi sentimiento de culpa. Pero ahora, en ese momento, comprendí que tenía que afrontar las consecuencias de mis actos.

Haciendo acopio de todo mi valor, cogí el teléfono y marqué el número de Laura. Con cada llamada, oleadas de expectación y miedo corrían por mis venas. ¿Contestaría? ¿Estaría dispuesta a escuchar?

Me quedé mirando el teléfono con frustración, con los dedos golpeando ansiosamente la pantalla. Intenté llamar a Laura, pero parecía que no contestaba. Mi mente bullía con un millón de pensamientos, preguntándome por qué no contestaba. ¿Estaría bien? ¿Habría pasado algo?

A mi lado, Sophia me observaba con preocupación. Al principio, permaneció a mi lado, ofreciéndome apoyo con su presencia tranquilizadora. Pero a medida que pasaba el tiempo y aumentaba mi ansiedad, comprendió que necesitaba espacio. Con una sonrisa comprensiva, me apretó suavemente el hombro antes de darse la vuelta y desaparecer por uno de los múltiples pasillos de la galería de arte.

La galería en sí era un intrincado laberinto, cuya disposición recordaba a la de un rompecabezas por resolver. Las paredes, adornadas con cuadros de distintos tamaños y estilos, parecían cobrar vida mientras recorría el espacio. Los colores vibrantes y los trazos audaces captaron mi atención, distrayéndome momentáneamente de mis preocupaciones. Empecé a caminar como pollo sin cabeza, teléfono en mano.

Pero mientras seguía buscando la voz de Laura, la grandeza de la obra de arte se desvanecía en el fondo. Los pasillos se extendían sin fin, ramificándose en diferentes direcciones, cada una de las cuales conducía a un destino desconocido. Era fácil sentirse abrumado, perdido en un laberinto de obras maestras del arte.

No pude evitar que la frustración se apoderara de mis pensamientos. ¿Por qué Laura no había contestado todavía? ¿Me estaba evitando a propósito? Las dudas me corroían y me hacían un nudo en el estómago. Necesitaba desesperadamente respuestas y la seguridad de que todo iba bien.

Al doblar una esquina, mis ojos se posaron en una escultura impresionante. Parecía representar a una mujer tendiendo la mano, anhelando algo que estaba fuera de su alcance. Empaticé con la simbología de la estatua, anhelando una conexión que parecía lejana. Perdido en mis pensamientos, contemplé la escultura y reflexioné sobre mis sentimientos. Me di cuenta de que mis preocupaciones no se referían únicamente a Laura, sino también a mis propias inseguridades. Temía quedarme solo, abandonado y olvidado. Y en ese momento, la galería de arte se convirtió en una metáfora de mis propias emociones enredadas.

Me quedé allí de pie, con el teléfono en la mano, más inquieto cada segundo que pasaba. Como Laura no contestaba, se me encogió el corazón. Parecía una eternidad desde la última vez que hablamos, desde que las risas y los sueños compartidos llenaban el aire entre nosotros. Pero ahora, el silencio entre nosotras resonaba más fuerte que cualquier palabra que hubiéramos intercambiado.

Respiré hondo, tratando de tragarme el nudo que tenía en la garganta, dándome cuenta de que había llegado a una encrucijada. ¿Debía seguir llamando, desesperada por su respuesta, o debía respetar su decisión y seguir adelante con mi vida? Era una decisión difícil de tomar, una batalla entre mi corazón y mi mente.

No hubo respuesta. Los recuerdos de nuestro tiempo juntos se repetían en mi mente, y la nostalgia en mi corazón no hacía más que crecer. Sin embargo, en medio del dolor, un atisbo de comprensión comenzó a surgir. Si Laura no quería estar en contacto, tal vez era hora de aceptar que nuestros caminos se estaban separando. Era una verdad ardua de afrontar, pero no podía seguir aferrándome a alguien que había decidido dejarme ir porque yo la había dejado ir en primer lugar. Tenía que encontrar la fuerza dentro de mí para dejarla ir también.

"Ya llegará el momento", me repetía como un mantra. Tenía que creer que llegaría un momento en que el dolor remitiría, en que los recuerdos no me atravesarían el corazón como un cuchillo. No sería fácil, pero tenía que confiar en que el tiempo curaría las heridas y, finalmente, me conduciría a un nuevo capítulo de mi vida.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

La puerta se abrió lentamente, revelando la figura envejecida de mi madre. El tiempo había marcado su rostro con arrugas profundas y numerosas. Sin embargo, a pesar de los signos de la edad, aún podía reconocer sus rasgos familiares. "Madre", susurré, con voz apenas audible.

Una ráfaga de reconocimiento iluminó sus ojos cuando se percató de mi presencia. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me estrechaba en su frágil abrazo. Fue un momento tierno, que había estado ausente durante demasiado tiempo. "Hija mía, has vuelto", me dijo con una voz llena de alegría y tristeza.

Su pelo, antes lleno de vitalidad, era ahora gris y ralo, pegado al cuero cabelludo. Me hizo pasar al interior, donde el pesado aroma de los muebles viejos llenaba el aire. La casa parecía gemir a cada paso, como si susurrara sus propios lamentos. Aquí era donde había crecido, una morada que guardaba muchos recuerdos, algunos entrañables y otros envueltos en la oscuridad.

Mientras estábamos sentados en el salón en penumbra, luché por encontrar las palabras adecuadas. No le había contado la terrible noticia que me había obligado a dejarlo todo en Nueva York, la traición que destrozó mi mundo y me dejó hecha pedazos. Pero el peso de mis secretos parecía presionarme, suplicando que me liberara. "Madre,... Tengo algo que decirte", por fin me armé de valor, con la voz temblorosa.

Me miró con preocupación, sus ojos me instaron a compartir mi carga. "¿Qué pasa, querida?", me preguntó, con una voz llena de expectación.

Respiré hondo, el peso de mis palabras amenazaba con asfixiarme. "Mamá ,... Lo he perdido todo", confesé, con lágrimas cayendo por mi cara. "Mi trabajo, mis amigos, mi amor... todo ha desaparecido".

Empecé a relatar los acontecimientos que se desarrollaron en las bulliciosas calles de la ciudad que nunca duerme. El amor que creía verdadero, el embarazo que me cogió por sorpresa y, sobre

todo, la repentina marcha y abandono de Richards. Las lágrimas corrían silenciosas por mi rostro mientras hablaba, cada palabra desvelaba una capa de dolor y vulnerabilidad en mi interior.

La habitación se quedó en silencio cuando terminé mi relato. Me preparé para su reacción, esperando consuelo y comprensión. Pero la mujer que estaba sentada ante mí cambió a un estado irreconocible. Sus ojos se volvieron fríos y su comportamiento, antes amable, se transformó en amargura y rabia.

"¡Lo has echado todo a perder!", me espetó, con la voz cargada de veneno. "Había puesto todas mis esperanzas en tu relación con Richard, y tú las has destrozado. No eres nadie. Sólo eres un fracaso".

Me senté atónita, el peso de sus palabras aplastaba mi espíritu. ¿Cómo podía culparme de todo? Me había esforzado tanto por hacer que las cosas funcionaran, por convertirme en la hija que ella deseaba. Sin embargo, a sus ojos, me había quedado corta.

"Mamá, nunca quise que pasara nada de esto", le supliqué, con la voz quebrada. "Le quería y creía que él también me quería. Pero se fue, y ahora estoy sola, con un hijo que criar sola".

Se burló, con la cara contorsionada por el desdén. "¿Crees que me importan tus problemas? Todo lo que deseaba era una oportunidad para escapar de esta vida de mierda, y tú me la has arrebatado".

Sus palabras me atravesaron el corazón como puñales. Sentí que una oleada de desesperación me consumía, que mi fuerza se derrumbaba bajo el peso de su rechazo. No podía soportar permanecer más tiempo en aquella casa, asfixiada por su amargura y sus expectativas equivocadas.

En un último acto de desesperación, me levanté del sofá y caminé a trompicones hacia la puerta, con las lágrimas nublándome la vista. "No puedo seguir así", logré pronunciar, ahogada por el dolor. "No puedo quedarme aquí y que me recuerdes todas las formas en que te he fallado".

Cuando salí al aire fresco de la noche, pude sentir cómo había tomado la decisión correcta. Cada paso que daba lejos de aquella casa era un paso hacia un nuevo comienzo, una oportunidad para redefinirme y encontrar la fuerza dentro de mi propia resistencia.

El corazón me pesaba con una mezcla de confusión, dolor y rabia. Sentí un tirón en mi interior, una fuerza inexplicable que me atraía hacia un lugar que había visitado hacía muchos años: el hotel "Mont Royal". Con un fuerte suspiro, me dirigí hacia el viejo y abandonado edificio que ahora se alzaba ante mí.

El hotel Mont Royal, reliquia de una época olvidada, ha vivido tiempos mejores. Antaño había sido muy popular, pero ahora se erigía como un testamento erosionado del paso del tiempo. La

pintura de las paredes exteriores se había descolorido, dejando ver los ladrillos que había debajo, desmoronados y agrietados. Las ventanas rotas miraban como ojos vacíos, reflejando la pálida luz de la luna que adornaba sus cristales rotos. Era un lugar olvidado por la mayoría, pero tenía un encanto peculiar para mí.

Al entrar, el crujido del suelo de madera me saludaba a cada paso. El aire estaba cargado de polvo y olores de años pasados. Los recuerdos inundaron mi mente, cada habitación susurraba historias del pasado. Este era el mismo lugar en el que me refugié cuando huí de casa hace tanto tiempo, buscando consuelo y escapar de un mundo turbulento.

En el pasillo poco iluminado, casi podía oír el eco de mi yo más joven, lleno de miedo e incertidumbre. Las luces parpadeantes del techo proyectaban sombras danzantes, amplificando la inquietante atmósfera. No podía evitar preguntarme si este hotel desgastado contenía respuestas o simplemente servía como recordatorio del camino que había tomado.

"¿Esto es el destino o una mera coincidencia?". reflexioné en voz alta, apenas audible en el pasillo vacío. Los recuerdos del pasado se entremezclaban con el presente, difuminando la línea que separa la realidad de la imaginación.

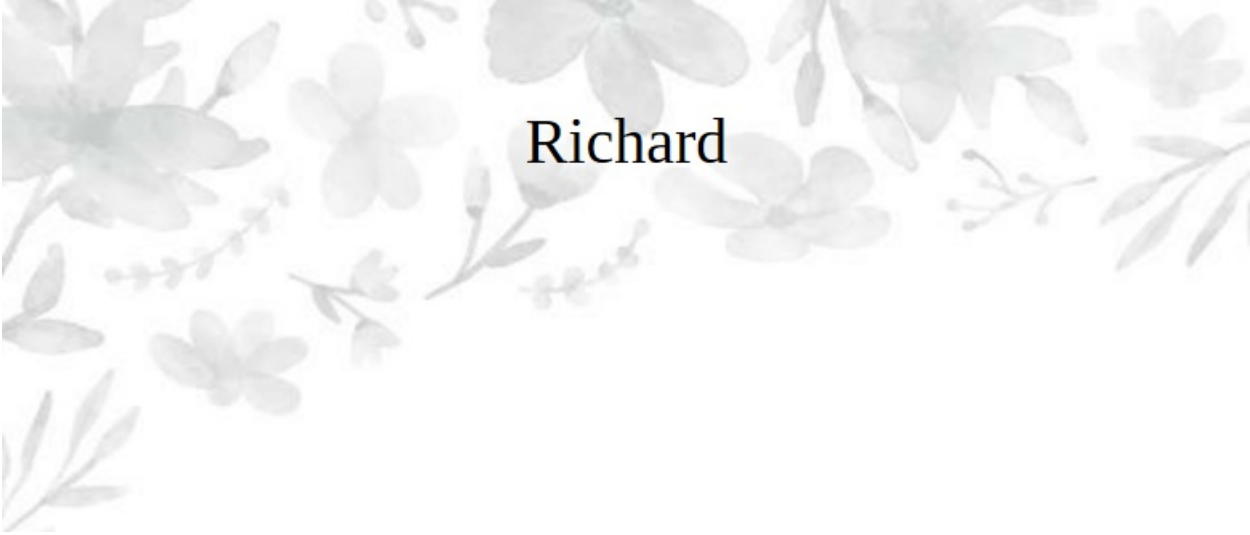
Subí la escalera, los peldaños gimiendo bajo el peso de mi viaje. Cada rellano que alcanzaba parecía un hito, que marcaba las etapas de mi vida. El segundo piso, donde había pasado incontables noches soñando con un futuro mejor. El tercer piso, donde la soledad y la introspección habían consumido mis días. Y, por último, el último piso, donde mi historia culminó en un crescendo de emociones.

Al acercarme a la habitación 212, el escondite de mi infancia, me invadió una mezcla de aprensión y emoción. Al abrir la puerta se desató un torrente de emociones olvidadas que habían permanecido encerradas durante mucho tiempo. La habitación parecía congelada en el tiempo, como si esperara mi regreso. La cama desgastada, el papel pintado descolorido y la pintura desconchada permanecían intactos, como si preservaran los recuerdos que había dejado atrás.

En el silencio de aquella habitación, mi diálogo interior se convirtió en un crescendo de emociones crudas. Las paredes actuaron como confidentes, absorbiendo mi dolor y guardando los secretos de mi pasado. Las lágrimas caían libremente mientras me enfrentaba a las heridas que me habían traído hasta aquí. Fue una liberación catártica, una liberación del peso de la reacción de mi madre y del peso de mis propias decisiones.

Los rayos del sol se asomaron a través de las raídas cortinas cuando la noche se convertía en amanecer, arrojando un suave resplandor sobre la habitación. En ese momento de claridad, me di

cuenta de que el Hotel Mont Royal era algo más que un edificio en ruinas. Era un santuario donde podía enfrentarme a mis demonios y encontrar fuerzas para seguir adelante.

A decorative header featuring a light gray floral pattern with various leaves and flowers scattered across the top of the page.

Richard

Había pasado una semana desde que ocurrió toda la reacción de Laura, el bebé y la familia, y yo había empezado a intentar seguir adelante con mi vida y no pensar demasiado en ello. Me concentré en mi trabajo mientras recorría todas las galerías de arte que tenía en el país.

Mientras recorría los pasillos adornados con exquisitas obras de arte, mi mente se agitaba con emociones encontradas. La reciente revelación sobre Laura y el bebé me había golpeado como un tren de mercancías, dejándome luchando por equilibrar mi vida personal con las exigencias de mi próspero imperio artístico. La vida había dado un giro inesperado y estaba decidida a encontrar consuelo en el reino de la creatividad que me rodeaba.

Cada galería de mi recorrido albergaba una colección única: una mezcla ecléctica de pinturas, esculturas e instalaciones creadas por artistas de talento de todo el mundo. Mientras caminaba entre las obras maestras, sus mensajes me susurraban como un lenguaje secreto que sólo entienden quienes están dispuestos a escuchar. Las vibrantes pinceladas de un cuadro que representaba un océano tumultuoso parecían reflejar las olas de emociones que se agitaban en mi interior. Al mismo tiempo, una delicada escultura de una madre abrazando a su hijo me recordaba el vínculo que había perdido.

Perdida en mis pensamientos, llegué a la galería contemporánea, repleta de instalaciones que invitaban a la reflexión y desafiaban las normas convencionales. Aquí descubrí a un artista llamado John Wellington, un personaje prácticamente desconocido de Brooklyn cuya obra resonaba con mi agitación interior. Sus obras eran una fusión de realismo y surrealismo que captaban la esencia de la existencia humana.

Una obra en particular destacaba entre las demás, una estructura de acero suspendida que parecía desafiar la gravedad, titulada "El peso del renacimiento". La escultura parecía frágil pero resistente, simbolizando la resistencia que buscaba en mí misma. Mientras observaba el acero

retorcido, no pude evitar establecer comparaciones con la maraña de emociones que habían consumido mi vida. Me encontré perdido en un diálogo interior, contemplando la confusión que había causado la revelación de Laura y cómo había afectado a mi percepción del amor y la familia. Los límites de mi zona de confort se habían hecho añicos, dejándome ante una disyuntiva: aceptar el dolor y crecer a partir de él o refugiarme en un capullo de amargura y arrepentimiento.

Las galerías de arte se convirtieron en mi santuario, donde podía enfrentarme a mis demonios interiores y encontrar la curación a través de la creatividad que me rodeaba. Cada pincelada, cada detalle cincelado, tenía el poder de capturar un momento, una emoción o una verdad que parecía esquivar en el caos de mi vida personal.

Mientras preparaba meticulosamente los últimos detalles para la gran inauguración de mi galería de arte en el corazón de Los Ángeles, un visitante inesperado apareció de la nada en mi oficina de Los Ángeles. Era mi madre, cuya presencia emanó amargura de inmediato. Al entrar, su mirada de desaprobación se posó en mí, y pude ver la decepción grabada en su rostro.

No tardó en lanzar la primera puñalada, culpándome de nuevo de avergonzar a nuestra familia. Sus palabras acusadoras cortaron el aire como una cuchilla afilada, dejándome indefenso y atrapado. "¿Cómo has podido dejar embarazada a Laura?", exclamó, con un tono mezcla de rabia y dolor. "¡Y para colmo, la anunciaste oficialmente como tu prometida! ¿No tienes sentido de la responsabilidad?".

Sus palabras me picaron como mil abejas y sentí el peso de la culpa presionándome. Sabía que mi familia no aprobaría a Laura ni nuestra situación, pero esperaba una pizca de comprensión. Sin embargo, parecía que cualquier atisbo de esperanza de compasión se perdía en las profundidades de la amarga mirada de mi madre. Era el segundo strike. Era como si mi mundo no me permitiera seguir adelante.

Sus amenazas siguieron poco después, como el trueno tras el relámpago. Me advirtió de que si no rectificaba mis errores inmediatamente, utilizaría todo su poder para despojarme de toda participación en el negocio familiar. Sus palabras me sacudieron hasta la médula, ya que la empresa había sido una piedra angular del legado de nuestra familia.

La ira se apoderó de mí y no pude contener mis emociones. Levanté la voz y me enfrenté a ella, con una determinación ardiente en cada palabra. "¡Esta es mi vida, madre!" exclamé. "Merezco la libertad de tomar mis propias decisiones, aunque no coincidan con las expectativas de nuestra familia. No viviré más a la sombra de tu desaprobación".

Retrocedió, claramente sorprendida por mi arrebato. Nuestros ojos se cruzaron durante un breve instante y, en ese instante, vi un destello de arrepentimiento atravesar su mirada. Pero antes de que pudiera procesar completamente esta revelación, giró sobre sus talones, con su amargura intacta, y se marchó, dejándome solo con mis pensamientos.

Durante el silencio que siguió me permití reflexionar sobre la situación en la que me encontraba. Sabía que seguir adelante personal y profesionalmente no sería fácil. Tenía que encontrar la manera de hacer las paces con las decisiones que había tomado y las consecuencias que acarreaban. El camino que tenía por delante parecía incierto, pero en mi interior empezó a arraigar un rayo de esperanza.

Juré construir una vida de la que pudiera sentirme orgulloso, sin importar los obstáculos. La galería de arte, mi pasión, se convertiría en el canal a través del cual expresaría mi verdadero yo. Empezaría un nuevo modelo de negocio para separar mi trabajo del de mi familia. Sin duda necesitaría a Sophia a mi lado para conseguirlo, pero estaba convencido de que no me defraudaría. Mi galería, "La Mona Lisa", y no las de mi familia, serviría como testimonio de la fuerza de mis convicciones y de mi capacidad para labrarme mi propio camino. En cuanto a mi vida personal, quizá también había llegado el momento de romper con las convicciones de mi familia; sin embargo, eran mis comienzos, y el trauma de los últimos acontecimientos aún permanecía conmigo.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Con el paso de los días en Tacoma, conseguí recuperar algo de fuerzas y fui a ver si podía recuperar mi antiguo empleo en la tienda de antigüedades en la que había trabajado antes de mudarme a Nueva York en busca de un nuevo comienzo. "Maravillas olvidadas" era una pequeña y acogedora tienda enclavada en el corazón de la ciudad, llena de tesoros de épocas pasadas. El aroma de la caoba y los libros antiguos me envolvió al cruzar la puerta.

Cuando abrí la puerta, Helen, la dueña de la tienda, se sorprendió al verme después de tantos meses; su cabello gris enmarcaba su rostro y sus ojos brillaban de curiosidad y preocupación. Me acerqué a ella vacilante, insegura de cómo reaccionaría ante la noticia de mi regreso.

"Helen, soy yo", dije, mi voz temblando ligeramente. "Estoy de vuelta."

Una sonrisa se dibujó en su rostro curtido al reconocermelo. "¡Oh, querida! Bienvenida a casa", exclamó con voz cálida. "Cuéntame todo. ¿Qué te hizo volver a Tacoma?"

Respiré hondo, sabiendo que Helen era la persona adecuada en quien confiar. Después de todo, siempre había sido mi mentora y confidente durante mi estancia en la tienda. "Volví porque..."

Hice una pausa mientras recuperaba el aliento. "Porque todo salió mal en Nueva York", confesé. "Pensé que allí encontraría un nuevo comienzo, pero en lugar de eso, me encontré ahogándome en un mar de expectativas y decepciones".

Helen asintió con simpatía, sus ojos reflejaban años de comprensión. "A veces, necesitamos dar un paso atrás para poder avanzar", dijo suavemente. "Siempre serás bienvenida aquí, querida. Y estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo".

"Helen", empecé, con la voz temblorosa de nuevo. "Me has preguntado por mi estancia en Nueva York y por qué acabó tan mal. No te lo he contado todo; hay algo que necesito compartir contigo".

Extendió la mano y la puso suavemente sobre la mía, dándome la seguridad que necesitaba para continuar. Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar los dolorosos recuerdos que me perseguían cada día.

"Había un hombre, Richard", dije, con la voz entrecortada por la emoción. "Éramos felices juntos, planeando un futuro lleno de sueños y posibilidades. Helen asintió con los ojos llenos de compasión. Sabía lo profundo que podía llegar a sentir y lo devastadora que podía haber sido nuestra separación.

"Descubrí que estaba embarazada", dije, con la voz apenas por encima de un susurro. "Richard y yo estábamos encantados. Él no estaba seguro de tener hijos ni de formar una familia, pero cuando se lo dije, aceptó la situación. Más tarde, descubrí que cuando compartió la noticia con su familia, me rechazaron a mí y a nuestro futuro hijo. Me consideraban indigna, una intrusa que no era lo bastante buena para su familia".

Las lágrimas corrían ahora libremente por mi cara y Helen me tendió un pañuelo. Permaneció en silencio, con una mirada llena de comprensión y compasión.

"No podía soportar el dolor", continué, con la voz temblorosa por la angustia. "La idea de criar a nuestro hijo sin Richard, sin su amor y su apoyo, era demasiado para soportarlo. Y así, tomé la desgarradora decisión de dejar Nueva York y volver a casa".

La voz de Helen era suave y dulce. "No puedo comenzar imaginar lo difícil que debe haber sido para ti, querida. Que te destrozaran los sueños y te rompieran el corazón tan profundamente. Pero eres fuerte, más fuerte de lo que crees. Y no estás sola".

Me estrechó en un cálido abrazo, ofreciéndome el consuelo y el alivio que sólo una verdadera amiga puede proporcionar. En ese momento supe que, por muy doloroso que hubiera sido mi pasado, tenía a mi lado a alguien que estaría a mi lado a pesar de todo.

Mientras las lágrimas se calmaban lentamente, miré a Helen y le susurré: "Gracias por estar aquí y escuchar mi historia. Significa para mí más de lo que las palabras pueden expresar".

Sonrió y me apretó la mano. "No tienes que darme las gracias, cariño. Los amigos se apoyan, pase lo que pase. Y yo siempre estaré aquí para ti".

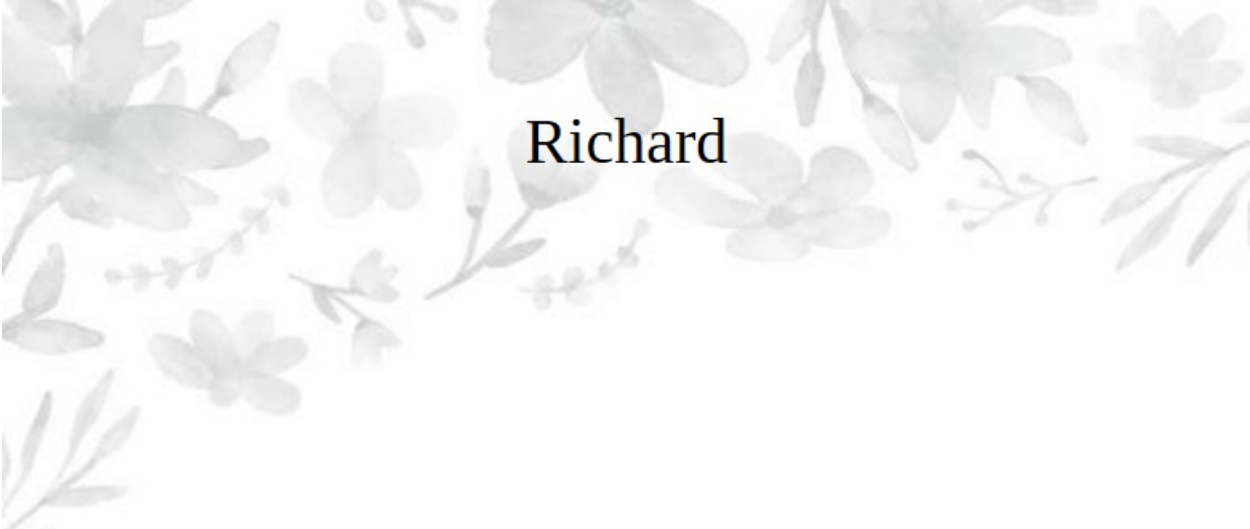
En aquella humilde tienda, entre conversaciones tranquilas y el aroma del café recién hecho, encontré consuelo en la amistad de Helen. Fue un punto de inflexión en mi proceso de curación, pero también un recordatorio de lo que parecía ser la hora más oscura de mi vida. Necesitaba desesperadamente amor y compasión. Tal vez, sólo tal vez, pudiera devolver la luz a mi vida y cambiar las cosas en aquella ciudad prohibida. Al menos no estaba solo; tenía a Helen. Sin embargo, no tenía a Richard, la única persona que quería en mi vida.

Después de hablar con Helen me di cuenta de que necesitaba a alguien que me proporcionara el consuelo y la paz que tanto ansiaba. Sólo había una persona que podía desempeñar ese papel: mi hermana Tiffany. Cogí el teléfono y marqué su número. Sin embargo, la respuesta que recibí no fue el cálido saludo que esperaba, sino que estaba cargada de hostilidad.

Cuando la voz de Tiffany sonó por el altavoz, pude detectar un atisbo de resentimiento en sus palabras. Me acusó de ser una cobarde por volver a Tacoma sin hablar con ella, alegando que no confiaba en ella lo suficiente como para contárselo. Me sorprendió y mi corazón se hundió aún más en la desesperación. La única persona en la que creía que podía confiar, mi propia sangre, ahora me rechazaba.

La confusión y el dolor inundaban mi mente, el peso del rechazo amplificaba mi ya frágil estado. El dolor de sentirme no deseada por mis seres más cercanos era insoportable. Richard me había destrozado el corazón cuando se marchó sin dar explicaciones. Mi madre, perdida en su ira, había dejado de ofrecerme cualquier tipo de apoyo emocional y se había revelado como el monstruo que siempre había sido. Y ahora, Tiffany, que había creído que sería el ancla en mi tormenta, me estaba alejando. El peso de sus despidos colectivos me dejó sintiéndome totalmente desesperanzada. Cuestioné mi valía y mi capacidad para establecer vínculos afectivos. ¿Estaba destinada a ser abandonada y rechazada para siempre? Cada rechazo resonaba en mi mente y me atormentaba al darme cuenta de que estaba realmente sola, abandonada a mi suerte sin el apoyo de mis seres queridos.

Todo estaba perdido en el peor lugar que podía imaginar: Mi ciudad natal. No tenía nada ni a nadie. Helen no era suficiente para curar mi alma dañada. Esto era mucho peor de lo que jamás podría haber imaginado. "Volver a empezar" ya no era una opción. No había literalmente "ninguna opción": "Todo estaba perdido.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

Estaba de vuelta en el "Mona Lisa", decidido a encauzar mi vida personal y profesional en una nueva dirección. Mientras el ajetreo y el bullicio de la ciudad me rodeaban, concentré mis energías en crear un nuevo modelo de negocio que me diferenciara del legado de mi familia. Sophia entró en mi despacho con una presencia que inspiraba respeto y confianza. Necesitaba su agudo ojo para el detalle y su pensamiento estratégico para ayudarme a ultimar algunos aspectos cruciales de mi plan. Le expuse con entusiasmo mis planes meticulosamente elaborados, con la voz desbordante de emoción. Le expliqué cómo pretendía revolucionar el enfoque de nuestra empresa.

Sophia escuchaba atentamente, con expresión pensativa. Tras un momento de silencio, levantó una mano para indicarme que parara.

"Espera", intervino ella, con tono preocupado. "Falta algo importante en este rompecabezas, algo que debería ser prioritario para ti".

Sorprendida, arrugué la frente, confundida. "¿Qué quieres decir, Sophia? He considerado todos los ángulos, he tenido en cuenta todos los escenarios".

Lentamente, Sophia se acercó y se apoyó en mi escritorio. "Tu vida personal, especialmente Laura y tu futuro hijo", dijo suavemente. "No puedes separarte de eso, por mucho que lo intentes. Es una parte intrínseca de lo que eres y merece tu atención".

Sus palabras me golpearon como una repentina ráfaga de viento, dejándome sin aliento. Mis ambiciones profesionales me habían consumido tanto que había olvidado el impacto que podrían tener en mis seres queridos. El peso de la observación de Sophia se posó en mi corazón.

"No... no pretendía pasarlos por alto", tartamudeé débilmente. "... He estado tan concentrado en construir algo para el futuro, para nosotros que creo no haber podido abarcarlo todo".

La mirada de Sophia se suavizó, su empatía palpable. "Lo sé, y entiendo tu motivación. Pero recuerda, no se trata sólo de construir un negocio de éxito; se trata también de construir una vida con sentido."

Sus palabras resonaron profundamente en mí, despertando emociones que había mantenido enterradas bajo mis ambiciones. Me di cuenta de que no podía perseguir el éxito a costa de descuidar a mi pareja y al hijo que íbamos a traer al mundo. Me senté pesadamente en la silla y me pasé una mano por el pelo, sintiendo un profundo remordimiento. "Sophia, ahora no puedo atender a esos problemas", fue mi respuesta final.

Sophia se irritó ante mi reacción, su determinación irradiaba por cada uno de sus poros. Sus ojos se clavaron en los míos cuando pronunció unas palabras que me provocaron un escalofrío.

"Si tú no vas a hacer nada por Laura y vuestro hijo, lo haré yo", declaró con resolución inquebrantable.

Me quedé sentado, sorprendido por su repentino arrebato.

"Creo que sé dónde está Laura", continuó, con la voz entrecortada por la preocupación y la urgencia. "Tengo la intención de viajar a Tacoma y traerla de vuelta".

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo había conseguido Sophia localizar a Laura cuando yo la había buscado infructuosamente durante todos estos meses? Sacudí la cabeza, esperando que sólo fuera un sueño retorcido, pero la determinación en los ojos de Sophia me dijo lo contrario.

Protestando, encontré mi voz y balbuceé: "Sophia, no puedes hacer esto. No es tu responsabilidad".

Ella se burló, su expresión se endureció. "Después de lo que pasamos en el pasado, no puedo dejar que vuelvas a cometer los mismos errores", replicó.

Sus palabras tocaron un nervio. Sophia tenía razón. El pasado nos perseguía a los dos, y las cicatrices que llevábamos eran profundas. Pensaba que lo había superado, pero en realidad sólo había reprimido mi dolor. Ahora, enfrentada a las consecuencias de mis actos, me veía obligada a afrontar la verdad.

Todavía aturdido por la revelación de Sophia, tartamudeé: "No... no te creo. ¿Cómo sé que no estás intentando sustituirla?".

Un destello de dolor apareció en el rostro de Sophia, pero se mantuvo firme. "Puedes elegir no creerme, pero eso no cambiará la realidad de la situación. Laura necesita ayuda, y si tú no lo haces, lo haré yo".

Cuando se dio la vuelta para salir de mi despacho, el peso del remordimiento se apoderó de mí. Vi a Sophia desaparecer por el pasillo, su determinación contrastaba con mi indecisión.

¿En qué me había convertido? ¿Cómo había dejado que las circunstancias hicieran estragos en mi vida? Me miré en el espejo... Era como si mirara a un sacerdote y le confesara mis pecados más profundos. Necesitaba la absolución, necesitaba la redención y, una vez más, me sentía incapaz de avanzar en ninguna dirección.

Tras la revelación de Sophia, me invadió un torbellino de emociones. Llamé a Troy, mi ayudante de confianza, para preparar mi avión privado.

"Hola, Troy", dije, mi voz llena de urgencia. "Necesito que prepares el avión. Tengo que ir a Seattle inmediatamente y luego desde allí a Tacoma".

Troy comprendió la gravedad de la situación. "Entendido, señor", respondió con calma. "Me ocuparé de inmediato".

Suspiré aliviado, agradecido por la eficiencia de Troy. Cuando terminamos la llamada, no pude evitar preguntarme si Sophia había sido completamente sincera conmigo. Insistió en que Laura estaba en Tacoma. El escepticismo persistía en mi mente, pero no podía descartar la remota posibilidad de que Sophia estuviera diciendo la verdad.

Me apresuré a preparar el viaje. Recogí lo esencial y cerré mi maleta con la mente centrada únicamente en llegar a Laura antes que Sophia, si es que realmente planeaba viajar. La idea de que Sophia la encontrara antes que yo era insoportable.

La había cagado, la había perdido una vez, y no podía soportar la idea de volver a perderla.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

La puerta de la tiendecita se abrió y Sophia apareció de pie, con una presencia sorprendente y desconcertante a la vez. No podía creer lo que veía. Al parecer había viajado desde Nueva York en uno de los helicópteros de Richard. "Laura, recoge tus cosas, tenemos que irnos; te lo explicaré todo". El viento le alborotó el pelo mientras sonreía, sus ojos brillaban con determinación.

"No... no lo entiendo", balbuceé, con la voz apenas audible entre las emociones que se arremolinaban en mi interior. "¿Por qué estás aquí en Tacoma? ¿Y por qué has venido a buscarme?".

Sophia respiró hondo, sin apartar su mirada de la mía. "Lo sé todo, Laura. Sé lo de tu embarazo, la reacción de Richard y el rechazo de su familia", dijo en voz baja, sus palabras suspendidas en el aire con un gran peso.

El shock me consumía mientras intentaba procesar el torbellino de información. Era cierto que la familia de Richard había desaprobado nuestra relación, pero ¿Cómo sabía Sofía lo de nuestro hijo?

"Richard y yo... compartimos una historia compleja", continuó Sophia, con la voz teñida de tristeza. "Una vez estuvimos enamorados, pero acabó en tragedia. Perdí un embarazo y nuestra relación se desmoronó bajo el peso del dolor".

Me faltaron las palabras para asimilar la confesión tan personal que había decidido compartir. Sophia y Richard, una vez unidos por el amor y la pérdida, se encontraban ahora en lados opuestos de la proverbial valla.

"¿Pero por qué has venido aquí a contarme todo esto? ¿Cuál es tu motivo?" pregunté, con una mezcla de curiosidad y escepticismo en la voz.

Los ojos de Sophia parpadearon con una determinación que reflejaba su expresión anterior cuando entró por la puerta. "Tengo un plan, Laura", declaró, con la voz llena de una nueva determinación. "Quiero que recuperes a Richard por el bien y el futuro de tu hijo". Sus palabras flotaban en el aire, y el peso de su significado se sentía en cada latido de mi corazón. El plan de Sophia era audaz, pero no podía negar la esperanza que despertaba en mí.

"¿Has venido hasta aquí para ayudarme?". pregunté susurrante y la incertidumbre aferrándose a cada sílaba.

Sophia asintió, con los ojos llenos de empatía y determinación. "Sí, Laura. Richard me sigue importando a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros. Y creo que juntos podemos encontrar la forma de curar las heridas del pasado y crear un futuro mejor para tu hijo."

Una oleada de emociones me invadió al considerar la propuesta de Sophia. Era una apuesta segura. Sin embargo, la posibilidad de recuperar el amor de Richard y crear una familia para nuestro hijo era innegablemente tentadora.

Sophia esbozó su plan mientras salíamos de la pequeña tienda, tejiendo un tapiz de intrincados detalles y emociones. Reuniríamos a todos y nos enfrentaríamos a la familia de Richard, les ofreceríamos la oportunidad de abrazar a nuestro hijo y salvaríamos el abismo que nos había separado a todos durante demasiado tiempo.

Cuando Sophia desveló su plan de reunir a Tiffany, John, Harry y el resto de personas de mi círculo íntimo, no pude evitar una sensación de inquietud. Habían pasado semanas desde la última vez que los vi, y dudaba de reunirme en las circunstancias actuales.

"¿Estás segura de que es una buena idea?". protesté, con la voz llena de preocupación. "¿Y si aún no están preparados para vernos? ¿Y si están enfadados?"

Sophia hizo una pausa y me miró con una mezcla de comprensión y determinación. "Sé que ha pasado tiempo, pero no podemos seguir evitándolos para siempre", dijo con calma. "Además, ya me he puesto en contacto con todos y están de acuerdo".

Me quedé desconcertado. "¿Has hablado con todo el mundo? ¿Incluida mi hermana?"

Sophia asintió, con una suave sonrisa en los labios. "Sí, me puse en contacto con tu hermana. Le decepcionó que te fueras sin ponerte en contacto con ella, pero entiende que debéis hacer las paces. Estará allí".

Suspiré, aliviada al oír que mi hermana estaba dispuesta a darnos otra oportunidad. "¿Y qué pasa con John?"

La expresión de Sofía se vuelve seria. "John dudó al principio, pero después de explicárselo todo, aceptó unirse a nosotros. Ya ha desempeñado su papel en este pequeño drama. Llamó la atención

de Richard con su trabajo en Los Ángeles; ya lo verás".

Una mezcla de emociones se apoderó de mí: aprehensión, esperanza y una pizca de entusiasmo. Me di cuenta de que esta reunión podría ser un punto de inflexión para todos nosotros, una oportunidad para reconstruir los lazos que se habían roto.

"De acuerdo", concedí finalmente, con una mirada decidida en los ojos. "Hagámoslo. Reunamos a todos y hagamos las cosas bien".

A Sophia se le iluminó la cara y me abrazó con fuerza. "Sabía que entrarías en razón", susurró.

El plan era reunir a todos en el "Mona Lisa" y sorprender a Richard después del trabajo. Sophia ya había empezado a organizarlo todo en el local y había hablado con todos los implicados. Richard no sabía nada y no tendría tiempo de reaccionar. Ese era el objetivo, según Sophia: "Provocar una reacción masiva como consecuencia de la falta de acción". El plan era impecable, pero el destino podía jugarlos una mala pasada.

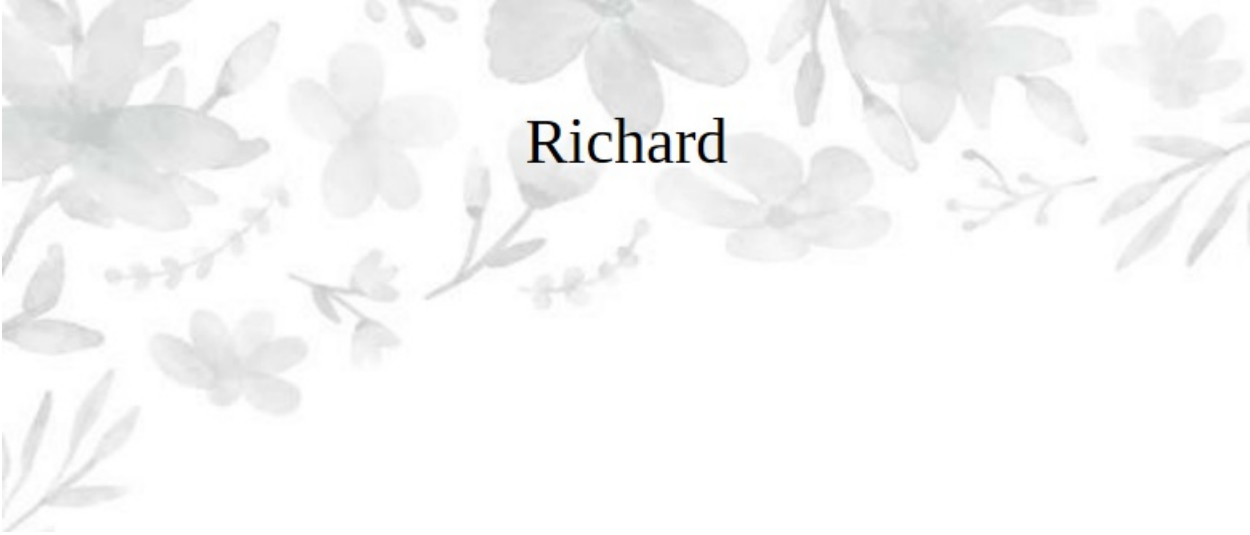
Esperaba que, por una vez, el universo no volviera a reírse de mí. No sabía si podría soportarlo más, ni después de la última cascada de terribles acontecimientos. Necesitaba esto más que nunca.

Partimos en una elegante limusina negra que nos condujo por las calles vacías de la ciudad hacia las afueras. La tarde, convertida ya en noche, se tiñó de un tono plateado mientras la luna se asomaba a través de un cielo salpicado de nubes. El corazón se nos aceleró al embarcarnos en una aventura sin igual.

Al llegar a una calle anodina, la limusina se detuvo y descubrió un pequeño helipuerto situado en una zona apartada. Me invadió una oleada de curiosidad, pues nunca antes había visto este santuario oculto. Parecía casi etéreo, como si sólo existiera para los elegidos que buscan experiencias extraordinarias.

Sophia me repitió el plan una vez más. Debíamos subir a bordo de un lujoso helicóptero que nos esperaba, listo para transportarnos desde los ruinosos rascacielos de Tacoma hasta las resplandecientes luces de Nueva York, donde yo esperaba que la magia hiciera de las suyas. La idea en sí era estimulante, pero la perspectiva me producía escalofríos.

Con una mezcla de emoción y nerviosismo, salimos de la limusina. Nos dirigimos hacia el elegante helicóptero, listas para ser transportados a una ciudad de ensueño. Cuando los rotores del helicóptero cobraron vida, una suave vibración llenó el aire. Contemplamos con asombro cómo el suelo que teníamos debajo empezaba a retroceder, sustituido por un extenso paisaje urbano de luces. La limusina, ahora un pequeño punto en la distancia, marcaba el lugar donde había comenzado nuestro extraordinario viaje.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

El avión surcaba el cielo sin problemas. La maravilla de volar siempre me desconcertó como a un niño que escuchaba la radio por primera vez, intentando averiguar cómo podía llegar una voz de un extremo a otro a través del aire. "Ondas", me decían. Son ondas de radio, eso es todo". Nunca lo entendí de niño, y sigo sin entenderlo, y mucho menos cómo un "pájaro de hierro" de tres toneladas podía flotar en el cielo. Por supuesto, todo se reducía a la física. Había estudiado toda esa mierda en la academia de vuelo cuando decidí hacerme piloto "sólo por diversión". El caso es que nunca entendí cómo podía volar un avión y, sin embargo, sabía pilotar uno como el que más.

La misma teoría se aplicaba al amor. Podía jugar, pero nunca entendí por qué. Bueno, hasta ahora, es decir; ahora, la situación era radicalmente distinta. Perseguía un sueño y luchaba contra cada uno de mis demonios, desafiando a mi familia y deconstruyendo arquetipos.

Laura me había abierto toda una auténtica caja de Pandora, y Sophia me había recordado lo diferente que era hoy en día. Lo había hecho insultándome y señalando lo obvio: "No era más que un mocoso malcriado", otro niño de papá con mucho tiempo y dinero que vivía una vida vacía llena de coches rápidos y mujeres fáciles.

Era hora de parar y enfrentarse a la realidad. Era responsable de una madre y de un hijo. "Vamos, Richard, tú puedes", me repetía a mí mismo como un mantra, mi oración personal.

"Señor. ¿Está bien? ¿Señor?" La voz de Troy llegó a través de los auriculares como un despertador incómodo.

"Nos acercamos a Seattle, señor. Debe comunicarse con la torre de control del aeropuerto y cambiar a manual". Su voz sonaba como un eco inconsciente en mi atribulada mente. Una especie de voz lejana desde un lugar remoto entre el pasado, el presente y el futuro.

"Señor, por favor, respóndame". La voz de Troy sonaba más fuerte y preocupada.

"Estoy aquí, Troy", respondí por fin, volviendo en mí.

Encendí la radio y me puse en contacto con el control aéreo de Seattle:

"Seattle, aquí el vuelo XY773. Solicitud para aterrizar en 15 minutos".

La radio zumbó durante unos segundos y luego llegó una voz por el otro extremo:

"Capitán Garrido. Permiso concedido. Hay poco tráfico a esta hora. Cambio" El milagro se había manifestado de nuevo. Voces flotando en el aire. Un colosal pájaro de hierro surcando los cielos. Me sentí como un niño otra vez desde hacía mucho tiempo.

"Gracias, Seattle. Voy a iniciar el descenso. Un par de minutos; todo parece estar bien desde aquí y el viento parece estar en calma del oeste, nada de qué preocuparse. Cambio" Aunque estaba volando manualmente, mi mente estaba en "piloto automático". Tenía un sólo un objetivo: Encontrar a Laura, la madre de mi hijo, la mujer a la que había llegado a amar.

Podía imaginármela en alguna humilde habitación. Sólo tenía una dirección, la casa de su madre, e imaginaba que se habría mudado allí después de dejar Nueva York, no sin motivo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había reaccionado como un niño asustado que corre a refugiarse en mamá buscando aprobación y validación. Había sido una mala jugada, la peor mano de póquer jamás exhibida, y todo el salón se había incendiado en mi propio Salvaje Oeste.

Cuando iniciamos el descenso, vislumbré a Troy. Siempre hierático, su rostro mostraba ahora preocupación. "Señor. Puedo hacerme cargo si lo desea."

"Está bien, Troy. Lo tengo todo bajo control". No estaba acostumbrada a mostrarme vulnerable delante de nadie, y mucho menos ante mi guardaespaldas, pero, una vez más, me había enfrentado a este tipo de circunstancias quizá una vez antes en mi vida.

El avión tocó tierra. El movimiento brusco, antes familiar, me sacudió. Estaba nervioso. Sin embargo, había sido un aterrizaje impecable y me estaba torturando sin motivo. En realidad, había una razón: intentaba desesperadamente arreglar las cosas.

Al aterrizar el avión en el aeropuerto privado de Seattle, pude ver un elegante coche negro que esperaba mi llegada. La luna brillaba en su pulido exterior, dándole un aire de sofisticación y lujo. Descendí del avión, acompañado por Troy, y fuimos recibidos rápidamente por el amable personal.

"Bienvenido a Seattle, señor Garrido", me dijo uno de los empleados con una cálida sonrisa. "Le hemos preparado un coche para llevarle a Tacoma. Esperamos que haya tenido un buen vuelo".

"Gracias", respondí, devolviéndole la sonrisa. "Aprecio la hospitalidad". Estaba mintiendo descaradamente. No estaba disponible emocionalmente, y mi mente reptiliana sólo podía pensar en Laura y en dónde podía encontrarla.

Troy y yo nos dirigimos hacia el coche, cuyo motor zumbaba suavemente, esperando para llevarnos a nuestro próximo destino. Cuando nos acercamos, la puerta se abrió, revelando un interior de cuero afelpado y un tenue olor a coche nuevo. Troy se dirigió al asiento del conductor, pero yo le levanté la mano cortésmente antes de que pudiera acomodarse.

"Troy, me gustaría darte las gracias", dije sinceramente. "No podría haber llegado tan lejos sin tu ayuda".

Troy pareció sorprendido, pero accedió a aquella repentina muestra de honestidad estrechándome la mano con firmeza. Cuando el motor empezó a ronronear, no pude evitar sentir una sensación de libertad y euforia. La carretera abierta me llamaba y yo estaba dispuesto a responder a su llamada.

Mientras conducíamos hacia Tacoma, Troy intentó entablar conversación conmigo, pero mi mente estaba ocupada con la confusión que imaginaba que me esperaba. Rechacé educadamente sus intentos, sabiendo que necesitaba soledad. El paisaje pasaba volando por las ventanillas. La oscuridad dejaba poco a la imaginación, mezclándose en un borrón de formas indistintas que parecían remotamente árboles. El coche se deslizaba sin esfuerzo por las estrechas carreteras secundarias del estado de Washington. El viento soplaba a través de las ventanillas abiertas, transportando el aroma de las frías montañas engullidas por la noche.

La luna ofrecía poco consuelo a nuestros ojos en la oscura y fría noche. Las luces de la ciudad titilaban en la distancia a medida que nos acercábamos a nuestro destino. Al entrar en Tacoma, decidí romper el silencio que había envuelto el coche durante el viaje.

"Sabes, Troy", empecé, con la voz llena de nostalgia. "A veces, el silencio puede ser el mejor compañero".

Troy asintió en señal de comprensión, con algo parecido a una sonrisa dibujada en la comisura de los labios. "Supongo que tiene razón, señor Garrido. A veces, el silencio dice más que las palabras".

Llegamos a nuestro destino, la única dirección que pudimos encontrar. La casa se alzaba ante nosotros, su exterior desgastado contrastaba con la oscuridad de la noche. El débil resplandor de la luna apenas iluminaba el camino hacia el porche, haciendo que la escena fuera aún más inquietante y premonitoria. Troy y yo intercambiamos miradas, salimos cautelosamente del coche y nos dirigimos nerviosos hacia la entrada.

A medida que nos acercábamos al porche, el crujido de las tablas del suelo bajo nuestros pies llenaba el aire, aumentando la inquietud que se había apoderado de nosotros. Me armé de valor y llamé a la puerta con los nudillos golpeando la madera al ritmo de los latidos de mi corazón.

Después de lo que me pareció una eternidad, la puerta se abrió y apareció una mujer de mediana edad. Su frágil figura estaba debilitada por la enfermedad o la embriaguez, tal vez una mezcla de ambas, lo que era evidente en cada una de las líneas de su rostro. Sus ojos cansados nos observaban con desconfianza, como si hubiera visto demasiado y no confiara en nadie.

"¿Quién eres?", preguntó, con una voz llena de curiosidad y amargura a la vez.

"Soy Richard", respondí, manteniendo la compostura a pesar de la intensidad de su mirada.

"Estoy buscando a Laura".

Un destello de ira brilló en los ojos de la mujer al oír el nombre de Laura. Su actitud cambió por completo y su voz destiló veneno. "Laura no está aquí", espetó, con palabras acusadoras. "Y tú, Richard, eres el responsable de todo".

"Señora, por favor, déjeme explicarle", respondí con voz desesperada.

"No hay nada que explicar, mocoso hijo de papá. Jugaste a los doctores dejaste embarazada a mi hija. Luego la abandonaste como hacéis todos. Esperaba salir de esta sucia cloaca, y lo arruinaste. ¡Me arruinaste! Tú y tu familia sois despreciables. ¡No me importáis ni tú, ni mi hija, ni tu bebé! ¡Podéis iros todos al infierno!"

"¡Señora, por favor!" Antes de que pudiera responder, cerró bruscamente la puerta, dejándome a solas con Troy en la oscuridad de Tacoma.

Perdidos y desconcertados, volvimos sobre nuestros pasos hasta el coche, reflexionando sobre las crípticas palabras de la mujer. La noche parecía cerrarse a nuestro alrededor y las sombras nos susurraban secretos que ansiábamos desvelar.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Había llegado el día y estábamos todos reunidos en el Mona Lisa. Tiffany, Harry, John, Sophia y algunos otros amigos estaban presentes, esperando ansiosamente la llegada de Richard. El ambiente estaba lleno de emoción y expectación. Era un día que todos habíamos estado esperando con impaciencia, ya que estábamos a punto de ejecutar nuestro plan a prueba de balas para sorprender a Richard después del trabajo.

"La acción vence a la falta de acción", las palabras de Sophia se repetían en mi cabeza como un mantra.

Habíamos planeado meticulosamente cada detalle y por fin había llegado el momento. El lugar tenía un aspecto increíble, decorado con esmero para esta ocasión especial. Las paredes estaban adornadas con impresionantes obras de arte, que contribuían aún más al encantador ambiente del lugar.

Tiffany se aseguró de que todo estuviera en orden. Se las había arreglado para mantener la sorpresa en secreto, asegurándose de que Richard no tuviera ni idea de lo que le esperaba. Mientras esperábamos su llegada, no podíamos evitar intercambiar miradas emocionadas, susurrándonos los preparativos de última hora.

Cuando el reloj marcó las 19:00 horas, las puertas del gran salón de baile se abrieron con majestuosidad. Los invitados entraron ansiosos con sus glamorosos atuendos brillando bajo las exuberantes lámparas de araña que adornaban el techo. La expectación era palpable, ya esta noche era una noche de celebración como ninguna otra. Mientras los susurros y las risas llenaban el ambiente, todos esperaban ansiosos la llegada de Richard.

Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, Richard no aparecía por ninguna parte. Todos sintieron su ausencia, y muchos se preguntaron cuál habría sido la causa del retraso. Pero aquellos que le conocían bien no estaban necesariamente sorprendidos. Richard no se

conformaba con lo ordinario. Los invitados se inquietaron y su curiosidad alcanzó su punto álgido. Circulaban rumores sobre dónde podía estar Richard y qué podría estar preparando. Algunos especulaban con la posibilidad de que se hubiera enterado de todo. Otros pensaban que podría haber salido a buscarme. Las hipótesis eran infinitas.

De repente, los padres de Richard entraron en el salón sorprendiendo a todos los invitados. La madre de Richard entró en el local con su perpetua amargura. Tenía el don de hacer que hasta las celebraciones más sencillas parecieran aburridas y sin incidentes. El Sr. Garrido, el cariñoso padre de Richard, la acompañaba. Era un hombre que siempre se esforzaba por evitar el conflicto.

Todas las miradas se volvieron hacia ellos. Los invitados esperaban ansiosos la llegada de otra persona. Pero esa persona no estaba por ningún lado. La ausencia de Richard y Troy desconcertaba a la multitud.

La confusión de la señora Garrido era palpable. Miró a su alrededor, desconcertada, y preguntó con cierto enfado: "¿Por qué demonios nos han invitado a un acontecimiento tan fastuoso? ¿Y qué razón tenemos para estar aquí? Esto es absurdo".

El señor Garrido, siempre el marido paciente y comprensivo, sonrió amablemente y dijo: "Querida, estoy seguro de que se trata de una de las excentricidades de tu hijo, nada de qué preocuparse".

María resopló en respuesta, poco dispuesta a aceptar las sensatas palabras de su marido. "¡Tonterías! Richard siempre tiene ideas extravagantes, estoy harta de complacer sus caprichos", replicó.

Sophia siempre había sido una solucionadora de problemas. Le encantaba encontrar soluciones a situaciones difíciles, sobre todo cuando se trataba de calmar las tensiones entre Richard y sus padres. La desaprobación de éstos hacia su hijo había sido una fuente constante de tensión. Sin embargo, estaba decidida a calmar la situación con delicadeza. Sophia los saludó con una cálida sonrisa y los guió hasta la lujosa galería contigua a la del acto.

"Señor y señora Garrido, gracias por acompañarnos hoy", empezó Sophia, con un tono sincero pero firme. "Quería aprovechar esta oportunidad para hablarles de algo importante. Verán, esta reunión no es una celebración cualquiera. Es para conmemorar la exitosa gira de Richard por sus galerías de todo el país".

Las cejas de la señora Garrido se arquearon de sorpresa, mientras el señor Garrido mantenía su expresión estoica. Sophia continuó, sabiendo que sus sinceras palabras tendrían el peso que ella necesitaba: "El talento de Richard como manager le ha llevado a la vanguardia del mundo del

arte, y es sin duda un logro digno de celebración. Pero más allá de eso, su viaje también le ha enseñado la perseverancia, la dedicación y la importancia de apreciar el arte en todas sus formas. Todo en beneficio de la Fundación Garrido".

Las palabras de Sophia parecieron filtrarse en sus conciencias, rompiendo el hielo que se había formado entre ellos. El Sr. Garrido se aclaró la garganta, con una voz llena de admiración. "Has conseguido captar la esencia de la obra de Richard, Sophia. Es refrescante ver a alguien que entiende el valor del arte más allá de su éxito financiero".

Una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de Sophia y respondió: "Gracias, señor Garrido. Richard me ha enseñado mucho sobre cómo encontrar la belleza en los lugares más inesperados. Estoy agradecida por la oportunidad de crecer a su lado".

La tensión se fue disipando a medida que los padres de Richard entablaban una sincera conversación con Sophia acerca de sus experiencias en el mundo del arte.

Mientras Sophia calmaba con elegancia la tensión con los padres de Richard corrí a refugiarme detrás de una imponente columna de mármol. Desde mi nuevo emplazamiento, me asomé con cautela, con la esperanza de pasar desapercibida y de no ser alcanzada por la inminente tormenta. La sala parecía palpar de energía nerviosa mientras Sophia navegaba hábilmente por un laberinto de discordia familiar. Con cada palabra bien elegida, conseguía desarmar su escepticismo y aliviar la tensión que había envuelto el ambiente. Los rostros de los padres de Richard, teñidos de sorpresa, fueron suavizando lentamente sus rígidas posturas.

Observé con asombro cómo Sophia dirigía con pericia la conversación hacia temas más ligeros, desviando hábilmente la atención de la misteriosa ausencia de Richard.

Aunque los padres de Richard se marcharon, visiblemente impresionados por el aplomo y el carisma de Sophia, persistía un persistente malestar. La preocupación dibujaba líneas profundas en los rostros preocupados de los que quedaban atrás. A medida que pasaban los minutos, el silencio en torno al paradero de Richard se hacía cada vez más ensordecedor, y su peso asfixiaba a sus allegados.

Llegué a Sophia en medio de la confusión reinante. El aire estaba cargado de tensión y la sala era un torbellino de gente tratando de entender la caótica escena que se estaba desarrollando. Con un sentimiento de urgencia, me dirigí hacia Sophia, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Estaba allí de pie, con una expresión de desconcierto en el rostro que reflejaba la confusión que nos envolvía a todos. "Sophia, ¿dónde está Richard?" Pregunté, con desesperación en mi voz. "Algo salió mal, ¿no?"

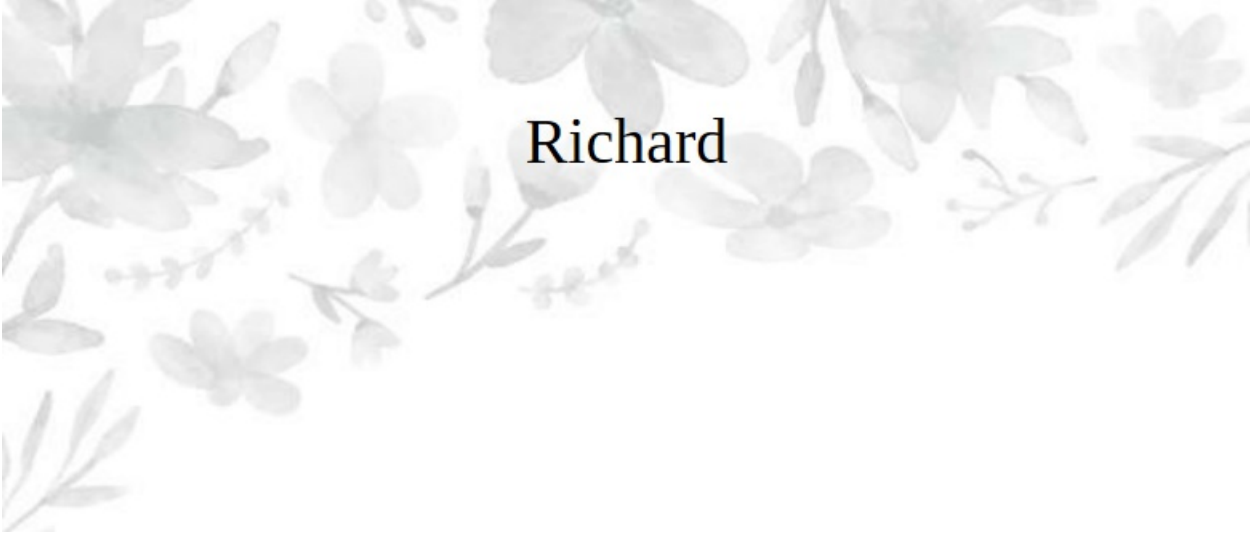
La mirada de Sophia cambió nerviosamente mientras sus ojos recorrían la habitación. "No... no lo sé", tartamudeó, con la voz temblorosa. "Simplemente no está aquí, no lo entiendo".

Mi corazón se hundió. El peso de nuestro fracaso pesaba sobre mí y una sensación de desesperación empezó a abrumar mis pensamientos.

Los ojos de Sofía se cruzaron con los míos y ambos nos dimos cuenta de que estábamos perdidos. "¿Qué hacemos ahora?" pregunté, con la voz llena de incertidumbre.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos en medio del caos que nos rodeaba. "Tenemos que encontrar a los demás", respondí, con voz decidida. "No podemos dejar que esto nos disuada. Tenemos que reagruparnos y averiguar qué salió mal".

Al abrirnos paso entre la multitud, localizamos al resto de nuestro grupo. Cada rostro mostraba una mezcla de preocupación y confusión, reflejo del estado de incertidumbre en el que nos encontrábamos. En voz baja, compartimos lo que sabíamos, buscando cualquier pista o idea que pudiera ayudarnos a desentrañar el misterio de la ausencia de Richard.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

El frío cortante de la noche atravesó mi chaqueta mientras Troy y yo volvíamos a toda prisa al coche. La luna colgaba pesadamente en el cielo, proyectando un resplandor etéreo sobre el entorno desolado. No podía evitar una sensación de inquietud, mi mente seguía tambaleándose tras el encuentro con la madre de Laura, cuya furiosa reacción al descubrir quién era me había conmovido. La mirada de traición en sus ojos se grabó dolorosamente en mi memoria. Nunca había imaginado tanta hostilidad por parte de alguien que se suponía que debía acogermme en su familia.

Cuando subimos al coche, Troy se acomodó al volante, con cara de preocupación. Sabía lo mucho que Laura significaba para mí y lo mucho que me había afectado el incidente. Me senté en el asiento de atrás, con la esperanza de que el largo viaje hacia Seattle me proporcionara una muy necesaria vía de escape de la sofocante atmósfera que nos había envuelto.

El zumbido del motor rompió el silencio y me quedé mirando por la ventanilla, sumida en mis pensamientos. Las farolas que pasaban me iluminaban la cara, marcando los profundos surcos de mi frente. Las preguntas se agolpaban en mi mente, retorciéndose como enredaderas espinosas. ¿Cómo podía la madre de Laura rechazarme con tanta vehemencia? ¿Qué había hecho yo para merecer semejante ira? Y, sobre todo, ¿Dónde estaba Laura?

El sonido rítmico de las gotas de lluvia golpeando el cristal de la ventanilla proporcionaba un telón de fondo relajante a mi agitación interior. La carretera se extendía ante nosotros y desaparecía en la oscuridad. Era como si la propia noche contuviera las respuestas que yo buscaba. Pasaron las horas, pero la intensidad de la situación no disminuía. Reflexioné sobre el significado de mi relación con Laura, cuestionando cada decisión que había tomado y cada promesa que había hecho. ¿Era mi amor por ella más fuerte que los obstáculos a los que nos

enfrentábamos? ¿Estaba dispuesto a luchar por ella, aunque tuviera que soportar la agonía del rechazo?

La voz de Troy atravesó la niebla de mis pensamientos y me devolvió a la realidad. “¿Como se encuentra señor?” Troy me preguntó cortésmente con los ojos llenos de preocupación mientras observaba atentamente la carretera. Permanecí en silencio, inseguro de cómo expresar la agitación que me consumía. Troy había presenciado la escena y ahora observaba mi silencio, esperando pacientemente a que me abriera. Tras un momento de vacilación, por fin encontré el valor para hablar. “Estoy perdido Troy. Siento un doloroso vacío que me ha envuelto desde la repentina desaparición de Laura.” Me temblaba la voz, el peso de la preocupación oprimiéndome el pecho. La incertidumbre sobre su seguridad me carcomía por dentro, llevándome al borde de la desesperación.

Troy escuchaba atentamente, sin apartar sus ojos de los míos a través del espejo. Su dulce mirada me proporcionó un sutil consuelo que necesitaba desesperadamente. En aquel momento, sentí como si comprendiera mi dolor, el miedo que me atenazaba el corazón. “Le aseguro que encontraremos a Laura sin importar los obstáculos a los que nos enfrentemos”. Dijo Troy, sus palabras llenas de convicción y determinación, despertando en mí un atisbo de esperanza. Aunque no estaba del todo convencido, acepté su gesto de apoyo, agradecido por tener a alguien dispuesto a estar a mi lado en estos momentos difíciles.

"Señor. No soy de los que hablan, pero no hace falta decir que estoy aquí, siempre".

"Gracias, Troy. Realmente aprecio tu ayuda y lealtad. Estoy eternamente en deuda contigo".

"Nada que agradecerme, señor. Si me permite decirlo, señor, usted y sus padres son como de mi familia". Sus palabras fueron abrumadoramente sinceras; me conmovieron profundamente.

"No tengo palabras, Troy", respondí emocionado.

"Ya casi hemos llegado", dijo, rompiendo la atmósfera espesa y emotiva. Su voz desprendía un rastro de tristeza, que reflejaba su comprensión de la confusión que yo estaba experimentando.

Asentí con la cabeza, agradecida por su apoyo incondicional.

Las luces de la ciudad de Seattle fueron apareciendo poco a poco, y su radiante resplandor proporcionó un rayo de esperanza en la oscuridad. A medida que nos adentrábamos en la jungla urbana, la cacofonía de la vida nos rodeaba, ahogando los ensordecedores ecos de la ira de la madre de Laura. Por fin llegamos a nuestro destino, la pequeña sección del aeropuerto de Seattle. Mi avión estaba dentro de uno de los hangares, esperándome para hacerlo volar a casa.

Troy y yo salimos del coche, con el aire frío mordiéndonos las mejillas. Me di cuenta de que la fría noche no me había envuelto en desesperación, sino en la luz inquebrantable de la esperanza.

Mientras subíamos al avión, intenté convencerme de que, de algún modo, en algún lugar, en algún momento, encontraría a Laura.

En el silencio de la noche, encontré consuelo en la cabina vacía de mi avión . El suave zumbido de los motores servía de fondo tranquilizador a mis turbulentos pensamientos. Troy permaneció cerca de mí como copiloto. Percibió el peso de mi silencio y lo respetó sin rechistar. Juntos, atravesamos el cielo oscuro y lleno de acontecimientos, acercándonos a nuestro destino a cada minuto que pasaba.

Mientras navegaba por la infinita extensión de cielo, mi mente estaba plagada de mil preguntas que conducían a un solo tema: Laura y su paradero. Los pensamientos chocaban, entrelazándose con preocupaciones y temores. ¿Dónde podría estar? ¿Estaba a salvo? ¿Qué la había llevado a desaparecer sin dejar rastro? La noche sin luna parecía reflejar las sombras de incertidumbre que nublaban mi mente. Anhelaba respuestas, pero no las encontraba. No podía deshacerme de la pesadez de mi corazón, sabiendo que la ausencia de Laura nos estaba separando.

Las centelleantes luces de la ciudad en el horizonte indicaban que nos acercábamos a Nueva York. Antaño un faro de posibilidades, el imponente horizonte tenía ahora un encanto agri dulce. Mientras descendíamos hacia el aeropuerto, no pude evitar sentir una mezcla de inquietud y determinación. Los próximos días serían decisivos: tenía que encontrar a Laura.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Después de que la reunión en el Mona Lisa se torciera, me quedé en casa de mi hermana los días siguientes. En cuanto entré en su acogedor apartamento, me recibió el aroma de las flores frescas y la suave música que sonaba de fondo. El espacio estaba adornado con delicadas obras de arte y vibrantes colores, creando un ambiente de confort y calidez.

"Tiffany, esto es increíble. No sé cómo agradecértelo", dije, embargado por la gratitud.

Sonrió alegremente, sus ojos brillaban de amabilidad. "Ni lo menciones, hermanita. Sé que estás pasando por muchas cosas y quería crear un santuario de paz para ti. Necesitas todo el apoyo posible".

Asentí, sintiendo el peso de mi situación actual presionándome. "Gracias de nuevo Tiffany. Lo estoy pasando realmente mal, estando embarazada e intentando encontrar a Richard. Realmente quiero que funcione para los dos... y para el bebé".

La expresión de Tiffany se suavizó y me envolvió en un cálido abrazo. "Lo entiendo, y estoy aquí para ti en cada paso del camino. Lo resolveremos juntos".

Durante los días siguientes, Tiffany se convirtió en mi pilar de apoyo. Pasamos horas hablando de mis preocupaciones y temores, analizando diferentes escenarios y aportando soluciones. Su voz reconfortante y su optimismo inquebrantable me ayudaron a recuperar parte de la fuerza que había perdido. Cuando la luz del sol se filtró a través de las cortinas, arrojando un cálido resplandor sobre la habitación, se oyó un leve golpe en la puerta. Sobresaltada, Tiffany levantó la vista y miró a Harry, que estaba absorto en su trabajo. Le preguntó si podía abrir, picada por la curiosidad de la inesperada visita.

Harry se subió las gafas y asintió, dejando a un lado su trabajo para acercarse a la puerta. Al girar el pomo de la puerta, Sophia irrumpió en la habitación, con su habitual actitud serena sustituida

por un aire de determinación. Sin perder un instante, Sophia declaró: "Tenemos que encontrar a Richard. Tenemos que actuar".

Tiffany y Harry intercambiaron miradas, con la preocupación grabada en sus rostros. Todos confiamos en el instinto de Sophia y accedimos a unirnos a ella en la misión de encontrarlo.

"Pero, ¿por dónde empezamos? preguntó Tiffany en voz alta, con un deje de incertidumbre en la voz. Entonces, una idea iluminó su rostro.

"Tengo la idea perfecta", afirmó Sophia energéticamente.

"Necesitamos a Troy. Déjame contactar con él. Estoy seguro de que se pondrá a bordo. Se pondrá en contacto con Richard y le instará a ir a casa de sus padres. Allí estaremos esperando".

Mientras escuchaba a Sophia con asombro, no pude evitar sentirme muy escéptica ante toda la idea. Protesté: "¿Qué te hace pensar que Troy se unirá? Es el sirviente más leal de Richard".

Sophia me miró con determinación en los ojos. "Sé que parece poco probable, pero Troy es algo más que el guardaespaldas de Richard. Es como un hermano mayor y sólo quiere lo mejor para él".

Suspiré, aún insegura acerca del plan. "Pero incluso si conseguimos reunirnos en casa de los padres de Richard con la ayuda de Troy, ¿cómo nos enfrentaremos a ellos? Y ¿cómo podemos estar seguros de que Richard presenciara todo el acto?".

Sophia sonrió, su confianza brillaba. "Lo planearemos meticulosamente y nos aseguraremos de que los padres de Richard no puedan negar la verdad. En cuanto Richard lo presencie, nos aseguraremos de que esté allí, aunque tengamos que hacer todo lo posible para que así sea".

Sus palabras me intrigaron y, en contra de mi buen juicio, acepté el plan. Pasamos los días siguientes pensando, preparando y reuniendo los recursos necesarios para nuestro enfrentamiento. La atención al detalle y la determinación de Sophia eran contagiosas.

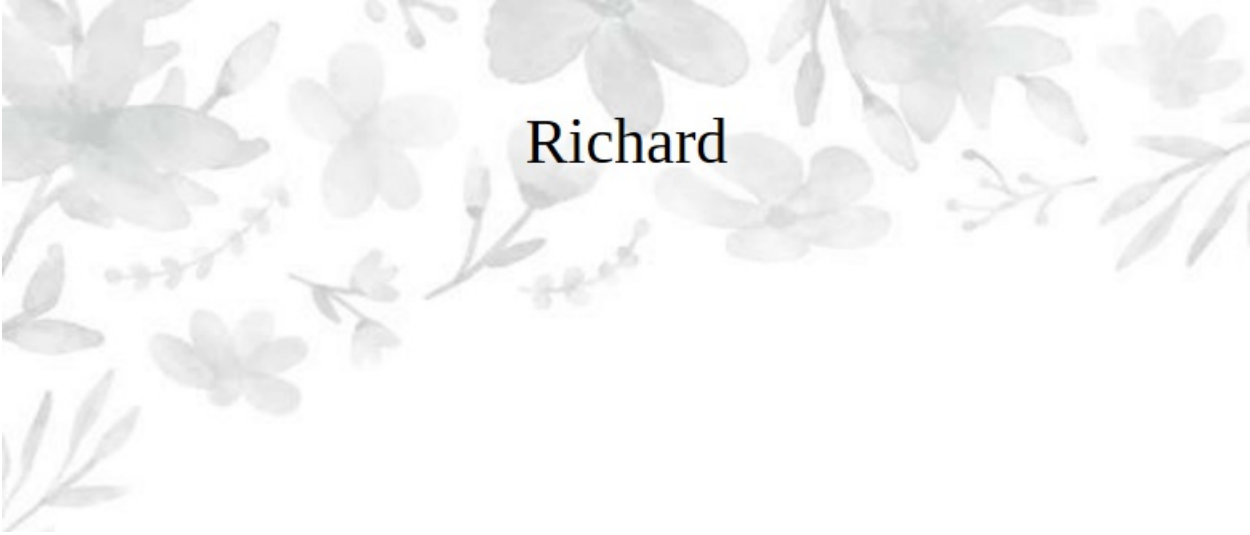
"Es tu decisión, Laura. Se trata de ti y del bebé". Sophia pronunció cada palabra con cuidado.

Tardé un momento en reflexionar sobre todo el calvario, pero finalmente expulsé: "Es el momento, tenemos que hacerlo, pase lo que pase, no hay nada que perder y mucho que ganar. Si Ricard me quiere de verdad, elegirá. Sólo hay una cosa que quiero pedirte Sophia; déjame llamar a Troy. Después de todo, como dijiste, todo esto es por mí".

Sophia me miró fijamente "De acuerdo aquí tienes mi teléfono". Las cartas estaban sobre la mesa; no había vuelta atrás. Pulsé el botón de llamada.

"¿Hola?"

"Troy, soy yo, Laura. Necesito hablar contigo."

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name "Richard" is centered within this decorative area.

Richard

Me senté en mi despacho en el "Mona Lisa", con la mente consumida por los acontecimientos de los últimos meses. El viaje a Tacoma había sido un desastre, un callejón sin salida en mi búsqueda de Laura. Cada pista que seguía sólo parecía conducir a más confusión y frustración. Suspiré pesadamente, sintiéndome derrotado, mientras miraba fijamente la pila de papeles sobre mi escritorio.

¿Debería seguir buscando a Laura o limitarme a seguir los pasos de mi familia? El pensamiento resonaba en mi mente, rebotando en las paredes de mi desordenado despacho. Mi familia me tuvo por las pelotas en la empresa familiar durante años. Creían que era mi destino, mi deber, continuar su legado. Pero Laura... ella también era mi destino, la llamada de mi corazón.

Todo era un desastre. Los últimos meses de mi vida habían sido a la vez los mejores y los peores. Me había enterado de que iba a ser padre, un repentino giro del destino que me trajo alegría y miedo a la vez. Pero estaba empañado por el hecho de que Laura, la mujer que amaba, había desaparecido. Nadie sabía dónde estaba.

La relación con mi familia también era tensa. No entendían por qué estaba tan obsesionado con encontrar a Laura. Para ellos, el apellido y la reputación eran lo único que importaba. Me veían como un soñador, desperdiciando mi potencial en una búsqueda inútil. Eso había provocado una profunda brecha entre nosotros que parecía casi irreparable.

Me recosté en la silla, cerré los ojos e intenté calmar la tormenta que se desataba en mi interior. ¿Qué más podría salir mal? me pregunté, sintiendo el peso de todas estas cargas sobre mis hombros. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

"Adelante", grité sin pensármelo dos veces.

Troy entró precipitadamente en mi despacho, con los ojos llenos de preocupación. "Señor, hay problemas", exclamó, con la voz ligeramente temblorosa. Me removí en mi silla, intrigado y

preguntándome qué podría haber salido mal esta vez.

"¿Qué ha pasado?" pregunté, picado por la curiosidad. Le indiqué a Troy que tomara asiento mientras empezaba a explicarme. "Es su madre, señor," Troy comenzó, su voz baja pero urgente. "Ha hecho otra inversión imprudente, y las consecuencias se están agravando rápidamente".

Suspiré, conociendo demasiado bien el caos que a menudo seguía a las acciones impulsivas de mi madre. "¿De qué se trata esta vez?" pregunté, intentando mantener la calma a pesar de la frustración que me embargaba.

"Adquirió una gran colección, incluidos algunos Picassos; al parecer, son falsos", reveló Troy, con los ojos muy abiertos. "Parece que las obras han sido realizadas por un famoso artista clandestino de Suiza, experto en falsificaciones, y ya nos enfrentamos a posibles demandas de los inversores".

No podía creer lo que estaba oyendo. Las consecuencias de las malas decisiones de mi madre siempre parecían recaer sobre mis hombros, y yo estaba cada vez más cansado de limpiar constantemente la mierda. "¿Por qué no pudo ponerse en contacto con mi hermano?". protesté, sintiendo una mezcla de rabia y resentimiento en mi interior.

Troy miró hacia abajo, su voz llena de simpatía. "Comprendo su frustración, señor, pero su hermano está ocupado con otros asuntos. Insistió en que se encargara personalmente de esta situación, ya que requiere de una atención inmediata".

Apreté los puños, intentando contener mis emociones. Era injusto que tuviera que dejarlo todo y arreglar otro de los costosos errores de mi madre. "Está bien", murmuré, aceptando a regañadientes hacerme cargo de la situación. "Dile que estaré en su ático en breve".

Troy asintió con expresión empática. "Lo siento, señor. Sé que no es fácil".

Me levanté bruscamente, incapaz de contener por más tiempo mi frustración. "No, no es fácil", espeté, con la voz llena de una irritación contenida. "Pero alguien tiene que ser el responsable en esta familia".

Troy mantuvo la compostura, los ojos firmes. "Y ese alguien es usted, señor. Contamos con usted para salvar lo que pueda y rectificar la situación".

Respiré hondo, dándome cuenta de que Troy tenía razón. Siempre había sido yo quien había heredado la tarea de salvar la reputación y la fortuna de nuestra familia. Por mucho que me disgustara, era mi deber como hijo mayor.

"De acuerdo", concedí finalmente, con un tono ligeramente más suave. "Acabemos con esto de una vez. Tenemos un lío que resolver, y el tiempo es esencial".

Troy asintió, su lealtad inquebrantable. "Me ocuparé de los arreglos necesarios, señor. Haremos todo lo posible para mitigar los daños".

Mientras me dirigía al ascensor, mi mente se llenó de resentimiento, determinación y una chispa de pensamiento creativo. Ya no se trataba sólo de arreglar los errores de mi madre; se trataba de convertir esta crisis en una oportunidad de crecimiento. No podía limitarme a desempeñar el papel de hijo responsable; tenía que convertirme en el líder visionario que nuestra empresa familiar necesitaba desesperadamente.

Poco sabía del tipo de negocio que me esperaba.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Laura' is centered within this decorative area.

Laura

Llegamos a la residencia de los Garrido precisamente a la hora designada por Troy. El grupo estaba formado por Sophia, Tiffany, John, Harry y yo. El edificio era alto e imponente, como un castillo que guardaba secretos inconfesables. El ático, situado en lo más alto del mausoleo, parecía dominar toda la ciudad, como si controlara todo lo que había debajo del mismo. Troy se había encargado de que la seguridad nos dejara pasar por las puertas fuertemente custodiadas, garantizando nuestra discreción. Teníamos instrucciones de esperar, ocultos en las sombras hasta que llegaran Troy y Richard. Mientras nos ocultábamos, el aire se llenó de expectación. La brisa del atardecer transportaba un aire de misterio, velando la grandeza que yacía más allá de nuestra vista. La tarde, que se estaba convirtiendo en noche, se llenaba de susurros de emoción. Los minutos se convirtieron en una eternidad y, justo cuando nuestra paciencia se tambaleaba al borde del precipicio, Troy y Richard emergieron de la oscuridad.

Ambos vestían elegantes trajes a medida y su tenacidad irradiaba como un aura resplandeciente a su alrededor. Los ojos de Troy brillaban con picardía cuando nos miraba, reconociendo nuestra presencia con un sutil movimiento de cabeza que nos reafirmaba su inquebrantable confianza. Con la llegada de nuestros compañeros, por fin había llegado el momento. Como si nada, las puertas de la residencia de los Garrido se abrieron, revelando una lujosa entrada adornada con exquisitas obras de arte y opulento mobiliario. El aroma de rosas recién florecidas, meticulosamente dispuestas en jarrones de cristal y oro, impregnó el aire, envolviéndonos en un fragante abrazo.

Seguimos en silencio a Troy y Richard mientras sus pasos seguros nos guían por pasillos adornados con obras maestras de artistas de renombre, cada una de las cuales cuenta una historia de belleza, pasión e intriga. El suave resplandor de una araña ornamentada arrojaba una luz etérea sobre nuestro camino, iluminando un tapiz de recuerdos impresos en las paredes.

Finalmente, llegamos a la entrada del ático. Una enorme puerta de madera adornada con intrincadas tallas se alzaba ante nosotros, guardando los secretos de su interior. Troy llamó a la puerta y una criada de uniforme la abrió, revelando una escena sacada directamente de un sueño. El ático era una sinfonía de lujo y refinamiento, un santuario donde la familia Garrido se reunía ahora convertido en lo que parecía una acalorada conversación.

"Ricardo querido, no sé de qué me hablas. No he comprado ningún Picasso; ya sabes cuánto desprecio a ese artista". Podía oír claramente la voz de María a través de la puerta cerrada de la biblioteca.

"Mamá, no vuelvas a mentirme. Estoy cansado de todo esto. Estoy cansado de limpiar constantemente tu basura . Estoy harto de tener que obedecer y cumplir todas tus peticiones, tanto en lo profesional como, sobre todo, en lo personal. Has arruinado mi vida. Una mujer solitaria me espera en algún lugar desconocido; ¡Una mujer que lleva a mi hijo en su vientre! Me has separado de ella. He terminado con todo".

Richard sonaba muy enfadado y decidido.

En ese momento, Troy nos dio la señal para entrar en la habitación. Puse la mano en el picaporte de la puerta. La criada, que vigilaba de cerca la puerta, ni se inmutó. Era muy consciente de lo que estaba ocurriendo.

Cuando abrí la puerta, el tiempo se detuvo. Los murmullos y los silenciosos movimientos de la sala cesaron abruptamente, dejando tras de sí un inquietante silencio. Todos los ojos se volvieron hacia mí, en una mezcla de asombro y curiosidad. Entre el mar de rostros, los ojos de Richard se clavaron en los míos, con sorpresa y emoción aflorando en ellos. Las lágrimas brotaron de sus ojos, amenazando con derramarse sobre sus mejillas.

"Laura, estás aquí", dijo Richard, con la voz temblorosa cargada de incredulidad y alegría.

Asentí con la cabeza, manteniendo la calma a pesar del torbellino de emociones que se agitaba en mi interior.

"Sí, mi amor", respondí suavemente, adentrándome en la habitación.

El ambiente pesado se mezclaba con la expectación, creando una tensión palpable que flotaba en el aire. La madre de Richard se adelantó, con el rostro marcado por el odio.

"¿Qué significa esto, Laura?"

Respiré hondo y me armé de valor para dirigirme a la sala. "He venido aquí para daros a todos una elección", empecé, con voz firme pero temblorosa . "Una elección que podría cambiar el curso de nuestras vidas".

La madre de Richard frunció el ceño, claramente reacia a lo que tenía que decir. Se acercó, con una postura rígida y a la defensiva. "No necesitamos tus decisiones, Laura", espetó, con la voz cargada de resentimiento.

"La elección que presento no sólo nos involucra a Richard y a mí, sino también a nuestro preciado bebé".

Los ojos de la madre de Richard se abrieron de par en par, un atisbo de esperanza atravesó momentáneamente su endurecido exterior. Intercambió una rápida mirada con Richard, buscando una respuesta en su reacción. Sus ojos no se apartaban de los míos, implorando una explicación.

"Veréis", continué, con la voz llena de una ternura que sólo una madre puede transmitir, "En realidad nunca ne marché. Me llevé a nuestro hijo dentro de mí, cuidándolo y protegiéndolo. En el momento en que supe de su existencia, todo cambió. Tuve que encontrar la forma de garantizar su seguridad y protegerlo del dolor y el caos que nos rodeaban".

Una súbita realización cruzó el rostro de la madre de Richard. Su actitud desafiante se desvaneció y fue sustituida por una mezcla de comprensión y compasión. Extendió la mano hacia Richard, temblorosa al tocar su brazo. "Nuestro nieto", susurró, con lágrimas en los ojos. "Tenemos un nieto". Admitió con derrota.

Se hizo un profundo silencio en la sala y todos los presentes sintieron profundamente el peso del momento. Los ojos brillaban con lágrimas no derramadas, los corazones palpitaban con una nueva esperanza. Ahora teníamos ante nosotros la oportunidad de reescribir nuestra historia común.

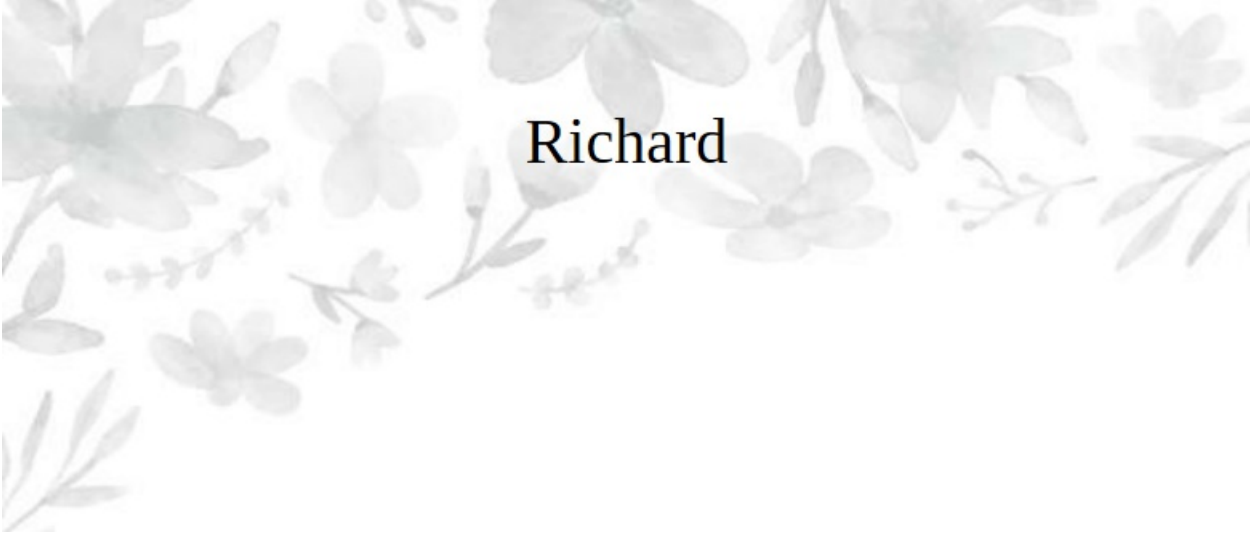
"Te ofrezco una segunda oportunidad", hablé en voz baja, mi voz resonando en el silencio. "Para abrazar el amor y el perdón que está a nuestro alcance. Para reunirnos como una familia, unidos por el vínculo de esta vida inocente".

Richard dio un paso adelante, acortando la distancia que nos había separado durante demasiado tiempo. Sus brazos me envolvieron en un cálido abrazo, un refugio contra la tormenta que había amenazado con separarnos.

"Nos elijo a nosotros, Laura", susurró, con la voz llena de convicción. "Elijo a nuestro bebé y el futuro que podemos crear juntos".

En ese preciso instante la sala estalló en palabras de aceptación y comprensión, las lágrimas se mezclaron con alegres reacciones de afecto. La madre de Richard se unió a regañadientes al abrazo, su estoica fachada se desmoronó al aceptar la decisión que tenía ante sí. A partir de ese día comenzó nuestro viaje como familia. Un viaje pavimentado con amor, perdón y el compromiso inquebrantable de proteger la nueva vida que nos había vuelto a unir. A través de

nuestra elección compartida, descubrimos la fuerza inconmensurable que puede encontrarse en los lazos familiares, demostrando que, incluso contra todo pronóstico, el amor tiene el poder de curar heridas y escribir un nuevo capítulo en nuestras vidas.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The name 'Richard' is centered within this decorative area.

Richard

Un año después

Estaba absorto en mi trabajo en la oficina cuando, de repente, oí el leve sonido de unas risitas seguido de unos suaves golpes en la puerta. Miré el reloj y me di cuenta de que ya había pasado la hora de comer. Me picó la curiosidad y grité: "¡Pasa!".

La puerta crujió al abrirse y allí estaba Laura, mi mujer, con un cochecito que llevaba a nuestros mellizos, Eli y Mia. Su sonrisa radiante reflejaba la emoción que sentía en mi interior. Nuestros mellizos habían nacido hacía apenas unos meses y verlos siempre traía una inmensa alegría a nuestras vidas.

Cuando Laura entró en la habitación, los ojos de Eli y Mia se abrieron de par en par, asimilando las imágenes y los sonidos de mi lugar de trabajo. Estaba lleno de pilas de papeles, estanterías repletas de libros y el leve zumbido de los ordenadores. No pude evitar reírme de su inocente curiosidad.

"¡Estos dos han crecido mucho desde la última vez que los vi!". exclamé, extendiendo la mano para levantar suavemente a Mia del cochecito. Mia respondió con un arrullo y una sonrisa, cautivando mi corazón con sus deditos y sus brillantes ojos azules. Eli, por su parte, observaba feliz su entorno, con sus brillantes ojos color avellana a juego con los míos.

Laura se unió a mí junto a la ventana y me puso la mano en el hombro mientras contemplábamos las vistas. Observamos el bullicio de la ciudad, ajenos al alegre caos que se desarrollaba en nuestra oficina.

"¿Qué me dices?" Le dije a Laura con una sonrisa pícaro en la cara. "¿Disfrutamos de un buen café?". Laura se rió pícaramente

"¡Oh Richard, eres terrible! ¿Qué pasa con los niños?"

"No te preocupes, cariño. Todo está bajo control". Cogí el teléfono y llamé a mi ayudante .
¿"Sophia"? Sí, soy yo. Necesito ayuda con algo. ¿Podrías subir un momento?"

"Sí, por supuesto, ahora mismo voy".

Laura contempló la escena con una sonrisa en la cara... Los gemelos jugaban con sus juguetes en el cochecito.

Dos minutos después, Sophia entró en el despacho y saludó a Laura y a los niños.

"¿En qué puedo ayudarte, Richard?"

"Bueno, verás, ¡he recibido una visita inesperada! Eli y Mia están a punto de echarse la siesta. ¿Te importaría cuidarlos un rato? Seguro que consigues que se duerman. ¿Verdad?"

" Claro, Richard", respondió Sophia, adivinando lo que haría a continuación. "Me encargaré de ello".

Muy pronto, me encontré a solas con Laura. Ahora, mi esposa. Siempre hermosa y sexy.

"¿Vamos al grano?"

En el interior del suntuoso despacho, elegantemente iluminado por todos los rincones, pude sentir cómo sucumbía gradualmente a la atmósfera sensual que impregnaba el aire a su alrededor. La propia habitación parecía ondular seductoramente bajo sus pies, susurrando promesas de eróticos encuentros pasados, traviosos secretos guardados sólo entre amantes. Cuando Laura empezó a desabrocharse la blusa, revelando sus suaves curvas ocultas bajo la delicada tela de seda, un escalofrío me recorrió la espalda.

Incapaz de contener mi excitación por más tiempo, le agarré por las muñecas con suavidad pero con urgencia. Se las llevé a la espalda antes de enredar sus dedos en los suyos. En respuesta, Laura soltó un gemido bajo, sometiéndose por completo a su control; estaba claro que ya no habría vuelta atrás.

Mis manos recorrieron su cuerpo posesivamente, acariciando su piel hasta que ardió más que cualquier otra cosa a su alrededor. Con ferviente determinación, le levanté la falda, besando y mordisqueando la tierna carne que quedaba expuesta por encima de la rodilla, mientras presionaba su interior, donde el calor esperaba ser liberado. Su respiración se entrecortó al sentir la intensidad que crecía en su interior, haciéndola apretar los puños con fuerza en una mezcla de deseo y contención. Era obvio que ella anhelaba este momento tanto como yo. ¿Qué quieres?"
Dije socarronamente"

Laura sonrió con picardía y me pasó un dedo por la mandíbula: "Oh, sabes exactamente lo que quiero", murmuró, con ojos brillantes de deliciosa sinceridad.

Su mano se deslizó por debajo de mi camisa explorando los contornos de mi torso. A medida que nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, nuestra mutua excitación se intensificaba exponencialmente, alimentada por las caricias expertas del otro.

Los gemidos llenaron la habitación a medida que el ritmo aumentaba rápidamente, llevándonos a cotas vertiginosas. Nuestras ropas fueron cayendo pieza a pieza, tiradas descuidadamente en el suelo, dando paso a muestras de afecto más privadas y tentadoras. Cada vez que cambiaba de posición, buscando conexiones más profundas en aquellas zonas más íntimas, Laura respondía con avidez, dejándose sumergir por completo en las ardientes oleadas de placer que recorrían su cuerpo.

Sus gritos se hicieron cada vez más desesperados, suplicando que la liberaran, mientras mis movimientos se volvían más frenéticos, alimentados por una necesidad casi palpable. Su cabeza se agitaba salvajemente mientras le mordía suavemente en el cuello. Mi erección palpitaba implacable entre nosotros, como un crudo recordatorio de la ardiente necesidad que latía por nuestras venas. Tratando desesperadamente de prolongar el placer, Laura arqueó la espalda, empujando la pelvis hacia mis embestidas como si buscara algo divino. La oleada de euforia no tardó en consumirnos por completo, y nuestras mentes se rindieron a nuestros instintos e impulsos primarios.

Estábamos enzarzados en una danza de amor, ajenos a todo lo que no fuera el calor abrasador que irradiaban nuestras almas. Con cada latido, nuestros cuerpos avanzaban, acercándolos al borde de la locura, alimentando nuestro apetito mutuo sin fronteras ni límites. Nuestras bocas se encontraban febrilmente, las lenguas se enredaban, robándose preciosos momentos de aliento cuando era necesario.

La estreché contra mí y la acuné con cuidado, asegurándome de que no se desmoronara.

Laura me devolvió el agarre con la misma fuerza, rodeándome la cintura con las piernas, anclándome a ella incluso cuando su cuerpo tembloroso se esforzaba por no ceder a su creciente orgasmo.

Con un hambre animal, nuestros dientes se encontraron con firmeza, casi con agresividad, provocando una oleada de expectación. Nuestras lenguas lucharon juguetonamente hasta que mi boca caliente envolvió su pezón rígido. Se formaron charcos de líquido entre sus labios hinchados, humedeciendo sus insaciables apetitos, suplicando ser lamidos y consumidos con avidez.

Mi torso empapado en sudor flotaba a escasos centímetros de ella, mi respiración agitada se mezclaba con la suya en los confines de su refugio privado. Laura alcanzó su punto álgido y todo

su cuerpo se estremeció violentamente por la increíble intensidad de sus orgasmos. Echó la cabeza hacia atrás, extasiada, y soltó un grito primitivo que resonó en toda la suite. Mientras tanto, yo la penetraba más profundamente, cautivado por la innegable pasión que nos abrasaba.

Laura acurrucó la cabeza en mi cuello respirando satisfecha mi fragancia masculina mezclada con el dulce olor del sudor poscoital. Continué acariciándola suavemente con los dedos, saboreando la sensación de conexión y unidad que había definido su noche juntos. No recordaba la última vez que me había sentido tan satisfecho en todos los aspectos de mi vida.

Todas esas preocupaciones simplemente se desvanecieron, dejando espacio para la dicha pura y sin diluir. Había algo indescriptiblemente gratificante en ver a mi mujer derrumbarse junto a mí, experimentando el mismo subidón electrizante que yo. Ser testigo de cómo se le ponían los ojos vidriosos por la profundidad de su excitación, ver cómo temblaba su cuerpo con cada violenta embestida, me producía escalofríos. Mi corazón martilleaba contra mi caja torácica, haciéndose eco del acelerado ritmo de ella.

Y entonces, se hizo el silencio. No del tipo sofocante que llena una habitación que se deja vacía, ni de la incomodidad que nace de la falta de palabras durante una comida.

Sino más bien, un silencio confortable, interrumpido ocasionalmente por el tic-tac del reloj. No queríamos perturbar la serenidad, sino que nos concentramos únicamente en saborear estos últimos y sagrados momentos que pasábamos juntos.

Sin embargo, esta calma sólo hizo que la transición de vuelta a la realidad fuera mucho más potente. Cuando nuestras manos finalmente se separaron, quedó un calor persistente en el lugar donde habían estado. Y mientras Laura se acurrucaba en mi abrazo, sintiéndose completamente satisfecha, supe que no habíamos perdido ni un solo paso en el juego de la vida.

Puede que fuéramos padres trabajadores con empleos exigentes, pero de algún modo, las llamas de la pasión seguían ardiendo con fuerza entre ellos. Quizá porque comprendíamos que la pasión no se limitaba al dormitorio, sino que se extendía a todos los aspectos de nuestras vidas. Esto nos dio la motivación extra que necesitábamos para sobresalir en nuestras esferas personales y profesionales.

Para muchas parejas, el tiempo acaba pasando factura al romance, pero aquí parecía ocurrir lo contrario. Los retos de la vida sólo parecían unirnos más, creando una base resistente sobre la que su felicidad podía hacerse más fuerte y profunda.

La paternidad, aunque gratificante, a veces me dejaba agotado y estresado. Sin embargo, allí estaba, tumbado junto al amor de mi vida, con la piel pegajosa de sudor y el corazón acelerado por la adrenalina. En cierto modo, no existía entre nosotros un vínculo más fuerte que el físico. Y

en esos momentos, en los que todo lo demás se desvanecía en la irrelevancia, experimentaba la verdadera alegría. Por una vez, me permití desprenderme de todas las ansiedades y temores que normalmente nublaban mi visión.

Mientras el mundo exterior se apresuraba a cumplir con sus obligaciones cotidianas, permanecemos en nuestro éxtasis postcoital, encontrando consuelo en el cálido abrazo del otro. En ese momento, no había lugar para arrepentimientos ni dudas... sólo para el amor y la aceptación.

Ambos encontramos consuelo en los brazos del otro, anhelando el consuelo y la seguridad ofrecidos en los momentos vulnerables.

Envalentonado por saber que habían capeado juntos innumerables tormentas, susurré tiernamente al oído de Laura: "Hagamos que el día de hoy sea nuestro". Consciente del peso de mis palabras, Laura asintió con confianza, asegurándole que todo lo que se avecinaba merecería la pena.

La nueva aventura acababa de empezar.